

«La verdad no siempre te devuelve la paz»

ANA MEDRANO



YEN
NOSOTROS
NUESTROS
MUERTOS



A mi padre.

*Necesitamos desesperadamente que nos cuenten historias.
Tanto como el comer, porque nos ayudan a organizar la realidad e
iluminan el caos de nuestras vidas.*

Paul Auster

La muerte termina con una vida, no con una relación.

Mitch Albom

1

Viernes, 13 de abril de 2012, 11:10

«I want to break free. I want to break free. I want to break free from your lies. You're so self-satisfied. I don't need you. I've got to break free. God knows, God knows I want to break free...».^[1]

Llevaba el iPod conectado a los oídos a todas horas, la música me ayudaba a sobrellevar el maremágnum de sensaciones en el que se estaba convirtiendo mi vida. De repente me percaté de que había llegado a mi destino y me quedé en la acera parada, pensando. El cierre estaba bajado. Podía levantarlo pero la posibilidad de que algún conocido se acercase a saludar me echó para atrás; mejor accedería al local por el portal.

Me temblaron las manos al sacar el llavero del bolso. Entré en el edificio, el portal estaba oscuro y frío, en silencio. Él siempre tenía la música puesta, ahora no se oía nada. Subí los dos escalones de una vez y me acerqué a la puerta de madera que había a mi izquierda, liberé las dos cerraduras y abrí. La oscuridad me pilló desprevenida y se me llenaron los ojos de lágrimas; todo había cambiado: no había luz, ni música; él tampoco estaba y no iba a volver.

Desconecté la alarma y me apoyé contra la puerta obligándola a cerrarse. La mezcla familiar de aromas a barniz, cera, madera, disolvente y polvo que me envolvió nada más entrar hizo que los latidos de mi corazón se dispararan, mi piel comenzó a arder. Me acuclillé y respiré despacio. Permanecí así, esperando, la tranquilidad volvería, siempre volvía, de alguna

manera.

Pasados unos minutos me puse en pie de nuevo, paseé la mano por la pared de mi derecha hasta que encontré el interruptor y encendí. Aún no había dado de baja el servicio; Eduardo había insistido en que era hora de hacer borrón y cuenta nueva, vaciar el taller, liquidarlo todo y continuar con nuestras vidas, pero yo todavía no había querido tomar ninguna decisión al respecto.

Era fácil seguir con tu vida a trece mil kilómetros, seguir con la vida en la que ya has aceptado la distancia y sus consecuencias; una vida en la que nosotros estábamos presentes desde el otro lado del mundo. «Con internet», decía mi hermano, «nos mantenemos siempre en contacto», pero era mentira: a trece mil kilómetros no se está en contacto, a esa distancia uno se comunica pero no se toca y esa comunicación no mitiga la soledad, más bien la demarca irremediablemente.

Tenía la boca seca. Intenté tragar. Me dolía la garganta, llevaba toda la mañana tratando de digerir el nudo que se me había instalado allí desde que decidí acercarme al taller. No había vuelto a poner un pie en él desde aquel día.

Di unos pasos hacia el centro de la habitación, giré lentamente sobre mí misma recorriéndola con la mirada. Noté una indefinible sensación de extrañeza, una impresión que se desvanecía nada más advertirla y que me hizo estremecer.

El polvo o más bien su ausencia perfilaba huecos en las paredes y en el suelo. Eduardo, siempre tan pragmático, y Daniel, el hermano de mi padre, se ocuparon de contactar con los clientes que aparecían en los registros del taller y devolverles las piezas que estaban en depósito para su restauración. Aun así quedaban algunas en el local y en la cueva, un semisótano que hacía las veces de almacén y archivo. Había objetos acumulados allí desde antes de que mi padre se hiciera cargo del taller, cuando el abuelo enfermó; nadie los había reclamado en cincuenta años y ahora, sin él, no teníamos modo de encontrar a sus dueños.

Desanudé el pañuelo que llevaba al cuello y limpié con él una banqueta alta, dejé en ella el abrigo y el bolso. Alguien había apoyado la escalera en la pared. ¡La puta maldita escalera! Les dije, por activa y por pasiva, que era

imposible que él se hubiera encaramado a ella, tenía terror a las alturas; cuando no había más remedio me llamaba con antelación y era yo la que se subía y lo ayudaba. ¿Por qué iba a haber cambiado su rutina después de tanto tiempo?, justo ahora que empezaba a tener dificultades para moverse.

Golpeé el suelo con el pie, ¡joder!, no era una idea peregrina, algo que se me hubiera ocurrido de repente, era la constatación de un hecho que se había repetido en las últimas décadas. Mi hermano lo conocía, Dado y Carlos también, pero no me habían escuchado. Cuando Eduardo llegó, un día después del fallecimiento de nuestro padre, no quiso oír hablar del tema. «Nena», me dijo, «siempre has sido igual, no sabes frenar tu imaginación. Esto ya es bastante duro como para que lo empeores con tus locuras». ¡Mierda!, y es que para mi hermano cualquier cosa que se apartara de sus ideas preconcebidas era una locura, y yo me había salido en todas las curvas del camino que él había planeado para mí.

Pero no, no era una cabezonería mía, la negación infantil de algo irreparable... simplemente no podía haber sucedido así, no de esa manera. Yo lo sabía. Solo el inspector de policía que estaba en el local cuando llegué permaneció atento a mis explicaciones, aunque no estaba segura de si había sido por educación o porque realmente diera crédito a mis palabras.

Félix, el dueño del bar de al lado, había pasado, como todos los días desde hacía más de cuarenta años, a llevar un café a mi padre hacia las doce de la mañana; aprovechaba así la hora de tranquilidad que discurría entre el final de los desayunos y la hora del aperitivo y se echaba un par de cigarrillos con él. Al entrar en el local lo había encontrado en el suelo, la escalera tirada a su lado. Primero avisó a la policía, después a mí. Cuando llegué, el inspector ya estaba allí.

No podía acordarme de su nombre, en el bolso debía de tener el papel donde me había apuntado sus números de teléfono, pero inexplicablemente recordaba la forma en que me miraba. Moví la cabeza de un lado a otro.

—Nena, esto es absurdo —murmuré.

Decidí levantar el cierre parcialmente, la falta de luz natural me empezaba a agobiar. Rebusqué el llavero en el bolso y volví a salir a la oscuridad del portal, de ahí a la calle. Me agaché para poder meter la llave en las cerraduras, había una a cada lado de la coraza de metal, casi en el suelo. Una

vez abiertas enganché los dedos en las celdillas de la persiana y tiré hacia arriba. La chapa cedió y comenzó a subir anunciando con su estridencia metálica que el taller se estaba abriendo. ¡Justo lo que no quería! Pero ¿qué esperaba?, ¿qué por arte de magia dejara de chirriar?

Lo detuve por encima de mi cabeza. Busqué la llave de la puerta y en cuanto abrí me precipité al interior del local y cerré de nuevo. No quería visitas, en esos momentos lo último que deseaba era una nueva enumeración de las bondades de mi padre por parte de algún vecino compasivo. Necesitaba estar allí sola. Tenía que ordenar mi dolor, redimirme y dejar de sentir esas sacudidas que me helaban el estómago; sobre todo precisaba tener la certeza de que no me estaba equivocando.

Devolví las llaves al bolso y dirigí la mirada a la pared, a la derecha de la escalera, *La Magdalena penitente* de Mateo Cerezo continuaba allí. Perteneecía a mi tío Daniel y desde que podía recordar había estado colgada en el mismo sitio. Siempre me había gustado ese cuadro a pesar de su oscuridad.

—Aquí seguimos las dos —susurré— no amadas, al menos no como quisiéramos.

Las lágrimas brotaron despacito, silenciosas, anegando cauces ya conocidos; las dejé abrirse paso por mi cara hacia mi cuerpo, hacia el suelo. ¿Me estaba volviendo loca? ¿Era yo la que lo complicaba todo?, ¿la que lo magnificaba? Tal vez la vida era mucho más sencilla: no había que dar tantas vueltas, que pensar tanto.

«... *One of these days I'll look back and I'll say I left in time, cause somewhere for me I know there's peace of mind...*».^[2]

Retiré los auriculares de mis orejas de un tirón. La desilusión que se me había instalado entre la garganta y el pecho amenazaba constantemente con subir a mis ojos y desparramarse sin control. ¿El problema residía en que no me resignaba? Quizá debería ser feliz con lo que tenía... pero el caso es que no lo era.

—Uno no puede conseguir las cosas solo por la intensidad con que las desea ¿o sí? —le pregunté a mi tocaya que, por supuesto, no me respondió.

Aparté la mirada del cuadro buscando el espejo de cornucopia, pero no lo encontré. Volví a repasar la pared, no estaba. Me giré examinando con detenimiento el resto de paredes. No podían habérselo devuelto a nadie, ese

espejo era de la familia, o eso creía yo. Había estado colgado en la entrada de nuestra casa hasta que un buen día, mientras lo limpiaban, el clavo que lo sujetaba se rompió y la madera se hizo pedazos. Papá lo había restaurado, pero entonces Iria, mi madre, decidió prescindir de él y continuó en el local.

Caminé hacia el fondo del establecimiento y entré en la pequeña habitación que hacía las veces de oficina. Estaba separada del taller por dos paneles contruidos en madera y cristal translúcido, en el más largo había una puerta por la que se accedía al pequeño despacho.

El espejo tampoco estaba allí.

En ese momento alguien golpeó la puerta de la calle. Muy a mi pesar tenía que abrir, no podía hacer como si no hubiera oído: el cierre estaba medio subido y a través del cristal se veía la luz del interior. Me limpié las lágrimas con la manga del jersey, dirigí mis pasos hacia la entrada y abrí.

—Hola Félix.

Le di un beso en cada mejilla.

—Hola Nena, te traía un té. Te he visto llegar y he pensado que quizá necesitarías algo que te reconfortara un poco, volver aquí después de todo lo que ha ocurrido no debe ser muy grato, ¿verdad?

—Gracias. Tenía que haber pasado a saludaros, pero todo esto me tiene un poco trastornada.

Me obligué a sonreír aunque sabía que el esfuerzo no lograría borrar la tristeza de mi cara.

¡Qué gusto! Está calentito —aprecié rodeando el vaso con las manos—. Félix ¿sabes desde cuando falta el espejo?

—¿Cuál?, ¿nuestro espejo mágico? —preguntó mientras dejaba el plato y la cucharilla encima de una mesa—. Nena, siempre ha estado aquí que yo recuerde.

Se volvió hacia la pared donde debía estar colgado.

—No soy consciente de si ese día... el último, con la confusión... ya sabes, estaba; pero el anterior seguro: tu padre estuvo hablándome de ti y recuerdo que reparé en él. Me trajo a la memoria la época en que me hice cargo del bar, lo pequeña que eras y cómo te aupaba para que vieras tu cara reflejada en ese espejo. Sonreí al recordarlo.

—Sí, me encantaba. Siempre encontraba alguna excusa para bajar por la

mañana y coincidir contigo cuando le traías el café. Pero mira, ya no está. No sé qué pensar —suspiré—. Hablaré con el tío y con Eduardo. Es extraño, pero desde que entré aquí aquel día me ha perseguido la sensación de que algo había cambiado, algo no encajaba. Aunque no me he dado cuenta hasta ahora de que había desaparecido.

—¿Sigues pensando que no fue un accidente?

—¡Qué sé yo!, me cuesta tanto creer que se subiera a la escalera. Y ahora esto. Quizá sea casualidad o tal vez haya una razón lógica para que falte. O puede que alguien lo quisiera... Posiblemente Eduardo tenga razón y solo complico las cosas.

Las lágrimas regresaron a mis ojos.

—Venga Nena, ya sabes cómo es tu hermano: si no lo ve no lo cree. Desde que naciste solo ha intentado protegerte, a su manera eso sí. Siempre fue serio, desde pequeño, pelín intransigente también, pero no hay más que ver la manera en que te mira para darse cuenta de lo mucho que te quiere.

Meneé la cabeza negándolo.

—Sí Nena, sí. Además, yo no pienso que compliques las cosas, siempre has sido valiente, decidida, has vivido como has pensado que debías vivir y en los tiempos que corren eso tiene mucho valor. Tú padre estaba muy orgulloso de ti, de los dos.

—Bueno, papá era mi fan incondicional. Nunca me echó nada en cara y más de una vez tuvo motivos para hacerlo.

—Sí, te adoraba. Bueno, él decía que lo habías hechizado: «Desde el primer momento que la tuve en mis brazos, Félix, supe que esta niña haría de mí lo que quisiera».

—Vas a conseguir que no pare de llorar —protesté—. Menos mal que mamá estaba ahí para ponerme firme. ¿Lo echas de menos?

Su expresión cambió radicalmente.

—Todas las mañanas cada vez que se acerca esta hora me entra una congoja enorme. Desde el primer día que me tuve que hacer cargo del bar, después de morir mi padre, he venido aquí hacia el mediodía a charlar un rato con él. Creo que Elías sabía lo mal que me encontraba y con la excusa del café me obligaba a hablar. Era como una terapia. No te imaginas lo que me ayudó. Yo nunca había pensado que terminaría atendiendo el negocio

familiar y me rebelaba continuamente aunque sabía que no tenía opción: no había otra fuente de ingresos para mi familia y era la única manera de salir adelante. Él había pasado por lo mismo años antes, al enfermar tu abuelo — se aclaró la garganta y prosiguió—. Supongo que también se resistió, se enfadó y se dio los mismos cabezazos contra el muro insalvable de los hechos. Él calmó mi angustia; ya sabes que no hablaba mucho pero lo poco que decía era lo que yo necesitaba oír. Nunca me juzgó, nunca hizo que me sintiera avergonzado por querer escapar de todo esto —la voz le había empezado a temblar—. ¡Me estoy haciendo viejo criatura!, antes no lloraba casi nunca y ahora me cuesta controlarme. Mala señal.

Dio unos pasos alrededor del taller mientras se serenaba.

—Nena, si quieres que te diga la verdad —prosiguió— a mí también me extraña muchísimo que se subiera a la escalera. En el momento no lo pensé, con el desconcierto y la impresión no podía siquiera digerir lo que había pasado, pero con los días he ido reflexionando sobre la forma en que murió y me cuesta creer que ocurriera de esa manera.

Lo miré fijamente, había dejado el vaso sobre una de las mesas del taller y me había apoyado en ella, mis manos agarraban el borde con fuerza, intentando sobreponerme al ataque de ansiedad que comenzaba a invadirme. El nudo que tenía en la garganta creció. Era la primera persona que se mostraba de acuerdo con mis especulaciones.

—No sé qué hacer la verdad —me resultaba difícil hablar, tenía la boca seca—, veré si Eduardo o el tío saben algo del espejo, aunque seguro que se enfadan si piensan que sigo dando vueltas a lo mismo. También podría llamar al policía con el que hablé...

—¿A quién, al inspector Rivera?

—¿Lo conoces?

—Sí, Javier Rivera. Tu padre y tu tío también lo conocían. Pertenece a la comisaria de la calle Rafael Calvo, pasa por el bar con frecuencia a tomar algo; supongo que cuando le cuadra, no es regular con los horarios. Coincidió allí con tu hermano y con Daniel cuando andaban contactando con los clientes del taller.

—No me dijeron nada.

—No hablaron mucho, comentaron algo sobre los plazos del informe de

la autopsia.

—Ya. El informe de la autopsia: traumatismo craneoencefálico, localizado en la base del cráneo con laceración en las meninges, hemorragia intracraneal, infarto de miocardio... Lo recuerdo perfectamente. No creo que consiga olvidarlo jamás. A veces pienso que no debí leerlo.

—Eduardo no quería que lo hicieras. Si hubiera podido te lo habría prohibido.

—Seguramente, pero no sé si era por ahorrarme el disgusto o para que no siguiera indagando. Además ya se había vuelto a Bali y el tío Daniel no podía negarse a dármelo. Todo lo que ponía era compatible con caerse de la escalera y desnucarse, pero también podría ser que le hubieran... empujado. ¡Ay, Félix! No sé si esto tiene sentido. ¿Qué interés podría tener nadie en ese espejo o en papá? Quizá deba parar aquí, en este momento pero —pateé el suelo con rabia— ¡es que no puedo aceptar que las cosas pasaran como ellos dicen!

Se acercó y me rodeó con su brazo.

—Piénsatelo, vendrá por el bar en algún momento, puedo comentarle que quieres hablar con él.

—Tal vez sea lo mejor. Llamaré a Edu y a Dado y reconsideraré todo de nuevo; ya te contaré.

—Como quieras. ¿Las niñas?

—Estupendamente. Guiomar muy mayor y responsable, me recuerda mucho a Eduardo, y Lola, ya la conoces, feliz, viviendo intensamente sus cinco años.

—¿Y Carlos? Es obvio que tenéis problemas.

Apoyé la cabeza en su pecho.

—Tener, tener... soy yo la que los tiene. No sé por qué pero mis parejas nunca tienen problemas conmigo, siempre es al revés. Puede que yo sea el problema. Llevo tiempo demorando las cosas y ahora no tengo fuerzas para enfrentarme a ello, estoy superada por todo lo que ha pasado. En estos momentos no podría resistir una batalla legal con Carlos por la custodia de Lola: sin papá, Edu que pondrá el grito en el cielo... Ya no tengo ni espejo mágico, Félix.

—Venga Nena, no eres la primera persona con dos divorcios a su espalda,

ni la última. La vida tiene estas cosas, pero te da la oportunidad de empezar de nuevo, de reinventarte. Todavía tienes muchos cartuchos que quemar criatura —añadió dándome un beso en el pelo—, y el tío Félix siempre estará a tu lado.

Miró su reloj.

—Me tengo que ir. Elisa me va a matar, a estas horas el bar se pone imposible, aunque ya no es lo que era... La gente lo está pasando mal y se nota, cada vez más. No sé hacia dónde vamos con estos iluminados que tenemos dirigiendo el país —gruñó palmeando mi mano—. Bueno, pasa antes de irte y te tomas algo con nosotros.

—Me quedaré un rato más —aseguré, abandonando su amparador abrazo— y después voy a veros. Espera, te abro.

Me acerqué a la puerta y giré la llave. Empujé la vieja hoja de madera y cristal.

—Félix —añadí en voz baja cuando él ya había salido a la calle—, creo que nunca te lo he dicho pero te quiero mucho.

Se volvió y me sonrió, hizo un gesto con la mano para que entrara en el local. Las lágrimas empañaban sus ojos.

—Definitivamente me estoy volviendo un blando —dijo al despedirse.

Lo acompañé con la mirada hasta que entró en el bar; había envejecido: seguía caminando tieso como un palo y conservaba su característica mata de pelo blanco, pero los andares eran algo más lentos de los que yo recordaba. La evidencia me apenó.

Cerré y me recosté contra la puerta; vagué la mirada por la pared hasta el hueco en donde debería haber estado el espejo y la mantuve allí mientras decidía qué hacer.

Cinco minutos después caminé con determinación hacia el bolso, tardé un buen rato en encontrar mi móvil entre todas las cosas que había en su interior. Con él en la mano entré en la oficina y tomé asiento en el antiguo sillal de madera.

Cuando mis padres reformaron la casa después de casarse, bajaron el despacho del abuelo al taller: una librería de tres cuerpos, una mesa, dos sillas y un sillón de estilo castellano de finales del siglo diecinueve. La madera de nogal se había ennegrecido con los años. Las puertas de la librería y los

respaldos de las sillas tenían unos medallones labrados con el busto de Don Quijote, las patas estaban torneadas y los asientos, tapizados en terciopelo rojo, habían conocido tiempos mejores. Acaricié el brazo del sillón con la mano que tenía libre mientras observaba los muebles; la abuela se los había regalado a Eduardo pero dudaba que él quisiera conservarlos.

Devolví la mirada al teléfono, deslicé el dedo por la pantalla varias veces hasta dar con el número correcto y apreté el botón de llamada...

«*Someone told me long ago there's a calm before the storm, I know, it's been comin' for some time. When it's over, so they say, it'll rain a sunny day, I know, shinin' down like water...*».^[3]

Esperé, sabía que a lo mejor tendría que marcar de nuevo, Dado nunca recordaba dónde había dejado el móvil. Esa música la debía haber elegido mi prima Xabela, era típico de ella; sonreí pensando en la cara de estupor de los amigos del tío cuando lo llamaran. Saltó el contestador y lo intenté de nuevo.

—¿Sí? —su voz sonaba ronca y lejana.

—Hola, soy Nena. ¿Cómo estás?

—Hola Nenica, aquí voy, tirando. ¿Qué puedo decir? Triste, muy triste, esto de tu padre es lo más difícil que me ha pasado nunca.

—Ya.

—A nuestra edad uno sabe que las cosas pueden ocurrir en cualquier momento pero siempre confié en que, al ser el mayor, moriría primero y ya ves, he enterrado a todos mis hermanos. Pero lo de Elías... con tu padre no solo he perdido al último de ellos, he perdido a mi mejor amigo —su voz se quebró al terminar.

—¡Ay Dado!, yo también lo echo muchísimo de menos. Me acuerdo de él a todas horas. Pero me alegro de que tú sigas aquí: solo oírte me consuela, tu voz es tan parecida a la suya, y te quiero casi, casi, casi tanto como a él.

—Siempre has sido una camelista ¿lo sabes?

—Sí, mi trabajo me cuesta —contesté riendo.

—*A quen Deus non lle da fillos o demo lle da sobriños*^[4] —dijo, ahora sonaba más animado.

—Unos sobrinos encantadores por cierto. Dado, quería preguntarte una cosa. Cuando Eduardo y tú devolvisteis las piezas a los clientes, ¿hicisteis algo con el espejo de cornucopia?

—¿Con tu espejo mágico?

—Sí, no está en el taller. Félix me dijo que el día anterior sí que estaba allí, por lo visto estuvieron recordando mi complejo de Blancanieves y pasó un buen rato mirándolo.

—Te duró ¿eh, Nena? —se rio—. Pero no, no hicimos nada con él, y tampoco recuerdo si estaba. La verdad es que no me fijé, ya era parte del taller, supongo que lo di por hecho. ¿Has hablado con tu hermano?

—Aún no, iba a llamarlo más tarde, por la diferencia horaria. Quería llevármelo a casa, a mis años un espejo mágico mentiroso viene muy bien. ¿Está Xabela por ahí?

—No, ha bajado a comprar, es viernes y hoy vienen las paisanas al mercado. Ya la conoces, es como la abuela: «De los que comen alguno escapa». Ha decidido que el pulpo, el caldo de grelos, la empanada y el albariño son la mejor medicina y me está atiborrando; ahora que los chicos están en Santiago estudiando le he venido como anillo al dedo.

—¿No te estarás quejando?

—Ni se me ocurriría quejarme de mis sobrinas —bromeó—. A propósito, tú no necesitas espejos mágicos y menos mentirosos. Eres preciosa y no dejes que ningún chisgarabís te convenza de lo contrario.

—Gracias, aunque no sea la opinión más objetiva del mundo es alentadora.

—Tonterías.

—¿Hasta cuándo te vas quedar en Lugo?

—Por lo menos hasta septiembre. No me apetece pasar el verano en Madrid, sin tu padre y a cuarenta grados. Aquí estoy en la gloria; ya sabes que el calor y yo no somos buenos amigos.

—Sí, en eso me parezco a ti.

—¿Por qué no te subes con las niñas unos días? Sé que Xabela te lo quería proponer.

—Es un plan estupendo, pero necesito consultarlo con Guiomar, tiene mucho que estudiar y se agobia cuando está de exámenes. Además debería tomar ya alguna decisión respecto al piso y al taller.

—Lo mejor sería venderlo todo, Nena.

—Eduardo piensa lo mismo y seguramente estéis en lo cierto, pero la idea

de desprendernos de todo se me hace muy cuesta arriba. Por otra parte todavía no sé qué hacer con lo que hay en el sótano, esas piezas no tienen dueño conocido e ignoro si podemos disponer de ellas como si fueran nuestras. Tengo que hablar con Álvaro, el abogado de papá, y comentárselo.

—No es la única decisión pendiente...

—¡Uf! Ahora no puedo Dado, de verdad que no. Estoy abrumada y creo que no soy capaz de pensar con criterio... No tengo energías para encarar nada más. Tendrá que esperar.

—Sobrina, el tiempo es un tesoro, vuela, se escurre entre los dedos sin que te des cuenta. Entiendo que no sea el momento pero cuanto antes te enfrentes a tus fantasmas mejor.

—¿Por qué no quedan hombres como tú, Dado?

—No, no, no te confundas, yo no soy un buen ejemplo: independiente, maniático... Ninguna quiso casarse conmigo.

—O no quisiste tú, mamá decía que eras el hombre de las mil novias.

—Peor me lo pones —alegó risueño—, de las mil ninguna me aguantó mucho tiempo.

Su respuesta me hizo reír.

—Tío, ¿tú sabes de dónde salió el espejo, mi espejo mágico?

—¿De dónde salió? —inspiró hondo y exhaló ruidosamente.

Advertí como se removía en su asiento, masculló algo que no llegué a entender. Permanecí callada. Transcurrió casi un minuto antes de que se decidiera a contestar:

—No sé, mi memoria ya no es lo que era —su voz había adoptado un tono huraño—. Se lo trajeron al abuelo para restaurarlo, alguien de la familia, si no me equivoco, y por lo que parece nunca lo reclamaron. El resto ya lo sabes, un buen día se rompió, tu padre lo volvió a arreglar y se quedó en el taller... hasta hace poco según me cuentas —suspiró profundamente—. ¿A qué le estas dando vueltas Magdalena?

—No, a nada, curiosidad. Quisiera quedármelo y me gustaría saber dónde está. Nada más.

—¿Nada más? Te conozco pequeña y sé que algo te ronda por la cabeza. Sigues especulando sobre la muerte de tu padre, ¿o no?

—Dado, yo... Me parece muy raro que se subiera a la escalera.

—Sí, a mí también. Pero a veces hacemos cosas estúpidas y las decisiones estúpidas llevan a accidentes estúpidos —calló durante unos segundos—. Lo siento, pero no me cabe en la cabeza otra posibilidad.

—Ya, ya, si Eduardo piensa igual que tú.

—¡Ay, ay!, reconozco ese tonillo tuyo. Tu hermano estaba destrozado y se sentía culpable; es lo que tiene la distancia, siempre te queda la impresión de no haber llegado a tiempo, de no estar cuando deberías haberlo hecho. No creo que en esos momentos fuera capaz de digerir nada más y menos tus ideas sobre lo que podía haber sucedido. Ninguno nos esperábamos algo así, y si es verdad que el que Elías se subiera a una escalera es un acontecimiento extraordinario también es cierto que no se me ocurre ninguna razón por la que alguien quisiera matarlo —su voz se había ido endureciendo mientras hablaba—. Magdalena querida, a veces hay que resignarse ante la desgracia.

—No te enfades, ya sabes como soy, no puedo evitarlo.

—¡Cuánta razón tenía tu padre! —ahora el tono era más suave—, decía que eras como una túrmix: una vez que se te mete una idea en la cabeza no paras de darle vueltas hasta que lo ves todo claro. Y no me enfado sobrina, es que me entristece que esas elucubraciones tuyas te hagan sufrir más de la cuenta.

—Vale, puede que tengas razón, la verdad es que todas estas cavilaciones solo me desazonan y no me están llevando a ninguna parte. Pero, a pesar de que no quieras reconocerlo —añadí risueña, intentando relajar la conversación—, sé que te has enojado un poco, en esta familia solo me llamáis por mi nombre cuando estáis furiosos.

—Ahí me has pillado, buena observación —admitió.

—Puro empirismo, no creas —me reí—. Bueno Dado, cuídate mucho y no permitas que Xabela te cebe. Dale un beso de mi parte y cien más para ti, no olvides que eres mi tío preferido.

—No te queda otro, zalamera. Cuídate. ¡Ah! Y si me acuerdo de quién le dio el espejo al abuelo te lo diré, ya me he quedado con el runrún.

—Gracias tío. Adiós.

Con un toque en la pantalla del móvil puse fin a la llamada.

Miré mi reloj de pulsera, eran cerca de las dos. Encendí la vieja radio de mi padre, la música inundó la pequeña habitación.

Tamborileé los dedos sobre la mesa. El bar de Félix estaría hasta los topes durante un buen rato todavía. Podía aprovechar y llamar a Eduardo, allí serían las ocho de la tarde, aunque siendo viernes lo mismo no estaba en casa. Vacilé unos instantes, el miedo a enzarzarme en otra pelea absurda me inquietaba, de unos años a esa parte todas las conversaciones con mi hermano acababan igual...

Este momento es tan bueno o tan malo como cualquier otro, pensé. Decidida levanté el auricular del teléfono fijo y comprobé que había línea, con la otra mano busqué el número en la agenda de mi móvil, lo dejé sobre la mesa y marqué. Volví a recostarme en el sillón.

«... *Tonight, tonight, tonight, tonight, I wanna be with you tonight. Tonight, tonight, tonight, I wanna be with you tonight. The plane took off and my love went with it...*».^[5]

Meneé los pies al ritmo de la música mientras esperaba.

—*¡Hi!* —una voz de mujer contestó al otro lado.

—*¡Hello!*

Dudé si me habría confundido, normalmente era mi hermano quién cogía el teléfono.

—*Is Eduardo there, please? This is his sister calling*^[6].

—*Hold on, please*^[7].

Escuché pasos alejándose y, unos segundos después, otros que se acercaban presurosos.

—¿Nena?

—Hola Eduardo, ¿cómo estás?

—Bien, bien, tirando. ¿Pasa algo? —el tono era apremiante.

—No, solo quería hablar contigo. No siempre llamo para dar malas noticias —contesté un poco molesta.

—Lo siento. Perdona. Es absurdo, pero desde lo de papá cada vez que recibo una llamada desde España me descompongo.

—Ya, supongo que es normal —reconocí—, ha sido tan inesperado, tan... tan de sopetón. También yo, desde entonces, arrastro una sensación de fragilidad que me asusta. A menudo por las noches entro en la habitación de las niñas para ver si siguen allí, solo para oír su respiración, como si temiera que en cualquier momento alguien o algo pudiera arrebatármelas. Me aterra

pensar que os pueda pasar algo, que de repente la vida o la suerte o lo que sea os borre de un plumazo...

—Nena, no pienses eso, no tiene sentido. Las cosas pasan cuando tienen que pasar. No dejes que el miedo se instale en tu vida. No se puede vivir así.

—Es que no consigo encajarlo. Lo de mamá fue tan diferente. Tuvimos tanto tiempo para hacernos a la idea, tanto dolor, que solo anhelábamos que el final llegara cuanto antes y la liberara, nos liberara a todos. Esto ha sido feroz, despiadado... ¡Bah!, no me hagas mucho caso, debe ser que me afecta el ambiente del taller. Además, hace un rato he hablado con el tío Daniel y estaba tan triste que creo que me he puesto peor.

—¿Sigue en Lugo?

—Sí, tiene intención de quedarse hasta que termine el verano. Xabela lo está engordando —añadí riendo—, y en cuanto vuelvan los chicos de Santiago estará más entretenido; Luis y Santiago no le dejarán parar. Quizá me suba unos días con las niñas en junio.

—¿Has pensado ya qué hacer con la casa y el taller? —me preguntó.

—Posiblemente tienes razón y lo mejor es venderlo todo. Me acercaré a la agencia de Sole. Es mala época, la mitad de Madrid está en venta, pero Santa Engracia es una buena calle y el piso es grande y luminoso, no creo que tengamos demasiados problemas para encontrar un comprador.

—¿Y el taller? —su tono ahora era cauteloso.

—Sé que hay que venderlo, pero antes debo hablar con Álvaro, necesito que me asesore sobre las piezas que continúan aquí —suspiré con cansancio—. Me tienes que decir qué cosas deseas conservar, además el despacho del abuelo es tuyo.

—El despacho... lo había olvidado por completo. No quisiera deshacerme de él y hay un par de cuadros con los que me gustaría quedarme, si tú estás de acuerdo. Quizá un guardamuebles sea lo mejor.

—Hay tiempo, el mercado inmobiliario está de capa caída. A propósito ¿tú sabes algo de mi espejo mágico? No está. Félix me dijo que el día anterior a la muerte de papá lo vio colgado en la pared.

—¡Qué raro!, no recuerdo haber reparado en él, pero doy por sentado que seguía donde siempre.

—Pues no, ha desaparecido.

—¿Qué quieres decir con que ha desaparecido? —preguntó mi hermano secamente.

—No quiero decir nada, solo te informo de que ya no está en el taller.

Me enderecé en la silla, la conversación comenzaba a ponerse fea.

—Estás insinuando algo más.

—Eduardo no insinúo nada, solo digo que no está y es absurdo, chocante, todo es endemoniadamente inexplicable: que el espejo desaparezca al morir papá, que papá se desnude al caer de una escalera de cuatro peldaños a la que no se hubiera ni arrimado en condiciones normales. ¡Papá no se había subido a una escalera en los últimos treinta años!

Me di cuenta de que estaba casi gritando y bajé la voz:

—Edu, es ridículo, con sus problemas de cadera no hubiera podido salvar esos escalones.

No se oía nada al otro lado de la línea. Nos quedamos callados. Los minutos pasaban. Continué:

—El tío piensa que fue fruto de la mala suerte, de una imprudencia.

Mi hermano seguía mudo, lo único que oía era el sonido de su respiración.

—Félix pasó a verme hace unas horas, a las doce como cuando lo visitaba. Me comentó que con el paso de los días cada vez le costaba más creer que papá se hubiese encaram...

—¡Déjalo ya! —la voz de Eduardo retumbó en el teléfono como un trueno—. ¡¿Qué sentido tiene todo esto?! ¡Qué más da ya!

—¿Cómo que qué más da? No da lo mismo. ¡A mí no me da lo mismo! Una cosa es que papá sufriera un accidente y otra, muy diferente, que alguien, yo qué sé... lo asaltara. Yo necesito saber que ocurrió exactamente —hablé en voz baja, comedida.

—Saber no nos lo va a devolver.

—Eduardo, ¿tú de verdad crees que papá se subió a esa escalera?

—Magdalena, no sé qué creer, pero me da lo mismo. Papá está muerto y eso no va a cambiar. Voy a pasarme el resto de mi vida echándolo de menos y que te pongas a estas alturas a jugar a Sherlock Holmes no nos va a ayudar a ninguno —hizo una pausa para coger aire—. Y a ti menos que a ninguno.

—¡Ya estamos! ¿Qué quieres decir con que a mí menos que a ninguno?

—Solo sugiero que deberías utilizar tus energías en algo más útil que fabular asaltos.

—¿También me vas a enseñar ahora a bien emplear mis energías?

—Nena, no empieces.

Habíamos pasado por lo mismo en demasiadas ocasiones y esa vez no pude o no quise controlarme y exploté:

—¡Pues termina tú! Termina con tus intentos de enderezar mi vida. Lamento no cumplir tus expectativas. Puede que mi vida no tenga la trascendencia de la tuya, pero es la mía, yo elijo, y desde que recuerdo he intentado hacer las cosas lo mejor posible aunque a ti te resulte increíble. Nunca he tenido claro mi futuro pero siempre he sabido lo que no quería, en qué no me quería convertir, a qué no quería llegar. Estudié, trabajé, me enamoré, me equivoqué, me volví a enamorar, a equivocarme y me sigo equivocando; mucho más que cualquiera. Nunca te he dado problemas más allá de los que planteaste tú solito diseñando un futuro a tu medida para mí. Siempre he estado ahí cuando me habéis necesitado y por lo visto no me ha valido de nada porque haga lo que haga invariablemente te parece mal.

A pesar de que traté de evitarlo rompí a llorar.

—Venga Nena, yo no quería...

Ahora fui yo la que lo interrumpí:

—Y lo siento, lo siento infinitamente —el llanto no me dejaba hablar—: desde que mamá murió cada vez estamos más distanciados y ahora que papá ya no está quizá nos alejemos para siempre y yo... yo te sigo necesitando.

Sorbí ruidosamente mientras sujetaba el auricular con el hombro y me limpiaba las lágrimas con las mangas del jersey.

—Pero deja de juzgarme de una puta vez —proseguí—. Ya lo hago yo todos los días y te aseguro que no hay juez más implacable que yo misma —clamé.

—Nena, Nena ¿qué pasa?

—Nada, no pasa nada. Mi mundo se derrumba y solamente quiero saber por qué. Lo único que quiero es ser feliz. Me intento convencer de que todo está bien pero papá se muere de repente, mi matrimonio es una mierda, tú te estás convirtiendo en un extraño y yo me voy desmoronando por el camino.

Me incorporé en la silla y apoyé los codos en la mesa.

—Me encuentro cada vez más sola —dije con voz entrecortada—. Ahora ya no tengo ni a papá para hablar.

—¿Él lo sabía?

Sorbí de nuevo.

—Ya sabes cómo era, desde pequeña leyó en mí como en un libro abierto; podía reconocer mi estado de ánimo por teléfono, solo por el tono de mi voz. Desde la muerte de mamá nos veíamos varias veces a la semana y charlábamos mucho —me encogí de hombros y suspiré—, o más bien yo hablaba y él me escuchaba. Siempre estaba de mi parte: «Si no te hacen feliz no te merecen hija» me decía. Dos días antes habíamos cenado juntos y me estuvo contando cosas de mamá, de lo que se quisieron, aún puedo recordar sus palabras: «Para tu madre y para mí fue tan fácil. Ella pasó a ser la única desde el día que nos conocimos hasta que murió y a mis años creo que solo con su recuerdo me conformo, su memoria me reconforta... Sí, debe ser duro vivir sin lo que nosotros tuvimos».

Las lágrimas aparecieron de nuevo y las enjuagué con el bajo del jersey.

—No sé si voy a poder con todo esto Eduardo.

Ninguno dijo nada durante un buen rato. *Otis Redding* silbaba *Sitting on the dock of the bay* en la radio. Se oían ruidos al otro lado del teléfono y me percaté de que alguien se había acercado a mi hermano y conversaba con él en susurros. Esperé. Cuando comenzó a hablar sonaba realmente apenado:

—Nena, lo siento. De verdad que lo siento mucho. A veces puedo ser un verdadero cabrón.

—Yo no he dicho eso.

Me dejé caer sobre el respaldo del sillón.

—Ya lo sé, soy yo quien lo afirma. Nunca he sido muy hábil en esto de las relaciones personales. Pero Nena, yo te quiero muchísimo, eso debería estar fuera de toda duda, y quisiera protegerte; desearía que nunca, nada o nadie, lograra hacerte daño. No puedo evitar pensar que si vivieras de otra manera te ahorrarías muchos disgustos, aunque probablemente no te pasara nada —añadió irónico—. Llevas toda la vida arriesgándote, en el plano sentimental quiero decir, y yo sin embargo me he escudado en mi trabajo y en los estudios para no comprometerme, para que el amor no me rozara —exhaló ruidosamente—. No sé cómo ayudarte, nunca lo he sabido, tu

intensidad me abruma y esa impotencia hace que me enfrente contigo. Es mi forma de huir, de ponerme a salvo.

—Eduardo, yo...

—Déjame hablar, por favor. He pensado mucho desde que volví. Me sentía fatal: la distancia te condena a esperar que las noticias te alcancen, buenas o malas; la realidad te golpea con toda su crudeza pero no se te permite llegar a ella. Siento que os he fallado, continuamente, sobre todo a ti. Has cargado con todo: la enfermedad de mamá, la soledad de papá... Jamás me has reprochado nada, ni te has lamentado y yo soy incapaz de compensarte por ello. ¿Cómo puedo ofrecerte consuelo si soy incapaz de agradecerte todo lo que has hecho o de pedirte perdón por todo lo que yo he dejado de hacer?

—Pero Eduardo, no hay nada que agradecer ni que perdonar. Tú hiciste tus elecciones en la vida y yo las mías. Es verdad que tu trabajo te llevó lejos de nosotros, pero era lo que siempre quisiste, no podías renunciar a tu sueño. Todos te apoyamos en ese momento y hemos seguido haciéndolo después. No hay razón para sentirse culpable. Para mí cuidar de papá y mamá no ha supuesto una carga, ha formado parte de mi vida y el que tú hubieras vivido aquí no habría cambiado mi manera de comportarme. Considero que estás siendo muy duro, siempre has estado pendiente de ellos.

Me revolví en el asiento y continué:

—Por mi parte creo que nunca te he pedido nada que no pudieras darme, solo he buscado tu cariño y llevo años preguntándome por qué no lo merecía.

Alguien hablaba de nuevo con mi hermano.

—Edu, si te viene mal podemos dejarlo por otro momento.

—Nena no, precisamente le estaba diciendo a Annika que se fuera adelantando sola.

—¿Annika? ¿Era ella la que contestó al teléfono?

—Sí, bueno, mi vida ha cambiado mucho en los últimos tiempos. Teníamos pensado visitaros y poner os al día pero la muerte de papá trastocó nuestros planes. Luego allí no fui capaz de contaros nada, me pareció que mi felicidad no procedía en esos momentos.

Me puse de pie, ya no aguantaba más tiempo sentada, alargué la mano libre hacia la radio y bajé la música.

—Eduardo, no sé si me estoy enterando bien de lo que me quieres decir pero comienzo a pensar que realmente estás mal de la cabeza, ¡por favor!, te has convertido en el remordimiento con patas. ¿Quién es Annika? ¿Qué es eso que nos tenías que contar y que no nos contaste? ¿Cómo que tu felicidad no procedía? ¿Qué quieres decir con «teníamos pensado»? ¿Qué mejor momento...?

—Nena, Nena, para.

—¡Cuéntamelo ya!

Me balanceé sobre los talones con nerviosismo.

—En cuanto dejes de ametrallarme a preguntas —contestó—. Annika y yo nos conocemos desde hace años pero nuestra relación ha sido intermitente porque ella ha pasado largas temporadas en Afganistán y Pakistán como responsable de las campañas de vacunación en esos países. Volvió a Indonesia tras el tsunami de 2004, aunque se quedó en Sumatra coordinando nuestro proyecto en esa isla. Hace tres años regresó a Ubud y desde entonces hemos estado trabajando mano a mano —titubeó unos segundos—. Llevamos casi un año viviendo juntos.

Me apoyé en el borde de la mesa e inesperadamente una gran sonrisa casi dividió mi cara en dos.

—¡Tienes novia!

—Algo así... y algo más —contestó nervioso.

—¿Algo más?

—Vamos a tener un bebé.

—¿Qué? ¡¿Un bebé?! Pero eso es maravilloso Eduardo. ¡Cuánto me alegro! —inspiré profundamente—. ¿Cuándo nacerá? ¿Sabéis el sexo? ¿De dónde es Annika? ¿Sabe español?

—Respira y no me atosigues. A ver, obviamente es más joven que yo, tiene cuarenta años, es sueca, habla inglés y un español bastante pasable. Está embarazada de cinco meses y medio, cuando ocurrió lo de papá el ginecólogo que la trata nos desaconsejó que viajara: eran muchas horas de vuelo y por la edad y algunos problemas que tuvo en los primeros meses lo consideran un embarazo de riesgo. Es una niña, las dos están perfectamente y...

—¿Y tú?

—Creo que nunca he sido tan feliz. Me costó años decidirme, superar mi

miedo al compromiso. Al final Annika me tuvo que dar un ultimátum y yo... no quería perderla.

—Esa chica me gusta —admití—, fue capaz de poner en un aprieto a mi súper hermano.

—Sí, debe ser que me estoy haciendo viejo.

Me senté en el sillón de nuevo, estaba agotada.

—Edu, ¿cómo pudiste pensar que tu felicidad podría no ser bien acogida? Un poco de alegría nos habría venido bien a todos —meneé la cabeza confundida—. No soy capaz de entenderlo, de verdad, a veces te comportas como un verdadero memo.

—Ya me conoces, me vuelvo absurdo, injusto, cuando no tengo la situación controlada, y gestionar los sentimientos, los afectos, no es mi fuerte desde luego. Pero estoy mejorando, realmente lo intento —hizo una pausa y siguió hablando—. Lamento profundamente mi conducta en los últimos años. No supe reaccionar tras la muerte de mamá, me volqué en el trabajo y el contacto con vosotros hacía resurgir todo el dolor y la ira que guardaba dentro, y lo pagué contigo. Solo espero que estas disculpas no lleguen demasiado tarde.

—Ya te he dicho que no hay nada que perdonar, hablar, como lo estamos haciendo ahora, me compensa de toda la incertidumbre. Y Eduardo, yo también tengo mucho que lamentar: no entendía por qué te comportabas así pero nunca intenté ponerme en tu pellejo, di por hecho muchas cosas y no quise ver que algunas te afectaban más de lo que demostrabas —suspiré apenada—. Desde que recuerdo siempre que ha sucedido algo has intentado disimular tu sufrimiento. Yo lo sabía, pero acepté esa pose tuya, estoica e imperturbable, para no tener que preocuparme también de ti. Me puse a salvo a mi manera. No hemos sido los mejores hermanos del mundo en los últimos años, según parece.

—La distancia tampoco ha ayudado —añadió él, conciliador—. ¿Querrás venir en verano? Contamos contigo para que nos ayudes cuando el bebé nazca. La madre de Annika es muy mayor y no podrá acudir.

—Me ofendería que no me lo preguntaras, ¿cuál es la fecha probable de parto?

—Mediados de agosto.

—¿Queréis que vaya sola o con las niñas? Habla con Annika, quizá no le apetezca tener a un montón de desconocidas revoloteando alrededor.

—¿Y Carlos?

—Lo dudo mucho. Tal y como se ha comportado tras la muerte de papá —suspiré—. Por favor, ¿podríamos dejar este tema para otro momento?

—Claro, cuando tú quieras, pero tenme al corriente.

Su respuesta me conmovió.

—Consúltalo con Annika y dime algo pronto, mándame un *e-mail* o un SMS. Debería reservar los billetes ya; cuanto más se acerque la fecha más caros serán. Guiomar y Lola se van a poner contentísimas y seguro que quieren charlar con vosotros. Nos podríamos conectar por Skype el sábado de la semana que viene, hacia el mediodía de aquí, las ocho o las nueve de la noche para vosotros, ¿te parece? Este fin de semana las niñas no están.

—Perfecto, es una idea estupenda —carraspeó un poco antes de continuar—. Nena, respecto a lo otro, no sé lo que le sucedió a papá y, la verdad, no tengo claro que tenga sentido darle más vueltas, ni una siquiera, pero el que tú lo vayas a hacer sola, conociéndote, me inquieta.

Me di cuenta de que estaba realmente preocupado y en ese mismo momento resolví que no les contaría nada más sobre el tema. Si seguía investigando, todavía tenía que decidirlo, lo haría en secreto; tanto a él como a Dado los mantendría ajenos a mis planes.

—No te preocupes, no podría aunque quisiera, no hay nadie a quién preguntar. Me gustaría recuperar el espejo pero mis últimas esperanzas estaban puestas en ti. Tendré que conformarme, resignarme como bien dijo Dado.

—¿Seguro? —dudó Eduardo—. Creo reconocer el tono que utilizabas con mamá cuando lo que la estabas contando no era exactamente la verdad.

Se me escapó una risilla nerviosa sorprendida de su agudeza.

—Tonterías, no pienso marear más ese tema, te lo prometo.

Mantuve los dedos índice y corazón de la mano libre cruzados mientras se lo aseguraba.

—Bueno —concluí—, tu chica debe llevar ya una eternidad esperando y yo me muero por tomarme unos boquerones en vinagre de los que hace Félix, si es que le quedan. ¿Hablamos el sábado de la semana que viene?

—De acuerdo, Annika y yo estaremos encantados de charlar con vosotras.

—Eduardo, gracias por preocuparte y por quererme... y por hacer el esfuerzo de convertirme en tía a tan avanzada edad.

—Ya sabía yo que alguna puya me lanzarías, ¡hasta pronto, enana!

—Adiós, ¡ah!, y dale un besazo a tu chica de mi parte. Te quiero.

Colgué el teléfono y dejé mi mano descansar encima del auricular. Cerré los ojos con fuerza. Necesitaba un rato de calma para poder asimilar la intensidad de la conversación.

La sensación que me quedaba era agri dulce, me resultaba más fácil disculpar el egoísmo ajeno que el propio. Eduardo se había sincerado sobre el porqué de su comportamiento para conmigo en los últimos tiempos pero a la vez yo había tenido que reconocer la deslealtad de mi conducta. Había gastado tantas energías en gestionar mi dolor y mi desesperanza que me había olvidado del resto: había desdeñado el pesar de mi hermano, había minimizado su desolación y eso no me permitía sentirme aliviada del todo. Y luego lo otro: ¡iba a ser padre! Sonreí.

Sentí una punzada detrás del ojo izquierdo, mi estómago rugía. Quizá los boquerones y un ibuprofeno me ayudarían a encajar todo lo anterior. Las penas con pan son menos, o eso dicen.

Me levanté, recogí el móvil y el bolso, apagué la luz, conecté la alarma y salí a la calle. Cerré con llave y bajé la malla metálica hasta la altura de mis rodillas. Por si acaso.

2

Viernes, 13 de abril de 2012, 15:30

Me quedé parada de espaldas a la puerta observando los cuatro carriles de la calzada. No circulaban casi coches, en unas horas esa tranquilidad sería conquistada por el tráfico de cientos de personas que aprovechan la tarde del viernes para acudir al centro. Recorrí con la mirada la acera de enfrente, no había cambiado demasiado en los últimos años, la mayoría de los negocios seguían siendo los mismos: el *BBVA* en la esquina; la joyería *Santiago*; *La Duquesita*, con aquellos negritos de merengue que me volvían loca de pequeña; el estanco; la agencia inmobiliaria *Hogar.es*; la colchonería; el centro de estética *Peina2* al que acudía cada dos meses para que Carmen me hiciera una puesta a punto, y la bodega *Las Damas* donde tiraban aquellas cañas en las que la espuma parecía *chantilly*, o eso decía mi padre.

Inspiré hondo, sí, ese era mi barrio y allí me sentía en casa.

Percibí movimiento a mitad de calle: Sole salía de la agencia. Me acerqué al borde de la acera y la llamé; aprovechando que no pasaban coches en ese momento, crucé a toda prisa.

—Hola Nena, ¡qué sorpresa! —me besó en ambas mejillas.

Nuestras madres habían sido buenas amigas; durante la infancia coincidíamos en sus citas semanales y aunque Sole era algo más joven que yo nuestra amistad se había afianzado a lo largo de los años.

—Qué bien que te encuentro, hace un rato he estado hablando con Edu, vamos a vender el piso y el taller y queríamos que te encargaras tú. ¿Tienes

prisa?

—No, pensaba ir a comer algo.

—¿Qué tal te va? —quise saber señalando con la cabeza hacia la agencia.

—No me quejo. El local es mío, si tuviera que pagar un alquiler en esta calle no sé si podría aguantar. Ahora solo tengo una comercial, Mercedes —apuntó—, y por suerte para mí solo quedamos dos agencias en el barrio, las demás han cerrado.

Se agachó e introdujo una especie de llave en un agujero que había en la pared a la derecha de la puerta. El cierre comenzó a bajar sin hacer ruido.

Me reí asombrada por la ausencia de chirridos.

—Iba a pasar al bar de Félix a tomar algo ¿quieres que comamos juntas?

Agarró mi brazo y me dio otro beso.

—Por supuesto, será un placer. Tenía la secreta esperanza de que te quedaras con el piso si al final le dabas puerta a Carlos.

Nos acercamos al borde de la acera.

—Lo he pensado, no creas, pero no me siento capaz de abrir otro frente en mi vida ahora. No tengo ganas ni fuerzas. ¿Cruzamos?

El semáforo de García de Paredes se había cerrado y la calle estaba limpia de coches. Puse mi mano sobre la de Sole y nos apresuramos hacia el bar.

Elisa estaba barriendo en la puerta del local, al vernos juntó las dos manos y las apoyó en la escoba; no nos quitó ojo mientras nos aproximábamos.

—Hola Sole. Nena, cariño, vaya ojos. Te has llevado un soponcio en el taller ¿verdad? —meneó la cabeza mientras hablaba—. Tantos recuerdos y todo tan reciente —se apartó de la puerta—. Anda pasad, a ver si conseguimos levantarte el ánimo.

(Elisa es morena, exuberante, una andaluza de armas tomar y medio bruja, o eso aseguraba mi padre. Entrada en años y en carnes, pero «la que tuvo retuvo» y todavía está de muy buen ver. Félix y ella se conocieron en unas clases de bailes de salón en el año 2002 y desde entonces no se han vuelto a separar. Es espléndida de carácter y de corazón. Yo la aprecio muchísimo, entre otras cosas por el derroche de atenciones con el que colmó a mi padre tras la muerte de mi madre).

«... *Regrets, I've had a few; but then again, too few to mention. I did*

what I had to do and saw it through without exemption...».^[8]

Félix cantaba a dúo con Frank Sinatra mientras limpiaba la barra. Me acerqué a él.

—Dime que quedan boquerones.

—He dejado una ración aquí guardada por si venías —me miró serio—. ¿Qué ha pasado? ¡Vaya berrinche!

—¿Tanto se me nota?

Pasé las manos por mi rostro en un inútil intento de borrar las huellas de la llantina. (En el momento en que las lágrimas hacen acto de presencia mi nariz se tiñe de rojo y su piel reluce; el efecto «reno navideño» puede llegar a durar un par de horas).

—He hablado con el tío Daniel y con Edu —le expliqué—, pero ha sido más emoción que otra cosa.

—Si tú lo dices. A ver, ¿qué queréis beber? Sole, ¿un rioja? —mi amiga asintió con la cabeza—, y ¿Nena?

—Un riberita, por favor.

—Y de comer ¿qué os doy? —preguntó mientras llenaba las copas—. Los boquerones, una ensalada de tomate y —realizó un recorrido visual por la barra— me quedan dos trozos de empanada de gulas, ¿os parece?

Nos miramos y asentimos a la vez, seducidas por su oferta.

—Pues venga, sentaos en una mesa que ahora os lo llevo.

Solo quedaban dos parejas en el local. Elisa nos indicó con un gesto una mesa al fondo, al lado de la ventana; cogimos nuestras copas de la barra y nos instalamos allí.

—Así que al final os habéis decidido a vender.

—Sí, la verdad es que me he planteado quedarme con el piso, pero Carlos comenzaría a preguntar y desembocaríamos en una situación que no quiero encarar ahora.

—A ver Nena, este es tu barrio, tu casa, no tiene sentido deshacerse de él para luego tener que buscar otro. No huyas hacia adelante. Con tu parte de la herencia podrías comprar la mitad de Edu. No sé, pero creo que deberías pensarlo de nuevo: sabes tan bien como yo que lo tuyo con Carlos está muerto. Muerto y enterrado.

Negué con la cabeza.

—Me gustaría dar carpetazo a ese tema de una vez por todas pero necesito tiempo. Solo espero que llegue el día en que el dolor desaparezca o se mitigue —bebí un trago de mi copa y suspiré—. Además hay tanto que hacer...

Félix llegó con la comida, cuando se alejó continué hablando:

—Te dejaré una copia de las llaves para que los puedas enseñar cuando sea preciso. ¡Ay Sole!, me cuesta horrores entrar en el taller. Cuando pienso en las horas y horas que he pasado allí charlando con papá y lo acogedor que lo encontraba. Ahora da miedo, todo el encanto se ha evaporado. El horror me lo ha arrebatado.

Alargó su mano y la puso encima de la mía.

—Los recuerdos —dibujó unas comillas en el aire con los dedos— te ayudarán a recuperarlo, son tantos y tan buenos que encontrarás el consuelo que necesitas.

—Sí, seguramente, pero hay cosas que he perdido irremediablemente, mi espejo mágico entre otras.

—¿El espejo?! —exclamó, enderezándose con brusquedad—. ¡Mierda, mierda, mierda! Nena, yo... Yo vi a alguien llevándose el espejo ese mismo día, temprano, al poco de abrir. El caso es que me extrañó pero consideré que al final lo habríais vendido o que el dueño lo habría reclamado —dio un manotazo en la mesa—. ¡Joder! No me había vuelto a acordar hasta ahora.

Un escalofrío me recorrió de arriba abajo.

—¿Estás segura de que era mi espejo? —pregunté perpleja—, ¿cómo pudiste verlo desde la agencia?

—Había una furgoneta aparcada justo delante y vi como lo cargaban en ella. Lo llevaban medio envuelto en una tela, como de rayas, pero debía haber resbalado y asomaba más de medio espejo. Lo reconocí al momento, el copete era inconfundible, ya sabes cuantas veces nos habló tu padre de lo bonito que era, de la ligereza de la talla... Alfonso estaba conmigo, puede que lo recuerde porque le dije que era un espejo mágico.

Una tormenta se había desatado en mi interior y me abandoné a sus sacudidas.

Sole sintió la necesidad de disculparse ante mi silencio:

—Nena, lo siento, ese día no paré. No volví por la agencia hasta última

hora. Me enteré de lo de tu padre por la noche cuando vine al bar y Félix me lo contó. Después te llamé y la verdad es que... ¿Crees que tiene algo que ver?

—¿Con qué?

Me distraje amasando minúsculas bolitas de miga de pan, la vista fija en el montoncito que iba formando al apilarlas.

—Mírame Nena —casi fue una orden—, ¿tiene algo que ver con su muerte?

Cogí la copa de vino y me la acabé de un trago. Al dejarla sobre la mesa advertí que las manos me temblaban.

—No lo sé... Podría ser —dije, levantando la vista hacia ella—. No me puedo creer que se subiera a la escalera. Sé que no lo hizo. Pero parece que soy la única que tiene esa certeza. Edu y el tío piensan que son cosas mías, que soy incapaz de aceptar lo que pasó y me busco excusas.

Agarré la copa y me volví hacia la barra con ella en la mano, hice una seña a Félix para que me la llenara, la acompañé de una mueca que pretendía ser una sonrisa.

—Tampoco hay explicación para lo del espejo. Sole. Él nunca lo hubiera vendido y si su dueño hubiera aparecido me lo habría comentado antes de hacer nada.

Félix se acercó a la mesa con la botella en la mano. Su cara denotaba preocupación.

—Nena, ¿te encuentras bien? Estás muy pálida.

No contesté, apoyé el codo izquierdo en la mesa y dejé la cabeza descansar encima de una de mis manos mientras, con la otra, iba aplastando una a una las bolitas de miga. Bregué como pude con las lágrimas.

Ya no quedaba nadie en el local. Félix cerró la puerta con llave; cogió una copa de detrás del mostrador y apagó las luces de la barra y del luminoso exterior. Se aproximó de nuevo a nosotras e inclinándose por encima de la mesa corrió la cortina de la ventana de un tirón. Arrimó una silla y tomó asiento a mi lado. Elisa había desaparecido dentro de la cocina.

—¿Qué ha pasado criaturas?

Sole elevó los hombros y las cejas por toda respuesta. Yo me tapé la boca y la nariz con las dos manos y les observé atentamente durante unos

segundos, después descubrí mi cara, me enderecé y comencé a hablar. Les referí las conversaciones que había mantenido con mi tío Daniel y con Eduardo, no mencioné a Annika ni al bebé.

—Mejor de lo que esperabas ¿no? —opinó Félix cuando acabé—. Me alegro de que os hayáis reconciliado, a veces un malentendido termina por convertirse en un error irreparable. Ya te dije yo que tu hermano te quería muchísimo, pero estabas emperrada en que no.

—Sí, fue como una epifanía, a partir de que Edu empezó a desahogarse la madeja se desenredó como por arte de magia. Recuperé la perspectiva. Somos muy diferentes pero desde pequeños hemos estado unidos, nos hemos ayudado y protegido. En algún momento tras la muerte de mamá dejamos de comunicarnos; el egoísmo y la distancia hicieron el resto. No pienso permitir que algo así nos ocurra de nuevo.

—Una buena decisión, ¡sí señor! —aseveró él.

Rellenó mi copa y llenó la suya también, la alzó hacia nosotras y después bebió.

—Respecto a tu tío Daniel, bastante tiene con lidiar con su dolor —cruzó los brazos sobre el pecho—, perder al último de tus hermanos casi a los ochenta debe ser tremendo, mucho más conociendo la relación tan especial que mantenían. No creo que para él la forma en que tu padre murió tenga mucha importancia —sacudió la cabeza—; la vida te aboca a resignarte y la resignación mata la curiosidad.

Cogí un trozo de empanada que olía de maravilla. Antes de hincarle el diente reclamé su colaboración:

—Comed por favor, si no, no os cuento nada más.

(Odio tirar la comida y soy muy capaz de zamparme todas las sobras para evitar que terminen en la basura).

—Le aseguré a Eduardo que no seguiría escarbando en la muerte de papá —me limpié la boca con la servilleta, bebí un buen trago de vino y proseguí—. Le costó creerme. Pero claro, eso fue antes de que me dijeras —añadí apuntando a Sole con mi tenedor— que habías visto como se llevaban mi espejo y...

—¿¡Cómo?! ¿Qué viste como se lo llevaban? —preguntó Félix atónito, apartando la copa de sus labios con ímpetu.

Unas gotas de vino trataron de abrirse paso desde la comisura de su boca hacia la barbilla, se las limpió, apresurado, con el dorso de la mano.

Sole asintió con la cabeza. Su mirada bailaba de uno a otro sin terminar de comprender por qué le dábamos tanta importancia a lo que había visto, aunque supongo que intuía que había algo más tras ese interés.

—No lo he recordado hasta que Nena lo ha mencionado hace un rato. Fue el mismo día en que Elías murió, calculo que sobre las diez y media. Alfonso y yo vimos como un muchacho metía el espejo dentro de una furgoneta. Había otro hombre, de mediana edad, sentado al volante. Cuando vio al primero cruzar la calle salió de la furgoneta y abrió las puertas traseras. Tardaron un poco en acomodarlo, o eso pensé, porque permanecieron dentro unos minutos, después se largaron. Lo reconocí a la primera. Me extrañó muchísimo y pensé en comentárselo —mover la cabeza en mi dirección— pero luego todo se complicó y no me he acordado hasta hoy.

—¿No te fijarías en la matrícula de la furgoneta? —preguntó Félix.

—No, pero era de alquiler, de RapidCar, tenía el logo en los laterales, ya sabéis ese del muñeco que va montado en un rayo. Uno de los pilotos traseros estaba roto. Quizá Alfonso recuerde algún detalle más, pero —añadió frunciendo el ceño— ¿me podéis explicar de una puta vez de qué va todo esto? Tengo la sensación de haber hecho algo mal y no sé el qué.

—Sole, tú no has hecho nada, es algo que vengo rumiando desde el día en que papá murió —apoyé los brazos en el borde de la mesa—. Desde el mismo momento en que puse el pie en el taller tuve la convicción de que las cosas no habían sucedido como decían. Lo de la escalera es imposible, nadie que lo conociera íntimamente daría crédito a esa posibilidad —miré hacia Félix buscando su aprobación y él asintió con la cabeza— a no ser que no quisiera más complicaciones —hice una mueca de disgusto—, como Eduardo y Dado que lo aceptan como algo excepcional y desafortunado. Después está lo del espejo: esta mañana descubrí que no estaba y Félix asegura que el día anterior a su muerte lo había visto en el taller. Ni Eduardo ni el tío han podido aclararme qué ha pasado con él, con todo el lío ni se fijaron, entre otras cosas porque no era una de las piezas que esperaban devolver.

Retiré los brazos y me erguí, apoyé la espalda en el respaldo de la silla.

—Ahora tú me cuentas que viste como alguien se lo llevaba y no tiene

sentido; papá no se hubiera deshecho de él.

Sin querer había ido elevando la voz. Me callé y traté de moderar el tono:

—Por último, cuando le he preguntado a Dado, esta mañana, por el origen del espejo he tenido la sensación de que intentaba evitarme; me ha dicho que su memoria ya no es lo que era. ¿Te lo puedes creer Félix? —di una palmada en la mesa—. Él, que ha sido el custodio de la historia familiar, que recuerda cada fecha, cada nombre, cada dirección... ha vacilado al responder y solo ha dicho vaguedades.

—No quiere darte alas Nena —terció él—, solo trata de no...

—¡Coño! —le cortó Sole visiblemente conmocionada—, ¿nos estás queriendo decir que crees que a tu padre lo mataron?

—No sé qué quiero decir —recorrí la pared de enfrente con la mirada mientras cavilaba—. O sí, quizá sí lo sé y lo que pasa es que me da pavor el mero hecho de pensarlo.

Me aparté el pelo de la cara y lo sujeté detrás de las orejas. (Es un gesto que repito continuamente cuando estoy intranquila). Los observé con cautela mientras hablaba:

—Tengo la seguridad de que mi padre no se cayó de ninguna escalera. También sé, positivamente, que él no se hubiera desprendido de ese espejo sin comentármelo primero; se tuvieron que apropiar de él a la fuerza. Y sí, cada vez estoy más convencida de que lo mataron... Lo mataron por alguna oscura razón que desconozco.

Durante un buen rato el silencio se hizo dueño y señor del bar. Elisa se había acercado mientras yo hablaba y permanecía de pie detrás de Félix, sus manos reposaban en los hombros de él.

—¡Joder Nena! —la voz ronca de mi amiga puso fin a la tensa calma—, según lo cuentas suena totalmente verosímil pero ¿qué secreto podría guardar el puto espejo? Es que no me cuadra. ¿Cuánto tiempo llevaba en vuestra casa? ¿Cincuenta años?, ¿sesenta? ¿Qué mierda ha pasado, justo ahora, para que alguien se haya acordado de él?

—¡Hija, qué boquita! —dijo Elisa con su voz de flamenca—, pero estoy de acuerdo con Sole, algo ha tenido que suceder para que el espejo se haya vuelto tan importante como para asesinar por él. ¡Ay!, niña, perdona.

—No, no te preocupes, si tenéis razón. No tengo respuesta para eso —

cerré los ojos—. Pero no fue un simple robo, no fue un acto irreflexivo, ¡zas!, se les presentó la ocasión y ya está. Nadie alquila una furgoneta para robar a la aventura. Tenía que estar calculado, lo planearon: sabían lo que querían, dónde estaba y vinieron a buscarlo. No se llevaron nada más, había piezas más a mano que valían mucho...

No pude terminar, noté como si perdiera pie, arrastré la silla bruscamente hacia atrás para hacerme hueco y me agaché hasta colocar la cabeza entre las piernas.

—¡Se está mareando! —exclamó Elisa.

Se puso en cuclillas a mi lado.

—Venga corazón, respira tranquila —mientras hablaba me acariciaba la cabeza—. Inspira, espira, inspira, espira. Eso es.

Se volvió hacia su marido:

—Trae un vaso de agua por favor y prepara una tila, o mejor dos. Echa un par de bolsitas en cada una y coge la botellita azul de agua de azahar que hay en la despensa, creo que nos va a hacer falta.

Sole me acercó el agua que Félix había dejado en la barra.

—¿Te encuentras mejor?

Asentí. Me había incorporado de nuevo, todavía aturdida. Agarré el vaso con manos inseguras y bebí a sorbitos.

Se sentó a mi lado, cubrió mis manos con las suyas.

—¿Quieres echarte? Podemos subir a casa.

Me negué con determinación:

—No, estoy bien, de verdad —respiré hondo—. Ha sido la impresión. Estoy superada Sole, triste, cansada y muerta de miedo. Le he dado tantas vueltas al tema, he hilado y deshilado la madeja mil veces durante estas semanas. Y hoy, de repente, las piezas comienzan a encajar y lo que parecía un disparate no es tal.

Mientras hablábamos, los otros dos habían limpiado la mesa y ahora se acercaban con las tisanas, el agua de azahar y una botella de *Luis Felipe* que, Félix había decidido, haría las veces de sedativo en su caso y en el de Sole.

—Esto te asentará un poquito, niña —dijo Elisa colocando una taza a mi altura en la que previamente había añadido un chorretón de la botellita azul—. No tiene azúcar —añadió ofreciéndome unos sobrecitos.

Los vasos de chupito golpearon la mesa cuando Félix los dejó en ella enérgicamente, desenroscó el tapón y los llenó casi hasta el borde. Con un dedo empujó uno de ellos en dirección a Sole.

—Nena, creo que ha llegado el momento de contactar con la policía —se terminó su *brandy* y volvió a llenar el vaso—. Rivera te dejó su teléfono ¿verdad? Pues tienes que llamarlo y contarle lo que has averiguado. Tú no puedes hacer nada más, son ellos los que deben descubrir qué pasó.

—No sé —contesté escéptica—, dieron por hecho que fue un accidente, no me tomaron en serio cuando les dije que era imposible.

—Félix tiene razón —apuntó Sole, que estaba dando cuenta de su segundo chupito—. Tenemos que referirles lo que vimos y luego que ellos actúen en consecuencia.

—Y niña, quítate de la cabeza lo de investigar por tu cuenta —intervino Elisa taxativa señalándome con la cucharilla.

Me volví a mirarla alucinada. ¿Cómo podía haber adivinado mis intenciones?

—Si es verdad que han matado a tu padre por ese espejo y lo tenían planeado, no estamos hablando de delincuentes de poca monta, esa gente está organizada. ¿Quién sabe qué podrían hacer si te encuentran husmeando por ahí?

—Bueno, bueno, Elisa, esto no es un capítulo de *CSI* —protestó Félix—. Vas a asustar a la chica y no creo que sea para tanto. Pero la policía tiene que saberlo Nena, por favor.

Suspiré. Sostenía la taza ya vacía entre mis manos, mantuve la mirada fija en ella. El inspector me había dicho, al darme su teléfono, que si recordaba algún dato más, por pequeño que fuese, lo llamara. Quizá no era tan mala idea.

Me agaché y recogí el bolso del suelo, rebusqué un buen rato en su interior hasta que encontré el papel. Había tres números escritos en él. Sole se recostó sobre mi hombro para poder leer.

—¡Pero Nena!, si te apuntó su móvil personal —chilló divertida arrancándome la hoja de la mano.

—No creo, será otro o que...

—¡De eso nada monada! —soltó interrumpiéndome—. ¡Quién lo iba a

decir!, el imperturbable inspector Rivera conmovido ante tus encantos —se rio sorprendida.

—¿Lo conoces? —pregunté intrigada a la vez que recuperaba el papel.

—Bastante, coincidimos a menudo, aquí o corriendo en el Parque de Santander, además compró el piso donde vive a través de mi agencia. Y para tu información: no está casado, lo compró después de divorciarse.

—¿No te habrás liado con él?

—No, no es mi tipo de hombre, demasiado flemático. Me gustan más canallas. Entre él y tú —continuó después de guiñarme un ojo—, ¡me quedaría contigo!

Estallamos en carcajadas a la vez. Sole nunca había escondido su bisexualidad y yo lo vivía como algo normal: en la adolescencia había sido su confidente en la época en que las dudas sobre su identidad sexual la tenían angustiada y más tarde, cuando lo tuvo claro, lo aceptamos con naturalidad.

Observé a mi amiga mientras reíamos. Siempre había sido guapa; en los últimos tiempos llevaba su pelo rizado y moreno muy corto lo que la hacía parecer más joven. No era muy alta, un metro sesenta más o menos. Se mantenía delgada y en buena forma porque salía a correr todas las mañanas. Era la persona más positiva que conocía, nunca se había dejado abatir, ni cuando el chico con el que salía puso pies en polvorosa al enterarse de que estaba embarazada, ni cuando Tere enfermó... La quería como a una hermana; tanto como a Eduardo. Era un torrente de energía, autenticidad y buenas vibraciones. Su amistad era incondicional. Tenerla en mi vida hacía que esta fuera mejor.

—¡Ay! —Elisa interrumpió mis pensamientos—, si yo hubiera nacido quince años después, en Madrid y en otra familia ¡otro gallo habría cantado!

La miramos sorprendidas, todavía riendo. Félix se echó las manos a la cabeza y abrió los ojos horrorizado.

—Niñas, agarraos los machos porque acabáis de quitarle la espita a la olla —añadió con cara de cosa sabida.

—Pues claro que sí, estas chicas no saben la suerte que han tenido naciendo en unas familias como las suyas. ¿Qué podría contaros de la rigidez y la hipocresía que imponían una ciudad de provincia andaluza, un padre militar y una madre beata que solo se preocupaban por el qué dirán? ¡Cuántas

veces habré oído lo de que «tan importante es ser decente como parecerlo»! El único consejo que me dio mi madre el día que me casé, con dieciocho años —aclaró—, fue que me abriera de piernas y que rezara mientras mi hombre se sa-tis-fa-cí-a —marcó una pausa entre cada silaba al pronunciarlas—. Baste decir que estaba tan asustada que no hubo noche de bodas, antes de que terminara el baile me había subido la temperatura a treinta y nueve y medio.

No podíamos parar de reír, gruesos lagrimones corrían por nuestras mejillas.

—No digo yo que hubiera terminado siendo bisexual o lesbiana — admitió mirando a su marido con picardía—, pero por lo menos habría podido elegir. Claro, que con los años me he desquitado todo lo que he podido, Félix puede dar fe de que soy cualquier cosa menos una melindrosa.

—Ya basta Elisa —la interrumpió él—, puedes mantener esta conversación con las chicas en cualquier momento en que no esté yo, me hace sentir violento; al fin y al cabo podría ser su padre —carraspeó un momento y continuó—. Volviendo a lo que nos interesa, Nena tienes que llamar al inspector, estaría más tranquilo si contaras con una opinión experta, puede que este asunto tenga una envergadura de la que no somos conscientes. Un poco de prudencia nunca está de más.

Estaba terminando de limpiarme el rastro del llanto que quedaba en mi cara. Reconocía los esfuerzos de Sole y Elisa para distender el ambiente y relajarme; la risa había sido terapéutica y agradecía en el alma su empeño.

Me fijé en la cara preocupada de Félix.

—Sí, no pierdo nada por hablar con él. Te prometo que lo haré. El lunes a más tardar, me da un poco de pudor molestarlo en fin de semana.

—Vamos Nena, si te dejó todos sus números —me animó mi amiga.

—Tengo que pensar qué le voy a decir —me excusé—. Quizá tengamos que involucrar a Alfonso en este...

—¡Por Dios!, tu ahijado tiene casi diecinueve años y sabes que adoraba a tu padre, ha sido lo más parecido a un abuelo que tendrá nunca. Si puede ayudar lo hará encantado. Mañana en el desayuno se lo comentaré porque hoy no creo que lo vea —se peinó el pelo con la mano—. ¿Qué vas a hacer ahora?, ¿tienes que recoger a las niñas?

—No, este fin de semana lo pasan con los padres de Aleix en Los

Molinos. Me llamó Carlota el miércoles para preguntármelo, tenían muchas ganas de ver a Guiomar. Siempre que se va a quedar con ellos me piden que le deje a Lola también; la casa está un poco apartada del pueblo y no hay otros niños con los que jugar; yo creo que Guio lo prefiere.

—Bueno, ya que no tienes ningún plan ni mejor compañía que yo —cambió de tema Sole a la vez que se levantaba—, vamos a bajar paseando hasta Fuencarral y de paso que nos compramos algo, cosa que siempre alegra el espíritu o por lo menos el mío, meditamos sobre cuándo vas a llamar a Javier. Además, así dejamos a esta pareja feliz descansar un poco antes de que se empiece a animar la cosa de nuevo.

—Pues sí, me da tiempo a echarme un poquito, la noche del viernes es joven y larga —consignó Félix mirando su reloj.

Mientras Elisa se llevaba los platos a la cocina, Sole y yo barrimos el suelo y terminamos de colocar las sillas en su sitio ignorando sus protestas.

—¡Vaya, hombre!, no gruñas tanto que te vas a hacer viejo antes de tiempo —lo reñí cariñosamente—. Lleváis escuchando mis penas toda la tarde y ¿ahora no voy a poder echar una manita? Si hay confianza es para todo.

Pasé los brazos alrededor de su cuello y le estampé un beso en cada mejilla.

—Gracias, no imaginas lo que me reconforta el poder contar con vosotros.

Avancé hasta Elisa, que ya había salido de detrás de la barra, y le di dos sonoros besos en la cara.

—Elisa, eres un cielo.

—¡Andando!, que tenéis una facilidad para poneros sentimentales —atajó Sole sonriendo.

Se acercó a mí con nuestros bolsos y abrigos bajo el brazo, me agarró por el codo y a empujoncitos me llevó hasta la puerta.

Había refrescado, el cielo estaba casi cubierto y el sol que se colaba entre las nubes apenas calentaba. Nos despedimos de ellos a través del cristal y giramos a la derecha en dirección a la Glorieta de Iglesia. Solo habíamos recorrido un par de metros cuando me paré en seco.

—Espera, no cerré la puerta de acceso al portal y debería bajar el cierre

del todo, antes lo dejé por la mitad.

Volvimos sobre nuestros pasos.

Entré en el edificio y eché la llave de los dos cerrojos. Pensé que era insólito, en vida de mi padre nunca nos habíamos preocupado de la seguridad, había hecho instalar las alarmas después de su muerte; ahora que él ya no estaba cualquier precaución me parecía poca. Al salir de nuevo a la calle me recibió el chirrido de la persiana, Sole terminaba de encajarla; me agaché a su lado y cerré.

—Ya está, vámonos de compras.

Le guiñé un ojo y nos encaminamos calle abajo. Distraerme un poco no me vendría mal.



«... La distancia la marcamos tú y yo a medias si procuras no tenerme en el olvido, yo prometo soñarte mientras duerma y dormir hasta que estés aquí conmigo...».^[9]

Carlos Goñi se desahogaba en el hilo musical de la cafetería.

Llevábamos dos horas de aquí para allá. Habíamos entrado en todas las tiendas del Mercado de Fuencarral y por fin había convencido a Sole para tomar algo y reposar un poco. Nada más sentarme y apoyar el bolso en mi regazo noté la vibración; tardé un rato en encontrar el teléfono. Al examinar la pantalla me extrañé:

—¡Joder Sole!, había puesto el móvil en silencio y tengo seis llamadas perdidas de Carlos, cuatro de números desconocidos y tres de Félix, todas de la última hora.

En ese momento el aparato vibró de nuevo, era Carlos.

—¡Mierda, Magdalena!, ¿para qué coño tienes el móvil? —bramó por teléfono.

—Yo también te quiero.

—Déjate de gilipolleces —contestó cortante—, me han llamado de Securitas, ha saltado la alarma de la casa de tu padre y un poco después la del taller. Voy conduciendo ¿sabes? Si estuvieras un poquito más pendiente de

las cosas no nos traerías a los demás al retortero. Cuelgo, no me vayan a poner una multa —cortó la comunicación sin despedirse.

—Tú encantador segundo marido ¿verdad?

—Sí. Odio que me llame Magdalena. Tenemos que volver ya, por lo visto han saltado las alarmas del piso y del taller —hice una seña al camarero para que nos trajera la cuenta—. ¡Qué alivio!, por un momento he temido que les hubiera pasado algo a las niñas.

El camarero acercó el recibo, saqué un billete de diez euros del monedero y lo dejé encima del platillo.

—¡Qué raro!, yo también tengo unas cuantas llamadas de Elisa —advirtió Sole.

—Me estoy empezando a asustar —confesé al salir a la calle—, es un poco extraño que salten las dos a la vez. Voy a llamarlos.

—Déjalo, si tardamos dos minutos. Mira, ahí viene un taxi libre.

No pudimos aparcar a la altura del bar de Félix, había una ambulancia y tres coches de policía en segunda fila. El taxi nos dejó un poco más arriba. El espectáculo me aterró, corrí hacia la puerta como alma que lleva el diablo.

Un montón de gente se apiñaba en la calle, delante del establecimiento. Un policía se acercó a mí:

—Lo siento señora. No puede pasar.

—Sí, sí que puedo —le contesté atropelladamente—. ¿Qué ha sucedido? Me han avisado...

Alguien se aproximó hacia nosotros desde dentro y abrió. El interior del bar apareció ante mis ojos como un abanico que la puerta desplegaba: vi a Félix que estaba siendo atendido por un médico del SAMUR, en su cara se resecaba un rastro de sangre. Esa imagen se fundió con la visión de mi padre yaciendo muerto en el suelo y el mundo comenzó a difuminarse; los sonidos se confundían en un zumbido ensordecedor. No podía casi respirar. Mis rodillas flojearon y si no llega a ser porque Sole, que estaba ya a mi lado, me sujetó con fuerza me hubiera desplomado en el suelo.

—Nena, Nena, ¿estás bien?

La voz preocupada de mi amiga me devolvió a la realidad. Poco a poco el sonido cesó y la habitación se materializó ante mis ojos. Alguien me sujetaba por los hombros y me estaba sacudiendo.

—¿Qué ha pasado? —pregunté mientras intentaba enfocar las caras que tenía delante—. ¿Félix está bien?

Advertí que estaba sentada, no recordaba cómo había llegado a aquella silla.

—Le han dado un buen golpe en la cabeza, pero nada que no puedan aliviar unos analgésicos y un poco de hielo; nos han recomendado que vaya al hospital para que le hagan un escáner pero ya lo conoces, no va a ir —el tono de voz de Elisa denotaba preocupación—. Tiene la cabeza dura como el pedernal, lo cual no deja de ser una suerte —suspiró mientras me miraba afectuosamente—. ¡Ay niña!, ya dije yo que esto no era obra de unos aficionados...

—Bébetelo —ordenó Sole, tomando asiento a mi lado y acercándose una copa de *brandy*—, tienes la cara cenicienta.

No hice ademán de cogerla.

—¿Qué ha pasado? —volví a preguntar.

Elisa arrimó una silla y me acarició las manos.

—En el momento en que salíais del bar me he acercado a cerrar la puerta. Os he visto retroceder y al poco he escuchado la persiana del taller, he supuesto que habíais vuelto para asegurar las cerraduras.

—Sí, me acordé de que no había echado la llave.

—Cuando pasabais de nuevo en dirección a la glorieta me he fijado que en la acera de enfrente había dos tipos que os estaban observando. Se lo he comentado a Félix y, como siempre, me ha reñido por ver tantos capítulos de *CSI* —se giró un poco para mirarlo y continuó—; pero a mí me seguía pareciendo que se comportaban de manera sospechosa, así que me he apostado en la ventana para vigilarlos; todas las luces del bar estaban apagadas y no podían verme desde fuera.

Asentí en silencio.

—¡Bueno!, el caso es que han seguido merodeando arriba y abajo de la calle durante casi una hora hasta que en un momento dado han cruzado. Uno de ellos se ha acercado al portal y ha desaparecido de mi vista, el otro ha deambulado unos minutos más y a continuación se ha dirigido también hacia allí. Me estaban dando mala espina de modo que he convencido a Félix para ir a echar un vistazo, se había tumbado en la camita que hay en el almacenillo

de detrás de la cocina. No estaba muy por la labor pero al final ha accedido a acompañarme. Hemos salido al patio por la puerta de atrás, sonaba una alarma en uno de los pisos de arriba aunque en ningún momento se nos ha ocurrido pensar que fuera vuestra casa —precisó.

—¿Han entrado en casa?

—Eso parece. ¡En fin!, justo cuando abríamos la puerta de acceso al portal ha saltado la alarma del taller. Félix ha salido como un loco y se ha abalanzado encima del tipo que acaba de entrar en él; me he puesto a chillar y en eso su compañero, que bajaba por las escaleras como una exhalación, se ha venido hacia nosotros y le ha arreado un mandoble con lo que fuera que llevaba en la mano.

Cogió la copa que Sole había dejado encima de la mesa y bebió un buen trago.

—Cuando me he querido dar cuenta Marga, la del primero, y Fernando y Gloria estaban en el portal; Amador entraba en ese preciso instante. El que ha sacudido a Félix ha salido por piernas y se ha largado corriendo hacia Cuatro Caminos. El otro estaba inconsciente, cuando Félix se le ha echado encima ha debido chocar contra la mesa que hay a la entrada del taller y se ha quedado grogui. Los vecinos lo han custodiado hasta que ha llegado la policía. Intentamos localizaros pero no contestabais ninguna de las dos.

Miró alrededor con picardía antes de inclinarse hacia mí y añadir bajando el tono de voz:

—El inspector Rivera está aquí.

Me quedé contemplando a Elisa sin dar crédito a lo último que acababa de decir, más bien a como lo había dicho. Miré a Sole y atisé un destello de diversión en sus ojos. ¿Se estaban volviendo locas?, ¿a qué venían esas artimañas de Celestina? No pude controlarme y ante la sorpresa de ambas rompí a reír como una histérica.

Nadie dijo nada durante un buen rato, estaba fuera de mí, ya no sabía si reía o lloraba; me levanté insegura y me dirigí al cuarto de baño. Abrí el grifo del agua fría y me lavé la cara, mantuve las muñecas debajo del chorro durante unos minutos.

Me sorprendió la tristeza de mi rostro al mirarme en el espejo; el recuerdo del otro, el desaparecido, cruzó mi cabeza como un rayo y las lágrimas

humedecieron mis ojos. Me apoyé en el lavabo. Lástima que la vida careciera de la opción de deshacer como las hojas de cálculo que utilizaba a diario. ¿Y si todo fuera un mal sueño, una horrible pesadilla?, al despertar la luz diluiría el horror y la angustia.

Pero no, la vida continuaba; así era y así debía de ser.

Llené el lavamanos de agua fría y sumergí la cara, cuando ya no me quedaba apenas aire me aparté, lo repetí dos veces más; después saqué papel del dispensador y me sequé a conciencia, dándome tiempo para ubicar el contrafuerte que apuntalara mis emociones y me impidiera desmoronarme de nuevo.

Cuando salía del baño noté una vibración en el bolsillo del pantalón, recordé que había guardado allí el teléfono cuando nos montábamos en el taxi que nos trajo al bar; lo saqué y contesté la llamada.

—¿Mami?

—Hola Guío. ¿Qué tal el viaje?, ¿ha ido todo bien? —traté que mi voz sonara despreocupada.

—Sí, la abuela nos ha traído rosquillas caseras para merendar. Lola se ha tomado cuatro y ha parado porque el abuelo le ha dicho que ya estaba bien, por ella se hubiera comido toda la bolsa —se reía mientras hablaba—. El abuelo dice que me puedo quedar con su MP3 viejo, se ha comprado uno nuevo, ¿te parece bien?

—Sí cariño, dale las gracias.

—¿Dónde estás?

—He venido a ver a la tía Sole, estamos en el bar de Félix.

—¡Qué bien!, dales besitos a todos de mi parte y otro gordo para ti. Te paso a Lola Carambola. Adiós.

—¡Hola, mamita! La «abu» Carlota hace unas rosquillas riquísimas pero el «abu» Miguel solo me ha dejado comer cuatro. Ir en tren es guay; me he sentado en la ventanilla y lo he visto todo, todo. Hace mucho frío y el «abu» ha encendido la chimenea. ¡Lo he ayudado a traer los troncos! —gritaba de la excitación—. La «abu» nos va a enseñar a hacer magdalenas de «manquetilla», guardaré una para que las pruebes. Mejor dos, una para ti y otra para papá.

—¡Qué ricas! Lola, acuérdate de leer un poquito todos los días y dale a

los abuelos un beso de mi parte. Pórtate bien.

—Sí, mami. Un beso, dos besos, tres besos —su alegría desbordaba por el teléfono.

—Adiós, cariño.

Conecté el sonido antes de devolver el móvil al bolsillo. Una tenue sonrisa animó mi cara por unos instantes, la breve conversación me había devuelto algo de paz: las niñas estaban bien, eran felices y esa felicidad alimentaba la mía.

Sentí una oleada de calor recorriendo mi cuerpo, Lola y Guiomar encarnaban mis intentos de amar y ser amada. Una de las últimas conversaciones que había mantenido con mi madre emergió genuina de entre mis recuerdos: «Vivir está lleno de riesgos, igual que amar. Nena, lo peor no es perder el amor, lo peor es no volver a encontrarlo nunca».

Reparé en todas las mujeres que me habían acompañado a lo largo de los años: mi madre, las abuelas Guiomar y Candela, Tere, Sole... todas ellas valerosas, tercas e independientes. Sus palabras regresaron a mi mente una vez más: «Vivir está lleno de riesgos, igual que amar».

—¿Se encuentra mejor?

Una voz masculina me sacó de mi recogimiento. Levanté la vista y me topé con los ojos del inspector Rivera, estaba de pie justo delante de mí mirándome con atención; no lo había visto acercarse e ignoraba cuanto tiempo llevaba ahí.

Sus ojos eran oscuros, intensos, la nariz recta y larga, la boca grande, de labios generosos. Ninguno de sus rasgos era especialmente bonito pero el conjunto resultaba bastante atractivo. El pelo, entrecano, se despeinaba en rizos rebeldes sobre su cabeza.

Alzó las cejas, seguía esperando mi respuesta.

—Perdón. Sí, creo que sí —contesté azorada apartando los ojos de su cara —. Lo siento, hoy está siendo un día bastante complicado.

—Quisiera hablar con usted, si no le importa, necesito poner un poco de orden en toda esta historia. Elisa y Sole no nos quitaban la vista de encima. Félix estaba detrás de la barra, había insistido en abrir el bar a pesar de las recomendaciones.

—No voy a poder reposar con los nervios que tengo. Además, me han

aconsejado que no me duerma en unas cuantas horas y para estar en casa subiéndome por las paredes me quedo aquí que estoy más distraído —había contestado a los intentos del médico y de su mujer para que se fuera a descansar.

—¿Podríamos hablar en el taller o en el piso? —sugerí—. No he pasado por allí todavía y tendría que echar un vistazo. Aquí empieza a haber demasiada gente.

—Como prefiera. La sigo —dijo él apartándose a un lado para dejarme pasar.

—¿Sabes dónde están mis cosas? —le pregunté a mi amiga cuando llegamos a su lado.

—En aquella mesa —contestó señalando la que estaba más cerca de la puerta—. Yo me tengo que ir ahora Nena. ¿Qué vas a hacer? He llamado a Alfonso y va a estar en casa a partir de las once. Si quieres puedes quedarte esta noche con nosotros.

—No tengo ni idea, te mando un mensaje cuando me aclare. Voy a hablar con el inspector y de paso a echarle un vistazo al taller y al piso —suspiré—. ¡Vaya mierda, Sole!

En ese momento Félix se acercó a nosotras.

—¿Cómo estás? —le pregunté, no pude disimular el deje de culpabilidad en mi voz.

Reparar en el apósito que adornaba su cabeza no me hizo sentir mejor.

—Nena, me encuentro bien, ya casi no me duele, me han dado unos analgésicos para caballos. Ya veremos mañana, supongo que me resentiré del salto del tigre que me he marcado —me observó con preocupación y continuó en tono serio—. No me mires así, tú no tienes la culpa de lo que ha sucedido y te aseguro que yo hubiera reaccionado igual en cualquier otro momento. Toma, bébetelo —colocó una copa delante de mí y la llenó hasta la mitad de Flor de Caña—, te sentará bien. ¿Qué te pongo, Javier? Invita la casa —añadió dirigiéndose al inspector.

—Una tónica, Félix, estoy de servicio —sonrió agradecido.

—¡Ay, Nena! —dijo Sole—, se me olvidaba. Avisé a Pablo, el cerrajero de la calle Vargas, para que revisara las cerraduras, está en ello.

Se acercó más a mí y añadió en un susurro:

—Mañana en el desayuno espero que me lo cuentes todo sin omitir una coma.

Regresé a la barra intentando reprimir la sonrisa que amenazaba con asomar a mi cara; cogí la copa y volviéndome hacia el inspector murmuré:

—¿Salimos de aquí?

Me encaminé hacia la puerta sin esperar su contestación.

El frío de la calle me sorprendió; se había hecho de noche. Los coches de policía seguían ahí. El portal estaba abierto. Él se adelantó y entró primero; había un agente en el interior, se saludaron con un movimiento de cabeza.

Me acerqué al hombre que se afanaba con un destornillador y una pequeña escofina sobre el marco de la puerta del taller.

—Hola Pablo, gracias por venir a estas horas.

—Hola Nena, no te preocupes, para eso estamos. Siento mucho lo de tu padre.

Dejó las herramientas en el suelo y se limpió las manos en el mono de trabajo.

—Esos días estaba de vacaciones y me enteré a la vuelta. No te he visto desde entonces —calló unos segundos y después añadió con sencillez—. Era un buen hombre.

—Sí, sí que lo era Pablo, muchas gracias.

Estreché su mano con la emoción embutida en la garganta.

—Estoy terminando. Las cerraduras del piso están bien, el que abrió sabía lo que se hacía. Por seguridad he cambiado los bombines.

Me miró buscando mi aprobación. Asentí.

—Con estas —golpeó el marco de la puerta mientras hablaba— fueron un poco más chapuceros, he tenido que reemplazar el cerrojo. ¿Sustituyo este también?

—Sí, mejor sí.

—Vale, ahora cuando acabe te doy las llaves.

—Me tienes que decir cuánto es.

—No te preocupes, el día que te venga bien pasas por la tienda y arreglamos cuentas.

Se apartó para dejarnos pasar. Entré en el taller y enfilé directamente hacia la oficina. Encendí la luz y la música comenzó a sonar suavemente en

la radio. Me giré para mirar al inspector.

—Aquí estaremos tranquilos. Quizá haga un poco de frío.

Dejé mis bártulos y la copa encima de la mesa, retiré una de las sillas que había delante. Por un momento estuve tentada de sentarme en el sillón al otro lado del escritorio pero no encontré ninguna razón para marcar esa distancia entre los dos. Con una seña le indiqué la otra silla.

—Esta mañana no he encendido la calefacción.

Conecté el radiador eléctrico que estaba arrimado a la pared y lo acerqué un poco hacia nosotros.

Lo observé mientras se sentaba, vestía unos pantalones de pinzas marrón oscuro, un jersey de cuello alto del mismo color y una americana de color beis. No pude evitar pensar que los policías siempre llevaban chaqueta para disimular la pistola y se me erizó el vello. Unos cómodos zapatos de cordones, de ante marrón, completaban su atuendo.

—Félix me ha dicho que quería hablar conmigo.

—Sí, pero iba a esperar al lunes, pensé que tendría libre el fin de semana —vacilé ligeramente antes de seguir—. ¿Le molestaría que nos tuteáramos? Me pone nerviosa tanta formalidad.

—Preferiría que no —contestó con amabilidad.

—Como quiera. Todos me llaman Nena, aunque mi nombre es Magdalena —aclaré secamente—, pero está reservado para las peloterías familiares.

—Interesante —concedió.

Cogí la copa de la mesa y bebí un trago. La mantuve entre mis manos, contemplando el color tostado del ron.

—Recuerdo que el día de la muerte de mi padre le comenté que era imposible que se hubiera caído de la escalera y sigo convencida de que no sucedió así —levanté la vista hacia él—. Mentiría si dijera que el resto de la familia opina lo mismo que yo: mi hermano Eduardo cree que no tiene sentido darle más vueltas al tema, que el cómo murió no cambia nada, y el tío Daniel piensa que fue fruto de la mala suerte, un accidente estúpido. Pero mi padre no era temerario ni impulsivo —di un pequeño sorbo y continué hablando—. Los dos fines de semana anteriores estuve en el taller con él, ayudándolo. Desde hace un montón de años cuando necesitaba trabajar en

altura me llamaba y yo le echaba una mano. Solía pedírmelo al restaurar tallas de madera de cierta envergadura, imaginería religiosa principalmente. Yo me dedicaba a la parte superior, subida a la escalera o en alguna de las mesas de ahí fuera: sellando grietas, inyectando insecticida cuando había carcoma, aplicando resinas, retirando barnices o repolicromías... depende. Me crié en este taller, él me enseñó —fruncí los labios con fuerza, intentando contener la angustia—. Papá tenía terror a las alturas, sobre todo a los descensos, perdía totalmente la compostura —los recuerdos me dibujaron una leve sonrisa en la cara—. Si lo hubiera conocido en la intimidad lo sabría.

El inspector había apoyado los antebrazos en las piernas y me escuchaba con atención. (En situaciones de estrés tiendo a hablar por los codos y, sin lugar a dudas, esa era una de ellas).

—Además —añadí—, en los últimos tiempos padecía una trocanteritis en la cadera izquierda que, entre otras cosas, le impedía subir escaleras.

Me removí en el asiento, insegura.

—Sé que lo que le estoy contando no prueba nada, es mi experiencia de vida con él, pero es todo lo que tengo y en ella se sustenta mi certeza.

Devolví la copa a la mesa.

—Desde aquel día no he hecho otra cosa que darle vueltas al tema, me he dado la razón tantas veces como me la he quitado. Esta mañana he regresado al taller dispuesta a encontrar una respuesta. He estado divagando un buen rato, recordando; este local ha sido mi refugio desde que era pequeña —hice una pausa y suspiré—. Este taller y mi padre han soportado todas mis dudas, desánimos y meteduras de pata durante décadas. «El gallinero» lo llamaba mi madre —mi boca se arqueó en un mohín de tristeza—, siempre decía que cuando algo iba mal en mi vida yo volvía buscando el amparo que me ofrecían las alas de «papá-gallina». Y no deja de ser injusto porque mis alegrías las compartía con todos.

Me levanté y anduve hasta el fondo de la habitación en un intento de ocultar las lágrimas que retornaban a mis ojos. Tras conseguir dominarlas me giré hacia él y continué:

—Perdone, me estoy yendo por las ramas.

En ese momento Pablo me llamó desde la puerta. Salí y recogí los juegos de llaves que había preparado; tras despedirme de él regresé al interior del

despacho. Los dejé encima de la mesa.

—¿Puedo enseñarle algo?

El inspector asintió y me siguió fuera de la oficina. Le conduje entre las mesas y demás parafernalias del taller hasta el cuadro de Mateo Cerezo.

—Pertenece a mi tío Daniel, lo compró después de nacer yo. Mi padre lo restauró y ha permanecido aquí desde entonces. Es de mediados del siglo diecisiete, de Mateo Cerezo el joven, un pintor del barroco madrileño. Murió pronto y su obra es escasa; sobre todo pintó bodegones y motivos religiosos. Este es un estudio previo para *La Magdalena penitente* que hay en el Museo de Burgos.

—Es oscuro —opinó, alejándose unos pasos para verlo mejor.

—Sí, oscuro y delicado.

Lo observé, intrigada por su interés, mientras examinaba el cuadro con atención. Cuando dirigió la vista hacia mí, proseguí:

—Justo a su lado, en ese hueco de la derecha, había un espejo de cornucopia que ha desaparecido. Era mi espejo mágico —expliqué.

El inspector enarcó las cejas, desconcertado. Ya le había visto hacer ese gesto otras veces, cuando esperaba una aclaración.

—El espejo llegó a la familia antes de que mi padre se hiciera cargo del taller, no sé bien cómo, todavía. Estuvo colgado en la entrada de nuestra casa, en el quinto, hasta que un día al limpiarlo el clavo que lo sujetaba cedió y parte del marco se hizo pedazos. Mi padre lo restauró. Debía tener yo unos tres años cuando mamá me llevó al cine por primera vez: al Imperial, en la Gran Vía, a ver *Blancanieves y los siete enanitos*. Volví fascinada. En algún momento después de aquel día Félix me cogió en brazos y me puso enfrente del espejo, yo pregunté: «Espejito, espejito, ¿hay en el mundo alguna niña más guapa que yo?» y él contestó que no, que no la había —me ruboricé al ver que sonreía—. Lo estuvimos repitiendo cada vez que coincidíamos en el taller durante los diez años siguientes. Así fue cómo pasó de ser un aburrido espejo antiguo a uno mágico: mi espejo mágico.

Introduje las manos en los bolsillos del pantalón y me apoyé en la mesa que había a mi espalda.

—Ni Eduardo, ni Dado, mi tío Daniel —aclaré—, supieron darme razón de él cuando hablamos esta mañana; con el jaleo de esos días ni se fijaron.

Félix, sin embargo, asegura que el día anterior a la muerte de papá estaba en su sitio. En el transcurso de su conversación —precisé— estuvieron recordando mi infancia y sacaron a relucir el espejo, lo estuvo mirando mientras charlaban.

Clavé la vista en el hueco que acreditaba su falta.

—Mi padre nunca lo habría vendido y en el improbable caso de que su antiguo dueño lo hubiese reclamado me lo habría dicho, sabía que era importante para mí —inspiré hondo—. El caso es que mientras comía con Sole, cuando le estaba contando que el espejo había volado, se ha acordado de que la mañana en que murió mi padre, ella y Alfonso, su hijo, vieron como unos hombres lo cargaban en una furgoneta. Lo reconoció a la primera, nuestras madres eran amigas y ha pasado cientos de tardes jugando conmigo en el taller al cuidado de papá. Con la conmoción posterior se le olvidó por completo.

Me puse en pie y me situé justo enfrente del inspector.

—Si le he enseñado el cuadro no ha sido para impresionarle, solo quería que entendiera que si alguien decidiera robar aquí lo primero que se llevaría no sería ese espejo; era una de las piezas de menos valor que había, frágil y complicado de transportar. Tampoco pudo ser un atraco fortuito, no se apoderaron de nada más: su cartera seguía en el bolsillo del pantalón y el reloj en su muñeca. Además Sole me comentó que lo llevaban cubierto con una tela. Se preocuparon de ocultarlo.

Sacudí la cabeza con impotencia.

—De lo que pasó esta tarde sabe usted más que yo. Y... ¿qué más puedo decir? Estoy abatida y abrumada. Eduardo y Dado no lo entienden, se equivocan si piensan que estoy buscando consuelo o venganza. Solo quiero saber... es lo único que puedo hacer ya por él. Por él y por mí.

En ese momento uno de los policías que seguían en el edificio pidió permiso para entrar y yo regresé a la oficina, me senté en el sillón y subí el volumen de la radio.

«I wonder how, I wonder why yesterday you told me 'bout the blue blue sky and all that I can see is just a yellow lemon-tree. I'm turning my head up and down, I'm turning turning, turning, turning around...».^[10]

Me arrellané en el asiento con la copa entre las manos, me sentía

vulnerable: los sucesos de ese día habían precipitado mi encuentro con el inspector y me preocupaba no saber manejar la situación. Necesitaba que me tomara en serio pero no tenía ninguna prueba que ofrecerle, todo mi testimonio estaba fundamentado en hábitos, intuiciones y casualidades.

Había vuelto al gallinero en busca de cobijo y lo había hallado desierto; por primera vez fui consciente de mi orfandad.

Apuré de un trago el resto de ron y me puse de pie, me rodeé el cuerpo con los brazos: tenía frío, recogí mi abrigo y me envolví en él. Avancé hacia la puerta del despacho.

Recostada contra el marco, reparé con interés en los policías que invadían el taller: el número había aumentado a cuatro. Uno de ellos, con mono blanco y mascarilla, examinaba meticulosamente el trozo de pared donde había estado colgado el espejo, unos guantes de látex cubrían sus manos. El inspector estaba de espaldas a mí hablando con otro policía más joven y uniformado, y por lo que alcancé a oír comentaban algo sobre la escalera. El cuarto, también de uniforme, estaba apostado en el acceso al portal, al verme se aproximó discretamente a la pareja y les alertó de mi presencia; se volvieron a la vez y tuve que esforzarme para no rehuir su mirada y sobrellevar el ataque de timidez que me asaltó de sopetón.

Rivera terminó la conversación con el joven agente y se acercó a mí.

—¿Qué está haciendo? —le pregunté, indicando con un movimiento de cabeza al hombre que inspeccionaba la pared.

—Buscando huellas. Si no tiene inconveniente vamos a llevarnos la escalera. Encogí los hombros en señal de conformidad. Mi mirada seguía fija en el hombre de la pared. De pronto me acordé, miré al inspector y dije:

—También hay una cueva.

—¿Qué?

—Una cueva, un almacén en el sótano.

Me enderecé y di unos pasos hacia la derecha. Entre dos muretes, en el suelo, había una trampilla de madera con un tirador de soga gruesa. Dejé el abrigo en uno de ellos, me agaché y levanté el portón. Aseguré la cuerda en un gancho embutido en el muro.

—No se utiliza habitualmente. En teoría es un almacén, pero mi padre no bajaba nunca, las escaleras son empinadas e incómodas. No hay muchas

cosas, el archivo del abuelo y unas cuantas piezas que trajeron para restaurar y nunca reclamaron: un par de cuadros, alguna escultura, un bargueño... Llevan ahí más de cincuenta años.

Rodeé el muro de la izquierda, abrí un cajón del mueble que había detrás y saqué una linterna; comprobé que funcionaba.

—El interruptor está abajo —expliqué.

Me apoyé en la trampilla y puse un pie en el primer escalón.

—Debería quitarse la chaqueta, no se ha adecentado en años —le advertí.

Lo pensé mejor, retiré el pie de la escalera y fui hacia la puerta de la calle.

—Espere.

A la izquierda había un perchero con unas cuantas batas colgadas. Cogí dos, regresé al lado del inspector y le tendí una de ellas.

—Póngasela, nos protegerán del polvo.

Acto seguido me enfundé la mía y comencé a bajar con cuidado.

Al llegar al final accioné el interruptor, la bombilla despedía una luz mortecina; hacía frío y el aire estaba viciado. Permanecí quieta mientras él examinaba la habitación. Todas las piezas estaban tapadas con telas, descubrí una para que la viera. El polvo revoloteó alrededor.

—Puede servirse usted mismo —le ofrecí.

Me picaba la nariz y me la froté contra el dorso de la mano. Estornudé.

—Creo que lo esperaré arriba —dije entregándole la linterna—, por favor apague la luz cuando termine.

Coloqué las manos a los lados de la escalera y subí.

A la izquierda de la oficina había un aseo diminuto, deteriorado pero limpio. Me desprendí de la bata y me lavé las manos y la cara. Mientras me secaba escuché el ruido de la trampilla al cerrarse.

—Deme —me acerqué al inspector que en ese momento se estaba quitando la prenda—, se la cambio por la toalla. Hay un lavabo ahí detrás — con un gesto señalé el lugar.

Doblé la bata y la dejé encima de un mueble. Me quedé fascinada al descubrir que el policía de los guantes había cambiado de objetivo y ahora se dedicaba a abrir con exquisito cuidado, uno a uno, todos los cajones y puertas de los muebles del taller.

—¿No lo habían hecho ya? —le pregunté en voz baja cuando regresó a

mi lado.

—Sí, pero las circunstancias han cambiado, en aquel momento no había nada que nos indicara que podía no ser un accidente. Ahora no estamos tan seguros. ¿La incomoda?

—En absoluto.

—¿Se ha limpiado el taller en estas semanas?

—No, Berta, la señora que se encargaba de hacerlo, siempre venía por la mañana cuando mi padre ya había abierto. No ha vuelto a pasar por aquí, nunca tuvo las llaves.

—¿Ha entrado mucha gente después de aquello?

—Únicamente mi hermano y mi tío. Estuvieron localizando a los dueños de las piezas que papá tenía en depósito. No eran muchas, seis o siete a lo sumo, ya no trabajaba tanto como antes. Lo hacía para mantenerse ocupado, desde la muerte de mi madre tenía mucho tiempo libre.

Pasé la mano por la superficie de la vitrina que tenía delante e hice ademán de borrar una mancha imaginaria con el pulgar.

—Por lo que sé la mayor parte del tiempo permanecieron en el despacho, consultando los archivos y hablando por teléfono. Excepto un cuadro, que su dueño vino en persona a recogerlo, el resto de las piezas se mandaron por mensajero; el taller se hizo cargo de los gastos.

Roté sobre mis pies y apoyé la espalda en el mueble.

—Y esta mañana estuvimos Félix y yo.

Me tapé la boca con una mano tratando de disimular un bostezo.

—Yo tengo unas llaves del taller, papá tenía otras y hay otro juego de repuesto arriba en la cómoda de la entrada. Eduardo utilizó las de mi padre. ¿Ha subido al piso?

—No, todavía no. He dejado un agente de guardia.

—Quisiera echar un vistazo.

—Deme cinco minutos.

Rescaté mi abrigo del murete y entré en la oficina. Pablo me había dejado tres copias de cada llave, todas debidamente identificadas. Saqué dos sobres de un cajón del escritorio e introduje un juego en cada uno, pegué las solapas y los metí en el interior de mi bolso; el juego restante lo guardé en el monedero. Desconecté el calefactor y la radio, con mis trastos bajo el brazo

abandoné la habitación.

Salí directamente al portal y esperé allí, en la penumbra. A través de la puerta de entrada se filtraba la luz de las farolas de la calle; era viernes por la noche y la gente paseaba despreocupada, ignorante de las desdichas ajenas.

Descansé la frente en el cristal y el frío me reanimó un poco, cerré las manos en torno a las barras de hierro forjado. El miedo se abría paso como una termita laboriosa e incansable, una maldita hormiga roja que socavaba todas mis ilusiones y mi esperanza. Nunca me había sentido tan desamparada, a merced de la vida que ahora se me antojaba inquietante y atroz; impotente para proteger a mis seres queridos. Me estremecí, estaba tremendamente cansada...

—¿Se encuentra bien?

Su voz me sobresaltó, no lo había oído acercarse. Estudié su imagen reflejada en el cristal.

—Sí. Solo pensaba... La vida golpea y te paraliza, pero ahí fuera el mundo continúa sin ti, indiferente —liberé los dedos y me di la vuelta—. ¿Subimos?

Al salir del ascensor el policía que había en el rellano nos saludó. Me aferré al quicio de la puerta y me asomé recelosa, inquieta por lo que pudiera encontrar, pero el recibidor estaba como siempre.

Aparqué las bolsas y el abrigo en una butaca, al lado de la cómoda que había enfrente de la puerta. Abrí el cajón superior y comprobé que las llaves de repuesto seguían allí, las saqué y en su lugar deposité uno de los sobres que había guardado en el bolso.

Fisgoneé por la puerta de la derecha que daba acceso al salón, aparentemente todo estaba en su sitio, entré y avancé unos pasos a la izquierda hacia el estudio anexo. Me quedé petrificada: todos los cajones de la librería que ocupaba la pared del fondo estaban abiertos, los estantes vacíos, infinidad de libros y papeles yacían desparramados cubriendo el suelo casi por completo. Habían arrasado la habitación.

Abandoné el salón como una exhalación y me interné en el pasillo abriendo todas las puertas que encontré a mi paso: la cocina, el dormitorio de mis padres, los dos baños y al fondo del todo el cuarto de Eduardo y el mío; todo parecía estar intacto.

Tomé asiento al borde de la cama, apoyé los codos en las piernas y me tapé la cara con las manos. ¡¿Qué coño estaba pasando?! Los latidos de mi corazón retumbaban en mis oídos, me concentré en controlar la respiración intentando recuperar un poco de sosiego.

El inspector, que me había escoltado en mi frenético deambular por las habitaciones, me dejó a solas. Se lo agradecí sinceramente. Rompí a llorar con desconsuelo, ignoraba qué había esperado encontrar al subir pero ese violento atropello a mi intimidad me había sobrecogido. Un montón de emociones me asaltaban al mismo tiempo y tenía que encontrar la manera de digerirlas: estaba horrorizada, furiosa y humillada.

Sobre la mesilla había una foto de mi madre conmigo en brazos, debía de tener unos cinco años. Acaricié el marco con cariño. Me vino a la mente la nana que ella me cantaba cuando de pequeña me despertaba con miedo y comencé a canturrear en voz baja: «*Meu pequeniño, miña monada, meu pequeniño deitado nas pallas. Por veces chora, por veces cala, a Virxe María o agarimaba...*»^[11]. Entré en el cuarto de baño, evité mirarme en el espejo mientras me lavaba la cara; continué tatareando hasta que salí en busca del inspector.

Rivera estaba conversando con el agente de paisano.

—Hemos terminado en el taller —dijo, escrutándome mientras hablaba.

—Bien, entonces bajo a cerrar —extraje el monedero de mi bolso—. Tardo un minuto.

Me sentí aliviada al alejarme de él, los ojos de ese hombre me habían desconcertado desde el primer día: tenía la sensación de que su mirada penetraba más allá de lo que yo concedía. Eran marrones, tan oscuros que la pupila apenas se llegaba a percibir. Oscuros e intensos como la cobertura de chocolate, pensé, como mi *Magdalena*.

—Nena —dije para mí—, o tienes mucha hambre o te estás trastornando.

El policía ubicado en el portal me saludó con un movimiento de cabeza. Me adentré en el taller y recogí la copa y el vaso de tónica de la oficina; chequeé que la alarma funcionara y la conecté; apagué las luces y salí cerrando la puerta tras de mí. Las nuevas llaves giraron con suavidad. Volví a subir.

El fluorescente de la cocina parpadeó al encenderse, dejé los vasos en el

fregadero y abrí el congelador: tenía que comer algo. Vi las *pizzas* y se me hizo un nudo en la garganta, mi padre siempre las compraba para cuando iba a visitarlo con Lola y Guiomar. Le divertía sentarse a cenar con las niñas, se transformaba en su presencia: parloteaba sin parar, les contaba mil y una anécdotas, jugaba con ellas... Sonreí al recordarlo. Se había comportado igual durante mi infancia. Más tarde, al ir creciendo, los papeles se habían invertido: él se volvió más callado, todo oídos, y yo me lancé a hablar por los codos.

Por el rabillo del ojo descubrí al inspector que me vigilaba desde la puerta.

—¿Puedo invitarlo a cenar? —pregunté—, *pizza* y poco más. Tengo un hambre atroz. Podemos seguir hablando mientras cenamos. ¿O quizá no es adecuado convidar a un policía de servicio? —añadí prudente.

—No hay problema —en su boca apareció una media sonrisa—. Ahora vuelvo.

Encendí el horno. Mientras se calentaba registré la despensa en busca de algo apetecible, encontré un bote de aceitunas, un tarro de tomates secos en aceite y una lata de anchoas. Eso tendría que bastar.

Examiné el botellero, papá no había sido un gran bebedor pero sabía apreciar los buenos vinos. Quedaban ocho o nueve botellas, elegí un Cosme Palacio crianza de 2009 y lo puse encima del mostrador de la cocina. Cuando terminaba de servir mis últimos hallazgos en pequeñas fuentes oí cerrarse la puerta de la calle y los pasos del inspector por el pasillo.

—¿Ayudo en algo? —preguntó al entrar.

—Sí gracias, en ese primer cajón debería haber manteles limpios. ¿Le apetece vino tinto? —señalé la botella—. En el segundo están los cubiertos y en el tercero el sacacorchos.

Saqué dos copas del armario y las dejé encima de la mesa.

—¿Cuatro quesos o margarita? —le di a escoger.

—Cuatro quesos, por favor.

Abrí el congelador y saqué la *pizza*. Mientras la desenvolvía me acordé de Elisa y de Sole, matarían por saber qué estaba ocurriendo. Estaba segura de que la primera se habría dado cuenta de que el inspector no había salido del edificio; sonreí pensando en el cuarto grado al que iba a ser sometida durante

el desayuno.

Conecté el temporizador del horno, no quería arriesgarme a que se me fuera el santo al cielo y se quemara. Acerqué las fuentes a la mesa y un taco de servilletas de papel, revisé y me di cuenta de que faltaban los platos; volví con un par de ellos. Me senté, él estaba llenando las copas.

—Quería darle las gracias por haberme dejado a solas hace un rato, fue muy considerado de su parte.

Cogí la copa que me ofrecía.

—No tiene importancia. En este trabajo no es fácil serlo. Por mucho que intentemos respetar la intimidad y el dolor de la gente en la mayoría de las ocasiones el tiempo corre en contra nuestra y la necesidad de información, la presión bajo la que normalmente trabajamos, hacen que parezcamos bruscos e insensibles.

—Doblemente agradecida entonces. Debe ser duro —añadí.

—La experiencia te ayuda a relativizar; casi a diario encaramos lo peor y lo mejor del comportamiento humano. Cada uno de nosotros debe encontrar la manera de distanciarse, de ponerse a salvo para poder continuar —se calló, pero mantuvo los ojos fijos en los míos.

Bebió un sorbo de vino y lo retuvo en la boca unos segundos antes de tragar. De repente la gruesa línea de sus labios se curvó en una sonrisa.

—Está muy bueno —dijo.

Levantó la copa y bebió otro trago.

—Mi padre es —se me escapó un gesto de tristeza al percatarme de mi error—, era socio de esta bodega. Tengo que acordarme de avisarles —comenté en voz baja.

—¿Siempre vivió en esta casa? —preguntó.

—No, mis abuelos se mudaron a la capital cuando él tenía catorce años. Eran de Lugo. Al principio se instalaron en la calle del Pez. Tres o cuatro años después el abuelo compró este piso y el local de abajo, y se trasladaron.

Me llevé un tomate a la boca y lo mastiqué en silencio. Me limpié con la servilleta, bebí un sorbo de vino y continué:

—Al poco tiempo se puso enfermo y mi padre comenzó a ayudarlo por las tardes, por las mañanas iba a la universidad. Pasados seis meses tuvo que dejar de estudiar para hacerse cargo del negocio: el abuelo empeoraba,

Xabela y Luis eran muy pequeños y el tío Daniel había emigrado a Venezuela. El taller tenía ya cierta fama y no faltaban los encargos, papá era el único miembro de la familia en edad de trabajar y conocía el oficio, así que no tuvo mucha opción.

Me levanté al oír el timbre del horno. Volví con la *pizza* y le acerqué la fuente para que se sirviera. Avancé en mi relato:

—Mis padres ya eran novios por entonces. Se conocieron en la universidad, papá estudiaba Historia del Arte y mamá Derecho. Sus padres también eran de Lugo, de Viveiro en concreto, aunque ella había nacido en Argentina; regresaron a España cuando tenía doce años. Hicieron fortuna allí y después se establecieron en Galicia de nuevo. Fabricaban briquetas de ferrosilicio o algo parecido, subproductos para fundiciones, no tengo mucha idea —mordisqueé un trozo de *pizza*—. Mi madre quiso estudiar en Madrid y obviamente se salió con la suya, cuando se empeñaba en algo rara vez daba su brazo a torcer. Se alojaba en una residencia para señoritas de la calle Princesa.

Me limpié las manos en la servilleta y cogí mi copa.

—¿Le estoy aburriendo con toda esta saga familiar?

—Al contrario —me respondió—, Madrid es como Babel, me fascina conocer los orígenes de la gente; gran parte de su encanto reside ahí: es el pueblo de pocos y la casa de todos.

Estaba pendiente de él mientras hablaba, su voz era grave pero utilizaba un tono suave, reposado. Mi instinto me decía que era un hombre sensato, decente y reservado; un carácter templado, hubieran sido las palabras de mi madre. Me encontraba serena, no sabía si se debía al vino o a la compañía, pero estaba decidida a disfrutar de la paz que el momento me brindaba. Reanudé la narración:

—Bueno, el caso es que el abuelo falleció un par de años después de que mi padre se pusiera al frente del taller. El tío Luis murió un año más tarde de una neumonía y la tía Xabela, que por entonces debía tener diecisiete años, se casó con Santiago, el hermano mayor de mamá, y se trasladó a vivir a Lugo. Mis padres se casaron en enero de mil novecientos sesenta y ese mismo año nació Eduardo. La abuela vivió con ellos hasta que el tío Daniel regresó de Venezuela, fue entonces cuando decidió volver a Galicia; mi tía llevaba años

insistiendo en que lo hiciera.

Pinché una anchoa y después una aceituna, mantuve los ojos cerrados mientras las saboreaba. Proseguí:

—Dado ocupó su lugar y se quedó con nosotros hasta que yo cumplí dos años, en aquel tiempo se compró el piso en la calle Trafalgar que es donde sigue viviendo en la actualidad. Nunca se casó. Cuando la abuela murió papá heredó esta casa, la tía la casa de Lugo y la de Bóveda quedó a nombre de los dos; Dado renunció a favor de sus hermanos, alegó que no necesitaba el dinero y que como no tenía hijos y sus sobrinos eran sus herederos el resultado final iba a ser el mismo —sonreí—. Siempre dice que al que Dios no le da hijos el demonio le da sobrinos.

Me serví otro trozo de *pizza*.

—Papá y él eran inseparables.

Rellenó las copas y durante un rato comimos en silencio, cada uno absorto en sus pensamientos.

—Eduardo vivió aquí hasta que terminó la carrera, estuvo unos años en Angola con *Médicos sin Fronteras* y más tarde se embarcó en un proyecto de la OMS de vacunación infantil en Asia y allí sigue.

—En Indonesia, ¿verdad?

—En Bali, vive en Ubud —bebí un sorbo de mi copa y la conservé entre las manos—. Va a ser padre en verano, me lo ha dicho esta mañana, estaba muy emocionado. Se merece un poco de felicidad después de todo esto.

—¿Venía mucho por aquí?

—Sí, en Navidad, Semana Santa y verano. Solo falló las ocasiones en que fuimos allí a verlo. La última vez, mis padres, hace siete años. Mamá ya estaba enferma pero no hubo manera de convencerla para que se quedara. Estuvieron dos meses fuera y aprovechamos para reformar el piso, Sole se encargó de todo —respiré hondo—. Murió al verano siguiente, de leucemia. Le hicieron un trasplante de médula que no funcionó. Lola, mi hija pequeña, nació una semana después.

Me levanté y llevé los platos vacíos al fregadero.

—¿Café o té?

—Café, si no es mucha molestia.

Preparé la cafetera y volví a la mesa.

—Yo fui al colegio aquí detrás, en Álvarez de Castro, después al Beatriz Galindo y terminé estudiando Historia del Arte en la Complutense.

—¿Nunca pensó en trabajar en el taller?

—Lo barajé en algún momento pero por aquel tiempo Madrid se me quedaba pequeño, quería irme lejos y mi madre me apoyó, sostenía firmemente que cuando uno no encuentra lo que quiere debe salir en su busca. Así que me marché, pasé un par de meses en París y al final me quedé a vivir en Londres. Regresé tres años después.

—¿Encontró lo que buscaba?

—No.

Callé y le miré a los ojos antes de continuar:

—Aún sigo buscando.

Alisé el mantel con las manos.

—A mi vuelta comencé a trabajar en una discográfica y allí conocí a Aleix, nos casamos a los seis meses y la relación terminó cinco años después. Me di cuenta de que estaba embarazada a las dos semanas de separarnos. Mamá y Eduardo se indignaron conmigo por insensata, alocada e imprudente —alcé los hombros—, ¿qué podía objetar?, si tenían razón. Mi padre cerró filas en torno a mí, es la única vez que lo he visto dar un puñetazo en la mesa e imponer su voluntad.

En ese momento la cafetera comenzó a borbotear y me acerqué a la cocina para apagar el fuego. Seguí hablando mientras disponía los utensilios para el café en una bandeja:

—Me quedé a vivir aquí y nos divorciamos. Aleix reconoció a Guiomar, más por insistencia de sus padres que porque realmente lo deseara; no tenía intención de mantenerla y yo tampoco lo presioné, no hubiera servido de nada. Casi no la ve, una vez al mes con suerte. Sus padres le pagan los estudios, se empeñaron desde el principio. Siempre se han portado muy bien conmigo y adoran a la niña.

Rebusqué en un armario en busca de una tableta de chocolate. Llevé la bandeja a la mesa.

—Aleix firmó un convenio en el que se establecían visitas semanales, no lo ha cumplido nunca —señalé—. En él se estipulaba que esos encuentros tenían que estar tutelados por sus padres, por mí o alguien que yo autorizara.

—¿Necesita dinero?

—¿Quién? ¿Aleix? No, ¡qué va! Se gana bien la vida con los conciertos, los discos, escribe canciones para otra gente... Es el cantante de *Una cualquiera* —comenté mientras rompía la mitad de la tableta en onzas—. Otra cosa es que todo el dinero se lo gaste en sus caprichos y adicciones.

Mantuve la mirada fija en él y negué con la cabeza; había intuido su siguiente pregunta:

—Ni siquiera lo piense, Aleix es egocéntrico e irresponsable, tiene muchos defectos pero no sería capaz de hacer algo así; además sentía verdadero cariño por mi padre, a su manera lo quería.

El inspector sirvió el café. Dejé caer una onza de chocolate dentro de mi taza. Me reí al ver que alzaba las cejas.

—Receta familiar. Mi madre siempre lo hacía, pero es condición indispensable que sea chocolate negro. Hay que dejar que se derrita.

Inspeccioné el pedazo que se deshacía dentro del café. Oscuro e intenso, pensé, como los ojos que me observaban desde el otro lado de la mesa. Moví la cucharilla con cuidado dentro de la taza.

—El nacimiento de Guiomar acabó con todos los resentimientos —di un sorbito al café—. Pasó el tiempo, cambié de trabajo, conocí a Carlos y nos casamos cuando Guío tenía cinco años. Después murió mamá, nació Lola y hasta ahora... No hay mucho más que contar.

—Su marido, ¿nunca la acompaña?

Enrojecí hasta la raíz del cabello y la ira me desbordó; respiré hondo en un intento por dominarme. ¿A qué venía esa pregunta?, ¿qué coño le importaba a ese gilipollas si mi marido pasaba de mí o no? Me entraron ganas de llorar y me clavé las uñas en la mano para impedirlo. ¿Cómo había llegado a esa conclusión? Únicamente recordaba haber coincidido con él el día de la muerte de mi padre y esa misma tarde; quizá en el bar de Félix en otras ocasiones sin que me diera cuenta. Sacudí la cabeza: daba lo mismo el número de veces porque tenía la seguridad de que Carlos no estaba en ninguna de ellas.

Me coloqué el cabello detrás de las orejas y lo miré. Me había sentido tan cómoda con él que había perdido la perspectiva por completo, tenía delante a un inspector de policía haciendo su trabajo; el resto: la cena, la casa... eran

meras piezas del atrezo.

¿Qué podía hacer ahora?, ¿tomar su hombro prestado y lloriquearle encima el fiasco de mi matrimonio?, ¿mandarlo a la mierda con educación y dar la cena por concluida? Consideré las diversas opciones. «Y en este lío te has metido tú solita», me amonesté a mí misma.

Fruncí los labios y sus comisuras se deslizaron sutilmente hacia abajo:

—No, no suele acompañarme. Es empresario y entre semana está muy liado. A veces trabaja sábados y domingos. Viaja a menudo.

Partí una onza de chocolate en dos y me metí una mitad en la boca.

—No le queda mucho tiempo para la familia —admití.

—¿Qué clase de empresario? —preguntó, cogiendo la otra mitad de la onza.

—Tiene una distribuidora de material ortopédico y una empresa de importación y exportación. Trabaja en Europa, Sudamérica y últimamente con China, creo.

—¿Le van bien las empresas?

—No sabría decirle, no me ha dicho lo contrario. Tenemos separación de bienes y cuentas separadas. Yo no pregunto y él no me cuenta nada. La verdad es que apenas nos vemos.

—Entiendo.

—Supongo que sí —dije y le sostuve la mirada.

—¿Está de viaje ahora?

—Esta tarde se iba a León a visitar a un tío suyo.

—¿El día en que murió su padre estaba de viaje también?

—No, ese día estaba en Madrid. Se fue dos días después, Miami y Brasil si no me falla la memoria.

Me levante y abrí la puerta del congelador. Saqué una botella de cristal con forma de balón y dos vasos de chupito y los llevé a la mesa.

—Compromisos ineludibles. Ya sabe cómo son los negocios —dije mientras servía el orujo en los vasitos.

—La verdad es que no, no lo sé —contestó pausado.

—Yo tampoco.

Elevé el vaso haciendo un amago de brindis y me lo bebí de un trago.

—Es muy suave, se lo mandaba mi prima Xabela a mi padre, era su

padrino. Lo destilan ellos.

Apoyé el vasito en la mesa y lo giré despacio decidiendo mis siguientes palabras:

—Cuando nos conocimos Carlos trabajaba en un bufete de abogados en la calle Velázquez. Era sociable y divertido, podía pasar horas y horas jugando con Guío. Después de casarnos se asoció con un amigo suyo y montó las empresas. Tras el nacimiento de Lola todo cambió: el trabajo lo absorbía por completo y dejó de dedicarnos su tiempo. Nos mudamos a vivir a Padre Damián porque él opinaba que era una calle más acorde con nuestro nuevo estatus. En ese momento no alcancé a ver la magnitud de lo que se avecinaba.

Agarré de nuevo la botella.

—Hasta entonces vivíamos alquilados en un piso en la Plaza de Olavide que me encantaba. Accedí al cambio porque me di cuenta de lo importante que era para él. Después llegó el Porsche Cayenne, el club de Golf, las clases de *paddle*, los trajes de Armani... Sé que no estuve a su lado en esos momentos, pero ninguno de sus triunfos tenía sentido para mí. Yo no necesito todas esas cosas para ser feliz, teníamos una familia estupenda y a lo único a lo que yo aspiraba era a que la disfrutáramos juntos.

Rellené mi vaso y continué:

—Deseábamos vidas tan diferentes que coincidir cada vez era más difícil y ahora estamos ya a kilómetros de distancia —di un sorbo al orujo—. Tenemos que agendar los eventos familiares con su secretaria para poder contar con él.

Durante unos segundos batallé contra la rabia y la amargura.

—No reservé hora para el entierro de mi padre con suficiente antelación.

Me puse en pie y abandoné la habitación. Regresé al poco, con el bolso en una mano y una tarjeta en la otra.

—Si necesita más información tendrá que hablar con él, previa petición de cita —agregué tendiéndole el rectángulo de cartulina.

—Gracias —contestó.

La guardó en el bolsillo de su pantalón.

—¿Su padre tenía problemas de dinero?

Se acercó el vasito a la nariz y aspiró el aroma.

—Todo lo contrario, siempre fue ahorrador. Estaba muy bien considerado

en el sector, trabajaba mucho y le pagaban bien. En los últimos años podía darse el lujo de elegir los trabajos. Nunca vivió por encima de sus posibilidades, así nos educó. Era conservador a la hora de invertir. Puede hablar con su abogado.

Rebusqué en mi cartera y le alcancé otra tarjeta.

—Se llama Álvaro Ugarte, llevaba todos sus temas: contratos, seguros, declaraciones, inversiones... Le dará toda la información que precise.

—¿Hay más herederos que su hermano y usted?

—No, Eduardo y yo lo heredamos todo, esta casa, el taller y el dinero —entrecerré los ojos mientras pensaba—. Papá tenía el usufructo de la casa de San Tirso de Bóveda, Eduardo y yo somos los dueños.

Coloqué los brazos encima de la mesa y adelanté el cuerpo hacia él para captar su atención:

—La historia es un poco enrevesada. Por un lado, la hermana de papá, Xabela, se casó con el hermano de mamá, el tío Santiago. Mi padre y la tía Xabela eran dueños por herencia de la casa de Bóveda y por otra parte mamá y su hermano heredaron la casa familiar en Chavín, cerca de Viveiro; por lo tanto cada pareja tenía la mitad de cada casa, ¿sí? —aguardé su gesto de afirmación—. En algún momento llegaron a un acuerdo y permutaron las mitades, mis tíos pasaron a ser propietarios de la casa de Chavín y mis padres de la de Bóveda. Cuando mamá murió papá nos cedió la propiedad y establecimos el usufructo. Es una casa típica gallega, con hórreo, alpendre y lareira. La utilizamos en vacaciones, básicamente en Semana Santa y verano.

—¿Alpendre y lareira? —preguntó el inspector enarcando las cejas.

Me entró la risa.

—Perdón, es tan familiar para mí que no me doy cuenta de lo inusual que puede sonar. El alpendre es una especie de cobertizo, un tejado sostenido por columnas, donde antiguamente solían guardar los carros y los tractores. La lareira es una cocina aneja a la casa, con una gran chimenea que se utilizaba para calentarse en el invierno y cocinar, para ahumar alimentos o conservar los embutidos, quesos... en fin, multifunción.

Me froté los ojos, me escocían por los lloros y el cansancio.

—Tenía la secreta esperanza de que desmenuzar la historia familiar contigo aportaría algo nuevo —estaba tan cansada que bajé la guardia y

comencé a tutearlo—, pero por mi parte no he encontrado nada que arroje un poco de luz en todo esto.

Apoyé un codo en la mesa y descansé la cabeza en mi mano.

—No comprendo por qué el espejo puede ser tan importante como para matar por él o por qué han asaltado hoy el local y esta casa. No sé qué quieren y no sé qué buscan.

—¿Su padre tenía ordenador?

—Sí —me restregué de nuevo los ojos y dudé antes de seguir—, pero no está aquí. Me lo llevé a casa, pensé que a Guiomar le haría ilusión tenerlo. No se lo he dado todavía.

—¿Podría traérmelo?

—Sí, claro —contesté desconcertada—. ¿El lunes estaría bien? Pensaba quedarme aquí este fin de semana, no tenía intención de volver a casa hasta el domingo por la tarde; quisiera dejar recogido todo este desastre.

—De acuerdo, llámeme el lunes. Si echa algo más en falta comuníquemelo por favor.

Se levantó, colocó todo lo que quedaba encima de la mesa en la bandeja y la dejó en la encimera de la cocina, al lado del fregadero. Se volvió hacia mí:

—Muchas gracias por la cena. El vino y el orujo eran inmejorables.

Sonreí, busqué las llaves nuevas en el monedero y me puse de pie.

—Ha sido un día muy largo. Lo acompaño.

Al pasar por la puerta del salón, me colé dentro y escogí uno de los marcos que descansaban encima del aparador que había a mano derecha, extraje la fotografía de su interior. Regresé junto a él y se la entregué.

—Este es el espejo. Me la devolverá ¿verdad?

—Por supuesto.

Sonrió al mirarla: delante de la cornucopia, un Félix jovencísimo sostenía en brazos a una niña de apenas tres años que reía alborozada.

La hizo desaparecer dentro del bolsillo interior de su chaqueta.

Abrí la puerta, salió al descansillo y pulsó el botón del ascensor. Le ofrecí la mano a modo de despedida y él la estrechó.

—Gracias de nuevo por la cena —dijo—. Espero su llamada el lunes —no soltó mi mano hasta que el ascensor llegó al piso—. Que descanse.

—Buenas noches inspector.

—Buenas noches, Nena.

Cerré y las llaves giraron obedientemente en las cerraduras. Me recosté contra la puerta y resoplé: ¿Estaba loca o Javier Rivera había retenido mi mano durante más tiempo que el estrictamente correcto? Además me había llamado por mi nombre al despedirse.

Sentí un calor casi olvidado creciendo en mi interior.

Apagué la luz de la entrada y entré en la cocina, del único cajón que tenía la mesa en la que habíamos cenado saqué el portátil de mi padre. Es verdad que había pensado en regalárselo a Guío, pero no me lo había llevado, el ordenador seguía en el sitio de siempre. No me había acordado de él hasta que el inspector lo nombró y en los dos segundos siguientes decidí que no estaba dispuesta a entregárselo sin haberlo revisado yo primero.

Aparté el mantel y lo dejé sobre la mesa; lo examiné pensativa, seguramente estaba sin batería. Conecté el cable a la corriente y encendí:

**Haga clic en su nombre para comenzar
ELIASC**

**Escriba su contraseña:
GuioyLola**

Cargando su configuración personal...

3

Sábado, 14 de abril de 2012, 10:30

«... We shouldn't even think about tomorrow. Sweet memories will last a long, long time. We'll have a good time baby, don't you worry and if we're still playing 'round, boy that's just fine...».^[12]

Salté de la cama y corrí hacia la cocina. Para cuando saqué el móvil del bolso ya se había apagado. Quise echar un vistazo a las llamadas perdidas pero el aparato resbaló de entre mis manos y se estrelló contra el suelo. Una vez que conseguí encajar todas las piezas lo encendí de nuevo; sin tiempo para más volvió a sonar.

—¿Sí?

—¡Joder, Nena!, llevo llamándote una hora. Son las diez y media. ¿No habíamos quedado para desayunar?

—¡Uf! Es que me acosté muy tarde, ordené el despacho de papá y luego estuve curioseando en su ordenador, entre una cosa y otra me dieron las cinco de la mañana.

—Bueno, ¿bajas o no?

—¿Por qué no pasas por La Duquesita y compras unos bollos? Preparo café y té y desayunamos aquí.

—Vale, pero no te vuelvas a la cama, que nos conocemos —me advirtió y cortó la llamada.

Me duché a la velocidad del rayo y me vestí. Acababa de poner la cafetera al fuego cuando sonó el timbre de la puerta. Sole entró como una

exhalación.

—Cuéntamelo todo. Elisa me ha dicho que Javier salió de aquí pasadas las doce de la noche.

—Ya sabía yo que no iba a perder ripio.

—Pues no, te has colado. Se había olvidado el abrigo en el bar y entró a buscarlo; con las mismas se marchó. Nada más —se rio— y nada menos.

Pasó directamente a la cocina y dejó el paquete encima de la mesa. Se volvió a mirarme.

—Te queda genial, ¿ves cómo tenías que comprártelo? Últimamente te preocupas poco de tu apariencia y en ti eso es un síntoma clarísimo de estar deprimida.

Alisé con las manos unas arrugas inexistentes a la altura del estómago.

—Menos mal que fuimos de tiendas porque no habría tenido que ponerme. Quizás es demasiado corto —consideré.

Me doblé hacia delante para mirarme las piernas, enfundadas en unos leotardos granates del mismo color que el jersey que llevaba puesto.

—¡No! Estás estupenda. Además, ¿cuánto has adelgazado en este último mes? Cinco kilos por lo menos. ¡Ay Nena! De autoestima siempre has ido más bien justita —apagó el fuego y llevó la cafetera a la mesa—. ¿Y el té? —preguntó mirando alrededor.

—Creo que también tomaré café, casi no puedo abrir los ojos. Toma —dije cogiendo un sobre de la encimera—, un juego de llaves de aquí y otro del taller. Son nuevas, Pablo cambió todos los bombines.

Las lanzó dentro de su bolso. Tomó asiento y llenó las tazas mientras yo desenvolvía los suizos.

—No pienso dejar que hiques el diente a ninguno de estos deliciosos bollos hasta que empieces a contarme tu encuentro con el inspector —dijo atrayendo la bandeja hacia ella—. ¡Desembucha!

—¡Eres imposible! No pasó nada. A ver —agitó entre mis manos la taza de café—: primero entramos en el taller, le pregunté si podíamos tutearnos y me dijo que no...

—¿Qué? —me interrumpió—. ¡Qué capullo! Pues a mí sí me tutea.

—A lo mejor la que le gusta eres tú —apunté a la vez que alzaba los hombros y las cejas.

Aprovechando su desconcierto agarré un suizo con presteza y lo dejé al lado de mi taza.

—Le conté por qué no creía que papá se hubiera caído de la escalera y que tú habías visto cómo se llevaban el espejo mágico; llegados a ese punto tuve que confesar por qué era mágico. Fue un poco embarazoso —me sonrojé de nuevo al recordarlo—. Comenté con él lo poco que sé sobre su origen y que Félix estaba seguro de haberlo visto el día de antes colgado en la pared del taller, aunque eso supongo que ya se lo habría contado él.

Pellizqué un trozo de suizo y me lo llevé a la boca.

—¡Hmmm!, están recién hechos. No me mires así que ya sigo —rezongué—. Hablamos sobre mi relación con mi padre y el taller, sobre nuestra amistad; le enseñé el cuadro del tío Daniel —hice una pausa para darle un sorbo al café con leche— y bajamos a la cueva —añadí—. No quería engañarlo, así que también le dije que ni Eduardo ni Dado pensaban como yo, más bien todo lo contrario —mordisqueé otro pedazo de bollo—. Creo que me tomó en serio porque después vi a un policía en el taller buscando huellas en la pared; inspeccionaron los muebles y se llevaron la puñetera escalera.

—¿Te hizo muchas preguntas?

—Me parece que principalmente hablé yo. Ya me conoces cuando me pongo nerviosa. Bueno, después subimos y entonces sí que me descompuse: el despacho estaba desmantelado, no quedaba ni un libro en la estantería, todo estaba desperdigado por el suelo. Revisé el resto de las habitaciones y cuando llegué a la mía me puse a llorar. No pude controlarme, me sentía humillada, era... no sabría definirlo, como si hubieran profanado la memoria de mis padres.

Rodeé varias veces con el dedo el borde de mi taza.

—Fue muy respetuoso y me dejó a solas.

Recordar los acontecimientos de la noche anterior me turbó un poco y durante un rato desayunamos en silencio. Sole no dijo nada, sabía que no corrían buenos tiempos para mí y no quería importunarme. En cuanto llegó se fijó en mis ojos enrojecidos, me conocía lo suficiente para entender que me debía haber pasado la noche llorando: yo adoraba a mi padre y superar su pérdida me iba a costar Dios y ayuda.

Proseguí mi narración:

—Cuando me recuperé fui a buscarlo y lo invité a cenar —la cara de incredulidad de Sole me hizo sonreír—. ¡Hija!, necesitaba comer algo —me defendí—. Inesperadamente aceptó, así que saqué una *pizza* del congelador y lo que buenamente encontré por los armarios. En fin, entre bocado y bocado fui desgranando la historia de la familia al completo. Me preguntó sobre el reparto de la herencia, la situación financiera de papá, de Aleix...

Le acerqué mi taza para que me sirviera más café.

—Él escuchaba con atención, yo empecé a sentirme relajada después de todo lo que había pasado, y en un momento dado me preguntó, como quien pregunta la hora, que si mi marido no me acompañaba nunca.

Levanté la taza y tuve que volver a dejarla en la mesa porque el temblor de mi mano hizo que se derramara parte del contenido.

—¡Joder, Sole!, fue como un puñetazo en mitad del estómago, me pilló totalmente desprevenida, no esperaba que él se hubiera dado cuenta de sus ausencias, al fin y al cabo nos hemos visto un par de veces nada más.

Sole resopló antes de comenzar a hablar:

—Nena, sé que has intentado llevarlo lo mejor posible y te has inventado mil y una razones para excusar las ausencias de Carlos, pero a nadie le ha pasado desapercibido que os ha dejado abandonadas a las niñas y a ti en los peores momentos. Xabela, Antonio, Dado y Eduardo estaban indignados y me consta que no dijeron nada por no hacerte más daño. Félix, Elisa, Fernando, Gloria, Amador, Carmen y yo... no dábamos crédito; hasta los chicos: Alfonso, Luis y Santiago tenían un cabreo monumental. Su comportamiento ha sido imperdonable y vergonzoso —bebió un trago largo de café—. Javier estuvo en el tanatorio y en el entierro, supongo que no te fijaste.

La miré sorprendida, mi memoria de esos días era bastante imprecisa y desde luego no recordaba haberlo visto, pero lo que se me escapaba eran las razones que lo habían llevado allí.

Sole adivinó lo que estaba pensando:

—Sé que conocía a tu padre y a tu tío pero ignoro si su presencia se debía a cuestiones personales o profesionales.

—¡Qué más da!, ya hay tantas cosas que no entiendo que una más no cambia nada —pestañeeé para apartar las lágrimas que bailaban en mis ojos—.

El caso es que contestar su pregunta me enfrentó al desastre de mi matrimonio, me he pasado media noche dándole vueltas al tema. Voy a comprarle a Eduardo su parte del piso. Aquí es donde quiero vivir, donde quiero que crezcan mis hijas: en la casa de sus abuelos, cerca de todos vosotros —así la taza con las dos manos para evitar verter el café—. He tardado demasiado tiempo en decidirme.

Di un par de sorbos antes de decir:

—Plantearle el divorcio a Carlos me da un poco de miedo, casi no lo reconozco. Espero que no me ponga problemas con la custodia de Lola.

—Me cuesta mucho creer que se vaya a pelear por la niña, criar un hijo no es fácil de conciliar con su dedicación laboral, el gimnasio y las jovencitas folladoras —se detuvo, como evaluando el límite que estaba a punto de transgredir—. Las pasadas navidades Alfonso se lo encontró en MOMA56 morreando con una chica que podía ser su hija, le prohibí comentarte nada. Madrid es muy pequeño, sobre todo si no haces gala de la más mínima discreción. No ha sido la única vez que lo han visto en esa situación —me miró—. ¿Lo sabías?

Asentí con la cabeza.

—¡Joder, Nena!

—Es Aurora, la hermana pequeña de Héctor, su socio. Se incorporó a la empresa al poco de nacer Lola, acababa de terminar la carrera, creo que estudió *marketing*, y le hicieron un contrato en prácticas. Deben llevar juntos dos o tres años, supongo que es la chica que vio Alfonso: joven, guapa, lista y sí, podría ser su hija.

—Una gilipollas.

—Sí, tal para cual. Dios los cría... —mi boca trazó lo que pretendía ser una sonrisa—. Ya me da lo mismo, me ha dejado sola tantas veces que al final me he acostumbrado a que no esté. Empezó con el embarazo de Lola y la enfermedad de mamá. Todas las tardes, después de recoger a Guío del cole, me venía aquí para estar con ella. Carlos no lo soportaba, decía que mi sitio estaba en mi casa y que mamá ya tenía a mi padre para cuidarla. Me acusó de desatenderlo, de olvidarme de él. No le hice caso, me parecía tan injusto: mi madre se moría y él no llegaba a casa antes de las diez o las once de la noche abducido por sus putas empresas.

—Siempre ha sido un mierda —aseguró Sole.

—Cuando nació Lola fuimos de mal en peor, se quejaba porque no paraba de llorar, los miércoles se quedaba a dormir en el despacho —puse los ojos en blanco— para recuperar horas de sueño. Acepté cambiarnos de casa porque le hacía muchísima ilusión, estaba entusiasmado y pensé que quizá un cambio nos vendría bien. Fue un espejismo, cada vez llegaba más tarde, comenzó a viajar, dormía en el despacho un día sí y otro también; ganaba y gastaba el dinero a espuestas y me decía que lo hacía por nosotras... que era así como debíamos vivir. Insistí mil veces en que lo que nosotras anhelábamos era estar con él, que todas las cosas que nos regalaba carecían de valor si no podíamos estar juntos, pero no lo entendía, creo que ni siquiera me escuchaba.

—¿Por qué has aguantado tanto tiempo?

Me sequé los ojos con las manos.

—No quería que mamá se disgustara, y después de que muriera ¿qué podía hacer? ¿Correr otra vez a los brazos de mi padre con un marido menos y una hija más? Intenté evitar un nuevo enfrentamiento con Eduardo, nuestra relación se había resentido, y lo último que deseaba era involucrar a papá en nuestras trifulcas, bastante tenía el pobre encima.

Fui a la nevera a por una botella de agua. Me hice con dos vasos y regresé a la mesa.

—Nunca me contaste nada —protestó Sole, mostrándome su disgusto.

—Tras el nacimiento de Lola lloraba por las esquinas; todos pensabais que no conseguía superar la muerte de mamá y lo sobrellevé como pude.

Serví el agua y tomé un pequeño sorbo de mi vaso.

—Al cambiarnos de casa tenía menos contacto con todos vosotros y mi vida giraba alrededor de las niñas; el traslado fue una quimera pero entonces no lo comprendí, aún albergaba la esperanza de salvar nuestro matrimonio — cogí otro suizo de la bandeja y le arranqué un pedazo—. Voy a necesitar una ración extra de hidratos de carbono para terminar de contarte mis miserias.

Mastiqué despacio, meditando mis siguientes palabras:

—Una tarde después de recogerlas del cole decidí darle una sorpresa y acercarnos a la oficina a buscarlo, solía hacerlo con Guío al poco de casarnos. Aparqué enfrente de la oficina y en el momento en que me bajaba del coche

para sacar a las niñas lo vi salir del portal con Aurora, caminaban abrazados y al llegar al semáforo la besó, un beso interminable... Reparó en mí cuando terminaban de cruzar. No había nada que hacer: entré en el coche, aseguré las puertas y me alejé sin volverme a mirar —suspiré, hacer memoria no me estaba resultando nada fácil—. De camino a casa de una extraña manera me sentí aliviada... comprendí que la derrota me liberaba de luchar, de intentar entender.

—¿Por qué no te largaste entonces?

—Resolví quedarme en Padre Damián hasta tomar una decisión, no quería someter a las niñas a una nueva mudanza. Carlos apenas estaba en casa y suponía que a partir de ese día todavía menos.

Doblé y desdoblé mi servilleta mortificada por los recuerdos.

—Esa tarde a las ocho ya había regresado, bañó a Guío y a Lola, cenamos todos juntos y les leyó un cuento antes de dormir. Nunca hemos discutido delante de ellas. Cuando volvió a la cocina no le dejé hablar: le dije que a partir de ese día preferiría que durmiera en la habitación de invitados; que no teníamos ninguna obligación el uno con el otro aparte de las que marcaban el respeto y el buen gusto; que por mi parte solamente le pedía que cumpliera con los compromisos paternos y familiares imprescindibles y que si quería el divorcio yo no iba a poner ningún impedimento. Presumo que venía dispuesto a enfrentarse a un torrente de reproches y amenazas y mi discurso lo desconcertó; me contestó que debíamos reconsiderar toda la situación con calma y que nunca se le había pasado por la cabeza divorciarse de mí. Esa misma noche sacó todas sus cosas de la habitación. Desde entonces nuestra relación se ha reducido a celebraciones familiares, bodas, bautizos y comuniones. No puedo incluir los entierros porque él tampoco los incluye, como ya sabes...

—Nena, yo...

Hice un gesto con la mano para que me dejase terminar:

—Apenas nos hemos visto desde que volvió. ¿Recuerdas lo bien que se llevaba con papá antes de casarnos? Se pasaban el día de cháchara. Hubo momentos incluso en los que me sentí celosa de su relación.

Meneé la cabeza incrédula.

—No me lo podía creer cuando me dijo que no iba a anular el viaje tras la

muerte de mi padre. Perdí el control Sole, creo que lo más suave que le llamé fue «hijo de la gran puta». Fue lamentable y doloroso —respiré hondo y seguí hablando—. Ayer por la mañana se ofreció a recoger a las niñas a su vuelta de León y acepté. ¡Ah! También me preguntó qué pensábamos hacer con el piso y el taller, le contesté que no lo teníamos claro pero que en cualquier caso no era de su incumbencia. Me ofreció su ayuda y le dije que llegaba demasiado tarde.

—Por el interés te quiero Andrés.

—¿Qué quieres decir?

—No me gusta esa repentina preocupación por tu herencia.

—¿Tú crees?

—¿Qué tal le van las empresas?

—Supongo que bien, pero la verdad es que no tengo ni idea. Eso mismo me preguntó el inspector y no supe que responder. Le dejé su tarjeta para que hablara con él directamente.

La cafetera estaba vacía, Sole se levantó, preparó otra y la dejó en el fuego. Después se acercó a mí y me puso una mano en el hombro.

—¿Qué te pasa?

—¿Qué? —no sabía a qué se refería.

—Estás golpeando la mesa con la cucharilla sin darte cuenta. Hay algo más que te ronda la cabeza.

—Bueno, sí —reconocí dejándola encima del mantel—. Javier me preguntó si papá tenía ordenador... le dije que me lo había llevado a casa.

—Es ese ¿no? —me interrumpió señalando el portátil encima de la mesa.

—Sí, había pensado en regalárselo a Guiomar. Nunca salió de aquí, seguía en la cocina, guardado en el cajón —con la mano tanteé debajo de la mesa—. No sé qué me pasó por la cabeza, Sole, un impulso absurdo, pero no quise entregárselo sin haber echado un vistazo yo primero.

—¿Y?

—Nada en especial, fotos, *e-mails* de la familia y otros, los que me extrañaron, del párroco de San Tirso de Bóveda, del delegado de Bellas Artes del Arzobispado de Lugo y de varias asociaciones: PorSacramenia.org, colegiatadebovedaNostra.com y recuperarovila.net. Todas ellas se refieren a la recuperación del patrimonio artístico español expoliado antes, durante y

después de la guerra civil.

—Bueno, es normal que tu padre mostrara interés por esos temas...

—Ya, pero estuve buceando en sus webs y en dos de ellas aparece el nombre de papá: en recuperacionpatrimonioartistico.org como miembro fundador y en colegiatadebovedaNostra.com, como benefactor de la colegiata; en esta última también nombran al abuelo. Lo que me desconcierta y me intriga es que nunca, nunca, me comentó nada al respecto. No lo entiendo.

—¿Quién puede saber algo?, ¿tu tío?

Negué con la cabeza.

—No creo. He pensado en Don Manuel, el antiguo párroco de San Tirso, aún no lo he llamado. Papá y él fueron juntos al colegio y les unía una gran amistad. Está retirado pero se encarga de la Colegiata de San Tirso, lleva toda la vida ligado a ella: investigando, solicitando ayudas para su conservación, organizando charlas... Es el custodio de las llaves, vive en una casa cercana, y también la enseña. Sus visitas guiadas son estupendas, es didáctico y divertido. Si no recuerdo mal habéis estado en alguna ¿verdad?

Asintió. Tamborileé en la mesa con los dedos.

—Seguro que sabe de qué va todo esto.

La cafetera silbó y Sole la trajo a la mesa. Rellenó las dos tazas.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Quiero clasificar los papeles del despacho de papá, ayer por la noche, cuando recogí, simplemente los dispuse en montones y me gustaría revisarlos con tranquilidad. También había pensado en subir aquí los archivos de la cueva, de hecho iba a llamar a Alfonso para que me ayudara. No tiene sentido guardarlos por más tiempo, debería echar un vistazo por si hay algo que merezca la pena conservar y tirar el resto, con mucha suerte quizá encuentre alguna pista sobre los dueños de las piezas que quedan abajo —añadí pensativa—. Tendría que hacer un *dossier* de cada una de ellas para Álvaro.

—¿Puedo echarle una mano?

—Me vendría de perlas. Podrías traer tu cámara y fotografiar las piezas de la cueva y si me ayudas a revisar los papeles del abuelo te invito a cenar en La Toscana.

Mantuve los dedos de las manos cruzados delante de la cara, mientras

esperaba su contestación.

—Me has convencido —sacó el móvil del bolsillo trasero de su pantalón y me sonrió—. Voy a dar un toque a Alfonso, creo que no tenía planes hasta esta noche, se ha quedado en casa, estudiando.

—Dile que le pagaré los servicios.

Salí de la cocina en busca de mi teléfono. Alcé la voz para que Sole alcanzara a oírme:

—¿A las diez y media te parece bien? Mejor reservar cuanto antes.

—Perfecto. No te vayas muy lejos que no has terminado de contarme como acabó tu cena con el inspector —me advirtió asomando la cabeza por la puerta de la cocina.

Cinco minutos después estaba de regreso.

—Mesa reservada.

Me senté, añadí leche y azúcar al café y continué la conversación por donde la habíamos dejado:

—A ver, déjame recordar: agradeció la invitación, alabó el vino y el orujo, le ofrecí la mano a modo de despedida y la retuvo entre las suyas hasta que el ascensor llegó al piso —sonreí con picardía—; por lo que tardó debía estar en el bajo.

Sole silbó encantada y se sentó enfrente de mí.

—Se despidió con un «Buenas noches, Nena» que me cortó la respiración. Sé que no tiene importancia —bajé los ojos hacia mi taza—, pero me ilusionó. Por un momento volví a sentirme deseada, atractiva...

—¡Mierda, Nena! ¿Por qué no ibas a sentirte atractiva o deseada? —suspiró—. ¿Cuándo fue la última vez que echaste un polvo?

Sentí su mirada atravesándome, a pesar de seguir cabizbaja.

—Mejor no me lo digas. No quiero saberlo —agregó un instante después.

—No es para tanto. Tengo mis juguetes —confesé tras una pausa—. Dos o tres años. No había nadie más en mi vida ¿qué iba a hacer?, ¿salir a buscar sexo con las niñas de la mano? —bebí de mi taza—. ¿Puedes cerrar la boca?, por favor.

Sole estaba tan enfadada que era incapaz de articular palabra. (La conozco muy bien). Respiró hondo varias veces tratando de no perder el control; el tacto no es una de sus virtudes. Su tono de su voz, cuando empezó

a hablar, puso de manifiesto el cabreo que tenía:

—Desde luego yo no te aconsejaría que salieras a buscar sexo como una perra en celo, pero deberías haber tenido los cojones suficientes para haber dejado a Carlos hace unos años y rehacer tu vida sin necesidad de mendigar. ¿Cómo vas a sentirte seductora y querida?, ¿me lo quieres contar? Llevas años conformándote con nada.

Dio una palmada en la mesa. Estaba descompuesta.

—¡Joder! Disfrázalo como quieras, esta situación te ha hecho daño, mucho, y lo peor es que tú has dejado que te lo hiciera. Y una vez más nos has apartado de tu lado.

Me miró y moderó la voz. Intentó serenarse.

—Sé que no lo haces de manera premeditada, pero siempre es igual: te alejas para no inmiscuirnos en tus naufragios, en un estúpido intento de protegernos a todos, de no preocuparnos, mientras que tú te hundes sin que podamos echarle una mano —se revolvió el pelo frenética—. Estoy enojada, enfurecida contigo y conmigo, por consentir que vuelva pasar, por tolerarlo.

Se inclinó hacia mí y apartó unos mechones de mi cara, colocándome los detrás de la oreja.

—Y lo que más me mortifica es que también lo hayas querido proteger a él, por muy padre de Lola que sea. No se lo merece. Que lo folle un pez Nena. Que se salve él solo.

Permanecí callada, la vista clavada en mis dedos que desmenuzaban el resto del suizo sobre la mesa. Sentía en el pecho el peso de una tristeza profunda y arraigada.

—¡Qué desastre! —musité.

Me recosté en el asiento, resignada ante su discurso. No pensaba justificarme, imposible encontrar nada en mi descargo. Su razonamiento había sido impecable.

—No te enfades conmigo, por favor —le pedí—. Por lo menos no durante mucho tiempo. Ahora mismo necesitaría que alguien me abrazara y aquí no hay nadie más que tú.

Corrió su silla hasta pegarla a la mía y me estrechó entre sus brazos. Permanecimos así durante un largo rato.

—Me siento como esas personas a las que le amputan un miembro y

siguen percibiéndolo —le confié de improviso—. Papá ya no está y no dejo de sentirlo cerca de mí, el dolor me lo devuelve una y otra vez.

—Venga Nena —murmuró Sole en mi oído sin aflojar el abrazo—, todo va a mejorar. Todo va a ir bien.

Apretó su mejilla contra mi pelo y besó mi cabeza repetidas veces.

—Ya estás en casa, has vuelto a casa.



«*Well I tried to make it Sunday, but I got so damn depressed that I set my sights on Monday and I got myself undressed. I ain't ready for the altar...*».
[13]

Si alguien se hubiera asomado al salón en esos momentos, en el mejor de los casos habría pensado que estaba asistiendo a un desembalaje de antigüedades: Alfonso, sentado sobre la alfombra, intentaba descifrar el contenido de unas cartas manuscritas; el papel amarilleaba y la tinta había palidecido lo que complicaba su lectura. Una docena de carpetas, descoloridas por los bordes, yacían desparramadas a su alrededor. Los sofás servían de refugio a varios cuadros y un par de esculturas. Encima de la mesa de comedor descansaban unos pilares de madera y una caja; un bargueño y un espejo, arrimados a la pared, remataban el caos.

A última hora habíamos decidido subir, además de los papeles del abuelo, el resto de objetos guardados en la cueva y el cuadro de *La Magdalena*. El chico se había encargado de trasladarlo todo, excepto el bargueño que lo acarreamos entre los tres.

Sole había fotografiado las piezas y, posteriormente, descargado las imágenes en el ordenador, yo estaba terminando de añadir las descripciones al lado de las mismas.

Mi padre había anotado las características de cada una de ellas. (Supongo que en algún momento debió de intentar localizar a sus dueños y las catalogó). Eduardo encontró la lista por casualidad y la dejó guardada en la mesa del despacho, me lo comentó de pasada antes de marcharse.

Me alejé un poco de la pantalla y leí en voz alta las reseñas que había

escrito:

—Veamos: Escritorio español del siglo dieciocho o diecinueve. Realizado en madera ebonizada, carey y bronce dorado siguiendo modelos napolitanos. Frente tripartito con cuerpo central ligeramente resaltado, con puerta; los laterales son de cajones chapeados en concha así como las columnas que enmarcan la hornacina central en la que va colocada una figura de bronce. El interior ha sido reconstruido. Apoya sobre patas de lenteja doradas. Sobremesa posterior en madera ebonizada con patas torneadas y fiadores de hierro. Medidas totales: ciento dieciséis por ochenta y tres, por ciento veintinueve centímetros.

Hice una marca en la hoja de papel que había al lado del portátil y continué:

—Santa Catalina de Siena. Talla en madera policromada y dorada de finales del siglo dieciséis; sesenta y cinco centímetros. Espejo isabelino de media caña en madera de caoba y caoba dorada. Luna original. Medios del siglo diecinueve. Ciento veinte centímetros de alto por noventa y cinco de ancho.

Señalé nuevamente la hoja antes de seguir:

—Bodegón con faisanes. Óleo sobre lienzo. Finales del siglo dieciocho principios del diecinueve. Cuarenta y dos por cincuenta y un centímetros — me coloqué el pelo detrás de las orejas—. Cabeza de San Juan Bautista. Óleo sobre tabla. Siglo diecisiete o dieciocho. Sesenta y ocho por sesenta y un centímetros. Caja en raíz de caoba y ébano, marquetería de metal e incrustaciones de nácar. Estilo Napoleón III de mediados del siglo diecinueve. Veinte por catorce, por ocho centímetros.

Punteé la lista tres veces más.

—Talla de Santiago Apóstol en madera policromada y dorada. Siglo dieciséis o diecisiete, cuarenta y tres por diecisiete centímetros. Y por último, pareja de columnas salomónicas de dosel. Siglo diecisiete o dieciocho. En madera de caoba. Altura: ciento sesenta y ocho centímetros.

Aparté la mirada del ordenador y sonreí al descubrir a mi amiga bailando al son de la música mientras leía el montón de papeles que sujetaba entre las manos. No esperaba que me estuvieran escuchando, no había sido mi propósito. (Leer en voz alta me ayuda a comprender los textos en las épocas

que me falla la concentración).

—Tengo un *pendrive* en el bolso —dije—, grabo el documento y te ayudo con esos papeles, Alfonso.

Anduve hacia la puerta esquivando los estorbos que encontraba a mi paso. Me giré hacia el interior de la habitación y pregunté:

—¿Queréis algo de la cocina?, ¿agua, coca...?

Sole negó con la cabeza y continuó con su bailoteo.

—Coca, tía, por favor —respondió el chico— y sí, cuando puedas ven a echar un vistazo a esto.

Volví a los pocos minutos. Me entretuve un momento en el ordenador y después tomé asiento en el suelo al lado de mi ahijado. Dejé las latas en la mesa de centro y miré por encima de su hombro.

—Fíjate —me indicó sujetando las hojas a la altura de mis ojos—, es una relación de piezas dejadas en depósito a tu abuelo para su custodia y restauración si procedía. Martín Castelao ¿verdad? La carta está firmada por el párroco de la colegiata de San Tirso de Bóveda, Don Xoán Basanta, y fechada en marzo de mil novecientos treinta y cinco. Por lo que interpreto, el párroco asume la responsabilidad por la retirada de esas piezas de la sacristía en aras de protegerlas ante el abandono que sufre la colegiata. También hay unos dibujos, realizados a mano, del exterior y el interior del edificio. Tía, mira —dijo acercándomelos—, la sacristía está completa, cuando se realizaron el artesonado del techo continuaba en su sitio.

Los cogí y observé el entramado de maderas, la decoración de las vigas era tipo sogas y en los entrepaños aparecían estrellas caladas de ocho puntas y motivos geométricos.

—En esa época los abuelos todavía no se habían trasladado a vivir a Madrid —cavilé en voz alta—. Yo no he conocido a ese cura.

—Échale una ojeada a estos. Si no me equivoco deben ser bocetos de los objetos que guardaba tu abuelo.

Estudí los dibujos que Alfonso me mostraba, había una breve descripción al lado de cada uno.

—Una tablilla con oraciones preparatorias para el sacramento de la Eucaristía, ricamente orlada y policromada, enmarcada en madera dorada. Aguamanil de mármol. Óleo sobre tabla de San Tirso sujetando la sierra.

—¿Por qué tenía una sierra? —preguntó Sole que se había arrodillado junto a mí y examinaba los papeles que su hijo sujetaba en la mano.

—La leyenda cuenta que San Tirso fue perseguido debido a su fe, torturado y sentenciado a ser cortado en dos. Sin embargo la sierra no lograba cortar su piel y se hizo tan pesada que los verdugos no podían siquiera levantarla —me volví a mirarla—. No valió de mucho porque al final lo ahorcaron y decapitaron. Pero esa es la razón por la que le representan con la sierra.

Encogí los hombros y seguí leyendo:

—Crucificado, siglo dieciséis, en madera policromada que aún conserva la policromía original. Posible origen alemán, metro y medio de altura. Cajonería de nogal, realizada en Palencia según consta en los libros de la parroquia, adornada con finísimos alto relieves, donde se alternan la vida de la Virgen y de San Tirso. Los patronos de la colegiata son San Tirso y la Asunción de Nuestra Señora —aclaré a mis oyentes y continué la lectura—. En el antepecho de la misma bellos grecados sobre todos los cajones delanteros, con preciosa crestería de remate. Dos espejos con ricas cornucopias y un óleo sobre tela de San Froilán con el lobo, anónimo de finales del siglo dieciséis.

—¿Y el lobo, tía?

—Dicen que una mañana que San Froilán estaba ensimismado rezando, apareció un lobo hambriento que se abalanzó sobre su pollino y comenzó a devorarlo. En eso estaba cuando San Froilán lo vio. El santo consiguió amansarlo y lo tomó a su servicio para que acarreará sus alforjas. Desde entonces, el lobo caminó siempre junto a él, arrimado a su lado derecho.

—¿Cómo controlas tanto de santos?, por lo que yo sé no eres nada religiosa —preguntó Alfonso extrañado.

Me reí ante la estupefacción de mi ahijado.

—La abuela Guiomar se sabía la vida de los santos de pe a pa, pese a que no era especialmente devota. Cuando conoció al abuelo, al Martín de la carta precisamente, la mayor parte de las piezas que él restauraba eran imágenes religiosas y empezó a interesarse por la vida de cada santo que aparecía por el taller; poco a poco llegó a ser una autoridad en la materia. Cuando Eduardo y yo éramos pequeños en vez de leernos cuentos siempre nos contaba la vida de

algún santo. Nos encantaban las historias sobre santos mártires —sonreí al recordarlo—, eran truculentas y espeluznantes: San Lorenzo y la parrilla, San Sebastián y las saetas, Santa Águeda y sus tetas —me estremecí adrede—. La mayoría de las noches el bueno de Edu tenía que hacerme sitio en su cama porque me moría de miedo.

—¿Y San Alfonso? —inquirió curioso.

—Ese llegó a obispo, creo. San Alfonso María de Ligurio, pero tenía muy mala salud, padecía de artritis cervical. La abuela simpatizaba con él porque también la sufría —miré al muchacho y rompimos a reír a carcajadas.

—¿Podéis parar? —intervino Sole—. ¡Uf!, santos y mártires, se me ponen los pelos de punta. Aún recuerdo cuándo nos contó el martirio de San Policarpo de Esmirna, tuve pesadillas todo el verano. ¿Has visto?

Había cogido una de las hojas y con el dedo señalaba el dibujo de uno de los espejos.

—Parece el tuyo.

Contemplé detenidamente el apunte.

—Podría ser, sin embargo, si te fijas, el copete es más redondeado —bordeé la imagen con el dedo— y mi espejo tiene unas flores labradas en los extremos de las que este carece, claro que este boceto no es tan minucioso como los otros, quizá...

Negué con la cabeza girándome hacia ella:

—Pero es imposible, Dado me dijo que mi espejo lo trajeron para restaurar cuando ya vivían en Madrid, muchos años después de que se escribiera esta carta.

Me arrodillé en la alfombra y devolví los papeles a la carpeta.

—Lo más acertado es hablar con Don Manuel, es el único que puede esclarecer tantas incógnitas.

Fui hasta el despacho y la guardé en un cajón de la mesa.

—Creo que subiré a Lugo en el puente de mayo. No lo tenía pensado, pero es una buena oportunidad para hablar con él. Si queréis venir no tenéis más que decirlo.

Alfonso se puso de pie y recogió el montón de documentos que había en torno a él.

—Tía, esto no son más que descripciones, notas de encargo y facturas de

trabajos realizados. No he encontrado nada que se refiera a ninguna de estas piezas. ¿Qué quieres hacer con ellas? —preguntó buscando un sitio donde dejarlas.

—Tirarlas, no tiene sentido conservarlas por más tiempo.

—Si prefieres me las puedo llevar a la agencia, tenemos una destructora de papel —sugirió Sole.

—Te lo agradezco, me estaba dando no sé qué pensar en echarlas a la basura, así sin más.

Abrí una de las latas. Me senté en el borde del sofá con cuidado de no rozar ninguno de los cuadros.

—Alfonso por favor, antes de irte me gustaría que colgaras el cuadro de La Magdalena en el despacho, a la izquierda según entras. El taladro está en la cocina.

Bebí un poco de Coca-Cola y seguí hablando:

—El bargueño creo que lo dejaré ahí, no queda mal y además pesa como un demonio. El resto lo voy a guardar en la habitación de Eduardo de momento, el armario está vacío. Exceptuando las columnas, los cuadros y las imágenes deberían caber en su interior.

Alfonso dejó el arsenal de papeles encima de la mesa y abrió su lata. Sole seguía sentada en la alfombra. La miré y me guiñó el ojo. Me dirigí a su hijo:

—He hablado con tu madre de cómo pagarte...

—No digas tonterías tía, no hace falta —me cortó—. Además ha sido divertido, he aprendido un poco de arte y algo de religión.

No pude evitar sonreír.

—Bueno, después de esta demostración de que la educación esmerada de tu madre ha surtido efecto déjame que siga. Ella está de acuerdo y, aunque conlleva que me tendrás que hacer algún que otro canguro gratis los próximos años, creemos que la idea te va a gustar —me reí al ver su cara de desconcierto—. Quiero que te quedes con el coche de mi padre. Tiene quince años y solo setenta mil kilómetros...

—¿El volvo? —me interrumpió de nuevo.

—Sí, claro, no tenía otro.

Me levanté y me puse enfrente del muchacho, saqué un juego de llaves del bolsillo y se las di:

—No tienes permiso para usarlo hasta que no hayas arreglado los papeles y el seguro. Puedes usar la plaza de garaje en la que está hasta nuevo aviso, pero aparca bien porque en la de al lado tiene que entrar mi coche. Las llaves del *parking* son las del aro azul. Otras restricciones para el uso del mismo serán establecidas por tu madre...

No pude continuar, se abrazó a mí y me hizo girar como una peonza.

—¡Para, para!

Puse mis manos encima de sus hombros y le di un apretón cariñoso.

—A Eduardo le pareció muy buena idea cuando se lo comenté, también se lo debes agradecer a él.

—¡Joder tía! No te imaginas la ilusión que me hace. Esta misma noche le escribiré para darle las gracias. No me lo esperaba —en su voz se apreciaba la emoción que sentía—. Yo quería muchísimo a Elías.

Bajó la mirada a las llaves que sujetaba entre las manos.

—Voy por el taladro.

Se dio la vuelta y abandonó la habitación en dos zancadas para evitar que lo viésemos llorar.

4

Lunes, 16 de abril de 2012, 15:45

«Lay a whisper on my pillow, leave the winter on the ground. I wake up lonely, there's air of silence in the bedroom and all around. Touch me now, I close my eyes...».^[14]

(Conozco la secuencia de los hechos como si hubiera estado allí, creo que se debe a que obligué a Sole a relatármela una veintena de veces).

Mi amiga cogió el móvil, se sorprendió al ver el nombre que aparecía en la pantalla.

—¿Guío?

La niña hablaba entre hipidos.

—Cariño, tranquilízate. ¿Qué pasa?

—Es mamá... está en el suelo y no me contesta... Carlos la empujó... He llamado al 112...

—¿Lola está contigo?

—No —contestó entre sollozos—, está en el colegio.

—No te preocupes corazón, voy a llamar al portero para que suba a acompañarte. Espera un momentito y no me cuelgues. Buscó el número con manos trémulas, y descolgó el teléfono fijo. A esa hora el hombre estaba comiendo en su casa y le aseguró que en un instante estaría allí.

—¿Guío?

—Sí, tía.

—Ángel va para allá, acabo de hablar con él. Tranquilízate mi amor —

ahora preguntó con miedo—. ¿Cómo está mamá?

En ese momento escuchó el timbre de la puerta a través del teléfono.

—Ve a abrir, corazón y no cuelgues.

Agarró el inalámbrico y llamó a su hijo:

—Alfonso, no me importa dónde estés pero necesito que corras a casa de Nena, ha tenido un accidente y tienes que hacerte cargo de las niñas. ¿Llevas dinero para un taxi? —mientras hablaba se había colgado el bolso en el hombro—. De acuerdo, yo voy hacia allí también. Date prisa.

Lanzó el teléfono encima del sofá, cogió un abrigo del perchero y salió a toda velocidad de la casa con el móvil pegado a la oreja.

—Guío, pásame con Ángel, por favor...



Delante del portal había una ambulancia del SAMUR y un coche de la policía nacional.

Corrió escaleras arriba. La puerta estaba abierta. Vio a Alfonso sentado en el sofá del salón con Guiomar a su lado, la rodeaba con el brazo; una policía de uniforme hablaba con ellos. Su hijo le hizo un gesto con la cabeza en dirección a la cocina. Sole miró su reloj, eran las cuatro y veinte de la tarde.

El portero, discreto, esperaba apoyado en el marco de la puerta. Se acercó a la recién llegada, habló con ella unos momentos y regresó a su casa.

Echó un vistazo dentro de la cocina. Yo estaba sentada en una silla y dos sanitarios me atendían, un policía con los brazos cruzados sobre el pecho observaba el trabajo de los médicos.

Entró en el salón. Se sentó al lado de la niña y le acarició la cabeza. Guío se volvió y le dio un beso.

—¿Estás mejor?

—Sí tía, Alfonso me ha tranquilizado mucho y ella también —dijo refiriéndose a la mujer sentada enfrente de ella.

Sole le sonrió.

—Estupendo. Por lo que veo mamá también está recuperada —le revolvió

el pelo con la mano cariñosamente—. ¿Me hacéis un favor? —añadió mirando a su hijo—, quiero que cojáis una maleta o dos y metáis dentro tu ropa y la de Lola. Mamá va a tener que descansar un poco y lo mejor es que vayáis a casa del abuelo, así Elisa y yo podemos echarle una mano. ¿Le dices a Alfonso dónde está todo?

La cría asintió con la cabeza.

—No os olvidéis de los pijamas, batas, zapatillas, los cepillos de dientes y las cosas del cole.

Se levantaron y salieron de la habitación. Alfonso iba detrás de ella haciéndole cosquillas, escucharon sus risas mientras se alejaban por el pasillo.

—¿Tiene conocimiento de que la haya agredido con anterioridad?

—Que yo sepa no. Carlos no es una persona violenta, al menos no lo parece. Su matrimonio no funcionaba pero no solían reñir, más bien lo dejaban morir poco a poco.

—¿Sabe dónde puede estar?

—Ni idea, cuando Guiomar me llamó no me dijo si él continuaba en la casa y con los nervios yo tampoco se lo pregunté. Carlos no es su padre. Guío es fruto del primer matrimonio de Nena —tomó aire y siguió hablando—. Le puedo facilitar su móvil.

Sacó el suyo del bolso, trajinó unos segundos en la pantalla y se lo tendió a la agente.

—Aquí tiene.

La oficial apuntó el número en una libreta y le devolvió el teléfono.

—¿Es usted su hermana?

—No, somos amigas, pero prácticamente nos hemos criado juntas. Ella es madrina de Alfonso, mi hijo, y a su vez yo soy madrina de sus dos hijas: Guiomar y Lola.

Al ver que no le preguntaba nada más dijo:

—Si no le importa voy a ver cómo se encuentra.

Se volvió antes de salir de la habitación, advirtió como la agente sacaba un móvil del bolsillo y marcaba el número anotado en el papel.

Cuando entró en la cocina yo estaba hablando con uno de los enfermeros, podía ver mi rostro reflejado en el acero inoxidable de la puerta de la nevera:

estaba pálida, el lado derecho de la cara amoratado; sujetaba una bolsa de hielo contra mi sien.

—No, no hace falta, le garantizo que iré por mi cuenta.

—¿Qué ocurre? —intervino Sole.

—Sería recomendable que pasara por un hospital para que le hicieran un escáner o una radiografía. Ha perdido el conocimiento con la caída, aparentemente está bien pero deberían examinarla mejor.

Insistí de nuevo:

—Tengo que organizar a las niñas, después me acercaré al hospital.

—Yo la llevaré —aseguró ella.

El médico firmó el informe y me alargó una copia, le dio otra al policía que estaba en la cocina.

—¿Podrías traerme mi bolso?, creo que lo dejé en la entrada.

Sole regresó con él. Saqué mi DNI del billetero y se lo tendí al oficial.

—Necesitaríamos que pasara por la comisaría para formalizar la denuncia —me indicó mientras apuntaba los datos.

—Ya... —contesté evasiva—. No sé...

—¡Nena! —exclamó Sole sulfurada.

—Lo sé, lo sé —levanté las manos en señal de rendición—. No quisiera perjudicarlo... solo alejarme de él y ya está. Nunca había hecho nada parecido.

Mi amiga se acercó y sostuvo los hielos.

—No lo entiendo Sole —dije—, estaba tan enfadado. Parecía desesperado.

El policía intercambió unas palabras en voz baja con su compañera, que acababa de entrar en la cocina; al terminar volvió a dirigirse a mí:

—No tiene por qué ser hoy. Hemos localizado a su marido y lo hemos citado en la comisaría esta misma tarde. Contamos con la declaración de la niña, ella fue la que pidió socorro y con la que hablamos al llegar, usted estaba semiinconsciente todavía.

Mi móvil sonó dentro del bolso, lo saqué y miré la pantalla, acto seguido se lo di a Sole con un gesto de malestar. Esta, al ver quién llamaba, abandonó la habitación al momento.

El agente insistió en que formalizara la denuncia, tras lo cual, los dos

policías se despidieron y me dejaron sola.

Oía a Sole hablar por teléfono, no llegaba a captar lo que decía pero distinguía el matiz severo de su voz.

Recordé la expresión de la cara de mi hija cuando Carlos me empujó. Cerré los ojos e inspiré profundamente intentando mantener a raya las náuseas. Lo conseguí a duras penas. Desde el fondo de la casa me llegaron las risas de Guiomar y Alfonso. Me puse de pie algo insegura, trastabillando llegué hasta el fregadero, me aferré a él y vomité.

Cuando Sole regresó me estaba secando la cara con un paño.

—Deberíamos ir al hospital, acabas de vomitar.

—No tiene que ver con la caída —dije—. Pensaba en mi hija...

Frunció el ceño. Se acercó a mí y me abrazó con delicadeza por la espalda.

—Alfonso y Guío han empaquetado todo lo que las niñas pueden necesitar esta semana y ahora te voy a ayudar a hacer tu maleta. En cuanto esté nos largamos de aquí.

Se situó enfrente de mí, me agarró la cara con las manos y limpió mis lágrimas con los pulgares.

—Los chicos van a recoger a la peque en mi coche y se llevan el equipaje. Tú y yo cogemos un taxi a Nuestra Señora de América, he hablado con Damián, tiene turno de tarde y nos está esperando.

Me besó en la frente y continuó:

—No quiero que Guío te vea llorando, se ha llevado un susto tremendo. Esta noche cuando se acuesten tendrás tiempo de desahogarte. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —me esforcé por sonreír—. Gracias Sole, no sé qué haría sin ti.

—Deja eso para luego también. Vamos a hacer la maleta.



Cuando salimos del hospital eran casi las nueve de la noche. Agradecí el viento en la cara, dentro del edificio el calor era agobiante.

—Andemos un poco —sugerí—, un par de manzanas; el frío me levanta

el ánimo.

—He hablado con Elisa hace un rato, las niñas estaban bien, iban a cenar.

—¿Qué quería Carlos? —pregunté.

Era consciente de que Sole llevaba toda la tarde dándome largas y que no iba a salir de ella el contármelo.

—Saber cómo te encontrabas. Había hablado con la policía y estaba asustado. Me dijo que no había pretendido hacerte daño. Le contesté que eso suponía, pero que como excusa no valía mucho porque se largó de la casa sin auxiliarte y dejando a una niña de trece años apañárselas sola con una madre inconsciente, lo cual era imperdonable, indigno y mezquino. No dijo nada más. Intentaré llamarte en otro momento.

Levantó la mano y un taxi paró a nuestro lado.

—¿Sabes? —añadió mirando el lado derecho de mi cara—, el color morado combina bien con tus ojos.

No pude evitar reírme. (Sole siempre consigue aliviar la tensión en los peores momentos).

—Volvamos a casa —dije—, Elisa y Lola son una mezcla explosiva.

Apoyé la cabeza en el respaldo y me dejé mecer por el traqueteo del taxi. No quería pensar, me concentré: mantener la cabeza vacía y no pensar. Sabía que era en vano: la cara de mi hija mayor volvía una y otra vez a mi mente, la angustia y el miedo que descubrí en su mirada me desgarraban.

Nunca se lo podría perdonar a Carlos. Esta vez había franqueado el límite de lo admisible. Hablaría con la mujer de Álvaro, había negociado mi primer divorcio; solo quería la custodia de Lola y la pensión que le correspondiera legalmente a la niña, nada más.

Ahí terminaba todo. Cerrar una puerta y abrir otra. Superar el miedo a vivir de nuevo, enfrentarse a la vida: ese reto al que llevaba tanto tiempo dando largas por temor a averiguar si lo que estaba por venir iba a ser más de lo mismo.

—Ya hemos llegado.

La voz de Sole me devolvió a la tierra.

—Me he debido quedar traspuesta —me froté la cara con las manos y solté un gemido.

—¿Duele?

—Un poco, no me acordaba y me he restregado con ganas.

—Todavía están aquí —comentó Sole al salir del taxi—. Mira a Lola en la ventana, tiene la nariz espachurrada contra el cristal.

Sonreí ante la visión de mi hija pequeña que nos saludaba desde dentro del bar, mi sonrisa se ensanchó cuando vi a Guiomar riendo mientras la regañaba cariñosamente. Los niños tienen una capacidad asombrosa de sobreponerse a los avatares de la vida, pero la conocía y sabía que necesitaba exteriorizar su desasosiego, en cuanto Lola se durmiera hablaría con ella.

Las niñas y Alfonso salieron en ese momento.

—Alfonso nos va a contar un cuento mami —chilló Lola saltando a mis brazos—. ¡Uy!, tienes pupa —sus deditos tocaron con suavidad la piel amoratada de mi cara.

—Me he caído esta mañana, pero ya estoy bien —contesté devolviéndola al suelo e intentando recuperar la respiración, el dolor en el costado era penetrante—. Voy a saludar a Félix y a Elisa. Ahora subo a daros un beso.

—De paso aprovechamos y cenamos algo —apuntó Sole.

—¿Qué tal Guío? —pregunté a la vez que le acariciaba la cara.

Me sonrió.

—¿Terminaste los deberes?

—Sí, pero tengo que leer.

—Muy bien, cuando suba hablamos tesoro.

Nos despedimos y entramos en el bar. No había nadie tras la barra, pasamos por detrás y nos metimos en la cocina. En el momento en que Félix reparó en mi cara enrojeció y comenzó a mascullar improperios:

—Ese tío es un chulo, ¡un pedazo de cabrón! Elisa, lo que yo te diga. Te advierto una cosa Nena —su voz atronó la habitación—, espero que ese canalla no aparezca por aquí nunca porque va a tener que vérselas conmigo.

Dio un puñetazo encima de la mesa.

—Un hombre no hace eso y delante de la niña ¡por Dios!

—Cálmate Félix, por favor —Elisa se acercó y le colocó la camisa—, bastante tiene la chica encima. De esta manera no arreglamos nada. Te va a subir la tensión. Anda, sal a la barra y atiende a la parroquia en vez de espantarla.

Le puso un cuenco con salmorejo en una mano y una cestita de pan en la

otra y lo empujó hacia el bar. Abandonó la cocina rezongando.

—¿Cómo te encuentras Nena?

—Bueno, me duele la cabeza un poco pero es soportable. Lo peor son las costillas, caí sobre una banqueta y las tengo magulladas, al moverme me duelen. Me dijeron en el hospital que en los próximos días iré a más —subí las cejas en señal de resignación—. Lola ha saltado a mis brazos y he visto las estrellas.

—¿Y el alma?

—Lastimada también, pero pasará. Me preocupa más la niña.

—Guío me contó lo que ocurrió, está sorprendida y enfadada. Creo que le ha venido bien tener a Alfonso cerca.

Dobló el trapo que tenía en la mano y miró a Sole.

—Ese chico vale su peso en oro. ¿Queréis que os saque algo de cenar?

—Si no te importa pon lo que sea en un recipiente para llevar y me lo subo a casa. Tengo ganas de echarme un rato en el sofá.

—Muy bien, ahora mismo lo preparo.

—Muchas gracias.

Me acerqué y le di un beso en la mejilla.

—Contar con vosotros es uno de los grandes lujos de mi vida.

—Anda, anda, pamplinera. ¡Salir de aquí que tengo mucho que hacer! —contestó, agitando el trapo hacia nosotras, con la emoción chispeando en los ojos.

—Voy a lavarme las manos.

Mientras me encaminaba hacia el aseo reparé en Sole que levantaba las cejas y señalaba en mi dirección adelantando el cuello como una tortuga. La miré sin entender y continué. No tenía el cuerpo para acertijos. Dos pasos más allá el mensaje se reveló nítido ante mis ojos: el inspector Rivera estaba de pie, al final de la barra, mirándome.

—Veo que ha sufrido un percance —dijo cuando llegué a su altura.

Examinó el desastre de mi cara con atención. Su rostro no dejaba entrever ninguna emoción.

—Sí, algo así.

Me sentía terriblemente cansada, sin fuerzas para dominar la tensión acumulada a lo largo de la tarde. Fijé la vista en la puerta del baño y apreté

los dientes.

—Siento muchísimo no haber avisado, la verdad es que no me he acordado del ordenador hasta ahora que lo he visto.

—Alfonso llamó para advertirme.

Lo miré azorada, estaba segura de que el chico no habría entrado en detalles pero debía llevar un buen rato en el bar, a juzgar por el plato que tenía a su lado, y era de suponer que había escuchado los reniegos de Félix.

—Puedo pedirle que lo baje —insinué con voz apagada.

—No, no te molestes, pareces agotada. Llámame mañana si te encuentras mejor.

El tuteo del inspector casi había acabado con mis defensas, hice un breve movimiento de cabeza a modo de contestación y me dirigí al baño sin añadir nada más.



Me incorporé con cuidado, Guiomar se había quedado dormida en mi regazo. Coloqué su cabeza con mimo sobre la almohada y me enderecé; mis costillas protestaron, los analgésicos habían dejado de hacer efecto hacía rato.

Apagué la luz de la mesilla y entorné la puerta.

Asomé la cabeza en la otra habitación, la respiración de Lola era cadenciosa y tranquila.

Anduve por el pasillo a oscuras hasta la cocina. Me preparé un cacao caliente y tomé asiento. Las lágrimas contenidas durante horas me arrollaron. Respiré hondo y las dejé fluir. Me tapé la boca con las manos para acallar mis gemidos y lloré durante largo rato.

Lloré por no haber podido proteger a mi hija, por la intimidación y el miedo que nunca pensé que sufriría en propia carne, por los años perdidos, por mi indecisión, por la orfandad y porque por la compasión entra la peste.

Lloré de rabia, de pena, de impotencia, de asco...

Esa noche lloré hasta que ya no pude seguir llorando.

5

Martes, 17 de abril de 2012, 07:15

«And you're singing the songs thinking this is the life and you wake up in the morning and your head feels twice the size. Where you gonna go? Where you gonna go? Where you gonna sleep tonight?».^[15]

La música del móvil de Alfonso me despertó a primera hora, Sole y él habían quedado en llevar a las niñas al cole. Podía oír el alboroto proveniente de la cocina.

La cabeza me estallaba y sentía el cuerpo dolorido, me tomé un protector estomacal y un ibuprofeno y continué durmiendo.

La alarma del teléfono sonó a las nueve y cuarto. A las diez tenía hora en el ambulatorio para recoger un justificante para el trabajo: en el informe hospitalario recomendaban cuarenta y ocho horas de reposo.

Al terminar fui andando hasta el bufete de Álvaro y le dejé el *pendrive* con la información que había preparado sobre las piezas del taller; Águeda estaba en su despacho y convinimos los términos del divorcio. De allí cogí un taxi a la comisaria de Pío XII para formalizar la denuncia, la abogada me lo había recomendado, insistió en que siempre tendría tiempo de retirarla después.

Telefoné a Berta, la asistente de mis padres, para ver si tenía días libres y quería seguir trabajando para mí; tras llegar a un acuerdo me sentí más animada.

Por último pasé por el piso de Padre Damián a recoger unas cuantas cosas

que me hacían falta y mi coche.

Cuando regresé a Santa Engracia eran las dos de la tarde y estaba molida.

Alfonso y Guiomar iban a comer juntos, habían quedado a la salida del instituto, después recogerían a Lola.

Sole lo había organizado todo para dejarme tranquila.

Me tomé otro ibuprofeno y cogí papel y boli dispuesta a escribir una lista de todas las cosas que necesitaba y otra, que me había pedido Águeda, de los muebles y enseres que quisiera llevarme del domicilio conyugal.

El sonido de mi móvil interrumpió la tarea, era Héctor, el socio de Carlos. Charlé con él cerca de treinta minutos y cuando colgué estaba perpleja, si hacía caso de lo que acababa de contarme resultaba que Carlos me había mentido. No entendía nada, tras unos minutos elucubrando, decidí volver a las listas. La primera labor que tenía apuntada era quedar con Rivera para darle el ordenador.

De perdidos al río, pensé. Localicé su número y marqué:

—Hola, soy Nena Castelao. No sé si es un buen momento —dije al oír su voz.

—Salía a comer en este instante —fue su respuesta.

—Solo quería saber cuándo te venía bien que te llevara el ordenador.

Había decidido obviar su objeción a tutearnos.

—¿Has comido?

—No, todavía no —contesté distraída—. Pensaba bajar a...

—Tengo una reserva en Samm a las tres menos cuarto. Si te cuadra podría pasar a recogerte en unos cinco minutos.

No supe cómo ni por qué dije que sí, pero el caso es que lo dije. De repente me encontré trotando por el piso para cambiarme de ropa. Cepille mi pelo, me pinté los ojos con lápiz negro y repasé el brillo de labios. Confronté mi imagen en el espejo, no había nada que hacer con el moretón que avanzaba por el lado derecho de mi cara.

Cogí el bolso grande que había traído de Padre Damián y metí dentro el portátil de mi padre y un montón de papeles.

En el ascensor, mientras bajaba, tecleé un mensaje a Sole poniéndola al tanto de mi cita.

Antes de abrir el portal el teléfono pitó, una carita sonriente y una llama

aparecieron en la pantalla. Me eché a reír, «solo x el arroz» escribí, pulsé enviar y guardé el móvil en el bolso.

Un Ford Kuga azul marino estaba aparcado en segunda fila, el inspector leía su blackberry apoyado en el capó. Al verme rodeó el coche y abrió la puerta del copiloto, me senté con cuidado intentando minimizar el dolor de las costillas; si él se dio cuenta no dijo nada.

Pedimos arroz negro y un plato de escalibada para la espera. El camarero trajo las cervezas y se retiró.

—¿Te encuentras mejor?

—Sí, Sole ha organizado a las niñas y he podido descansar. En el bolso tengo el ordenador —añadí para cambiar de tema—. Leí los mensajes del correo de mi padre —confesé—. He pegado un *post-it* en la pantalla con las contraseñas.

—¿Encontraste algo interesante?

Su tono de voz no indicaba que mi intromisión le hubiera molestado.

—Pues la verdad es que no. Lo único que me extrañó es la relación que parecía sostener con algunas organizaciones dedicadas a la recuperación del patrimonio artístico español expoliado en el siglo pasado.

Rivera levantó las cejas en un gesto ya conocido y yo seguí hablando:

—Entiéndeme, no me parece raro su interés por esos temas, lo que me intriga es que nunca me comentara nada al respecto —di un sorbo a mi cerveza—. Era miembro de dos de las organizaciones, su nombre aparece en el «¿Quiénes somos?» de sus webs. No fue un despiste —me encogí de hombros—, no me puso al corriente deliberadamente.

Rebusqué dentro del bolso y saqué los folios.

—Estuve ordenando el archivo que había en la cueva y encontré una carta dirigida a mi abuelo, Martín Castelao. Hice fotocopias.

Le alargué las hojas por encima de la mesa. Al estirar el brazo hacia él se me escapó un quejido involuntario de dolor.

—Es una relación de piezas provenientes de la colegiata de San Tirso que le dejan en depósito para su restauración y custodia. Tiene fecha de marzo de mil novecientos treinta y cinco y está firmada por el párroco de San Tirso, Don Xoán Basanta. La acompañan unos dibujos, realizados a mano, del exterior y el interior de la colegiata y de las piezas en cuestión que, como ves,

pertenecían a la sacristía que ya no existe. La derruyeron para dismantelar el artesonado del techo en mayo de ese año, se lo habían vendido a un coleccionista americano.

Me serví un poco de la escalibada que el camarero acababa de traer.

—Sole me llamó la atención sobre una de las piezas, se parece mucho a mi espejo —con el dedo le indiqué cual era—. No es exactamente igual, pero el dibujo es apenas un bosquejo, no se aprecian bien los detalles.

Comí un poco y me limpié la boca con la servilleta antes de continuar:

—Seguramente no tenga importancia pero es la única referencia que he descubierto sobre él, y aventurándome mucho establecería la relación entre el espejo robado y las organizaciones que frecuentaba mi padre.

—¿Dónde está la colegiata?

—En la aldea de San Tirso de Bóveda, a unos treinta kilómetros de Lugo capital. ¿Recuerdas la casa de que te hablé?, la del alpendre y la lareira.

Asintió con la cabeza.

—Están en el mismo sitio. La colegiata fue declarada Bien de Interés Cultural en mil novecientos treinta y uno, aunque obviamente no sirvió de mucho. Se cree que se construyó inicialmente como monasterio allá por el siglo once, con posterioridad pasó a ser colegiata y finalmente parroquia. Merece la pena visitarla. El antiguo párroco, Don Manuel, se encarga de enseñarla. Ya está retirado. Fue compañero de colegio de mi padre y estaban muy unidos. La semana que viene voy a subir a verlo, lo tengo pendiente desde su muerte... y quizá me pueda ayudar, conoce al dedillo la historia de la colegiata. Es el único que puede arrojar algo de luz sobre esto.

Estuve a punto de añadir algo pero en ese momento trajeron el arroz y preferí dejarlo pasar.

Esperé a terminar mi plato para continuar, el tema no era agradable y sincerarse me producía cierto pudor.

—La otra noche me preguntaste si mi marido tenía problemas financieros y te dije que suponía que no. Esta mañana su socio me confirmó que las empresas iban bien, pero la versión de Carlos es totalmente diferente. Ayer se enfadó cuando le comenté que no pensaba vender el piso de Santa Engracia, por lo visto contaba con que yo le prestara parte del dinero que sacara de su venta para reflotar las empresas.

—¿De qué cantidad estamos hablando?

—Unos ciento cincuenta mil euros.

—Eso es mucho dinero.

—Sí, y después de hablar con Héctor ya no entiendo nada. Si las empresas marchan bien ¿para qué puede necesitarlo? La casa de Padre Damián es suya, podría irse a vivir con Aurora cuando quisiera.

—¿Aurora? —preguntó él.

Me mordí el labio inferior sorprendida de mi propia indiscreción. Aparté la vista, estaba entrando en aguas pantanosas y me sentía expuesta.

—Es su amante, la hermana de Héctor, llevan juntos tres años. Quizá más.

Bebí de mi copa y luego la hice girar lentamente, escrutando el burbujeante líquido ambarino.

—Tiene que estar metido en algún lío, si no, no me lo explico —sacudí la cabeza—. Casi que preferiría no enterarme.

—¿Te agredió?

—Algo así —tragué saliva—. Me empujó contra la mesa. No conseguí agarrarme y caí encima de una banqueta, aterricé de cabeza.

Señalé el lado derecho de mi cara. Descendí la vista hacia la mesa y por unos segundos me zambullí en los recuerdos. Respiré hondo y proseguí:

—Perdí el conocimiento. Lo peor es que Guimar estaba allí. Él se largó y la dejó con todo el marrón... Cuando me desperté la cocina estaba llena de médicos y policías: Guío llamó al 112.

Levanté la vista hacia él y me sorprendió advertir un destello de furia en sus ojos.

—¿Lo has denunciado?

—Esta mañana pasé por la comisaría de Chamartín para formalizar la denuncia. La abogada que va a tramitar el divorcio insistió en que lo hiciera. No quiero perjudicarlo pero lo que hizo fue imperdonable.

—¿Cómo está tu hija?

—Aparentemente bien. Me preocupa la imagen que recibe de los hombres de su entorno: su padre pasa de todo y su padrastro pega a su madre.

—Hay más ejemplos por lo que conozco —contestó conciliador—: tu padre, tu hermano, Félix, el hijo de Sole... Creo que estás dramatizando.

Sonreí agradecida.

—Posiblemente.

—¿Postre? ¿Café?

—No, gracias.

Él pidió un café solo.

—Nunca devolvieron la furgoneta, la empresa había denunciado su robo. Apareció en un descampado, la rociaron de gasolina y le prendieron fuego.

Entrelazó las manos y apoyó su barbilla en ellas. Mantuvo los ojos fijos en mí mientras hablaba:

—No se pudo conseguir ninguna huella. La documentación que presentaron para alquilarla era falsa.

Me recosté sobre el respaldo sin decir nada. Él continuó:

—El hombre que detuvimos entró en el taller por encargo. No conoce a quién lo contrató, era la primera vez que lo veía; un hombre del este, rumano o búlgaro, que pagó parte por adelantado y el resto condicionado a la entrega. No ha soltado prenda sobre su compañero, pero alguno de tus vecinos lo reconocieron en los archivos fotográficos. Sole y su hijo pasarán esta tarde por la comisaría. Sería una suerte que los identificaran como los ocupantes de la furgoneta, aunque la descripción que dieron de ellos no coincide con ninguno de esos dos.

—¿Cuál era el encargo? ¿Qué buscaban? —pregunté inquieta.

—Cuadros religiosos: San Francisco de Asís y San José, por lo visto.

—¿San José?

—El carpintero —precisó.

Abrí la boca para decir algo y la volví a cerrar, fruncí el ceño e intenté concentrarme. Los engranajes de mi cerebro giraban a toda pastilla. Algo se me escapaba...

—¿Pasa algo?

—Sí... pero no todavía no sé qué es.

Le pedí que me dejara en Bravo Murillo. Entré en un supermercado e hice un pedido para que lo entregaran a la mañana siguiente. Después un taxi me llevó hasta la comisaría de Rafael Calvo para poner la denuncia por el robo del espejo y firmar mi declaración, era lo que Javier me había indicado.

Subí paseando hasta casa.

El resto de la tarde transcurrió entre los deberes de las niñas y una visita a IKEA: Sole se había empeñado en redecorar sus nuevas habitaciones y no hubo forma de que se apeara del burro.

—Son mis ahijadas, me lo puedo permitir. No puedes negarme ese capricho.

Insistió tanto que tuve que ceder.

A pesar del cansancio disfruté siendo testigo del comportamiento tan distinto de mis dos hijas ante una misma situación: Guiomar con actitud reflexiva sopesaba las diferentes posibilidades intentando hacer la elección más razonable y Lola con ímpetu entusiasta brincaba de un lado a otro, entre exclamaciones de asombro y alborozo, eligiendo todo y descartándolo un segundo después.

Horas más tarde, con las niñas ya acostadas, mi cabeza seguía trabajando. Sentada en el salón, arropada por el silencio nocturno, algo de lo que había dicho Javier me mantenía despierta...

6

Domingo, 22 de abril de 2012, 18:00

«I beg your pardon, I never promised you a rose garden. Along with the sunshine, there's gotta be a little rain sometimes. When you take, you gotta give, so live and let live, or let go...».^[16]

Lola ensayaba en el salón de casa su baile para la función del colegio. Guío, Sole, Félix y Elisa y yo, acomodados en los sofás, la contemplábamos intentando contener la risa.

—Esta niña no es una Castelao —apuntó Sole—. No conoce la vergüenza. Es tan expresiva.

—Carne de escenario Nena —dijo Elisa.

—Lo hace muy bien ¿verdad? —opinó Guío sonriente—. A nosotras seguro que no ha salido —añadió mirándome.

—Sí, en eso se parece a Carlos.

Capté su mohín de fastidio e inclinándome hacia ella le besé la cabeza.

—También tiene cosas buenas Guío —la reconvine en voz baja.

Me levanté y fui a la cocina. El día anterior habíamos hablado a través de Skype con Eduardo y Annika. Mi hermano me dio permiso para comunicarles la buena noticia a nuestros amigos y los había invitado a merendar. Quería compartir nuestra alegría con ellos. Dispuse las copas de champán en una bandeja mientras revivía la conversación.

Las niñas se habían puesto contentísimas al enterarse de que iban a tener una prima y que volarían a Bali en verano. Annika hablaba por los codos y

parecía muy cariñosa, cinco minutos después de empezar había pasado a formar parte de la familia por méritos propios y mis hijas charlaban con ella como si la conocieran de toda la vida. Al rato Lola y Guiomar se despidieron y salieron de la habitación.

—Quería comentarte algo, a ver qué te parece —dije cuando me quedé a solas.

—¿Qué le ha pasado a tu cara? —me cortó Eduardo con voz seria.

Inspiré hondo.

—Mejor os dejo... —intervino Annika.

—No, no te vayas —le rogué—. Quédate por favor.

—¿Qué ha pasado? —insistió mi hermano.

—Carlos...

—¡¿Qué?!

—Discutimos y me empujó contra una mesa. No pude sujetarme a nada y me caí de cabeza.

—Pero ¿se ha vuelto gilipollas? o ¿qué le pasa? —no podía contener su indignación—. ¿Cómo te encuentras?

—Mejor, superando la humillación y las magulladuras —pestañeeé varias veces para no llorar—. Lo peor es que Guío estaba delante. Perdí el conocimiento y él se largó de la casa sin preocuparse por lo que dejaba atrás —tragué saliva y seguí hablando—. Fue ella la que llamó al 112 y a Sole.

—¿Cómo lo toma ella? —se interesó Annika en su peculiar español.

—Está muy enfadada con él... Lola no sabe nada, claro —me temblaba la voz—. Estamos viviendo en Santa Engracia. De eso quería hablarte.

—Nena, esa casa es tan tuya como mía. Puedes quedarte el tiempo que quieras.

—Ya, sabía que me dirías eso. Pero lo que yo quería proponerte es que me dejaras comprar tu parte. Voy a pedir que la tasen y te daré la mitad del valor que determinen. Tengo algunos ahorros y con mi mitad del taller creo que podría cubrir toda la cantidad, si no llega pediré una hipoteca por la diferencia. Piénsatelo.

—No tengo que pensarme nada. Me parece bien que la compres, pero no te voy a vender mi parte a precio de mercado. Cuando tengas la tasación mándamela y te haré una propuesta. Me gusta la idea de que viváis allí.

—Siempre será tu casa y espero que cuando vengáis a Madrid os quedéis con nosotros. Annika, tú no la conoces, pero es grande y hay sitio para todos.

—¿Por qué peleasteis? —preguntó ella.

—Carlos quería que le prestara el dinero que sacara de la venta del piso para ayudar a reflotar sus empresas.

—¡Hay que joderse! Te deja tirada como una colilla y luego vuelve corriendo al olor de la pasta —fue el agrio comentario de mi hermano.

—El caso es que su socio me ha asegurado que les va bien y que su situación financiera es buena.

—¿Entonces?

—No lo sé, Edu. Debe estar metido en algo raro.

—¿Lo denunciaste?

—Sí, Águeda, la mujer de Álvaro, quería utilizarlo como medida de presión para llegar a un acuerdo de divorcio rápidamente y ha funcionado, porque anteayer por la tarde firmamos el convenio regulador. No era muy complicado, nos habíamos casado en régimen de separación de bienes y no teníamos ninguna propiedad en común. Acordamos las medidas respecto a Lola y nada más. Tenía miedo de que me pusiera problemas con la custodia de la niña...

Félix entró en la cocina riéndose a carcajadas, haciéndome volver a la realidad. Se sorprendió al ver las copas que había preparado.

—¿Se puede saber qué celebramos?

—En un minuto te enterarás —respondí guiñándole un ojo a la vez que sacaba del congelador una botella de Veuve Clicquot que había comprado para la ocasión.

—¿Podrías llevarla al salón? —señalé la bandeja con la cabeza.

Con una caja de bombones en una mano y la botella en la otra abandoné la cocina.

Las niñas estaban impacientes: les había hecho prometer que no contarían nada del bebé hasta que llegara el momento.

Guiomar encendió mi portátil y buscó unas fotografías que Eduardo nos había enviado por *e-mail*. Conectó el ordenador a la tele y esperó. Lola daba saltitos a la pata coja alrededor de ella.

—Pero bueno, ¡¿qué pasa aquí?! —exclamó Elisa curiosa.

—No me lo ha querido decir —comentó Félix mientras dejaba la bandeja sobre la mesa con cuidado.

—A mí no me miréis —se disculpó Sole—, creo que de esto sé tan poco como vosotros.

El corcho salió despedido contra el techo acompañado de los aplausos de la pequeña. Sole sirvió el champán.

—Hace mucho que no tenemos nada que celebrar y aunque Eduardo está un poco lejos quería compartir algo con vosotros.

Miré a Guío y la niña encendió la tele, unos segundos después en la pantalla apareció una imagen de Eduardo abrazado a Annika, ambos sonreían y la barriga se apreciaba perfectamente.

—El próximo verano esta familia, de la que os consideramos parte, va a tener un miembro más. Eduardo y Annika van a ser papás... —no pude continuar.

Levanté mi copa y los demás me imitaron.

—¡Qué tunante! —dijo Félix emocionado—. No pensé que esto lo verían mis ojos.

—Un bebé siempre es una alegría y llega en el mejor momento.

Elisa dio un sorbito a su copa y sonrió:

—¡Qué calladito se lo tenía!

—Yo me enteré la semana pasada no creáis —les aseguré.

—Nena, es estupendo —Sole me abrazó conmovida—. Me alegro tanto por ellos y por todos nosotros, nos hacía falta una buena noticia. Pero ¡hay que joderse con el secretismo de esta familia!

—Es una niña y se va a llamar Iria. Es una niña y se va a llamar Iria —canturreaba Lola al ritmo de sus cabriolas.

Sole me miró inquisitiva y asentí:

—Sí, la van a llamar como mamá.

Tenía un nudo en la garganta y luchaba por controlar la emoción:

—Es un regalo.

—Pues esa tripita es de niño, que lo sepas —dijo Elisa intentando provocar a mi hija pequeña.

—No sabes de tripas Elisa. Es una niña.

—Yo creo que no, es redonda y de niño.

—Es que tú te crees que has visto todas las tripas redondas del mundo. Y hay más tripas redondas que no has visto. Crees que lo sabes y no lo sabes. Una polilla por tener alas no es una «parimosa» —aseguró Lola con desparpajo.

Rompimos a reír con el razonamiento de la pequeña. Me abstraí pensando en lo que había dicho mi hija; de nuevo algo se me escurría entre los dedos, una impresión que se evaporaba apenas la percibía.

Sole se quedó a cenar. Mientras las niñas se bañaban me ayudó a recoger.

—Te pasa algo —me dijo—. Te conozco y estás distraída.

Terminé de fregar la última copa y la dejé boca abajo sobre un paño de cocina, me sequé las manos. Apoyé la espalda contra la nevera y crucé los brazos sobre el pecho.

—Carlos me llamó hoy, se marcha de viaje y no podrá recoger a Lola en toda la semana.

—Bueno no creo que ella lo eche de menos, nunca le ha dedicado mucho tiempo.

—Ya. El jueves cuando estábamos cenando me pregunto si papá iba a venir a vivir a esta casa. Le dije que no, que él se iba a quedar en la otra y siguió comiendo como si tal cosa.

—A ver Nena: Carlos ha firmado el acuerdo que querías y no ha planteado ningún problema. Eduardo está encantado de que te quedes con la casa y te va a facilitar la compra. Las niñas están tranquilas y rodeadas de gente que las quiere. ¿Me puedes decir que es lo que te preocupa?

—El cómo murió mi padre —contesté exasperada para añadir inmediatamente después—. Perdóname, soy una imbécil.

—No más de lo habitual —replicó con una sonrisa—. Venga Nena, ¿qué sucede?

—No lo sé, he dado mil vueltas a la conversación que mantuve con Javier durante la comida, hay algo que se me escapa. Tengo la misma sensación que cuando tienes un nombre en la punta de la lengua pero no eres capaz de recordarlo.

—Te estás obsesionando con el tema.

—Puede ser. Hoy, cuando Lola ha comentado que las polillas no eran *parimosas*, la idea me ha vuelto a la cabeza pero no he conseguido cuajarla.

Saqué la sandwichera del armario.

—No lo puedo explicar mejor.

Cuando Sole se hubo ido, después de que las niñas se acostaran, entré en el despacho y me senté. Tamborileé con los dedos sobre la mesa pensando en lo que había dicho mi hija: «Crees que lo sabes y no lo sabes. Una polilla por tener alas no es una *parimosa*».

Abrí el cajón, con cuidado de no hacer ruido, y extraje la deslucida carpeta que contenía la carta dirigida a mi abuelo. Extendí las hojas por encima de la mesa y las releí con atención. Con una lupa examiné los dibujos uno por uno, las palabras de Lola resonaban en mi cabeza: «Crees que lo sabes y no lo sabes».

Escudriñé el boceto de San Tirso y después el de San Froilán. Pasé de uno a otro repetidas veces.

«... Una polilla por tener alas no es una *parimosa*».

¡Era eso!, ¡tenía que serlo!

Solté la lupa sobre la mesa y me levanté de un salto haciendo que los papeles se desperdigaran por el suelo.

Con la hoja de los bocetos todavía en la mano fui hasta la cocina y recuperé mi móvil. De vuelta en el despacho recogí los folios que se habían caído y me senté de nuevo. Parecía que el corazón se me iba a salir del pecho, la agitación por lo que había descubierto crecía en mi interior.

Me tapé la nariz y la boca formando un cuenco con ambas manos y respiré pausadamente tratando de recobrar la serenidad. Cuando mis latidos recuperaron su cadencia busqué en el móvil el teléfono del inspector Rivera.

Los dedos no me respondían y me equivoqué dos veces antes de marcar el número correcto.

—¿Javier? —disparé nada más oír que contestaba—. Soy Nena. Lo he encontrado.

—Perdona, no te oigo bien. Estoy cerca de Alonso Martínez y en esta zona la señal no es buena.

—¿Puedes venir?

La conexión se cortó.

Intenté llamarle dos veces más pero por toda respuesta recibí el mensaje de la operadora anunciándome que el móvil estaba apagado o fuera de

cobertura en esos momentos.

El nerviosismo que sentía no me iba a dejar dormir, así que entré en la cocina y puse agua a calentar. Tomé un paquete del armario con una combinación de hierbas que me habían recomendado en el herbolario para relajarme y rellené una bola de malla con la mezcla; leí los ingredientes: azahar, pasiflora, melisa, tila, espino blanco y amapola. El pitido del microondas resonó en toda la casa. Coloqué la taza encima de la mesa y vigilé como el infusor se sumergía en ella.

Esto ayudará, pensé al añadir un chorrito de orujo al brebaje. En el momento en el que lo devolvía al congelador sonó el timbre, un timbrazo corto y seco que hizo que la botella se columpiara peligrosamente entre mis manos.

Encaminé mis pasos hacia la entrada y abrí la puerta todavía sobresaltada.

—Me pediste que viniera y aquí estoy —explicó Javier al ver la sorpresa reflejada en mi cara—. Encontré el portal abierto.

—Pasa, pasa. Te volví a llamar y estabas fuera de cobertura, pensé que no me habías llegado a oír.

Lo examine mientras caminaba en dirección a la cocina, vestía vaqueros y deportivas, una camiseta y una sobrecamisa de pana granate, sin abotonar, con bolsillos en el pecho.

—¿Qué es lo que has encontrado? —preguntó a la vez que se sentaba.

—¿Quieres tomar algo?

—¿Qué estás tomando tú?

—Una infusión.

Se inclinó cerca de la taza y olfateó. Arqueó las cejas.

—Con orujo —concedí.

—Creo que me conformaré con el orujo.

Le acerqué la botella y un vaso de chupito.

Salí de la habitación y al poco regresé con la carpeta en la mano, la coloqué entre los dos y me dejé caer en la silla de al lado.

—Llevo dando vueltas al tema desde que hablamos en el restaurante. Había algo que no me cuadraba pero no sabía que era.

—Me lo comentaste.

—Mira estos dibujos —señalé la hoja con el boceto de los cuadros.

—Óleo sobre tabla de San Tirso sujetando la sierra —leyó disciplinado— y un óleo sobre tela de San Froilán con el lobo, anónimo de últimos del siglo XVI.

Levantó la vista del papel y me miró con las cejas alzadas.

—A San Tirso se le representa con una sierra porque fue condenado a ser cortado en dos con una de ellas y a San Froilán con un lobo que domesticó y tomó a su servicio —hablaba deprisa, presa de la excitación—. Javier, está claro, la persona a la que interrogasteis se equivocó. No conocía a ninguno de estos santos, cosa que tampoco es extraña, y decidió que eran San José por la sierra y San Francisco de Asís porque siempre aparece rodeado de animales. Interpretó la información que le dieron o las imágenes que le enseñaron de acuerdo a los santos que le eran familiares. Posiblemente el que le hizo el encargo tampoco los conocía.

Observé su expresión concentrada antes de continuar:

—Creo que iban detrás de los óleos, de las piezas de la vieja sacristía, las que se detallan en la carta.

Me recosté en la silla con la taza entre las manos, bebí un trago largo y le miré, seguía sin decir nada, perdido en sus pensamientos.

—El espejo ya lo tienen —agregué intentando provocar alguna respuesta por su parte—, necesitan el resto.

—¿Cómo llegaste a esta conclusión? —indagó, ya de vuelta.

—Por algo que dijo Lola esta tarde: «Crees que lo sabes y no lo sabes. Una polilla por tener alas no es una *parimosa*».

Soltó una carcajada.

—Si Eduardo estuviera aquí diría que estoy fabulando, pero esta posibilidad conecta los robos entre sí: el de mi espejo, procediera de la sacristía o no, y los cuadros que formaban parte del encargo.

—¿Te importa que me quede con los originales?

—No, pero asegúrate de que me los devuelven.

—Sin problema.

Cogió las hojas y las organizó entre sus manos dando unos golpecitos sobre la mesa, después las metió en la carpeta. Entrelazó los dedos y me miró.

—¿Cómo te ha ido la semana?

—No me puedo quejar —reconocí con una media sonrisa—. Águeda consiguió que Carlos firmara el acuerdo de divorcio el viernes sin plantear problemas. Yo me quedo con la custodia de Lola —aclaré—. Eduardo ha aceptado venderme su parte del piso. Hacía mucho tiempo que no me sentía como en casa.

Me coloqué el pelo detrás de las orejas intimidada por las confidencias que no podía evitar hacerle.

—¿Y la tuya?

—Anormalmente tranquila, he logrado despejar mi mesa de papeles, estaba a punto de desaparecer tras las pilas de documentos que se iban acumulando encima —jugueteeó con su vaso—. Sole y su hijo no pudieron identificar a los conductores, supongo que te lo dirían.

—Ya me advertiste de que no creías que lo hicieran.

—Tampoco sabemos a quién pertenecen las huellas que encontramos en el taller.

Dejamos que el silencio nos envolviera de nuevo.

—Creo que es hora de que me vaya.

Lo acompañé hasta la puerta, los dos asimos el picaporte al mismo tiempo y mi mano acabó debajo de la suya.

No hicimos ademán de retirarlas.

—¿Por qué no vienes conmigo a hablar con Don Manuel? —sugerí en voz baja.

Estaba muy cerca de mí, podía sentir su aliento en la cara.

—Sé que a veces hospeda en su casa a investigadores o personas interesadas en la colegiata —insistí—. Podrías alojarte allí.

—Déjame pensarlo —contestó sin apartar sus ojos de los míos.

El ruido de nuestras respiraciones acentuaba el silencio.

—Te diré algo a mitad de semana.

—Como quieras.

Giré el picaporte y la puerta se abrió.

Retiró su mano sin soltar la mía, la llevó hasta sus labios y besó con delicadeza la cara interior de mi muñeca.

—Buenas noches —pronunció esas palabras con los labios aún sobre mi piel.

7

Sábado, 28 de abril de 2012, 07:40

«Esa mujer me está matando, me ha espinado el corazón. Por más que trato de olvidarla mi alma no da razón. Mi corazón aplastado, molido y abandonado...».^[17]

Sole subió el volumen de la música que surgía de la base del iPod que había sobre la mesilla. Estaba sentada con las piernas cruzadas encima de mi cama, rodeada de ropa que yo iba doblando y guardando dentro de una maleta.

—Sigo sin entender por qué no le ofreciste que se quedara en tu casa.

—Se hubiera negado —contesté mientras alisaba un par de pantalones.

—¿Has metido algún tanga?

No pude por menos que echarme a reír.

—Sole, eres imposible. Sabes que no uso tangas, me resultan incómodos.

—Bueno quizá sea un buen momento para empezar a utilizarlos. Volver al mercado no es fácil.

—Yo no he vuelto al mercado, no estoy en el mercado en absoluto —protesté sin mucha convicción.

—Bueno, llámalo X —dijo con despreocupación y saltó de la cama—. A ver, ¿qué tenemos por aquí?

Abrió un cajón de la cómoda y revolvió en su interior.

—Este y este. Toma Nena —indicó a la vez que me daba dos cajas.

Me la quedé mirando sin dar crédito a lo que veía.

—No me voy a llevar dos conjuntos de seda al campo. Además están sin estrenar —me resistí.

—Mejor que mejor. Vida nueva, bragas nuevas. Llévatelos, solo por darme el gusto. No tienes que ponértelos si no quieres. Pero estarás preparada por si surgiera algo.

—De poco servirán cuando me quite el sujetador y mis tetas se deslicen hasta su emplazamiento actual.

—¿Has contemplado la posibilidad de acostarte con él!

—No.

—Sí, sí y sí. Te conozco.

Continué llenando la maleta como si tal cosa, intentando disimular la angustia que sentía.

—¿Estás nerviosa?

Se lo confirmé con un movimiento de cabeza.

—Ya no soy una niña. He tenido dos hijas y mi cuerpo no es lo que era. Hay montones de chicas jóvenes y guapas ahí fuera...

Sole se plantó delante de mí y me obligó a mirarla sujetándome por la barbilla.

—Él no es Carlos. Hay montones de hombres ahí fuera, como tú dices, que no son tu marido. Y además... ¡Me cago en la estampa de ese imbécil!

Me agarró por los hombros y me situó delante del espejo.

—Estás estupenda y obviamente no tienes veinte años, pero eres inteligente, ingeniosa y divertida. Has viajado, eres culta y tienes experiencia. Posiblemente no seas *Miss Tetas 2012* pero seguro que tienes mucho más que ofrecer que ella.

Le acaricié las manos que seguían posadas sobre mis hombros.

—¿Qué haría yo sin ti? —dije.

—Ligar con las bragas viejas —fue su respuesta.

La besé en la mejilla y me apartó con un empujón cariñoso.

—Bueno, esto ya está.

Eché un último vistazo a la cama, metí, reconociendo mi derrota, las dos cajas que había escogido Sole y cerré la maleta. Desconecté el iPod de la base y lo lancé dentro del bolso.

—¿Desayunas con nosotras en el bar de Félix?

Asintió con la cabeza.

—¿A qué hora has salido a correr?

—A las seis y media, quería despedirme.

—Me gustaría que te vinieras.

—Estoy harta de lluvia, necesito sol y calor.

Cogió una de las maletas y abrió la puerta de la habitación.

—Además —dijo con voz melosa—, no me gustaría interferir en una incipiente historia de amor.

—Ya te he dicho que eres imposible ¿verdad? Solo va a estar dos días, se va a alojar en casa de Don Manuel y me llevo a las niñas —añadí con un guiño—. Tu gozo en un pozo.

—Ya veremos...

Metimos el equipaje en mi coche. Previsora, la noche anterior lo había aparcado delante del portal.

—Nena —comentó Elisa mientras desayunábamos—, eres igual que tu madre, siempre que marchaban para Galicia se le iluminaba la cara.

—Creo que a Lola le pasa lo mismo —advertí observándola con cariño—. Primero vamos a Lugo —expliqué—, esta noche dormiremos en casa de Xabela. Quiero ver a Dado antes de que se suban a Viveiro. Mañana por la tarde nos iremos a San Tirso.



A las nueve y cuarto ya enfilábamos la A-6. Jugamos a los animales y a las palabras encadenadas, cantamos canciones de las que solo se cantan en los viajes y nos peleamos por la música que queríamos escuchar y el orden en que la queríamos. A la altura de Benavente Lola estaba dormida, Guiomar se entretenía con la consola y yo tarareaba las canciones de la radio perdida en mis reflexiones.

Nada más pasar el Bierzo mi corazón comenzó a latir con alegría. ¡Cuánta razón tenía Elisa!, adoraba el paisaje gallego. El horizonte menguaba y los montes iban surgiendo uno detrás de otro: una increíble manta verde y gris; sabía costura de prados, huertas, bosques, aldeas y pizarra que se extendía

delante de mí arropándome en el camino a casa. El viento y los años habían peinado los bosques con tierna firmeza, doblegando suavemente las hileras de árboles, inclinándolas a su voluntad. Pese a ello, los pinos, tenaces, se estiraban igual que tridentes empuñados en que el sol los alcanzara; los eucaliptos, con nerviosa altanería, mechaban de verde y plata la montaña y los serbales, despojados ya de la corona helada que los maltrató durante el largo invierno, reventaban sus frutos como pequeñas gotas de sangre que brillaban satisfechas al roce de los rayos del sol.

Llegamos a Lugo a las dos de la tarde. Aparqué en el lateral del Parque de Rosalía, enfrente de casa de Xabela que nos estaba esperando en el portal. Las niñas corrieron escaleras arriba, Guío con su maleta y Lola arrastrando mi neceser.

—¡Madre mía! —exclamó mi prima cuando me desprendí de las gafas de sol—. Sole llamó para contarme lo que había pasado pero no pensé que tendrías tan mala pinta.

—Confiaba en que a estas alturas hubiera desaparecido pero no ha sido así. Parezco un mapache tricolor —comenté resignada refiriéndome al antifaz entre morado, verde y amarillo que decoraba mis ojos, de un color miel tan pálido que según la luz podían parecer amarillos o anaranjados.

—¿Cómo estás? —preguntó sujetando mi cara entre sus manos.

—De vuelta del infierno —declaré—. Mejor, bastante mejor, tranquila y esperanzada; lo que no me pasaba desde hace mucho tiempo. ¿El tío lo sabe?

—Se lo tuve que contar a todos Nena, no quería que metieran la pata cuando las niñas estuviesen delante.

—¿Luis y Santiago están aquí?

—No, no vienen hasta el lunes pero me dijeron, la última vez que hablé con ellos, que pasarían por Bóveda a veros antes de ir para Viveiro.

Sacó la última maleta del coche, rodeó mi cintura con su brazo y tiró de mí hacia el portal.

—Venga, subamos.

Antonio disimuló lo mejor que pudo su sorpresa al ver mi cara, pero para el tío Daniel fue casi imposible. Su rostro se endureció y noté como tensaba la mandíbula intentando dominar su cólera. Xabela sacó a las niñas del salón con la disculpa de que necesitaba ayuda en la cocina, su marido fue tras ellas.

—Un golfo Nenica —profirió iracundo en cuanto nos quedamos solos—, un chulo y un malnacido. Nunca pensé que llegaría el día en que me alegrara de que tu padre no estuviera vivo, esto le hubiera destrozado. ¿En qué pensaba ese hijo de...?

Me refugié en sus brazos y él me estrechó con fuerza, no me quejé a pesar de que mis costillas todavía no se habían recuperado del todo.

—Ya pasó Dado, estoy bien, muy bien en realidad. Las niñas y yo nos hemos mudado a Santa Engracia y voy a comprarle su parte del piso a Eduardo. Carlos ya ha firmado el acuerdo de divorcio. Algo bueno ha salido de todo esto, aunque haya sido duro, no voy a negarlo.

Aflojó un poco su abrazo y me miró a los ojos.

—Quita esa cara tío, por favor. Tengo un montón de gente pendiente de mí: Sole, Alfonso, Félix, Elisa, vosotros... No quiero que las niñas te vean así, Guiomar lo ha pasado fatal y Lola no sabe nada de nada, y espero que no se entere jamás. Por favor, estoy haciendo un esfuerzo enorme para no ponerme a llorar.

Palmeó mi mejilla varias veces.

—Quiero que tengas esto —dijo sacando un sobre del bolsillo de su chaqueta.

Lo cogí desconcertada.

—Es el contrato de compraventa de *La Magdalena*. Lo compré a tu nombre al poco de que nacieras. Solo lo sabía tu padre. Creo que por fin he encontrado el momento para dártelo.

—Pero Dado...

—Soy tu padrino, fue mi regalo de bautismo. No hay más que hablar.

Pasó su brazo por mis hombros, me atrajo hacia sí y me besó en la frente.

—Muy bien *sobriña* —carraspeó y levantando notablemente la voz se dirigió a la cocina—, *vexamos se nesta casa nos dan algo de comer, que creo que se están a perder as bos costumes*^[18].

8

Martes, 1 de mayo de 2012, 10:30

«When I'm lonely... well I know I'm gonna be I'm gonna be that man who's lonely without you. And when I'm dreaming... Well I know I'm gonna dream I'm gonna dream about our time when I'm with you...».^[19]

Lola salió corriendo de la casa y permaneció asomada al portón mientras Javier aparcaba. La música fue desvaneciéndose tras el cristal de la ventanilla.

En cuanto se apeó del coche se acercó, asió su mano y lo condujo dentro del jardín.

—Hola Javier, me llamo Lola. Mamá ha visto tu coche por la ventana. Te estábamos esperando. ¿Has desayunado? Hemos hecho bizcocho.

—Ya veo —contestó él con una sonrisa.

Mi hija llevaba un pañuelo en la cabeza y un mandil anudado a la cintura e iba tiznada de harina de la cabeza a los pies.

—Ahora estamos haciendo empanada. Bueno, la hace mamá y yo ayudo.

Caminaron hacia el patio trasero y entraron por la puerta de la cocina. Javier no pudo disimular su asombro al ver la estancia.

(He de reconocer que es mi parte preferida de la casa: tiene unos treinta metros cuadrados y forma de ele. Las paredes están alicatadas con azulejos antiguos, blancos y azules, hasta media altura y de ahí al techo pintadas de blanco. La puerta, de doble hoja, se abre al jardín en el extremo más corto. A la derecha una hilera de armarios de madera, dispuesta bajo una encimera de

mármol donde se encastran el fregadero y el lavavajillas, ocupa toda la pared. Enfrente, en el lateral izquierdo, aún conservamos la cocina económica de leña. Justo en medio hay una mesa tocinera de tamaño mediano con el sobre de mármol. Al fondo, en la parte alargada de la ele, se asienta una gran mesa rectangular, con tapa de madera y patas de forja, que admite, cómodamente, hasta doce comensales. Un gran ventanal, la puerta por la que se accede al interior de la casa, dos alacenas antiguas y la nevera completan el decorado).

—Has madrugado —observé al tiempo que, ayudada por un rodillo, terminaba de estirar la masa de la empanada encima del mármol.

Me limpié las manos en el delantal.

—¿Qué tal el viaje?

—Muy bien, salí hacia las seis. No he encontrado mucho tráfico, algunos camiones y poco más. Es la primera vez que vengo a Lugo. El paisaje es precioso, tenías razón —afirmó buscando mi mirada—. Entre el GPS y tus indicaciones he llegado sin problemas.

—¿Quieres un café? —pregunté sonriendo como una tonta.

—Sí, por favor.

—Lola, ya puedes poner el relleno. Ten cuidado cariño.

La pequeña se encaramó a la mesa, subida a un escañuelo, y empezó a repartir la mezcla de pulpo y verduras con esmero sobre la masa.

Cogí la cafetera y lo acompañé hasta la mesa grande. En una de sus cabeceras mi hija mayor estudiaba con el MP3 conectado a sus oídos.

Abrí la alacena en busca de las tazas. En ese momento Guío se percató de su presencia, se desprendió del reproductor y se acercó al recién llegado.

—Hola, no te había oído entrar, estaba escuchando música —se disculpó sonriendo—. Yo soy Guiomar —y poniéndose de puntillas le dio un beso en cada mejilla.

De uno de los armarios sacó una caja de lata, en la que guardábamos el bizcocho, y la dejó encima de la mesa; trajo las servilletas y el azucarero. Le sonrió de nuevo y regresó a su tarea.

—En cuanto metamos la empanada en el horno te acompaño a casa de Don Manuel, estará allí hasta las doce, a esa hora tiene una visita guiada a la colegiata. Si te apetece puedes unirme a ella. Merece la pena.

Serví café en las dos tazas y corté un trozo de bizcocho. Moví la lata

hacia él.

—Lo he invitado a comer. A ti también, claro.

—Ya está mami.

Me levanté y volví al lado de Lola. Extendimos la otra mitad de la masa y la colocamos tapando la mezcla. Mientras ella sellaba la empanada batí un huevo y con una brocha de silicona barnicé generosamente la parte de arriba. Javier se había acercado y observaba con interés nuestras evoluciones.

La cocina estaba encendida y caldeaba la habitación. Lola abrió la puerta del horno con ayuda de una manopla guateada y yo introduje la bandeja en su interior. A continuación nos despojamos de los delantales y de los pañuelos. Limpiamos la mesa y barrimos alrededor.

—Ve a lavarte la cara y las manos y ponte a leer un ratito. Sin protestar —advertí cortando de raíz sus inevitables mohines—. Guío. Guío. ¡Guiomar!

Tuve que alzar la voz para llamar la atención de mi primogénita que esta vez sí que me escuchó y apagó la música.

—Voy a acompañar a Javier a casa de Don Manuel. Vigila el horno, por favor, y a tu hermana, tiene que leer.

Salimos del nuevo al patio y de allí a la calle. El sol comenzaba a calentar, el aire era frío y húmedo.

—Puedes dejar el coche aquí. Es un paseo y cerca de la iglesia está prohibido aparcar.

Javier abrió el maletero y sacó una mochila, que se colgó al hombro, y un portátil.

—Déjame que te ayude —me ofrecí, asiendo la bolsa del ordenador.

Recorrimos el sendero uno al lado del otro, charlando. Los muros de piedra repletos de musgo y líquenes ajedrezaban el camino, el viento mecía los robles y castaños a su paso, los rododendros y los macizos de hortensias aparecían aquí y allá realizando la silvestre belleza que nos rodeaba. Tras la última curva Javier aminoró el paso hasta quedarse parado cautivado por la primera visión de la iglesia desde la trasera del ábside, yo se la había descrito y estaba familiarizado con los dibujos que acompañaban la vieja carta, pero no pudo dejar de admirarla.

Nos aproximamos en silencio observando el ábside semicircular con sus dos contrafuertes sobre los que descansan unas columnas cilíndricas que

terminan a la altura del alero del tejado. Uno a uno, examinó la colección de canecillos que sujetan las cornisas de la iglesia.

—Es bonita ¿verdad?

—Sí, sí que lo es.

Extendió su mano hasta tocar la mía y entrelazó mis dedos con los suyos, con el pulgar acarició mi muñeca durante unos segundos. Me soltó con suavidad.

—Esa primera es la casa de Don Manuel —dije.

Encaminé mis pasos hacia allí. El corazón se me había vuelto loco dentro del pecho.

Don Manuel abrió la puerta nada más llamar. (Es algo más alto que yo y muy delgado. Sus pequeños ojos, grises y vivaces, custodian una nariz aguileña que confiere a su cara una gravedad que no tiene nada que ver con su carácter. A pesar de los años se mueve con agilidad).

Esa mañana vestía unos pantalones negros y un jersey grueso de cuello alto, gris, con cremallera.

—Pasad, pasad.

Apoyé el portátil sobre una silla e hice las presentaciones.

—No hay mejores credenciales que esta familia —replicó el párroco haciéndome callar con un movimiento de manos—. Cualquiera persona que venga recomendada por ti es bienvenida en mi casa, ya lo sabes —estrechó la mano de Javier con energía—. Te enseñaré tu habitación.

—Yo os dejo —dije abriendo la puerta de nuevo—, tengo que terminar de preparar la comida. Nos encontraremos en la iglesia al terminar la visita, hacia la una.

Regresé a casa recordando la conversación que había mantenido con Don Manuel la tarde anterior, pasé a saludarlo con las niñas y dimos un paseo. Le conté que mi amigo era inspector de policía y que queríamos enseñarle ciertos documentos del abuelo, que había hallado al limpiar el taller de mi padre. No comenté nada sobre la posible relación de estos con su muerte. Por su parte, él me confesó que mi tío había telefoneado por la mañana para ponerlo al día, entre otras cosas, de los últimos sucesos acaecidos en mi vida. No hizo preguntas y yo se lo agradecí.

—Siempre hay esperanza, Magdalena —me dijo al despedirse mientras

sostenía mi mano entre las suyas—. No te rindas ante las miserias humanas. La vida está llena de luz, solamente tenemos que disponer el camino para que llegue a nosotros.

Cuando volvimos a la iglesia la visita aún no había terminado. Lola y Guiomar jugaban al *pilla-pilla* en el jardín y yo me senté en las escaleras a esperar. La voz del párroco llegaba a través de la puerta: «Para el estudio de la historia de este lugar se cuenta con los fondos del archivo del monasterio incautados tras la desamortización de Mendizábal y que más tarde fueron llevados al Archivo Histórico Nacional de Madrid. Su fundación fue fruto de la llegada al poder de Alfonso VII, los fondos documentan una concesión hecha por este rey al marqués...».

Era agradable, el sol de primavera me calentaba la cara y el cuerpo. Pasado un rato abrí los ojos, dos figuras que me resultaron familiares aparecieron por el camino. Coloqué una mano en forma de visera sobre los ojos tratando de identificarlas.

«... el ábside lleva dos pisos de arcaduras, ciegas las inferiores y con tres ventanales abiertos las superiores. Estas tres ventanas, abocinadas, apoyan sus arquivoltas, interior y exteriormente, sobre columnas con capiteles vegetales...».

—¡Mamá! —gritó Guiomar señalando hacia ellos con la mano—, son Luis y Santiago.

Las dos niñas corrieron al encuentro de sus primos. Sonreí al escuchar sus risas y los gritos de júbilo de Lola cuando Santiago la subió a hombros. Luis hablaba con Guiomar y esta asentía entusiasmada a lo que él decía.

Me acerqué a ellos y los besé con cariño; ninguno de los dos pudo disimular su estupor al ver mi cara. Hice como que no me daba cuenta.

—Cuanto me alegro de veros, ¿vais para Viveiro?

—Sí, bueno, primero teníamos intención de que nos alimentaras un poco —me contestó Santiago riendo.

—Esto está hecho —dije revolviéndole el pelo.

—Y segundo, queríamos hacerte una proposición decente —añadió Luis — en relación a las primas.

Lo miré sin entender.

—Deja que nos las llevemos a Viveiro esta tarde —pasó un brazo por

encima de mis hombros—. Hemos hablado con mamá a la hora del desayuno y ha dicho que hace muy buen tiempo. Podemos ir a la playa. Mañana o pasado subes a recogerlas o papá te las podría bajar el jueves. Nos ha prestado su coche.

Luis desplegó su mejor sonrisa. Guardaba un parecido sorprendente con mi padre y sabía sacar partido de ello cuando quería, sobre todo conmigo.

—Eres un embaucador ¿sabes? —lo castigué con un suave puñetazo en la tripa.

Mis hijas saltaban a nuestro alrededor con las manos juntas.

—Por fa, por fa, por fa —gemía Lola—. Leeré todos los días, mami.

—Yo me ocuparé de ella —añadió Guiomar—. Me apetece mucho ir a la playa y estar con los primos. Además este año no los vamos a ver en verano.

—¿Y eso por qué? —preguntaron a coro.

—Nos vamos a Bali, el tío Edu va a ser papá —se adelantó Lola.

—Es verdad, nos lo dijo mamá el domingo. Mira el «abuelete», al final ha «pillao» —bromeó Santiago.

—Un respeto a los mayores, muchacho —la voz de Don Manuel rompió el corro que habíamos formado entre los cinco.

Los chicos saludaron con afecto al cura y Lola se encargó de presentarles a Javier. Camino de casa Guiomar me recordó que no había contestado a la petición de mis sobrinos.

Hubiera puesto mi mano en el fuego porque la de Sole estaba detrás de ese ofrecimiento.

Suspicias aparte mi hija tenía razón, el próximo verano lo pasaríamos al otro lado del mundo y con la edad que tenían Luis y Santiago cabía la posibilidad de que no coincidieran en muchas más ocasiones.

—De acuerdo, podéis ir a la playa, pero el jueves os volvéis con el tío Antonio, sin excusas.

Mientras ultimaba la comida las niñas fueron a recoger sus cosas. Sus primos pusieron la mesa.

—¿Qué va a ser, Nena? —preguntó Don Manuel.

—Empanada de pulpo, vieiras rellenas y chocos en su tinta. De postre flan de queso.

—Exagerada como tu madre, aunque en tu descargo hay que decir que

cocinas tan bien como ella, sino mejor.

—Bueno esta vez no va a sobrar nada, estos chicos comen como limas.

La comida transcurrió entre bromas, recuerdos, anécdotas y risas. Nada más acabar el postre Luis y Santiago pidieron permiso para marcharse pues no querían llegar a Viveiro muy tarde.

Salí a despedirlos. Tras los besos y las recomendaciones de rigor aguardé en el portón hasta que el coche se perdió en la distancia.

—Es asombroso el parecido de ese muchacho con tu padre —comentó Don Manuel cuando reaparecí cafetera en mano—. No puedo evitar emocionarme cada vez que lo veo.

—Sí, es un Castela como papá, el abuelo y Eduardo, alto fibroso y rubio. Xabela, Daniel, las niñas y yo somos más Dueñas, al estilo de la abuela Guiomar, morenos y atléticos, por no decir macizos.

Serví el café.

—Bueno muchachos y vosotros, ¿qué queríais enseñarme?

Abandoné la cocina en busca de la carpeta. La dejé en la mesa, delante del sacerdote.

—Encontramos esta carta en el archivo del abuelo al limpiar el taller. Vamos a venderlo —agregué no sin cierto disgusto—. Son fotocopias, el original no está en buen estado.

El viejo párroco sacó unas gafas del bolsillo de la camisa y se las puso, abrió la carpeta y acercando las hojas a sus ojos comenzó a leer con atención.

Nos mantuvimos callados durante todo el tiempo que duró su lectura.

Al terminar se quitó las gafas y las dejó encima de la mesa.

—Tu padre me enseñó esta carta hace muchos años, después de morir tu abuelo. Entonces las piezas de las que se habla en ella todavía estaban escondidas en esta casa.

Dio un sorbo a su café. Sus ojos se estrecharon al recordar.

—Don Xoán, el párroco de entonces, alarmado tras las negociaciones que se estaban llevando a cabo para dismantelar el artesonado de la sacristía puso a salvo todas las obras de arte que quedaban en la iglesia con ayuda de tu abuelo. Escribió la carta para salvarle el culo en caso de que los pillaran.

Las palabras de Don Manuel provocaron mi sonrisa.

—Intentaré ponerlos en contexto —se enderezó y apoyó los brazos en la

mesa—. Hoy en día no nos entra en la cabeza como pudieron suceder ciertas cosas pero en aquella época era posible desmontar edificios enteros como el Monasterio de Sacramenia o el de Óvila, piezas como la reja de la catedral de Valladolid, actualmente en el Museo Metropolitano de Nueva York, y otras obras menores que acabaron en museos provinciales, nacionales o extranjeros; nada era imposible si se tenían los contactos adecuados. El Monasterio de Sacramenia, por ejemplo, se desmanteló íntegramente y sus piedras, numeradas una a una, fueron encajonadas y trasladadas en tren hasta Valencia, desde donde embarcaron hacia Estados Unidos con un permiso de exportación en el que se especificaba que eran material de construcción.

Terminó su café y me hizo una seña para que rellenara su taza.

—Las principales publicaciones sobre arte español en los primeros años del siglo veinte fueron realizadas por estudiosos norteamericanos. Esos trabajos, a la vez que daban a conocer nuestros tesoros artísticos en el extranjero, funcionaron como auténticos catálogos de venta. En aquellos años se produjo un incremento de la demanda del mercado de antigüedades internacional debido, sobre todo, a la entrada de la próspera burguesía norteamericana que compraba todo lo que pudiéramos ofrecer. Estas compras no iban dirigidas solamente a engrandecer colecciones ya existentes —negó con la cabeza—, claustros, techos, tapices, muebles y alfombras terminaron embelleciendo mansiones con absurdas ínfulas de nobleza. El «spanish style» —añadió con sorna— hizo furor entre los nuevos ricos de aquel país.

—Pero había leyes al respecto, ¿no? —intervine yo—. Por lo que me habéis contado la colegiata está protegida desde mil novecientos treinta y uno.

—Hubo medidas legislativas en defensa del patrimonio pero todas presentaban importantes vacíos legales de los que los negociantes de antigüedades sabían sacar partido; utilizaban todas las artimañas posibles que les permitieran actuar con total discreción.

Cogió sus gafas y golpeó con ellas, suave y repetidamente, la carpeta.

—El interés por el patrimonio cultural quedó recogido en la constitución del treinta y uno pero no se diseñó la operativa que hiciera efectivas las nuevas leyes.

—¿La Iglesia no puso freno a este expolio? —preguntó Javier.

—La mayor parte del patrimonio expatriado era de origen eclesiástico y con una situación jurídica confusa. La desamortización de Mendizábal puso en el mercado, previa expropiación forzosa y mediante subasta pública, las tierras y bienes que hasta entonces no se podían vender y que se encontraban en poder de la Iglesia Católica o de las órdenes religiosas, que los habían acumulado a través de donaciones y herencias. A pesar de que expropiaron gran parte de sus propiedades la Iglesia no recibió ninguna compensación a cambio y tomó la decisión de excomulgar tanto a los expropiadores como a los compradores de las mismas. Esto no fue impedimento para que las tierras e inmuebles fueran vendidos por administradores y miembros de la Iglesia y que muchos no se decidieran a comprar directamente y utilizaran intermediarios o testaferros. Con el paso del tiempo numerosos edificios fueron abandonados, desconsagrados y mal vendidos. En mil novecientos treinta y cinco, un sinnúmero de ellos había sido saqueado y estaba en estado de ruina.

Saqué unos vasitos de la alacena y los puse encima de la mesa, los llené de orujo y me volví a sentar. Don Manuel alcanzó uno y lo paseó por debajo de su nariz.

—Es de Antonio ¿no?

Bebió y lo paladeó durante largo rato.

—Tu padre nunca te contó que yo entré en el seminario porque tu tía Xabela me dio calabazas, ¿verdad?

Negué con la cabeza, la confesión me había dejado perpleja. Miré de reojo a Javier que parecía divertido con el rumbo que tomaba la conversación.

—El siempre discreto Elías... —sonrió al recordarlo—. Sí, Nena, sí, estaba loco por ella. No debía tener más de quince años y era preciosa. Tu hija Guiomar me la recuerda mucho con esos rizos castaños y los mismos ojos verdes —reveló mientras jugueteaba con el vaso—. Yo acababa de terminar el bachiller, le dije que si no aceptaba ser mi novia ingresaría en el seminario y ella no aceptó. Así de sencillo —me guiñó un ojo y levantó el vaso—. A la larga todos fuimos felices.

Dio otro sorbo y continuó:

—¡En fin! Volviendo a la carta... Por aquellos años apareció por aquí un

anticuario con un secretario de la diócesis que sucumbió ante las veinte mil pesetas que aquel le ofreció por el artesonado de la sacristía. Don Xoán se dirigió a la Dirección General de Bellas Artes y a la Comisión Provincial denunciando la venta pero lo ningunearon. El traslado se hizo con la autorización de la junta diocesana —guardó silencio durante unos segundos—. Como os podéis imaginar el importe obtenido nunca rewertió en la colegiata.

Fui a preguntar algo y él me calló con un gesto.

—Después de esa operación se barajó también la adquisición del ábside. Por lo visto buscaban uno de estilo románico para instalar en el Museo de Los Claustros, una filial del Museo Metropolitano que se construyó en Manhattan en mil novecientos veinticinco gracias a Rockefeller Jr. Las gestiones para su compra se iniciaron en el treinta y cinco pero la guerra civil y, después, la mundial obligaron a suspenderlas. Se volvió a hablar de ello en mil novecientos cuarenta y seis pero esta vez Don Xoán fue más astuto y movilizó a la gente de la comarca; el jaleo que montó les alejó de San Tirso. Finalmente la elección cayó en la iglesia de San Martín de Fuentidueña. Incomprensiblemente esta venta contó con el beneplácito del Consejo de Ministros y de la Academia de Bellas Artes de San Fernando, y en mil novecientos cincuenta y seis se lo llevaron a Estados Unidos.

—¿Qué pasó con las piezas?

—Tu padre las devolvió años después, tras la muerte del abuelo. Fue entonces cuando me enseñó la carta. Eché mano de las pocas influencias que tenía en aquellos tiempos y con unas cuantas recomendaciones en el bolsillo conseguimos que nos recibiera el obispo de Lugo, en aquel momento Rafael Balanzá y Navarro. En la nueva sacristía de la colegiata se guardan la cajonería, el Cristo y los cuadros de San Tirso y San Froilán. El aguamanil, los espejos y la tabla de oraciones se entregaron en el Museo Diocesano de Lugo.

—Papá era miembro de varias asociaciones relacionadas con la recuperación del patrimonio artístico, ¿tú lo sabías?

—Sí, claro que sí. Yo mismo he colaborado con alguna de ellas, pero tendremos que dejarlo para mañana —apuntó mirando su reloj—, son las seis y media y mi sobrino pasará a recogerme a las siete. Tengo que hacerme unos

análisis a primera hora y esta noche dormiré en Lugo, en su casa. Estaré de vuelta al mediodía, podemos seguir charlando entonces.

Javier insistió en acercarle con el coche dado lo justo que iba de tiempo. Nada más arrancar Don Manuel lo hizo partícipe de su razonada inquietud. (Aunque yo de esta conversación me enteré mucho tiempo después):

—El contenido de la carta solamente lo conocíamos Don Xoán, Elías, el obispo y yo, ahora también Magdalena y tú. Nunca se dio publicidad a la devolución de las piezas y la actual sacristía no se enseña a las visitas por seguridad —pellizcaba su labio inferior mientras hablaba—. Hace cosa de dos meses el marido, o ex marido de Magdalena, estuvo aquí con unos amigos extranjeros muy interesados en la historia de San Tirso y, particularmente, en la de la sacristía. Entonces pensé que quizá Elías le había revelado lo sucedido. En los primeros años, antes de que se casaran, él y Carlos tuvieron una relación muy estrecha, y su curiosidad no me llamó la atención —explicó—. Pero ahora, debo confesar que estoy sinceramente preocupado. Les mostré unas fotos que se hicieron antes de que la sacristía desapareciera. Un vecino me las regaló hace años, las encontró al ordenar las pertenencias de su padre fallecido. Mañana os las puedo enseñar.

Calló de repente al darse cuenta de que ya habían llegado a su casa. Desabrochó el cinturón de seguridad y se giró para mirar a Javier.

—No sé a qué se debe vuestro interés, pero intuyo que hay algo más que no me habéis contado —levantó una mano para que no le interrumpiera—. No soy curioso y nunca pregunto, debe ser deformación profesional pues estoy acostumbrado a que la gente se confíe a mí libremente —su boca dibujó una leve sonrisa—. Conozco a Magdalena desde que era un bebé, es esencialmente buena como Elías, pero terca y decidida como su madre; no se dará por vencida hasta encontrar todas las respuestas que busca. No me gusta el cariz que está tomando este asunto. Yo no puedo pararla y no lo voy a intentar, pero si ella te importa deberías protegerla, de otros y de sí misma.

Le dio un apretón en el hombro y salió del vehículo.

Cuando Javier regresó yo me despedía de una vecina en el camino. Me acerqué al coche sujetando el bajo del jersey a la altura del pecho, en el pliegue albergaba media docena de huevos.

—*Ovos de galiñas soltas*^[20] —dije.

Aparté las manos para enseñarle mi pequeño tesoro.

—Me los ha traído Carmiña, vive en la casa de ahí detrás.

Me quedé mirando el camino por el que había desaparecido la mujer. Intenté no parecer disgustada.

—Quizá te apetezca correr un poco, queda una hora y media de luz por lo menos.

Sabía que siempre llevaba la ropa de correr en el coche. Sole me lo había comentado.

—Yo aún no puedo, lo intenté ayer pero me duele el costado. El sendero de la derecha lleva hasta una ermita, son unos doce kilómetros ida y vuelta, el firme está muy bien. No tiene pérdida. Puedes cambiarte dentro.

Estaba en la cocina cuando Javier apareció ya pertrechado para salir corriendo. Se acercó, pasó la mano por detrás de mi cabeza y me atrajo hacia él.

—No te vayas —susurró en mi oído y se despidió con un beso suave que me cortó la respiración.



«You ask me to give up the hand of the girl I love. You tell me, I'm not the man she's worthy of, but who are you to tell her who to love? That's up to her...».^[21]

Dejé la caja del CD encima del equipo de música y me sacudí el pelo todavía húmedo. Me había duchado y cambiado de ropa. Ahora llevaba un vestido largo de punto de lana verde oliva que se cerraba con botones de arriba abajo, estaba un poco viejo pero era suave y cálido. Me había puesto unas medias altas y unas botas planas de serraje.

Bebí un sorbo de mi copa, había encontrado una botella de Pesquera en la cocina y la había abierto. Examiné con detenimiento las fotos de la librería. «Cualquier tiempo pasado fue mejor», pensé.

—Era muy guapa —Javier habló a mi espalda.

La música estaba un poco alta y no lo había oído acercarse. Hacía mucho tiempo que no escuchaba a Mink DeVille y me sorprendió encontrar ese

disco entre los que había en la casa. Bajé el volumen.

—Sí, sí que lo era.

Suspiré e hice una pausa antes de seguir hablando:

—Todo empezó a ir mal desde que ella enfermó. Por lo menos para mí.

—¿Qué quieres decir?

—Un buen día te enfrentas a tus sueños y lo que encuentras no es lo que querías.

—¿Y qué es lo que querías?

—Lo que tenían ellos —musité mirando una foto de mis padres abrazados riendo.

Formé una uve con el dedo corazón y el índice.

—Paz y amor.

Le pasé la copa de vino y continué:

—La muerte te obliga a poner los pies en el suelo, te enfrenta con la realidad de la que a menudo escapas —carraspeé para borrar la emoción de mi voz—. La muerte nos envejece y nos recuerda la vida. Nos trae a la memoria los años en los que creímos que teníamos todo el tiempo del mundo y nos hace caer en la cuenta de que ya no es así.

Me volví, sin duda mi arrebatado introspectivo lo había confundido aunque no pude traducir su mirada.

—No me hagas caso —me disculpé—, debe ser la crisis de la mediana edad.

Fui hacia la chimenea. Me incliné delante del fuego y retiré el protector, cogí un par de troncos del montón que había a un lado y los eché dentro. Devolví la rejilla a su sitio y permanecí en cuclillas observando las llamas. Advertí su presencia a mi espalda. Sentí unos crecientes deseos de provocarlo pero estaba desentrenada, demasiado como para insinuarme sin torpeza. La lencería seductora de Sole no era la panacea.

Javier se sentó detrás de mí, en la alfombra, recostado sobre el sofá. Llevaba puesto el albornoz que le había dejado al lado de la ducha. Asió mis brazos y tiró de mí. Me dejé guiar y acabé sentada entre sus piernas, mi espalda apoyada en su pecho. Me devolvió la copa de vino, retiró mi pelo hacia un lado y dibujó un río de besos desde la oreja hasta el hombro. Cerré los ojos.

Uno a uno desabrochó los botones de mi vestido. Deslizó su mano entre la carne y el sujetador liberando uno de mis pechos. Dejó una mano allí y movió la otra poco a poco hacia abajo, empezó a acariciarme lentamente mientras mordisqueaba el lóbulo de mi oreja.

Estaba turbada pero era incapaz de pensar, hacía tiempo que no sentía nada tan placentero y tenía miedo de que dejara de hacer lo que fuera que estaba haciendo. ¡Por favor, qué no pare!, rogué.

Recorrió mi oreja con la lengua y no pude reprimir un gemido. Me deshice de la copa con cuidado, no quería perderme nada de lo que él me ofrecía; me sorprendí al descubrirme húmeda y sedienta. El ritmo de sus caricias se intensificó. Podía oír mis propios jadeos pero era incapaz de sentir vergüenza, solo quería continuar, avanzar, ir más allá. Posé mis manos encima de las suyas. El ritmo siguió aumentando y perdí el poco control que me quedaba, gemí desatada y me abandoné, perdida entre sus brazos.

Conseguí recuperar el aliento, unos ligeros espasmos recorrieron mi cuerpo de nuevo cuando retiró las manos de entre mis muslos. Me acurruqué en sus brazos y busqué su boca. Nos besamos durante largo rato.

La luz de la chimenea iluminaba la habitación, me incorporé y gateé hasta ella. Añadí un par de troncos y aproveché para colocarme el sujetador. Me giré y miré a Javier, había cogido la copa de vino y bebía. Me acerqué y lo besé, me dio a beber el vino de su boca. Sonreímos. Volvió a beber y lo besé de nuevo. Con dedos ágiles desanudé el cinturón de su albornoz. Una de mis manos exploró su cuerpo desde el cuello hasta las piernas, mi lengua la siguió. Me sentí irresistible al verlo recorrer el mismo camino por el que yo había transitado un rato antes.

Al acabar me aparté de él, miré sus ojos oscuros.

—Vayamos a la cama —sugerí.



Me desperté cuando amanecía, Javier roncaba levemente a mi lado. Me levanté con cuidado y anduve de puntillas hasta la ventana. Estaba desnuda, recogí el albornoz del suelo y me lo puse. La niebla tamizaba la luz del alba

dando al jardín un aspecto irreal. Recordé la suerte que la abuela contaba que recitaban las meigas para que nada detuviera su vuelo cuando se dirigían a los aquelarres: «Por encima dos silveiros e por debaixo das carballeiras...»^[22].

—¿En qué piensas?

Su voz me sobresaltó.

—En *meigas*^[23]. Buscaba a la *Dama de Castro* entre la niebla.

—¿La Dama de Castro?

—Una meiga que vive en un castro milenario, viste un largo vestido blanco de cola y siempre atiende las peticiones de la gente, se aparece a personas abatidas por las dificultades de la vida y les concede sus favores.

—¿Qué le ibas a pedir?

—Que me ayudara a perder el miedo.

—¿El miedo a?

—Miedo en general... el miedo a todo —continué mirando por la ventana y tras una pausa añadí—. A darme la vuelta y descubrir en tus ojos que te has arrepentido. Que esto no es adecuado.

Un gallo cacareó a lo lejos.

—Vuelve conmigo —dijo y apartó el edredón para que entrara.

Me acerqué, deseché el albornoz y me tumbé a su lado.

—Deja que sea yo el que se preocupe de si es adecuado o no, Nena —colocó su mano en mi mejilla y me obligó a mirarlo. Me besó en los labios—. ¿De acuerdo?

Asentí en silencio. Deslizó la mano por mi cuerpo desnudo perezosamente, demorándose en cada rincón, en cada pliegue.

—¿Qué es esto? —preguntó mientras seguía con el dedo el relieve de una fina línea que discurría desde el esternón hasta el pubis.

—Una cicatriz. Lola decidió venir al mundo a destiempo y la cosa se complicó. Mamá había muerto hacía unos días y yo me encontraba bastante mal, pensé que era por el disgusto. Me desmayé. Eduardo me llevó al hospital y me hicieron una cesárea de urgencia.

Fijé la vista en el techo. Javier me abrazó, alargó la mano hacia la mesilla y dio la luz. Me apreté contra él, intentando ocultarme bajo su cuerpo.

—Déjame verte, por favor —pidió con voz suave, apartándose hacia un lado.

Crucé los brazos sobre el pecho instintivamente.

—Por favor —repitió.

Separó mis manos con delicadeza. Retiró el edredón y contempló mi cuerpo desnudo.

—Nena, no te escondas —dijo mientras me tapaba de nuevo—. Eres preciosa y tienes un cuerpo sugerente —me miró mientras hablaba—. Apaga la luz si te sientes más cómoda.

Tanteé en busca del interruptor y desconecté la lámpara de la mesilla. Se colocó sobre mí con cuidado y me hizo el amor lenta y tiernamente en la oscuridad de la alcoba.

9

Miércoles, 2 de mayo de 2012, 08:30

«I can't even remember if we were lovers or if I just wanted to but I held her in my arms, I held her in my arms, I held her in my arms but it wasn't you...».^[24]

Me desperté con la música que llegaba desde el salón y el olor del café que Javier dejaba en la mesilla.

—Me voy, son las ocho y media. Quiero trabajar un poco. ¿Subirás luego? —preguntó a la vez que me besaba en los labios.

—Hacia las doce y media —contesté todavía adormilada—. No quites la música, Violent Femmes, me encantan.

Me arrebujé en el edredón, dos minutos después estaba dormida de nuevo.



Desde el final del camino distinguí a Javier y a Don Manuel, en la puerta de la casa, hablando. Aceleré el paso.

—Lo siento, ¿me estabais esperando?

—Decidíamos si nos acercábamos hasta el salto o no. Amenaza lluvia.

—Yo he cogido el paraguas por si acaso.

—Vamos entonces —dijo Don Manuel, señalando con su bastón de andar

la dirección.

Al llegar al principio del sendero comenzó a hablar:

—Me preguntabas ayer por las asociaciones a las que pertenecía o con las que colaboraba tu padre. No hay manera de recuperar lo perdido, pero mantener la memoria histórica es importante. El hombre es el único animal que tropieza dos veces en la misma piedra.

—Pensé que la misión de esas organizaciones era conseguir que las piezas fueran devueltas —observé.

—No, las obras se vendieron legalmente. Se adjudicaron baratas y en secreto, pero las transacciones contaron con el beneplácito de las autoridades y de la Iglesia. Solo se podrían recuperar comprándolas de nuevo —apartó una piedra con el bastón y continuó su disertación—. En la Guerra de la Independencia nos robaron muchas obras de arte, esas sí se podrían reclamar a través de los organismos internacionales, pero ha pasado demasiado tiempo.

—¿Legalmente no se podía hacer algo? —indagó Javier.

—Hasta la llegada de la República no existía una legislación que protegiera el patrimonio artístico específicamente. En mil novecientos veintiséis se promulgó una ley prohibiendo la exportación de monumentos, pero el problema no se solucionó debido a la negligencia a la hora de hacer que esas medidas se cumplieran; la inoperancia administrativa contribuyó a la ineficacia de dichas resoluciones. En la República se elaboró la ley del Tesoro Artístico que estuvo vigente hasta el año ochenta y cinco. Franco la conservó porque era efectiva y disminuyó notablemente el saqueo de obras de arte, aunque, como ya os comenté, en mil novecientos cincuenta y seis, por voluntad suya y saltándose la ley a la torera, se llevaron a Estados Unidos el ábside de Fuentidueña.

—¿Las leyes actuales garantizan esa protección? —insistió muy interesado.

—Sí. La Ley de Patrimonio lo hace. Lo que son inevitables y muchas veces incontrolables son los desmanes y los fraudes, por eso intentamos concienciar a la gente del peligro latente. En Galicia, sin ir más lejos, hay muchos edificios que están prácticamente abandonados. Si no nos mojamos en ese sentido, como hizo Don Xoán en su día, no hay nada que hacer. En España conviven diecisiete leyes de patrimonio, una por cada comunidad

autónoma, habría que equipararlas y asimilar los criterios, sobre todo en lo tocante a la restauración de monumentos.

—¿Qué pasó con el techo de la colegiata? —quise saber.

—El artesanado se desmontó en mayo de mil novecientos treinta y cinco y llegó a Florida en Julio. Según he sabido después, estuvo guardado en un almacén durante varios años hasta que finalmente fue instalado en una mansión construida por Whyet & King, una firma de arquitectos de gran prestigio por aquel entonces.

—¿Quién lo compró?

—John Edward McPherson, un millonario californiano obsesionado con el arte español. Murió hace unos veinte años. Sus herederos se repartieron la herencia y gran parte de su patrimonio artístico está desperdigado por Estados Unidos y Europa.

Se paró un momento y entrecerró los ojos como si estuviera intentando acordarse de algo.

—Magdalena, ¿cómo empieza la canción que cantabais el otro día Lola y tú?

—¿La que cantamos camino de la ermita?

—Esa.

Sonreí y comencé a cantar bajito:

—«*A miña burriña cando vai ó muiño, vai toda enfariñada, cheiña de frío; cheiña de frío e mais de xiada, ai, a miña burriña sempre vai cargada...*».^[25]

—Gracias hija, llevaba toda la mañana intentando acordarme; siempre que salgo a pasear voy tatareando canciones conocidas y esta se me había ido de la cabeza completamente.

Anduvimos un rato en silencio. Intenté encontrar el momento oportuno para preguntarle acerca de lo que me había revelado la vecina la tarde anterior, después de dudarle mucho me decidí:

—¿Ha estado Carlos por aquí? —le interrogué un tanto avergonzada pues lo último que quería es que sonara como si le estuviera acusando de habérmelo ocultado—. Carmiña me dijo ayer que lo vio paseando por el pueblo, con otras dos personas, hace unos dos meses más o menos.

—Sí, ¿dos meses dijo Carmiña?, podría ser. Vino con unos amigos. Me

llamó por teléfono para ver si podían visitarla. Pensé que lo sabrías.

—No, no me dijo nada.

Mientras yo cavilaba capté la mirada de advertencia que Don Manuel lanzaba a Javier. (Entonces no supe a qué se debía).

—¿Se interesaron por algo en especial? —insistí.

—Bueno, querían conocer el aspecto original de la iglesia y de la sacristía antes del expolio. Lo de siempre.

El tono de su voz mostraba indiferencia. Sacó tres fotografías del bolsillo de su anorak y me las tendió.

—Estas fotos debieron tomarse en mil novecientos treinta, más o menos, me las dio Martiño, el del molino, tras la muerte de su padre. Las encontré entre sus cosas —agregó—. Pensé que os gustaría verlas.

Cogí las fotos y las inspeccioné con interés. Javier, colocado detrás de mí, las examinó por encima de mi hombro.

—Sí, aquí está todo, los cuadros, el Cristo, los espejos... —señalé los objetos con el dedo según los iba localizando.

—Tras desmontar el artesonado, parte de la sacristía se derrumbó y fue condenada. La actual está ubicada en lo que fue el calefactorio —Don Manuel continuó andando mientras hablaba.

—¿El calefactorio? —preguntó Javier uniéndose a él.

—Se utilizaba para que los monjes se calentaran en invierno. La sala está provista en la parte de abajo de una gloria. Todavía está en buen estado aunque ya no se utiliza.

—¿Qué es una gloria?

El sacerdote sonrió ante su interrogatorio. No dejaba pregunta sin hacer.

—El antecedente directo del suelo radiante, hijo. Consiste en un hogar, situado debajo del suelo donde se quemaba paja y madera. Hay unos conductos que discurren bajo el solado por donde pasan los humos calefactores calentándolo. Es más cómoda que el hogar tradicional porque no necesita ventilación ya que no entra humo en la estancia, este sale por un aliviadero vertical que hay en el exterior.

Apenas atendí a su conversación absorta como estaba en las fotografías. Apreté el paso para llegar hasta ellos.

—El resto de las piezas están en el Museo Catedralicio, ¿verdad? —me

aseguré, al devolvérselas a Don Manuel.

El párroco asintió con la cabeza:

—El museo está en la misma catedral, ocupa el claustro y el triforio y algunas dependencias contiguas. El triforio —añadió, adelantándose a la pregunta de Javier— es una galería que discurre por encima de las naves laterales y que suele tener ventanas de tres huecos hacia la nave central.

Javier inclinó la cabeza en señal de reconocimiento. (Don Manuel te hace sentir cómodo a pesar de tu ignorancia).

Desde que le propuse que me acompañara sabía que aquel hombre afable y erudito, que nos regalaba su tiempo y su saber con una pedagogía y deferencia admirables, lo iba a conquistar.

—Ya estamos —avisé—. *El Salto das Meigas*.

Nada más dar la última curva la cascada apareció, magnífica, ante nosotros: un salto de agua de unos treinta metros arropado por castaños y robles. El sol asomaba, por fin, entre las nubes y la luz se esparcía a través del complicado encaje que formaban las ramas de los árboles.

—No trae mucha agua —comentó Don Manuel—. Puedes subir por esa senda, te lleva a una especie de cueva que pasa por detrás de la cascada. Ciérrate el chubasquero porque si no te vas a calar entero.

—¿Vienes? —me preguntó Javier.

—No, creo que te esperaré aquí, no hay vez que suba que no me caiga y no quisiera echar a rodar, literalmente, la buena impresión que he conseguido causarte estos días —contesté riendo.

—Además eres ocurrente —replicó dándome un suave tironcito de pelo.

—Tengo mis momentos —respondí con un guiño.

Me senté al lado del cura contemplando la cascada. El ruido del agua al caer era atronador y a pesar de ello el lugar resultaba asombrosamente relajante. Permanecimos en silencio hasta su vuelta.

—¿Por qué lo llaman *el Salto das Meigas*? —preguntó Javier mientras iniciábamos el regreso.

—Dicen que solían reunirse aquí porque el clamor del agua impedía que nadie más escuchase lo que hablaban —miré de reojo a Don Manuel.

—¡*Cousas de mulleres!*^[26] —contestó este sintiéndose aludido—. Guiomar, la madre de Elías, creía firmemente que *habelas, hainas*^[27] —

meneó la cabeza con resignación—. Esta niña se crio entre historias de meigas y santos.

—Una combinación extraña... —respondió Javier.

—Así era la abuela —apuntó el sacerdote— mística y creyente, algo de santa y mucho de meiga.

Me encogí de hombros por toda respuesta.

En la puerta de su casa Don Manuel rehusó mi invitación para comer juntos:

—Tengo comida hecha y sé cómo te las gastas, Magdalena. A mi edad no me puedo permitir el lujo de comer como un cura todos los días —me dijo cariñosamente con una amplia sonrisa en la cara.

—Creo que recogeré las cosas ya —resolvió Javier—, no quiero irme muy tarde y no me gustaría despertarte de tu siesta.

Tras abrir le devolvió las llaves a Don Manuel y entró.

—¿Vas a ir al museo?

La pregunta del párroco me pilló con la guardia bajada.

—Tengo esa intención —confesé.

—Está abierto por la mañana, pero para visitarlo por la tarde tienes que pedir cita. Espera un momento.

Desapareció dentro de la casa para volver con un libro y una tarjeta en las manos.

—Di que llamas de mi parte, te atenderá encantado —dijo al darme el pequeño trozo de cartulina—. Este te lo presto —me advirtió con una sonrisa tendiéndome el ejemplar.

—«La destrucción del patrimonio artístico español» —comencé a leer la portada del libro—. José Miguel Merino de Cáceres y María José Martínez Ruiz.

—Es la crónica de las desventuras y de la codicia que llevaron a este país a transformarse en un mercadillo dónde los tesoros artísticos eran vendidos a precio de ganga sin ningún tipo de pudor o recato. Estoy convencido de que dará respuesta a todas tus preguntas.

Javier salió, los dos hombres se despidieron afectuosamente.

—Espero verte pronto por aquí, muchacho. Sabes que esta es tu casa —le obsequió Don Manuel mientras estrechaba su mano.

—Volveré en cuanto me sea posible. Muchas gracias por todo, ha sido un placer, muy instructivo por cierto.

Tras el adiós caminamos en silencio un largo trecho.

—¿Todas las meigas son iguales? —me preguntó Javier de repente.

—No, depende, hay muchas, cada una con sus poderes: *chuchonas, asumcordas, la marimanta, feticieras, lavandeiras, vedoiras, voladoiras, cartuxeiras, agoreiras...* ¿Qué quieres saber exactamente?

—A cual debería encomendarme —contestó cogiéndome de la mano.

Me paré y lo miré, desconcertada.

—¿Para?

—Para que hagas caso de lo que te voy a pedir.

«You might think I'm crazy to hang around with you, maybe you think I'm lucky to have something to do. But I think that you're wild and inside me is some child...». [28]

Su móvil personal sonó varias veces pero no hizo ademán de responder.

—¿Por qué presiento que no me va a gustar? —fruncí el ceño al decirlo.

Javier dejó la bolsa del portátil en el suelo y me agarró con cuidado de los brazos. Acortó la distancia entre los dos.

—Quiero que me prometas que no vas a hablar con Carlos de nada de esto.

—Pero... —intenté interrumpirlo.

—Déjame hablar Nena. No quiero que le preguntes por su visita ni por sus intenciones. No indagues. Haz como si no lo supieras. Como hasta ahora. Te lo pido por favor. Acudiste a mí en busca de ayuda, ¿verdad?

Colocó un dedo debajo de mi barbilla y elevó mi cara hasta que no tuve más remedio que mirarle a los ojos.

—Sí —farfullé.

—Pues confía en mí, permíteme que haga lo que mejor sé hacer, investigar.

—Yo...

—Él cree que ignoras que estuvo aquí, deja que lo siga creyendo. No te inmiscuyas, por favor.

—¿Sabes algo que no me hayas contado? —le pregunté, escrutando su cara en busca del algún indicio de condescendencia.

—Siempre va a haber cosas que no pueda compartir contigo —con el pulgar me acarició el labio inferior—. Por favor.

Suspiré al borde de la resignación.

—Esta mañana te dije que dejaras que fuera yo el que juzgara si algo es adecuado o no. Esto no es adecuado. No puedes implicarte más.

—No tengo elección, ¿verdad?

—Sí, sí la tienes —su expresión se mantenía imperturbable pero sus ojos se habían oscurecido—. Puedes hacer lo que quieras. Puedes hacer todo lo contrario de lo que te estoy pidiendo. Pero perderemos todos. Me podrías complicar mucho las cosas.

—Javier, solo quiero saber —protesté—, trato de canalizar mi rabia y hacer algo útil, como averiguar qué sucedió realmente. La muerte de mi padre fue injusta y... y antinatural —negué con la cabeza—. Nunca haría algo que te comprometiera.

—Estoy seguro de ello, pero puedes no ver el alcance de algunas de tus decisiones, es por eso que te pido que abandones aquí y ahora.

Posó sus manos en mis hombros y me besó el pelo. Esperó.

—De acuerdo. Entendido —capitulé al fin—. Te lo prometo.

Me aparté un poco y coloqué mis manos encima de las suyas.

—Pero ¿me mantendrás informada?

—Es lo que he hecho hasta ahora —aseguró soltándome con delicadeza—, en la medida en la que puedo.

Se agachó a recoger la bolsa y continuamos andando hacia la casa.



—Pensaba visitar el Museo Catedralicio y ver las otras piezas —le anuncié mientras preparábamos la comida.

Javier me miró en silencio elevando las cejas.

—¿Entraría dentro de lo adecuado? —le insté—. Te lo pregunto en serio. No quisiera meter la pata.

—No hay problema.

—Don Manuel me ha dado una tarjeta de un contacto suyo en el museo,

por lo visto las visitas de la tarde solo se realizan previa petición de cita.

—¿Qué esperas encontrar?

—Nada, simplemente me gustaría verlas. Le insistiré para que me enseñe la sacristía —me volví hacia él con la espumadera en la mano—. ¿Crees que se enfadará?

—Por lo que he visto poco de lo que puedas hacer podría enojarle, adoraba a tu padre y a ti por añadidura. De todas maneras, no tiene pelos en la lengua, si no le gusta la idea te lo dirá.

—¿Te habló de él?

—Sí, me contó anécdotas de la infancia y de los veranos compartidos aquí en San Tirso, de tu madre —hizo una pausa para ver mi reacción—. Me extraña que tuviera tan poca relación con Daniel, al fin y al cabo tu padre y él solamente se llevaban un par de años.

—Ya, pero el tío emigró a Venezuela con diecisiete años, al poco de trasladarse a Madrid y estuvo allí doce o trece años. No compartieron ni la adolescencia ni la juventud.

Aparté la sartén del fuego y llevé la fuente de patatas y huevos fritos a la mesa.

—No estaba en España cuando murió el abuelo, ni cuando murió el tío Luis. Tampoco en la boda de Xabela, ni en la de papá.

Me senté y permanecí callada tamborileando con los dedos encima de la mesa. (Como hago siempre que cavilo).

—¿En qué piensas? —me preguntó.

—Hace poco, en una conversación sobre Eduardo, el tío me dijo que la distancia te hace sentir culpable, no comprendí que también hablaba de él.

—Nena, puede que sea cosa de familia porque tú tienes una capacidad asombrosa para sentirte culpable sin distancia de por medio.

Se me quedó mirando con los ojos entornados y comencé a reír.

—Me parece estar escuchando a Sole enumerando mis síndromes, a saber: el de la culpa universal, el de la autoestima exigua, el de la incapacidad de comunicación en caso de desdicha o síndrome del avestruz sombrío...

—¿Síndrome de qué? —preguntó divertido.

—Del avestruz sombrío —aclaré, todavía riendo—. Seguro que me he olvidado de alguno. En cualquier caso —agregué—, si quieres ampliar la

información tendrás que hablar directamente con ella, no pienso darte más pistas sobre mis defectos.

—¿Podría?

—Solo si lo consideras adecuado —respondí con una mueca.

Javier sonrió y continuó comiendo. Me coloqué el pelo detrás de las orejas y lo observé, sin perder ripio de lo que hacía.

—El sábado estuve con mi tío Daniel en Lugo —comenté pasado un rato—, está viviendo en casa de mi prima Xabela. Le pedí que viniera pero declinó mi invitación, no sé ve capaz de enfrentar esta casa sin papá. Me dio la sensación de que se estaba despidiendo.

—¿Qué quieres decir?

—No lo sé, una de mis intuiciones.

Salí de la habitación en busca del sobre que me había dado. Regresé con él en la mano.

—Mira —lo dejé al lado de su plato.

Javier sacó el contenido del sobre y comenzó a leer.

—Es el contrato de compraventa de *La Magdalena* —le avancé—. Lo compró a mi nombre quince días después de mi nacimiento. Nunca lo supe; nadie lo sabía, únicamente mi padre. El tío Daniel es mi padrino y el cuadro mi regalo de bautismo. Me dijo que después de mucho esperar por fin había encontrado el momento para dármelo.

Dobló los papeles, los introdujo en el sobre y me lo devolvió.

—Bueno, después de todo lo que ha pasado quizá consideró que era la ocasión indicada —hizo una pausa al ver mi expresión—. Permíteme explicarme, la muerte de tu padre le ha hecho tomar conciencia de los años que tiene o, mejor dicho, de los que le pueden quedar por vivir. Por otra parte tú te acabas de separar, has pasado por una situación violenta y tienes que sacar adelante a dos niñas con un sueldo. Nena, no es solo un cuadro, te está, mejor dicho, os está asegurando, a tus hijas y a ti, el futuro.

Toqueteé mis labios, pensativa.

—Estoy de acuerdo con él —convino Javier— en que este era el momento.

Esperó algún comentario de mi parte, pero no supe que decir.

—¿Vas a comer algo más? —me preguntó levantándose y recogiendo su

plato.

—No, no tengo gana.

Retiró el mío también. Tiró los restos a la basura, y después los metió en el lavavajillas. Se movía por la cocina con familiaridad, preparó la cafetera y la colocó en el fuego. Me acerqué y le abracé por la espalda.

—Estaba pensando —susurré moviéndome hasta situarme entre sus brazos— en algo que has dicho antes —me puse de puntillas y besé su barbilla.

—¿Algo que yo he dicho?

—Sí, has dicho que te permitiera hacer lo que mejor sabes hacer.

—¿Y?

—Tengo mis dudas —añadí al tiempo que desabrochaba el botón de su pantalón— sobre qué es lo que mejor haces.

Javier introdujo sus manos debajo de mi jersey y las deslizó suavemente por los costados hasta subir a mi pecho, con los pulgares lo acarició a través de la seda.

—¿Debería retirar la cafetera del fuego?

—Sería recomendable —aseguré jadeante, cogí su mano y lo guie fuera de la cocina hacia la habitación.

Una hora después charlábamos abrazados bajo el edredón.

—¿A qué se dedicó tu tío Daniel en Venezuela? —preguntó mientras jugaba con un mechón de mi pelo.

—Creo que empezó trabajando en plantaciones de caña de azúcar. Después llegó a un acuerdo con una compañía norteamericana e importó a Venezuela cosechadoras mecánicas. La cosecha habitualmente se hacía de forma manual, a base de personas con machete, con las cosechadoras el rendimiento se disparaba —lo besé en el pecho—. Cuando regresó a España todavía mantenía sus empresas allí. Iba y venía cuatro o cinco veces al año. Al cumplir los cincuenta liquidó todas sus propiedades en Venezuela y se estableció permanentemente en Madrid. Ha vivido de las rentas desde entonces.

Dibujé arabescos sobre su tripa con un dedo.

—¿Por qué te hiciste policía?

—Obedeció a un impulso. Estudié Derecho y durante los tres primeros

años ejercí como abogado. No terminaba de encontrarme a gusto, necesitaba algo más de acción, realmente no sabía muy bien el qué. Ese año, en junio mi hermana murió de sobredosis, tenía tres años menos que yo. Encontraron su cuerpo dos semanas después en un edificio abandonado. Entonces lo decidí —se pellizcó el puente de la nariz con los dedos—. Mi padre nunca lo entendió.

—Lo siento mucho. ¿Cómo se llamaba?

—Julia.

—¿Era tu única hermana?

—Sí.

Se volvió hacia mí y me besó.

—Hoy es tu turno de preguntas. ¿Qué más quieres saber?

—Me dijo Sole que estuviste casado.

—Durante diez años.

—¿Qué pasó?

—Se cansó de mi trabajo, de esperar. Cuando me hicieron inspector mis horarios se fueron al garete. Si estas metido en un caso, no hay nada que hacer, el trabajo te absorbe. Es complicado. Además ella quería tener hijos y yo no. Un buen día llegué a casa y ya no estaba.

—¿Tus padres?

—Murieron. Mi madre de cáncer cuando yo tenía veinte años. Mi padre hace cinco, de un infarto.

—¿Esta cicatriz? —pregunté acariciando su muslo a la altura de la herida.

—Un disparo en un tiroteo. Hace muchos años de eso aunque todavía me duele cuando va a cambiar el tiempo.

—¿De pequeño desarmabas tus juguetes para ver cómo funcionaban?

—Pieza a pieza —contestó riendo.

—¿Y coleccionabas cosas?

—Sí —dijo con expresión de haber sido pillado en un renuncio—. Sellos y mapas.

Aguardó una nueva pregunta.

—¿No quieres saber nada más?

—No.

Negué con la cabeza. Me giré con cuidado hasta situarme encima de él,

exploré entre sus piernas y dejé que entrara en mí poco a poco. Comencé a moverme con suavidad. Me atrajo hacia sí y me besó. Apoyé las manos en la almohada e intensifiqué el balanceo sin apartar mis ojos de los suyos; el sensual roce de su piel enardeció la mía y nos precipitó hacia una abrazadora espiral color chocolate.

Mientras Javier se duchaba hice unas llamadas y herví el café, cuando salió todo estaba dispuesto en la mesa de la cocina.

—¿Quieres que te prepare algo de comer?

—No, pararé en algún sitio, así estiro las piernas.

Bebimos en silencio.

—He hablado con Xabela hace un momento y me ha confirmado que Antonio regresa mañana por la tarde; he llamado al contacto del museo y me va a recibir a las cuatro; después de la visita recogeré a las niñas y volveremos aquí.

Fui a decir algo más pero a mitad de camino me arrepentí y permanecí callada.

Terminé mi café, me levanté y enjuagué la taza; vacié el sobrante en una jarrita y limpié la cafetera. Me entretuve sacando brillo al fregadero.

Javier se acercó despacio. Me hizo girar hasta quedar enfrente de él y me abrazó.

—¿El síndrome del avestruz o el de la autoestima exigua? —murmuró en mi oído.

Sonreí sin mirarle.

—Nena, me gustas mucho.

Enredó un mechón de mi pelo entre sus dedos y tiró suavemente para verme la cara. Me dio un beso largo y cálido.

—Hace mucho tiempo que no estaba con un hombre —me sinceré—. No puedo evitar sentirme insegura, como una principiante. Odio esta sensación.

—Principiante no sería el calificativo que yo usaría contigo —bromeó y me plantó un beso en la punta de la nariz.

Le di un azote y me eché a reír.

—Hay cosas que no se olvidan —dije—, ya sabes: comer y rascar... Vamos, te acompaño al coche.

Después de guardar los bultos en el maletero me abrazó de nuevo.

—Don Manuel dijo una cosa que me preocupó.

Arrugué el ceño sin entender.

—Dijo, refiriéndose a ti: «Vuelve a sonreír y eso es bueno, pero la sonrisa ya no le llega a los ojos».

Me estrechó en sus brazos y se meció conmigo.

—Mi Magdalena de los ojos tristes, ¿qué podemos hacer para enmendarlo?

Levanté los talones y lo besé, mordí su labio inferior con delicadeza y estiré de él hasta que se escapó de entre mis dientes.

—Dame tiempo. Además —agregué, a la vez que introducía las manos en los bolsillos traseros de su pantalón y me apretaba contra él—, todo lo que se me ocurre pasa por tenerte desnudo a mi lado y por lo que me has dicho tienes que marcharte sin remedio.

Javier echó la cabeza hacia atrás y rio a carcajadas, después entró en el coche. Bajó el cristal de la ventanilla y nos despedimos con un beso casi interminable.

Cuando el vehículo desapareció de mi vista entré en el jardín y cerré el portón.

10

Domingo, 6 de mayo de 2012, 23:00

«Yo no sé cuántas noches de insomnio en tus ojos pensando pasé; pero sé que al dormirme una noche con tus ojos preciosos soñé... Yo no sé qué me han hecho tus ojos que...».^[29]

Esperé detrás de la puerta hasta que el ascensor llegó a la planta. Abrí para que Javier entrara. Me agarró por la cintura y me besó.

—Te he echado de menos —susurró en mi cuello.

Sentí un escalofrío que me recorrió de los pies a la cabeza. Busqué una de sus manos y lo llevé hasta el salón.

—¿Quieres beber algo?

Mi vino estaba encima de la mesa.

—Lo mismo que tú.

Regresé con otra copa y la botella, lo serví y se la acerqué. Se sentó a mi lado en el sofá.

—¿Tangos? —preguntó alzando las cejas.

—Bueno, es Gardel, pero esto es un vals —dije sonriendo—. El disco era de mi madre, le encantaba esta canción. A menudo, cuando la ponía, la bailaban los dos juntos.

—¿Las niñas?

—Acostadas. Miguel y Carlota, los abuelos de Guío, vinieron a buscarlas esta mañana. Se las llevaron al Retiro con las bicis, a comer y al cine. Volvieron derrengadas —moví la cabeza de un lado al otro, al acordarme—.

La pobre Lola se dormía mientras cenaba.

—Lamento no haberte llamado estos últimos días, pero no hemos parado. Es como si se hubieran reservado para después del puente: un apuñalamiento en Cardenal Cisneros, un cadáver con signos de violencia en un portal de la calle Caracas...

—No te preocupes —atajé acariciando su mano—, agradecí mucho tus mensajes.

Lo observé, parecía cansado, las bolsas debajo de sus ojos se habían acentuado.

—Ven, tumbate aquí —sugerí, dándome unos golpecitos en el muslo—. Quítate los zapatos.

Obedeció y se acostó en el sofá, mi regazo como almohada. Cerró los ojos mientras le masajeaba la cabeza; alargué un brazo hacia la lámpara de pie que había entre los dos sillones y disminuí la intensidad de la luz.

—¿Qué tal te fue en el museo? —preguntó.

—Muy bien, quería habértelo comentado antes, pero ¡en fin!

Me incliné y lo besé con suavidad.

—El contacto de Don Manuel era uno de los conservadores del museo. Sacerdote también, nicaragüense. Fue extremadamente amable y servicial — me reí al ver que abría los ojos y fruncía el ceño—. ¡No seas tonto! Me enseñó la catedral y el museo. Mi espejo no estaba, él lleva trabajando allí cinco años y no recuerda haberlo visto.

Tras una pausa continué:

—Lo peor no es eso.

—¿Qué quieres decir? —preguntó abriendo los ojos de nuevo.

—La tablilla de oraciones no está, la robaron hace un par de meses.

Se incorporó lentamente, sin apartar su mirada de mí.

—¿Cuándo?

—Hace un par de meses, no me supo decir la fecha exacta. Llamaron a la policía, pero consiguieron que el asunto no trascendiera. Lo que me contó parecía sacado de una película americana: esa tarde tenían citado a un grupo de ocho personas. En algún momento, durante la visita, la luz se fue; tardó en volver unos diez minutos, después todo se desarrolló con normalidad. Al día siguiente por la mañana, uno de los visitantes del museo les advirtió del

cambio. ¿Recuerdas la descripción de la tablilla?

—No muy bien la verdad.

—Yo me la sé de memoria: una tablilla con oraciones preparatorias para el sacramento de la Eucaristía, ricamente orlada y policromada, enmarcada en madera dorada —lo recité como una cantinela escolar—. Creo que he leído la carta doscientas veces. Bueno, el caso es que en lugar de la tablilla, que estaba colocada en una especie de atril de metacrilato, encontraron un marco dorado barato, de medidas similares, con una ilustración dentro. Su ausencia hubiera llamado la atención pero de esa manera consiguieron postergar el descubrimiento de su desaparición hasta el día siguiente.

Javier bajó la cabeza y se pellizcó el puente de la nariz con dos dedos. Estaba agotado.

—¿Quieres que te prepare un baño? —propuse.

—No podría pensar en nada mejor. Pero ¿y si las niñas se despiertan?

—Deja que sea yo quien se preocupe de eso —respondí burlona.

Le ofrecí mi mano y lo conduje hasta mi dormitorio.

Una vez estuvo listo, se desnudó y se introdujo lentamente en la bañera. No pudo disimular el placer que le producía, el agua estaba caliente y un olor a limón y canela inundaba la habitación.

—He añadido sales aromáticas.

Sonrió con los ojos cerrados incapaz de decir o hacer nada.

Lo dejé a solas.

Regresé veinte minutos más tarde portando nuestras copas.

—Te he traído el vino —anuncié.

Me senté al borde de la bañera y le tendí la suya.

—Si esto no es el cielo, debe estar muy cerca —aseguró al cogerla.

Lo contemplé durante largo rato.

—Tenía ganas de verte —confesé en voz baja.

Javier sonrió y chocó las copas con cuidado.

—Por ti —brindó.

—Inclínate hacia delante —le pedí.

Cogí un guante de crin del estante, deposité un cordón de gel encima y froté su espalda.

—Estaba equivocado, el cielo empieza aquí —exclamó.

Me reí y continué friccionando los hombros, los brazos, el torso y las piernas. Acabé con un suave masaje en el cuello.

—Creo que deberías volver a la realidad. El agua se está quedando fría —murmuré en su oído.

Entró en el dormitorio con una toalla enrollada alrededor de las caderas y otra sobre los hombros.

—Deja que te seque el pelo.

Tomé prestada la toalla pequeña y le restregué la cabeza con ella.

—Tendrás que ponerte la ropa que traías, aquí no hay nada de tu talla.

Javier rodeó mi cintura con un brazo, con la otra mano me estrechó contra su cuerpo.

—Antes tenemos que solucionar un pequeño problema —advirtió—, no creo que pueda vestirme en este estado.

Me bamboleé contra su pelvis.

—Tienes toda la razón —reconocí.

Mis labios dibujaron una hilera de besos que descendió dulcemente por su torso.

—Y yo tengo un remedio para eso —aseguré.

Me senté al borde de la cama y me deshice de la toalla con habilidad...



La luz que se colaba por la puerta entreabierta del baño iluminaba la habitación. Descansábamos uno al lado del otro, todavía sin aliento. Javier pasó una mano por debajo de mi nuca y me atrajo hacía sí.

—Mi amante de los ojos tristes —dijo mientras acariciaba mi mejilla con el dorso de la mano.

Me acurruqué entre sus brazos.

—Tengo que irme.

—Sí —contesté depositando un beso sobre su pecho—. Tienes que irte.

Lo observé mientras se vestía. Necesitaba hablar con él antes de que se marchara:

—¿Crees que hay alguna relación entre los dos robos? —pregunté e

ignorando su desconcierto continué hablando—. Dejando a un lado que la carta, o mejor dicho la sacristía de San Tirso, sea el nexo de unión entre los dos objetos, en ambos casos consiguieron ocultar los robos ganando el tiempo suficiente para evaporarse.

Salí de la cama y, ante su atenta mirada, crucé la habitación en busca del albornoz.

—No lo sé —dijo sin apartar la vista de mí—. Tenemos que contactar con la policía de Lugo.

—Si sigues mirándome de esa forma haré un agujero en el suelo y me meteré dentro.

—Con toda seguridad el vecino del cuarto te lo agradecerá eternamente —bromeó.

Puse los ojos en blanco.

—Me gusta mirarte —alegó acercándose.

Anudó el cinturón de mi bata y posó sus labios en mi escote durante unos segundos.

—Y me gustaría que te sintieras cómoda cuando lo hago.

—Lo intento —dije, y sostuve su mirada—. No tiene nada que ver contigo.

—Lo sé.

Abrí con cuidado la puerta de la habitación y escuché. Las niñas seguían dormidas. Recorrimos con sigilo el pasillo, hasta la cocina.

—Me voy a tomar un cacao caliente con galletas, ¿quieres?

—Vale, así cuando llegue a casa me acostaré directamente.

—¿Has venido en tu coche?

—Sí, he aparcado en José Abascal.

Saqué la leche de la nevera y llené las tazas; una vez caliente nos sentamos a la mesa. Coloqué la caja de galletas entremedias de los dos.

—Don Manuel se quedó muy extrañado cuando le conté que el espejo no estaba en el museo y que, además, la tablilla había desaparecido. Me prometió que intentaría averiguar algo al respecto.

—¿Te enseñó la sacristía?

—Sí, no me puso ningún problema. El crucifijo es sobrecogedor. Cuando vuelvas tienes que pedirle que te lo muestre —mis mejillas se tiñeron de rojo

al decirlo.

Dudó antes de hablar:

—¿Crees que tu padre pudo enseñarle la carta a Carlos?

Resoplé. La pregunta que acababa de hacerme implicaba muchas cosas. Apreté la mandíbula y me centré en el movimiento de la cucharilla que hacía girar dentro de la taza.

—La verdad es que lo he pensado —dije con voz apagada— y la idea me disgusta muchísimo —tuve que admitirlo—. Pero si intento ser objetiva no es una posibilidad descabellada. No te puedes imaginar la buena relación que mantenían antes de que nos casáramos. Llegué a sentirme celosa de él. Mamá se daba cuenta y se reía de mí —sacudí la cabeza—. Se pasaban el día charlando e incluso hacían planes juntos.

—¿Cuánto tiempo duró ese buen rollo?

—Tres años, los que estuvimos de novios.

Mojé una galleta en la leche y le di un mordisco. Un segundo después su tamaño se había triplicado dentro de mi boca, no podía tragar y mis manos empezaron a temblar.

—Nena, no.

Arrimó su silla y me pasó un brazo por los hombros. Lamentablemente, solo había que sumar dos más dos. Cogí una servilleta de papel y escupí como pude los restos de galleta. Con la manga del albornoz me enjuagué las lágrimas que corrían por mi cara.

—No puede ser que Carlos tenga algo que ver en todo esto, Javier. En la muerte de mi padre...

—Eh, eh. No te preocupes ahora por eso, Nena. No tenemos nada contra él, son solo especulaciones.

—Hay algo más en lo que he estado pensando.

No dijo nada, aguardó a que yo continuara.

—El día que me pegó —inspiré hondo—, cuando discutimos por el dinero, estaba fuera de sí. He meditado mucho sobre lo que pasó entonces y su reacción fue desmedida. Por mucho que yo hubiera accedido a prestarle el dinero —argumenté—, habría tenido que esperar, con la que está cayendo el piso tardaría en venderse cinco o seis meses como poco y a él le urgía.

Me giré en el asiento y agarré sus manos.

—En ese momento no lo comprendí, Javier, pero ahora lo tengo claro: Carlos estaba atemorizado.

11

Sábado, 12 de mayo de 2012, 10:30

«I've never seen you looking so lovely as you did tonight, I've never seen you shine so bright. I've never seen so many men ask you if you wanted to dance...».^[30]

Subí la música y me apoltroné en el asiento:

—Me encanta este tema. Hace siglos que no lo escuchaba.

Sole sonrió al volante, tenía los ojos fijos en la carretera y tarareaba la canción.

—¿Cuántas veces lo habremos escuchado juntas? —preguntó.

—Mil o dos mil, Sole. ¿Qué año sería?, ¿el ochenta y seis?

—Sí, creo que sí. ¿Recuerdas que Eduardo nos amenazó con lanzar el disco por la ventana?

Nos echamos a reír y no volvimos a hablar hasta que terminó.

Sole estiró el cuello y miró por el espejo retrovisor, en el asiento de atrás Lola dormía en su silla, Alfonso jugaba con la PSP y Guiomar, con la mirada perdida en algún lugar más allá de la ventanilla del coche, escuchaba la música del MP3 que tenía conectado a sus oídos.

—¿Qué ha ocurrido?

—Por lo visto el miércoles por la noche, cuando se iba a acostar, Carmiña advirtió unas luces que se movían en el interior de nuestra casa y, ni corta ni perezosa, llamó a la guardia civil.

—¡Pero podíais haber sido vosotros! —exclamó Sole.

—No, eran pequeñas y se movían por las habitaciones, como luces de velas o linternas, dijo ella, por eso se asustó —cerré los ojos—. No quiero pensar lo que hubiera pasado si se hubiera acercado. Para cuando llegó la guardia civil ya se habían marchado.

—¿Crees que guarda relación con la carta?

—Estoy convencida. Javier dice que no me precipite, que no puedo sacar conclusiones basadas en meras coincidencias, pero sé que él piensa lo mismo.

Hice una pausa mientras valoraba si debía seguir hablando. Javier me había pedido discreción pero Sole era mi mejor amiga y no quería dejarla de lado una vez más. Bajé la voz para que los chicos no pudieran escucharme y continué:

—La policía nacional también acudió y eso no es frecuente. No lo trataron como un robo rutinario.

Sole apartó la vista de la carretera y me miró inquisitiva:

—¿Javier?

Elevé los hombros.

—No lo he comentado con él. Me pidió que no interfiriera y es lo que intento, pero todo indica que sí.

Me sujeté el pelo detrás de las orejas.

—No sé nada más. Xabela y Antonio echaron un vistazo ayer y por lo que me explicaron no causaron ningún gran estropicio; aparentemente tampoco se llevaron nada.

Un mechón rebelde se columpió delante de mis ojos y me lo arreglé de nuevo.

—Fueron exhaustivos y rápidos en su búsqueda. Examinaron la casa en un tiempo récord, de arriba abajo —me estrujé las manos con fuerza—. No fue un robo normal. Son profesionales que persiguen algo en concreto.

—¿Estás asustada?

—Espantada... No obstante lo que más me preocupa es el papel que pueda jugar Carlos en todo esto.

—Nena, él no se metería en algo de ese estilo.

—Yo ya no estoy tan segura —aseveré, e intentando aparentar una calma que no sentía continué con las confidencias—. Pasó por San Tirso hace un par de meses y le pidió a Don Manuel que les enseñara la colegiata a unos

amigos extranjeros y a él.

La voz de mi amiga confirmó mi preocupación:

—No pinta bien, desde luego.

—Es una mierda, Sole, y tengo un mal presentimiento —dije mientras jugaba con el anillo que llevaba puesto—. Esto nos está arrastrando, es como la resaca, la corriente nos lleva mar adentro y no nos estamos dando cuenta.

—¿Comes algo? —quiso saber después de fijarse en como la sortija bailaba en mi dedo—. Ese anillo te lo regalé yo hace un par de meses y entonces te quedaba justo.

—Lo intento, de verdad, pero tengo un nudo permanente en el estómago. Todo lo que me llevo a la boca parece argamasa. Además —me sinceré—, tengo pesadillas noche sí y noche también.

—Debes relajarte.

—Solo duermo bien cuando tengo a Javier al lado. Y no me gusta.

—¿Por qué?

—Mis príncipes azules siempre terminan destiñendo.

—Creo que Javier ya no entra en el grupo de príncipes azules, barón o archiduque más bien —añadió con una carcajada—. Tómame las cosas como vienen. Céntrate en el día a día.

—Mi día a día está lleno de sobresaltos desde hace un tiempo —inspiré hondo—. Gracias a Dios que el trabajo me ayuda a soportarlo, por lo menos las horas que estoy en la oficina me olvido de todo.

—¿Has pedido otro día de vacaciones?

—No, voy a teletrabajar, llevo el portátil en el maletero y un pincho para conectarme. No puedo gastar ni un día más, los voy a necesitar este verano cuando nos vayamos a Bali.

Me froté la cara con las manos.

—Tienes que coger la siguiente salida y al llegar a la glorieta girar a la derecha —le advertí—. Están de obras y la rotonda de siempre está cerrada.

Veinte minutos después aparcamos delante de casa. El portón estaba abierto.

—Llamé a Blasi para ver si se podía acercar. Según me dijo Carmiña los que más mancharon fueron la guardia civil y la policía, estaba lloviendo y no pararon de entrar y salir —me eché a reír—. Me la imagino regañándoles:

«Teñan un pouco de coidado rapaces que o están a poñer todo perdido».^[31]

Los chicos se acercaron a nosotras con el equipaje a cuestas.

—Estás imitando a Carmiña —aseguró Lola muy ufana.

—Soy buena ¿verdad? —admití guiñándole un ojo—. Entremos.

Después de inspeccionar toda la propiedad quedó claro que los daños no habían sido numerosos: accedieron a la casa por la cocina, rompieron el cristal para intentar abrir desde dentro y al no conseguirlo saltaron la cerradura; las puertas de la lareira y del hórreo también habían sido forzadas. No hubo armario ni cajón que quedara sin abrir y gran parte del contenido de los mismos esperaba a ser recogido, esparcido por el suelo de los cuartos. El desván tampoco se había librado de la incursión.

—Debería buscarme un novio cerrajero —ironicé al terminar el reconocimiento.

Nos acomodamos en la cocina a tomar algo.

—Desde luego te saldría a cuenta —replicó Sole con una sonrisa acercándome una taza de té—. No hay duda de que Xabela ha estado aquí, en la nevera hay comida para alimentar a un regimiento durante todo el fin de semana.

Los chicos dieron buena cuenta de un bizcocho mientras parloteaban entre ellos. Sole agarró mi mano y me la apretó con firmeza intentando transmitirme algo de serenidad. Aguantar el tipo durante todo el recorrido me había supuesto un esfuerzo enorme.

Tras recuperar fuerzas decidimos comenzar por los dormitorios. Con la ayuda de Blasi, la mujer que normalmente nos ayudaba con las tareas domésticas, y Carmiña, que apareció al rato dispuesta a echar una mano, poco a poco, a lo largo del día, las cosas fueron devueltas a su sitio y la casa recuperó el aspecto habitual.

Xabela, Luis y Santiago llegaron el domingo temprano resueltos a arrimar el hombro. Antonio se había quedado en Lugo con el tío Daniel.

Encomendamos la limpieza del desván a los chicos. Sus estallidos de risa rompían el silencio a cada minuto, traspasaban los muros de piedra y se dispersaban por el jardín. Me hacían sonreír cada vez que ocurría, descubrí que, de alguna manera, su alegría me reconfortaba.

Entre las tres ordenamos la lareira y tras terminar fuimos al alpendre.

Hacía muchos años que el abuelo lo había acristalado y convertido en taller. Después de trasladarse a la capital solo lo habían utilizado en verano. Papá había acondicionado una parte con un banco de carpintero, un torno y herramientas para tallar madera. Todo estaba tirado por el suelo.

Me apoyé en el marco de la puerta y examiné el desbarajuste, desolada. Xabela y Sole, a la vez y sin mediar palabra, me dejaron sola. Apenas me di cuenta de su marcha presa como estaba de todas las emociones que me asaltaron al entrar de nuevo en el viejo cobertizo. En esa habitación le confesé a mi padre que estaba embarazada de su primera nieta y en esa habitación él construyó la cuna para Guiomar. En esa habitación papá se refugió tras la muerte de mi madre y fue allí, durante esos días, dónde había tallado los cabeceros para la habitación de las niñas, cada uno con su inicial rodeada de hojas y flores.

Recogí de entre un montón de astillas la tapa de la salamandra y la coloqué en su sitio, avancé hasta la pared del fondo y me arrodillé entre un montón de cajones y herramientas volcadas en el suelo. Enderecé uno de ellos y buscando alrededor empecé a devolver a su interior trozos de madera de diferentes tamaños y colores. La voz de mi padre resonó en el silencio del taller: «Cada árbol es original y único y al igual que nosotros se adapta al medio en el que vive. En su madera, como en nuestros rostros, se quedan grabadas las marcas de esas vivencias. El viento, la lluvia, la sequía, el fuego dejan su huella en los troncos...». Me hablaba de los bosques y los árboles, me los presentaba por tipo de madera: duros como el roble, el fresno, el haya, el castaño, el nogal o el arce y blandos como el plátano, el abedul, el tilo o el aliso.

Mi móvil vibró en el bolsillo del pantalón, pero no contesté. Dejé el cajón a un lado y di la vuelta a otros dos; con mimo comencé a colocar las herramientas en ellos, como si de piezas de un rompecabezas se tratara.

Los recuerdos regresaron danzando entre las nubes de polvo que se elevaban atraídas por los rayos de sol que asaeteaban la cristalera. Algunas veces papá me permitía ayudarlo a ordenar las herramientas. Empezábamos por las de dibujo, lápices, reglas, cinta métrica, puntas de trazar, escuadras, gramiles, compases y calibrador; seguíamos por las gubias, formones, escoplos y mazos; después un sinfín de nombres que repetí para mí por la

mera satisfacción de recordarlos: serrucho de tronzar, de costilla, de hender, de calar, cepillo de desbastar, de alisar, de contrafibra, de espaldón, garlopín, garlopa, taladro berbiquí, berbiquí de pecho, taladro en espiral de Arquímedes, cuchillas de raspado, rasqueta, desbastadora, bastrenes.

De repente eché de menos a mis padres, a Eduardo y ¿por qué no?, a Javier. Me dolían tanto las ausencias que me costaba respirar. Mentalmente repasé la lista de los que estaban y no estaban. Unos y otros, presentes o no, se habían ganado por méritos propios un lugar en mi mundo, ajenos a los convencionalismos sociales y a los lazos de sangre. Nuestras vidas se entrecruzaban tejiendo los capítulos que construían mi historia, unos capítulos que sin previo aviso fueron desplegándose ante mis ojos, obligándome a enfrentarlos, y poniendo en tela de juicio mi desazón de los últimos tiempos:

Esos capítulos fragmentaban mis temores hasta hacerlos vulnerables, domaban la rabia que no había podido controlar, honraban a todos aquellos que me habían querido y a los que yo todavía quería. Esos capítulos desterraban a la mayoría de los fantasmas que me habían acompañado a lo largo de los últimos años y los condenaban a un ostracismo irremediable. Esos capítulos no me exoneraban de mis responsabilidades, pero por fin las hacían digeribles, y aliviaban la pena, la ansiedad, con el delicado ungüento que aliña y enriquece la experiencia.

Unos capítulos que disciplinaban las lágrimas que tantas veces se me habían derramado en rebeldía y agotaban, definitivamente, el rastro salado que cauteriza los deseos y las ganas. Unos capítulos que desenmascaraban las cautelas que nos sepultan y advertían, con sabiduría de arcano, que el temor solo aísla y que la huida constante únicamente logra que nadie ni nada vuelva a tocarle.

La voz de Sole llamando a los chicos para que bajaran a comer me devolvió al alpendre. Me puse en pie y no sin dificultad devolví los cajones a sus railes. Sacudí el polvo de mi ropa como pude y me lavé las manos en una pequeña pila de piedra encastrada en el muro, un guardapolvo que colgaba de un clavo en la pared hizo las veces de toalla.

No había derramado una lágrima y sin embargo estuve llorando durante todo el tiempo que permanecí allí dentro.

El calor y el olor a primavera me envolvieron al salir al patio. El jaleo de voces me guio hasta la lareira. Según me iba acercando, a través de la puerta pude observarlos sentados ya a la mesa: Lola de pie en su silla haciendo equilibrios para alcanzar las patatas fritas; Guiomar siguiendo con atención, entre risas, la demostración de Luis sobre la forma correcta de comerse una costilla con la ayuda de solo tres dedos; Alfonso y Santiago disputándose como auténticos críos una porción de churrasco y Sole y Xabela, en su salsa, hablando por los codos con una copa de vino en la mano.

Me senté en el poyete de pizarra que había debajo de la ventana con las piernas dobladas, estiré del jersey hasta cubrirme las rodillas y descansé la espalda contra el muro; podía sentir las irregularidades de la piedra a través de la tela; cerré los ojos y dejé que el sol me calentara.

Desperté alertada por las gotas que mojaban mi cara, el cielo se había cubierto, el viento arreciaba y se oía tronar a lo lejos. Sole se asomó por la puerta:

—¿Entras?

Me froté los ojos y asentí con un movimiento de cabeza.

—Me he debido dormir.

Mi móvil vibró en el bolsillo del pantalón, sonreí al ver el número en la pantalla.

—¿Javier? Hola, estaba pensando en ti...

12

Viernes, 25 de mayo de 2012, 22:00

Arrojé el teléfono contra la cama, estaba desesperada. Eran las diez de la noche y Carlos tenía que haber devuelto a Lola a las ocho y media. Lo había llamado a las nueve, a las nueve y media, a las diez. La única respuesta que obtenía era la voz grabada de la operadora insistiendo en que ese móvil estaba apagado o fuera de cobertura.

Me había encerrado en la habitación para que mi hija mayor no fuera testigo de mi ataque de nervios.

Tenía que hacer algo. Llamé a casa de Sole, Alfonso acababa de llegar, había salido un rato por la tarde pero estaba de exámenes y se iba a quedar estudiando por la noche. Le expliqué lo que pasaba y le pedí que viniera a acompañar a Guío.

En cuanto el chico apareció salí corriendo de casa, cogí mi coche y me dirigí a Padre Damián. Aparqué en doble fila. Apreté el botón del sexto A con insistencia pero nadie contestó; saqué mi juego de llaves del bolso, el que todavía no le había devuelto a Carlos, y sin dudarle entré en el portal y subí al piso. La luz del *hall* estaba encendida, se filtraba por el resquicio entre la puerta y el suelo. Llamé al timbre pero nadie acudió. Sin esperar más abrí y me metí dentro. El piso estaba arrasado, igual que el despacho de mi padre o la casa de San Tirso. Empecé a temblar cuando en una esquina del salón descubrí, abandonadas, la mochila y la chaqueta de Lola.

Saqué el móvil y marqué el número del portero. Tras disculparme por la

hora le pregunté si los había visto. Me dijo que sí, que habían llegado a casa hacia las seis de la tarde y unos cinco minutos después habían vuelto a salir apresuradamente. «Corría con la niña en brazos», me refirió, «entraron en el coche de la amiga de su marido y se marcharon». Obvié el apuro del buen hombre que a esas alturas ya no sabía cómo denominarnos a Carlos, a mí y mucho menos a Aurora.

Nada más colgar llamé a Sole. Aún debía estar conduciendo, había hablado con ella antes de que saliera de Vitoria, hacia las ocho de la tarde.

—¡No me la ha devuelto! —grité en cuanto descolgó.

—¿Qué quieres decir?

Su voz me llegaba con eco a través del teléfono.

—Lo que oyes: Carlos tenía que haber traído a Lola a casa a las ocho y media y no sé nada de ellos.

—Nena, tranquilízate por favor.

—No puedo —exclamé—, estoy en casa de Carlos, todo está patas arriba. He encontrado las cosas del cole de Lola, pero ellos no están. Ángel me ha dicho que llegaron sobre las seis y cinco minutos después volvieron a marcharse. Parecía que tuvieran mucha prisa.

Me temblaba la voz, estaba tan asustada que ni siquiera podía llorar.

—Me voy a la comisaría —añadí.

—Sí, pero ve a la de Chamberí. Yo avisaré a Javier desde aquí, acabo de parar en la vía de servicio. ¿Nena?

—Sí, sí, ya me voy.

No me cuestioné las razones por las que Sole me aconsejaba que no acudiera a la comisaría más cercana, simplemente seguí sus indicaciones.

Agarré las cosas de Lola y salí corriendo del edificio. Intenté concentrarme en la conducción, llevaba camino de ponerme histérica y no podía permitírmelo. Dejé el coche en Santa Engracia, a dos manzanas de Rafael Calvo, y volé hasta la puerta de la comisaría con la chaqueta de mi hija en la mano.

—Por favor, necesito hablar con el subinspector García-Rubio o con el inspector Rivera. Soy Magdalena Castelao.

Me apoyé en el mostrador mientras recobraba el aliento, estaba descompuesta y la voz se me entrecortaba al hablar. Me indicaron que

esperara; uno de los agentes de guardia desapareció por un pasillo.

El subinspector García-Rubio me había atendido cuando Javier me pidió que denunciara el robo del espejo. Era un hombre de unos cuarenta años, alto y musculoso, con un semblante bonachón y una voz aterciopelada, inconfundible y muy particular, que transmitía confianza. Me pareció prudente preguntar primero por él.

Diez minutos más tarde, cuando llevaba dados quinientos treinta y cuatro pasos alrededor de la recepción, el agente volvió:

—Señora, sígame por favor.

Fui pisándole los talones a través de una maraña de escaleras y pasillos. El subinspector esperaba en la puerta de un despacho, se acercó a mí y me acompañó hasta una silla, Javier estaba sentado detrás de la mesa. Aparté la vista de él, el único sitio donde quería estar en esos momentos era en los brazos del hombre que tenía justo enfrente y acercarme a él sería una insensatez, a pesar de la desesperación que sentía estaba decidida a no perder el control.

—¿Qué ha pasado? —preguntó García-Rubio sentándose a mi lado.

—No ha vuelto —inspiré hondo y continué—. Mi ex marido tenía que traer a Lola, mi hija pequeña, a las ocho y media y no ha aparecido. No contesta al teléfono.

—Pueden haberse retrasado por algún motivo. Quizá ya esté en casa —dijo tratando de tranquilizarme.

—No, mi hija mayor está allí al cuidado de mi ahijado —hablaba para Javier aunque aún no me había vuelto a mirarlo—. Quedaron en avisarme en cuanto regresaran y no lo han hecho.

Hurgué en mi bolso: dejé el móvil encima de la mesa y saqué el llavero del piso de Carlos. Inspiré profundamente una vez más.

—Fui a su casa. Mi ex casa —deposité las llaves en la mesa, a lado del subinspector—. Todo estaba revuelto, patas arriba. Encontré la cartera de Lola y su chaqueta.

Levanté las manos para enseñársela. Hice un esfuerzo por dominarme pero fue en vano, las lágrimas se precipitaron por mis mejillas.

—Tendrá frío.

No pude decir nada más, solo llorar.

Los dos hombres esperaron a que me tranquilizara sin decir nada.

Por un momento la rabia se apoderó de mí, comprendía que su trabajo les curtía frente a las emociones de la gente, pero un poco de empatía no hubiera estado de más. Necesitaba sentir que se implicaban. Alcé la cara y miré a Javier a los ojos.

—Tienen que encontrarla, debería haber vuelto hace tres horas. Solo tiene cinco años.

Elevé el tono de voz. Su actitud me desconcertaba:

—Hablé con el portero, los vio entrar a eso de las seis de la tarde. Salieron corriendo cinco minutos después, Carlos llevaba a Lola en brazos. Aurora los esperaba en el coche, en el suyo, un Toyota Corolla Verso rojo, creo que dijo. Se marcharon en él. ¡Hagan algo, por favor!

Javier se levantó y rodeó la mesa, acercó otra silla situándose justo entre los dos.

—¿Tiene una fotografía reciente de la niña?

Busqué en mi cartera y con dedos nerviosos conseguí extraer una foto de Lola de hacía un par de meses. La miré durante unos instantes y se la di.

—¿Cómo iba vestida esta tarde?

Describí el uniforme del colegio lo mejor que pude. Mis manos temblaban sin control, estrujé la chaqueta con fuerza.

—¿Sabe si su ex marido posee otro piso, una segunda vivienda, alguna propiedad donde pueda estar?

—No, que yo sepa no. El piso, nada más.

—¿Algún sitio donde pasen las vacaciones o hayan ido habitualmente?

—Mi hermano y yo somos dueños de una casa en Galicia, en Lugo, pero él no tiene las llaves, además robaron hace una semana y tuvimos que cambiar las cerraduras.

El subinspector me tendió un folio en blanco y un bolígrafo y me pidió que apuntara todos los contactos y direcciones que pudieran tener relación con Carlos. Después cogió la foto de Lola y las llaves del piso y abandonó la habitación cerrando la puerta tras de sí.

Nada más irse Javier se levantó, agarró mis manos y me estrechó contra su cuerpo. Lo abracé con desesperación, como un náufrago se aferra a los restos del barco.

—¡Por favor, por favor!, dime que la vais a encontrar —supliqué.

Me besó el pelo y la frente, luego me apartó un poco, lo justo para mirarme a los ojos mientras hablaba:

—Ya hemos empezado a buscarla. Vamos a hacer todo lo posible. Te lo prometo.

—Si le pasa algo —atiné a decir—, yo, no...

A duras penas conseguí controlarme. Acto seguido me senté en la silla, tomé el bolígrafo en una mano, el móvil en otra y comencé a escribir.

Tras firmar la denuncia y asegurar que me iría directamente a casa regresé a mi coche. Nada más sentarme me aferré con ambas manos al volante y apoyé la frente encima de ellas.

—¡¿Dónde coño te has metido Carlos?! —aullé.

Arranqué y bajé hacia Castellana. No podía quedarme encerrada en el piso sin nada que hacer. Las preguntas torpedeaban mi mente: ¿Y Aurora? ¿Dónde vive Aurora? ¿Héctor sabrá algo?

Conduje sin rumbo durante más de treinta minutos y de repente lo recordé: ¡Héctor! La casa de la Alcarria. ¿Dónde coño estaba?

Me eché a la derecha sin pensar y estacioné. Hice caso omiso de los improperios que me lanzaba el conductor que circulaba por el carril en el que acababa de aparcar y que tuvo que pegar un volantazo para esquivarme. Revolví el maletero en busca de un mapa. Regresé a mi asiento y apoyé la guía encima del volante, busqué la hoja de Guadalajara y repasé el camino con el dedo. No me acordaba del nombre del pueblo pero estaba convencida de que sería capaz de encontrarlo. Examiné el mapa con detenimiento... ¡Pastrana!, tenía que ir hacia Pastrana.

Llamé a Héctor. Saltó el buzón de voz. Le dejé un mensaje para que me devolviera la llamada en cuanto pudiera. Pensé en avisar a Javier pero de repente decidí que no, lo haría más tarde; no iba a estar de acuerdo dijese lo que dijese. Solo era una corazonada... pero tenía que ir.

Crucé la Castellana y enfilé por el túnel hacia Avenida de América, una vez en la A-2 pisé el acelerador y no paré hasta Guadalajara; giré en la rotonda de El Corte Inglés y me metí en la gasolinera. Tras repostar y comprar una Coca-Cola, aparqué al lado del distribuidor de aire. Comprobé que no había recibido ninguna llamada. Marqué el número de Javier pero

respondió el contestador. Llamé a Sole.

—¡¿Dónde coño estás?! Espera un momento.

Su tono de voz evidenciaba lo enfadada que estaba. Escuché el ruido de una puerta cerrándose y supuse que se había metido en alguna habitación para que los chicos no pudieran oírla.

—Nena, hablé con Javier cuando estaba entrando en Madrid y me dijo que te habías ido a casa y al llegar aquí Alfonso me suelta que no te ha visto el pelo desde que te marchaste a las diez. ¿Dónde coño estás?

—En Guadalajara.

—¿Y se puede saber qué haces ahí?

—Me he acordado de que Héctor tiene una casa cerca de Pastrana. Cuando empezamos a salir Carlos me llevó allí alguna vez, también me dijo que a veces acudía solo, cuando tenía que estudiar o estaba preparando un caso difícil.

—¿Estás loca?

—No recuerdo el nombre del pueblo, solo sé que estaba en la carretera que va hacia Pastrana —continué, ignorando sus protestas—. He tratado de comunicarme con Héctor y Javier pero ninguno ha contestado mis llamadas. Sole, creo que soy capaz de encontrar el sitio.

—Nena, por favor, ¿cómo vas a dar con una casa en un pueblo en el que estuviste hace ocho o nueve años? Si no sabes dónde está. ¡Joder!, ni siquiera recuerdas como se llama. Y tampoco tienes la seguridad de que estén allí.

No estaba dispuesta a dejarme convencer:

—¿Qué otra cosa puedo hacer? Tengo que ir, es una corazonada y no nos queda tiempo.

—Tú y tus putas corazonadas. ¡Una mierda! Nena, razona, por favor. ¡No puedes ir tú sola!

—Escúchame Sole, llama a Javier y díselo. La casa es de Héctor o de sus padres, estaba en algún sitio entre Tendilla y Pastrana. Quizá en sus declaraciones de la renta puedan encontrar la dirección. Se supone que ellos tienen acceso a toda esa información, ¿no?

—¡Nena!...

—Lo siento —dije y colgué.

Silencié el móvil y lo guardé en el bolsillo del pantalón. Abrí la botella de

refresco, bebí un buen trago y, sin tapar, la situé entre mis muslos. Eché un último vistazo al mapa y arranqué. En la rotonda continué de frente en dirección a Sacedón. Conduje con cuidado, habían desdoblado la carretera desde la última vez que había pasado por ella y algunos trechos me resultaban totalmente desconocidos. Tuve que desandar el camino dos veces antes de llegar a Tendilla, allí unos chavales me indicaron como ir hacia Pastrana.

La carretera era estrecha y estaba llena de curvas que ascendían durante unos cuatro kilómetros hasta coronar el monte, no encontré ningún desvío en todo el trayecto. El asfalto se prolongaba delante de mis ojos bajando, ahora, sinuoso hacia el valle; no veía nada que me resultara familiar. Frené un poco, comenzaba a dudar: ¿y si no localizaba la casa?

Algo en mi interior me incitó a seguir conduciendo. Minutos después mi corazón dio un vuelco: en un ensanche a la izquierda de la carretera un viejo pilón de cemento me confirmó que iba por el camino correcto. Lo recordaba con nitidez, solíamos parar allí para rellenar unas cuantas garrafas, el agua de la casa provenía de un pozo y recomendaban no beberla. Las luces de mi coche iluminaron la fuente. Solté el freno y descendí veloz por la pendiente, al fondo en una curva pronunciada a la derecha la carretera se bifurcaba. Agarré con fuerza el volante, ¡era allí! Aldea de Meleros, leí en el cartel. Respiré hondo y tomé el primer desvío.

Apagué los faros y avancé por la carretera muy despacio. Si no me equivocaba la casa de Héctor debía estar a mano izquierda, relativamente cerca del cruce. Pasé por delante de una finca, la verja estaba cerrada con una cadena y en la vivienda no se veía ninguna luz. Giré bruscamente el volante y aparqué el coche en la rampa de entrada.

Hacía frío, la luna estaba menguante y no iluminaba apenas; me puse el forro polar. Abrí la guantera, encontré una pequeña linterna, después de probarla la guardé en un bolsillo. Cogí la chaquetita de Lola y cerré. Estuve tentada de mirar el móvil, había vibrado varias veces durante el trayecto, pero me quitó la idea de la cabeza. Era mejor así.

Anduve despacio, pegada a las arizónicas que delimitaban la propiedad. El jardín era extenso, en la última parte las plantas eran más jóvenes y en vez de valla había solo una alambrada metálica, como si esa parcela hubiera sido anexada con posterioridad.

Una segunda casa surgió de entre los árboles, una villa antigua con un gran palomar y toda la fachada pintada de blanco reluciente. Rebusqué entre mis recuerdos y a duras penas la reconocí, debían haberla reformado recientemente porque hace años no era más que una ruina. Seguí el contorno del jardín, ahí los árboles eran inmensos, pinos la mayoría y por su altura casi centenarios. Caminaba con mucho cuidado, intentando no hacer ruido y no caerme, consciente de mi torpeza.

Los árboles se acabaron, un prado se extendía entre estos y la siguiente casa. Gemí involuntariamente, ¡me hallaba a cincuenta metros de mi destino! Desde dónde estaba podía atisbar la luz que se filtraba a través de las persianas del salón. Allí había alguien; podían no ser ellos pero me negué a aceptar esa posibilidad. No había ningún coche a la vista. Con cuidado entré en el prado y me dispuse a cruzarlo en diagonal. Sabía que había un roto en la alambrada, oculto por el seto, casi en la esquina de arriba, en el límite del monte. Héctor me había contado que no habían tenido más remedio que abrirlo una vez que se olvidaron las llaves en Madrid. Nunca lo arreglaron por si surgía la ocasión en que lo necesitaran de nuevo. Recé para que no hubieran cambiado de parecer.

Me caí varias veces, los surcos del arado ocultos por la hierba crecida, alfalfa quizá, dificultaban mis pasos. A cada poco me paraba intentando captar algún sonido o movimiento proveniente de la casa. Nada. Llegué hasta la esquina y fui bajando lentamente tanteando la malla entre las arizónicas. El seto se había tupido con los años. Por fin mis manos dieron con el agujero, me cubrí la cabeza y la cara con la capucha y, empujando de costado, conseguí pasar al otro lado.

Me fui acercando con cautela, el terreno era irregular y había leña amontonada por todas partes. El morro rojo de un coche asomaba entre el garaje y la casa. Apresuré mis pasos hasta alcanzar la puerta de la cocina. Pegué la oreja a la madera y escuché, alguien hablaba en el interior. Golpeé la puerta con la mano. De pronto, sin saber cómo ni por qué, liberé toda la rabia acumulada y me lie a patadas con ella.

—¡Carlos, abre, soy Nena! —grité todo lo alto que pude—. ¡Carlos!, ¡abre de una vez, maldito hijo de puta!

Oí ruidos, el chirrido de las patas de una silla contra el suelo y voces

aproximándose. Aporreé, de nuevo, con más fuerza.

—¡Vengo a por Lola!, ¡abre esta puerta de una puñetera vez!

La cara de Carlos era todo un poema cuando me dejó entrar. Extendió un brazo hacia mí y se lo aparté de un manotazo.

—¡No me pongas la mano encima, gilipollas! ¿Dónde está Lola?, ¡¿dónde coño está mi hija?!

Levantó las palmas hacia arriba en señal de tregua.

—Nena, alguien entró en mi casa, solo intenté ponernos a salvo...

—No hables en plural, Carlos —lo interrumpí con sequedad—, únicamente intentabas ponerte tú a salvo. Si hubieras pensado en Lola la habrías llevado a casa, o se la hubieras dejado a Ángel o... en la comisaría más próxima. ¡¿Dónde está?!

Miré alrededor e ignorando a Aurora, que se mantuvo apartada todo el tiempo, me interné en la casa abriendo todas las puertas que hallaba a mi paso. La encontré en la última habitación, dormida, con la ropa todavía puesta. Me sentí tan aliviada al verla que por un momento temí desmayarme, cuando logré sobreponerme me senté en la cama, a su lado, y la abracé.

—Mami... —dijo entre sueños.

—Loliña —musité enterrando la cabeza en su cuello—, mami ha venido a buscarte. Nos vamos a casa.

Recogí sus zapatitos del suelo y la calcé, luego la incorporé con suavidad y le puse la chaqueta que llevaba en la mano desde hacía un montón de horas. Me quité el forro polar y tras cogerla en brazos, la cubrí con él.

—Déjame pasar, me la llevo a casa —le espeté a Carlos que estaba parado en la puerta de la habitación observándonos—. No sé cómo puedes ser tan imbécil de pensar que aquí estarías a salvo —susurré para que Lola no despertara—, si yo te he encontrado también lo hará cualquiera que sea el que te esté buscando.

Pasé por delante de él y llegué hasta la puerta de la cocina.

—Sal de nuestras vidas de una puta vez —mascullé girándome para mirarlo—. No sé en qué estás metido y no quiero saberlo pero aléjate de nosotras, ya nos has hecho suficiente daño —y añadí—. Avisé a la policía, así que no te extrañes si aparecen por aquí.

Con cuidado desanduve mis pasos hacia el seto. El peso de Lola era

ligero en mis brazos, se me saltaron las lágrimas recordando el miedo que me había provocado su ausencia. La apreté con fuerza contra mi cuerpo y seguí caminando. Mi móvil vibró en el bolsillo pero no iba a contestar, tendrían que esperar a que llegáramos al coche, no pensaba soltar a mi hija por nada del mundo.

Justo cuando me disponía a atravesar la alambrada advertí un halo de luz, al otro lado de la valla, moviéndose en mi dirección. Di un paso lateral para apartarme del agujero y me quedé quieta, de espaldas al seto. Sepulté la cabeza en el hombro de la niña rezando para que no se despertara y aguardé. Cuando los pasos se acercaron y la linterna bañó de luz mis pies aguanté la respiración. No me atrevía a pestañear. Instantes después, por el rabillo del ojo, vi el haz de luz doblar la esquina desplazándose por el lado superior del cercado. Al rato el foco desapareció por detrás del garaje y entonces me decidí, intentando hacer el menor ruido posible me acuclillé para cruzar los arbustos con la cría entre los brazos. En un momento dado perdí el equilibrio y caí sobre los alambres rotos con la mano que protegía la cabeza de Lola, sentí como los filamentos de acero atravesaban la carne y tuve que morderme los labios para no gritar. Me enderecé como pude, al apartarme noté como la piel se desgarraba y se me saltaron las lágrimas; el pelo se me enredó en las ramas y lo liberé de un tirón enérgico; di un par de pasos lejos del seto y permanecí quieta un instante mientras recobraba la calma.

Hundí la nariz en el cuello de mi hija, su olor y el calorillo que desprendía me reconfortaron. Avancé en línea recta, con cuidado de no tropezar. La mano sangraba y me dolía, pero la meta era el coche.

A medida que me iba aproximando a los árboles el ruido a mi espalda aumentaba: carreras, las puertas de un vehículo cerrándose, voces... De repente resbalé y me quedé sentada al borde de una especie de acequia, seca por suerte, que discurría paralela a la línea de árboles y llegaba hasta la carretera. Lola protestó en mis brazos y movió la cabeza, pero no se despertó. Un disparo rompió el silencio de la fría noche y su eco rebotó en los montes vecinos. Me escurrí hasta el fondo de la zanja, apoyé la espalda en la pared de tierra y acomodando el frágil cuerpo de la cría sobre el mío la resguardé lo mejor que pude. Cerré los ojos e intenté aislarme, bloquear mi mente, normalizar la respiración. Notaba crecer el pánico en mi interior y tenía que

controlarlo, no podía ceder...

Quizá me dormí y puede que incluso soñara, porque cuando me recobré era incapaz de calcular el tiempo que había pasado. Mi móvil vibró en el bolsillo trasero del pantalón, intenté sacarlo pero el dolor me lo impidió, mi mano comenzó a sangrar de nuevo. Con los pies presioné en la pared opuesta de la zanja y me enderecé un poco, lentamente logré incorporarme aunque no fui capaz de dar un solo paso. La vibración se repitió y esta vez introduje la mano en el bolsillo con el dorso hacia dentro, me dolía pero era soportable. La pantalla se iluminó al roce de mis dedos, con una pulsación devolví el sonido al teléfono: la música invadió la noche. Instantes después un foco se dirigió hacia nosotras rellenando el espacio de colores, formas y volúmenes. Alguien me ayudó a salir del agujero.

Intentaron llevarse a Lola pero no se lo permití.

—¡No!

Mi propio chillido me sobresaltó.

No insistieron más.

Bajé hasta la carretera ayudada por dos guardias civiles que me sujetaban con firmeza, uno a cada lado. Una vez allí fui tomando conciencia de la realidad.

Me zafé de ellos.

Los perros de la casa al otro lado del río se desgañitaban ladrando. La carretera, a mi izquierda, ofrecía un espectáculo sobrecogedor: los faros de los coches patrulla dibujaban una estela que se alargaba más allá de lo que mis ojos alcanzaban a ver; las luces de colores, azules y naranjas, giraban descubriendo a cada pasada un paisaje espectral y sombrío; había gente moviéndose en todas direcciones. Nada de eso tenía sentido. Si permanecía allí descubriría lo que había sucedido y no quería saber...

Desvié la vista hacia mi derecha y agucé los sentidos, no se veía a nada ni a nadie; la oscuridad nos ampararía hasta mi coche y la pequeña estaría a salvo. Tanteé mis fuerzas y eché a andar con paso vacilante, las piernas me dolían y notaba los cuádriceps duros.

«Definitivamente esos perros se van a quedar afónicos», pensé mientras caminaba.

Alguien pronunció mi nombre:

—¡Magdalena!

—¡Magdalena!, espere.

Me paré en seco sin volverme. Las voces me resultaban familiares. Advertí como se acercaban. El rostro del subinspector García-Rubio, con semblante grave, apareció delante de mí.

—Déjeme a la niña por favor —dijo con voz suave.

No hizo ademán de tocarla.

—No —respondí retrocediendo—, estamos bien. Tenemos que llegar al coche.

—Por favor, señora. Está llena de sangre, hay un médico aquí.

—Lola está bien, dormida. La sangre es de mi mano. Me caí en la alambrada —mi vista se perdió en la oscuridad—. Tan solo quiero llegar al coche.

No me percaté de que cada vez sujetaba a mi hija con más fuerza y la cría terminó por despertarse.

—¿Mami? —dijo con voz somnolienta, apartando la cabeza de mi hombro—, me haces daño.

Se removió en mis brazos y miró al subinspector con extrañeza.

—¿Dónde estamos?, ¿y papá?

—Papá se ha tenido que ir, cariño —contesté sin mucha convicción.

No sabía qué decirle, no lo había pensado.

—¡Hola!, soy Lola. ¿Tú cómo te llamas? —preguntó al hombre mientras se frotaba los ojos adormilados con sus puñitos.

—Me llamo Alberto, soy el subinspector Alberto García-Rubio y ahí detrás está el inspector Javier Rivera.

Miró por encima de mi hombro y sonriendo de oreja a oreja dijo:

—¡Hola Javier!

Él le devolvió la sonrisa y la saludó con un movimiento de cabeza. Me giré. No puede pronunciar una sola palabra.

—¿Vienes conmigo? —añadió García-Rubio extendiendo sus manos hacia ella—. Ahí detrás hay una ambulancia y me gustaría enseñártela. ¡Te va a encantar!

Lola se arrojó en sus brazos sin dudar, la oportunidad de explorar una ambulancia la había espabilado por completo.

No tuve más remedio que soltarla y mis brazos cayeron laxos a ambos lados del cuerpo. Tenía frío, llevaba horas con el cuerpecito de la niña pegado al mío y su marcha me dejaba un agujero helado en el vientre. Estaba agotada, las lágrimas rodaban por mis mejillas: ni siquiera sabía cuándo había empezado a llorar.

Javier me observaba con semblante preocupado, mi aspecto no debía ser muy alentador: estaba llena de arañazos, despeinada y terriblemente cansada.

Se acercó y puso una mano en mi mejilla. Descansé la cabeza en ella. Su caricia me estimuló y comencé a tiritar.

—¿Le importaría abrazarme, inspector?

13

Sábado, 26 de mayo de 2012, 16:00

Javier me dejó en casa de madrugada, al cuidado de Sole. Regresó horas más tarde, después de comer. Yo estaba en la habitación vistiéndome, a través de la puerta abierta pude escuchar su conversación.

—¿Cómo está? —preguntó nada más entrar en la cocina.

Aceptó el café que Sole le ofrecía.

—¿Ha comido algo?

—Sí, aunque no mucho. Se levantó para despedir a las niñas. Miguel y Carlota habían quedado en recoger a Guiomar para ir a Segovia a ver Titirimundi que empieza este fin de semana —le explicó—. Cuando vieron el aspecto de Nena, les dijimos que había tenido un accidente con el coche, se ofrecieron a llevarse también a Lola; habían reservado una habitación familiar y tenían una cama libre. Miguel llamó al hotel para confirmarlo. ¿Qué vamos a hacer Javier? —añadió con voz angustiada—. Esto se está saliendo de madre.

Dudó unos instantes antes de proseguir:

—La semana pasada, camino de Lugo, Nena me dijo que tenía un mal presentimiento.

—¿Presentimiento?

—Presentimiento, intuición, corazonada, siempre ha funcionado de esa manera, igual que su abuela. Un día Guiomar me dijo: «Soledad, es como con la edad que empiezas a notar los cambios del tiempo en los huesos; yo sé

cuándo va a pasar algo, lo noto aquí dentro» y se llevó la mano al pecho. ¡En fin!, un mal presentimiento, me anticipó: «Esto nos está arrastrando, es como la resaca, la corriente nos lleva mar adentro y no nos estamos dando cuenta» —repitió mis palabras—. He de reconocer que consiguió asustarme.

—No andaba descaminada —reflexionó él en voz alta—. Están en el epicentro del problema, sin tener nada que ver.

—Sé que no hay base científica para creer en sus intuiciones, pero están empíricamente demostradas, Javier. No me cabe ninguna duda. Cuando me llamó desde la gasolinera, le pedí que esperara, insistí en que no podía ir sola y me contestó que no podía postergarlo, que no quedaba tiempo.

—Y estaba en lo cierto —aseguró—. Por lo que hemos deducido Nena y Lola ya se habían ido cuando el follón empezó.

—¿Qué ocurrió?

—Hay una parte que nos la tendrá que contar ella, esta madrugada no estaba en condiciones de hacerlo. Cuando llegamos, ya no quedaba nadie. La casa estaba abierta, habían derribado la puerta. Encontramos rastros de sangre en la cocina y un par de casquillos. Debieron de huir en el coche, rompiendo la valla; había restos de pintura roja en la verja, por lo que se ve no perdieron el tiempo en abrirla. Localizamos el coche de Nena aparcado en la rampa de entrada de una finca cercana, pero ellas no estaban.

Me paré en el pasillo. Aguardé alguna pregunta de mi amiga, normalmente poco dada a los rodeos, pero no la hubo.

—Tuve miedo al no encontrarlas, Sole —dijo Javier tras una pausa—. No paré de llamar a su móvil en todo el tiempo que estuvimos allí. Gracias a Dios, pasado un buen rato vinieron a avisarnos de que habían aparecido, estaban escondidas en una zanja. Nena tenía una herida abierta en la mano que sangraba. Estaba blanca, parecía un espectro, llevaba a Lola en sus brazos y no permitía que nadie se acercara a la pequeña. Los muchachos de la guardia civil que las encontraron creían que había una posibilidad de que la niña estuviera muerta pues tenía la ropa manchada de sangre y no se movía. Alberto, el subinspector que venía conmigo, intentó persuadirla de que le dejara coger a la cría para que la viera un médico, pero cuando intentaba acercarse un poco ella se alejaba otro tanto.

Golpeó la mesa con algo, la taza quizás.

—Al final Lola se despertó: «Hola me llamo Lola, ¿tú cómo te llamas?», le preguntó a Alberto. No te imaginas el alivio que sentí.

Llegué hasta la puerta de la cocina.

Vi a Javier levantarse e ir hasta el fregadero, cogió un vaso limpio y lo llenó en el grifo, lo vació de un trago. Apoyó la frente en el armario mientras lo rellenaba.

—No hubo manera de convencerla de que fuera a un hospital, se negó a separarse de su hija —elevó los hombros y los dejó caer en señal de resignación—. Al final le cosieron la mano en la ambulancia. Confío en que le quede bien y, desde luego, soy testigo de que el enfermero se esmeró, Lola les había seducido a todos —sonrió abiertamente—. Le pusieron una dosis de la antitetánica y además le inyectaron un sedante, era incapaz de parar de llorar. No hay mucho más que contar, las traje de vuelta en su coche, Alberto no está acostumbrado al cambio automático y prefirió regresar en el de servicio.

—¿Crees que esto acaba aquí?

—En lo que respecta a ellas, sinceramente, espero que sí.

—¿Y en lo que no?

—En ello estamos —contestó circunspecto.

—No era mi intención ponerte en un compromiso, Javier —se disculpó Sole amablemente—, me gustaría poder estar tranquila, eso es todo.

Carraspeé y entré en la cocina. Llevaba unos vaqueros y un jersey de cuello alto verde claro, me había recogido el pelo en una cola de caballo; todavía estaba pálida pero me sentía descansada.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó mi amiga mientras recogía las tazas y las metía en el lavavajillas.

—Mejor, más tranquila, aunque creo que es mérito de los calmantes. Me duelen los brazos, la mano y me molesta la garganta. Usé mi forro polar para abrigar a Lola y he debido coger frío, la noche era bastante fresca y se notaba la humedad que subía del río.

Me quedé mirándola y añadí:

—Sole, de verdad, no sé cómo voy a poder agradeceros todo lo que hacéis Alfonso y tú por...

—No, no, no empieces con eso que ya sé cómo acabamos.

Levantó el dedo índice de su mano derecha para hacerme callar.

—Tú has hecho lo mismo por mí en otros momentos así que no quiero ni oír hablar del tema. Y —continuó, mientras cogía su bolso de encima de una silla— aprovechando que estás acompañada me marchó. Esta noche voy al teatro —dijo guiñándonos un ojo— y quiero echarme un poco antes. Si necesitáis algo de mí no tenéis más que llamar.

Haciendo una reverencia desde la puerta, lanzó un beso por los aires y desapareció de nuestra vista.

—Me alegro de que estés aquí —dije volviéndome hacia Javier.

Me agarró de la mano y me sentó encima de sus piernas. Rodeé su cuello con los brazos y permanecemos así, en silencio, largo rato.

—Tengo que contarte qué pasó —sugerí— pero primero voy a prepararme algo caliente, no consigo quitarme la sensación de frío.

Me levanté y abrí un armario.

—¿Quieres algo?, ¿café, té?

—Lo que vayas a tomar tú.

—Té entonces, ¿el earl grey te gusta? —pregunté mientras enchufaba el calentador de agua.

Javier asintió con una sonrisa. Le vi hurgar en los bolsillos de su chaqueta.

—¿Te importa que grabe la conversación?

Me mostró el pequeño artefacto que sostenía en una de sus manos.

Lo observé sorprendida; aguanté la respiración unos momentos para luego añadir:

—Creo que no. Quizá me imponga un poco. No sé, lo que tú consideres.

—Mandaré que lo transcriban después y no tendrás que declarar de nuevo, solo firmarlo.

—De acuerdo, como quieras.

Vertí agua caliente dentro de la tetera y la coloqué en una bandeja junto con las tazas, el azucarero y la leche. Javier la llevó a la mesa. Cogí las cucharillas y la caja de galletas y me senté a su lado. Acerqué la tetera hacia mí y la destapé, removí su contenido con ayuda de una cucharilla, dejé que el vapor me calentara la cara unos instantes. Devolví la tapa a su sitio y lo serví.

Comencé mi relato de los hechos en tono monocorde, como el que recita

algo trillado y poco interesante, rehuendo toda emoción. Había repasado mi peripecia hasta la extenuación. Mi narración era coherente y precisa en tiempo y sucesos, sin vacilaciones o contradicciones.

No pude dar una razón de peso para mi solitaria actuación:

—Sabía que no quedaba tiempo —confesé— no puedo explicarlo mejor, tenía la certeza de que los minutos corrían en nuestra contra.

La distancia que procuraba mantener con mi inventario de los hechos se malogró casi al final. A duras penas pude terminar. Me limpié las lágrimas con la manga del jersey.

Javier hizo amago de ir a apagar la grabadora pero lo detuve.

—Estoy bien.

Traté de sonreír convincentemente. Bebí un poco de té y me animé a seguir:

—Escuché voces masculinas, dos por lo menos, diferentes a la de Carlos, mientras me alejaba del seto. No entendí lo que decían, quizá no hablaban en español. No recuerdo que llegara ningún coche ni haber visto más luces que la de la linterna pero hubo algo que me extrañó muchísimo.

Estiré de mi labio inferior mientras cavilaba, valorando la veracidad de mi testimonio: había revisado lo sucedido un montón de veces y tenía miedo de haber añadido algo de mi propia cosecha.

—Aurora no estaba asustada, ni siquiera preocupada, parecía incomprensiblemente tranquila. Nos observó durante todo el tiempo que permanecí en la casa sin decir una sola palabra. Miró un par de veces su reloj de pulsera. No consultaba la hora Javier, era como si verificara cuanto tiempo faltaba.

—¿Qué quieres decir?

—Aurora esperaba a alguien.

14

Domingo, 27 de mayo de 2012, 06:00

«I don't wanna talk about the things we've gone through though it's hurting me, now it's history. I've played all my cards and that's what you've done too. Nothing more to say, no more ace to play...».^[32]

Subí la música y me acurruqué entre los brazos de Javier:

—No has dormido bien, has estado dando vueltas toda la noche —dije.

—Tú tampoco —me contestó—, tenías pesadillas y te has desvelado hace ya un buen rato.

—Es extraño porque cuando estás a mi lado suelo dormir como un tronco.

—Demasiadas emociones.

—Sí, demasiadas. Creo que estoy llegando a mi límite en lo que a sorpresas se refiere.

Lo besé en el pecho y pregunté:

—¿Tienes que trabajar hoy?

—Me pasaré por la comisaría por la tarde. El día te lo voy a dedicar a ti —contestó mientras se colocaba encima de mí y acariciaba mi boca con la punta de su lengua.

—Una pero que muy buena idea —admití sonriendo—, soy toda tuya —constaté correspondiendo a su beso con afán.

Una hora después entré en la cocina con el cabello envuelto en una toalla, me había puesto un vaquero, deportivas y una camisa de cuadros azules y blancos. Coloqué la cafetera al fuego y encendí el calentador de agua. Para

cuando Javier se unió a mí, el desayuno ya estaba preparado.

—¿Qué te apetece hacer? —quiso saber.

—Caminar —sugerí—. Podíamos ir a la *Silla de Felipe II*, la subida es muy agradable y después, si quieres, visitamos el monasterio o damos un paseo por el pueblo.

—Hace un montón de años que no voy por El Escorial y si no me equivoco la única vez que he estado en el monasterio fue con el colegio. Sí, me parece una buena idea —dijo sirviéndose otra tostada con aceite y tomate.

Me observó detenidamente.

—¿No comes?

—Sí, sí, en ello estoy —contesté apurada—. Tengo un nudo permanente en el estómago.

—¿No te ayudan los calmantes?

—Bueno, el último me lo tomé ayer por la mañana, después de que se fueran las niñas.

Alzó las cejas inquisidor.

—Estoy mejor —resoplé—, más tranquila. Los llevo en el bolso por si acaso.

Cogí una tostada y la dejé en mi plato para hacerlo callar. Mordisqueé una esquina con desgana.

—No me has contado qué pasó con Carlos.

—Dijiste que no querías saberlo —puntualizó él—. No hay mucho que contar en todo caso.

—Tienes razón, no sé si quiero.

Me concentré en comerme el pan mientras reflexionaba al respecto.

—¿Te duele? —preguntó.

—¿La mano?

Contemplé el apósito que cubría la herida mientras la abría y cerraba varias veces.

—Sí, un poco. Perdí el reloj —dije—, supongo que al atravesar el seto.

A las ocho y veinte dejamos el coche en el aparcamiento. Hacía fresco y nos abrigamos. El cielo estaba limpio de nubes y la primavera reventaba a nuestro alrededor. Anduvimos un buen trecho sin hablar.

—Estás muy callada —observó Javier.

—En absoluto —respondí—. Disfruto de la mañana, del paseo y de tu compañía.

Me pasó el brazo por los hombros y continuamos caminando.

—Estoy preocupada por Carlos —declaré pasado un rato—, más bien por Lola. Entiéndeme, me gustaría aplastarlo como un gusano por la forma en que se ha comportado con nosotras, pero es su padre y odio pensar que un día tenga que enfrentarse al hecho de que es una mala persona o un delincuente. Hay cosas de las que no voy a poder protegerla y no quiero que sufra por su culpa.

Javier agarró mi mano y dejó que me desahogara.

—Cuando la vi en aquella cama, dormida, tan pequeña y desvalida, medio oculta por el edredón, pensé que me iba a desvanecer de puro alivio, la ira que sentía me mantuvo en pie.

Alcé la voz indignada, apartándome de él:

—¡Mierda, Javier!, se supone que los padres deben cuidar y defender a sus hijos y no ponerlos en peligro o joderles la vida.

Seguimos andando en silencio. Varias veces fui a decir algo pero me arrepentí otras tantas. Estaba asustada.

Llegamos a la *Silla* y disfrutamos de la vista acompañados, únicamente, por el canturreo de los pájaros. El sol empezaba a calentar y la luz de la mañana nos brindaba un espectáculo límpido e imponente.

—¿Crees que irán detrás de ella? —inquirí, girándome para mirarlo, con el pánico danzando en mi voz.

—No, Nena —aseguró tajante.

Clavó sus ojos en los míos y me sujetó por los hombros.

—Te garantizo que no. El que Lola se viera mezclada en todo esto se debió a una desafortunada decisión de tu ex. Se comportó como un auténtico cretino. Implicarla en su huida fue una insensatez.

Nos sentamos, me recosté contra él. Rodeó mis hombros con su brazo.

—¿Estaban allí cuando llegasteis? —me arriesgué a preguntar.

—No, el portón de entrada colgaba fuera de las bisagras, se lo llevaron por delante con el coche cuando huyeron, suponemos que con el Toyota por los restos de pintura roja que quedaron en el metal. La casa estaba abierta, de hecho habían forzado la cerradura. Hallamos rastros de sangre en la cocina y

un par de casquillos. Nada más —tras una pausa añadió—. Al no encontraros me asusté. Hacía mucho tiempo que no tenía miedo, no estoy habituado y me sorprendió su intensidad.

Me apretó con fuerza y besó mi cabeza.

—Cuando me comunicaron que habíais aparecido tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para no salir corriendo a vuestro lado —reconoció—. Después, el saludo de Lola y la expresión de tu cara hicieron que sintiera ganas de llorar.

—Lo siento mucho —me excusé.

—¿Por qué?

—Por implicarte en esto. Por pedirte que la encontraras, esa responsabilidad llevaba impuesta una carga afectiva que no deb...

—Tú no me involucraste —me interrumpió—, te recuerdo que fui yo. Te dije que me dejarás decidir si era adecuado o no. ¿Cómo podíamos saber que sucedería algo así?

—Pensaba ir a la comisaría de Chamartín pero Sole insistió en que fuera a Chamberí —intervine quitándole la palabra—. No fui capaz de negarme, si lo hubiera hecho no te habrías visto mezc...

Puso una mano a cada lado de mi cara y me besó, impidiéndome terminar la frase. Un beso urgente, intenso y comprometido que se convirtió en toda una declaración cuando añadió en mi oído:

—Sigo pensando que es adecuado: el amor siempre lo es.

Sonreí.

—Mi meiga de los ojos tristes —dijo recorriendo el óvalo de mi cara con sus dedos— lo hago lo mejor que puedo.

—Lo sé —afirmé.

Volvimos a besarnos, generosos, distraídos de lo que ocurría alrededor. Unas voces infantiles pusieron punto y final a nuestra privacidad.

—¡Hay unos señores! —anunció un chaval de unos diez años a voz en grito.

—¡Se están besando! —especificó su compañero, el del flequillo tapándole los ojos.

—¡Puag! ¡Qué asco! —fue la opinión rotunda del tercero, no más de nueve años, pelirrojo y lleno de pecas.

Nos volvimos hacia ellos. Los tres chiquillos, apoyados en el manillar de sus respectivas bicis, nos contemplaban como si fuéramos seres de otro planeta.

—Creo que es el momento de irse —dijo Javier poniéndose en pie y ofreciéndome su mano.

Entrelacé mis dedos con los de él y lo seguí escaleras abajo.

Regresamos al coche saboreando el olor de la mañana y la paz que, a esas horas, todavía reinaba en nuestro entorno. No nos cruzamos con nadie al bajar aunque en el aparcamiento ya había una decena de coches.

—El monasterio abre a las diez. Podemos tomar algo e ir para allá —sugerí.

Aparcamos en una calle a la entrada del pueblo y subimos caminando. Javier compró el periódico y tomamos café sentados en la terraza de un bar cercano. A las diez y media, equipados ambos con una audioguía, comenzamos la visita.

Nos entretuvimos en la Sala de Audiencias impresionados por las magníficas puertas talladas con diecisiete maderas diferentes, ante las cuales no pude dejar de recordar a mi padre, y examinamos divertidos la variedad de sillas plegables utilizadas por Felipe II para apoyar su pierna enferma de gota. En la Galería de Paseo Javier se entusiasmó con los peculiares mapas cartográficos del mundo dibujados según los conocimientos geográficos que poseían en el siglo dieciséis. Tras pasar por el claustro nos detuvimos a ver los frescos de la escalera principal y, como en ese momento estaban celebrando misa en la basílica, decidimos entrar en la biblioteca.

La recorrimos fascinados por la gran bóveda decorada con frescos de Tibaldi; por las imponentes estanterías, diseñadas por el arquitecto del monasterio, que cubren los laterales de la sala y atesoran miles de incunables; por los expositores donde, entre otros, se muestran las *Cantigas de Santa María* de Alfonso X el sabio y por la espectacular Esfera tololémica de Felipe II en la que se ve la representación de la tierra como centro del universo.

Por último visitamos la basílica del monasterio y en algún momento del recorrido nos separamos. Javier me localizó, en su segunda vuelta a la iglesia, sentada en un banco de la capilla mayor de charla con un viejo sacerdote. Un hombre menudo, enjuto y con el rostro poblado de arrugas en donde se

acomodaban dos pequeños ojos, azulados por la edad, que escudriñaban perspicaces y no perdían detalle de lo que sucedía alrededor. Levanté el brazo para llamar su atención. Se acercó a nosotros y, haciendo un gesto con la mano para que continuáramos con nuestra charla, tomó asiento a mi lado. La voz del religioso, algo cascada, traslucía el placer que le producía la conversación:

—... este monasterio tampoco se libró del saqueo, hija mía. Durante la invasión francesa centenares de cuadros salieron de aquí, aunque solo una veintena llegó a su destino. El general Berthier, por orden directa de Napoleón, ordenó que se hiciera un recuento de todo el oro, plata y joyas que existían en el monasterio. Parte de los tesoros artísticos robados pudieron ser recobrados pero ya nada fue igual. Algunas piezas capitales nunca más volvieron: un breviario manuscrito que recibió la Reina Isabel la Católica, regalo del embajador Francisco de Rojas con motivo de la boda de sus hijos Juan y Juana, para conmemorar los éxitos de la campaña de Granada y el Descubrimiento de América, y que la British Library compró a un coleccionista particular en mil ochocientos cincuenta y dos. Cuadros de Tiziano, un *San Sebastián* y un *Salvador; la Purificación* de Veronés o el *Jesús entre los doctores* de Ribera —meneó la cabeza en señal de incredulidad—. Tras la derrota, José Bonaparte no se fue con las manos vacías, no, se llevó con él centenares de obras de arte expoliadas del Palacio Real de Madrid. Por lo visto el convoy en el que las transportaba fue atacado y esas obras pasaron a manos de los ingleses. El general Wellington intentó devolver lo robado y escribió al Duque de Fernán Núñez, ministro de España en Inglaterra, con esa intención, pero este, absurdamente, le regaló todo lo recuperado. No crean que son desvaríos de un anciano, no, se conservan las cartas que intercambiaron al respecto —abrió las manos en señal de impotencia—. El gobierno de Madrid designó al embajador Pedro Gómez Labrador como representante nuestro en el Congreso de Viena para que reclamara toda la documentación y objetos robados del país por el gobierno francés durante la invasión pero fue poco eficiente en la tarea y los resultados muy pobres. Lo cierto es que de los millares de obras robadas en el periodo napoleónico la mayoría pasaron por Francia pero solo una mínima parte se quedó allí, fueron devoradas por el mercado europeo y dispersadas por todo

el mundo. Lo recuperado, como siempre, escaso —golpeó suavemente la sotana con las palmas de sus manos—. Todo esto es ejemplo de la estupidez humana, de la avaricia, la soberbia y la ignorancia; la historia se repite año tras año, in saecula saeculorum. Este país no tiene memoria. Pero no hay que perder la fe, hija.

Me dio unos golpecitos en la mejilla con su mano huesuda y se puso en pie con cuidado.

—No se levanten, por favor, disfruten del retablo —añadió a modo de despedida y pasito a pasito desapareció entre la muchedumbre que infestaba el lugar.

—Eres increíble —dijo Javier.

—¿Yo? —cuestioné al tiempo de levantarme—. Venga. Vayamos a comer algo.

Deambulamos un rato por el pueblo y al final nos decidimos por un restaurante cercano al Teatro Carlos III. Una vez servidos, me preguntó, todavía alucinado:

—¿Cómo diste con él entre tanta gente?

Me reí.

—Lo vi salir de la sacristía y me fijé en que se movía por la basílica con familiaridad, me acerqué y le pregunté si pertenecía al monasterio. Me habló de la orden de San Agustín, de la formación agustiniana, del Seminario Mayor. En un momento dado dijo que era historiador así que aproveché, le hablé de papá y de las organizaciones en las que participaba, y le consulté si el monasterio había sufrido algún expolio. Nada más —respondí.

—Nena. No dejas de sorprenderme.

—Bueno, era pura curiosidad y solo sirve para confirmar que la maldad y la estupidez humana existirán por los siglos de los siglos.

—Y mantener la fe...

—¿En el hombre?, ¡qué remedio queda! Espero que algún día aprendamos a utilizar nuestro pasado, nuestra historia, como punto de partida para vivir el presente de manera distinta —bebí un poco de agua y me arrellané en la silla—. Estoy pensando una cosa.

—¿Me tengo que echar a temblar?

—No —contesté con un mohín—, en todo caso tendría que ser yo la que

temblase y la idea es mía.

—Suéltalo, por favor —insistió alzando las cejas.

—Bueno, ¿crees que Lola puede saber algo que sea importante para vuestra investigación?

—Explícate —me instó con el ceño fruncido.

—Estoy convencida de que durante el trayecto hasta la casa apenas le prestaron atención, preocupados como estaban por ocultarse de quién fuera.

—No lo sabes.

—¡Venga hombre!, tú mismo has reconocido que se la llevaron porque son un par de descerebrados; la niña les importaba una mierda. De hecho al acostarla no se molestaron siquiera en quitarle el pichi del colegio, con la de hebillas que tiene. Vale —dije tras ver la expresión de estupefacción en su cara—, es mi opinión de madre pero demuestra que no se esmeraron en atenderla —hice una pausa para beber y proseguí—. Javier, conozco a Lola y sé que cuanto menos caso le haces es mayor el que ella te presta. Es peligrosa —aseguré y mis manos revolotearon en el aire dibujando unas comillas con los dedos—. Siempre tengo cuidado con lo que digo cuando está delante. Guiomar o Sole te lo pueden confirmar porque han sido testigos de algunos momentos muy embarazosos, en los que la peque ha repetido cosas que me había escuchado decir a mí con anterioridad, en el momento menos oportuno y delante de quien no debía. Estoy segura de que recuerda las conversaciones y tiene datos que quizá a vosotros os digan algo. No sé: sitios, días...

—¿Me estás diciendo que deberíamos interrogarla?

—¡Coño Javier!, facilítamelo un poco. No estoy hablando de un interrogatorio oficial, no sé cómo se llevan a cabo con menores y tampoco tengo ni idea de lo que dice la jurisprudencia al respecto, si es que hay algo establecido.

Me callé, molesta con él y conmigo misma. Había dado muchas vueltas al tema antes de proponérselo y aún dudaba de que fuera una idea acertada.

—Déjalo, quizá no es...

—No, espera —me interrumpió, pensativo—. Puede que lo que propones no sea desatinado.

—Yo me imaginaba algo distendido. Para Lola, García-Rubio es una especie de héroe con poderes y una ambulancia —sonreí al pensar en mi hija

—. Es lo primero que le contó a su hermana y a Sole nada más despertarse, y a Carlota y a Miguel en cuanto llegaron. A ti también te conoce y le caes bien. Podríamos jugar con ella y dirigir la conversación. Se supone que vosotros tenéis experiencia en sacar información de la gente y no creo que sea el primer niño con el que habláis...

—No perdemos nada intentándolo.

—Podemos hacerlo en casa, no me gustaría llevarla a la comisaría, y desde luego tendremos que contar con la complicidad de Guiomar. Una tarde después del cole, mañana quizás. No sé, consúltalo con la almohada. No me siento cómoda del todo con la idea pero es una baza que no deberíais perder —lo miré antes de añadir—. Solo quiero que esta pesadilla acabe de una puñetera vez.

Javier alargó su mano para coger la mía sonriendo, las palabras de Don Manuel cobraron sentido: «... no se dará por vencida hasta encontrar todas las respuestas que busca».

Tras la comida regresamos a Madrid.

Justo cuando enfilábamos Islas Filipinas sonó mi móvil. Refunfuñé al ver la pantalla.

—Hola Héctor. ¿Perdona? Sí, te llamé pero ya no hace falta. Héctor. ¡Héctor!, hablas tan deprisa que no puedo entenderte. Tranquilízate, por favor.

Miré a Javier angustiada.

—No, no sé dónde están. Sí, el viernes por la noche. Yo, no sabría decirte. ¡Héctor!... Ya... Creo que deberías hablar con la policía. Sí, los mismos. García-Rubio, sí. No, al subinspector Delgado no lo conozco.

Escuché un buen rato sin que me permitiera meter baza.

—Héctor, primero tienes que calmarte —intervine tajante pasados unos minutos— y después telefonea a cualquiera de ellos.

15

Lunes, 28 de mayo de 2012, 18:00

«... Wake me up before you go-go don't leave me hanging on like a yo-yo. Wake me up before you go-go I don't want to miss it when you hit that high. Wake me up before you go-go...».^[33]

—¿Esta te gusta? —le pregunté a la pequeña, que bailaba a mi lado sin parar.

—Sí, mami —contestó y volviéndose hacia su hermana dijo—. ¿Y a ti, Guío?

—Me encanta —fue su respuesta al tiempo que se unía al desbaratado danzar de Lola—. Y a Alberto seguro que también le gusta —añadió dándole un tironcito en una de sus trenzas.

—Le voy a pedir que te enseñé la ambulancia, está llena de cajoncitos y cajitas.

—Yo casi preferiría que me enseñara un calabozo de la comisaría —soltó Guiomar dotando a su voz de un tono grave y avanzando hacia ella moviendo sus dedos como si fueran garras.

Lola se quedó parada en seco escuchándola con sus grandes ojos color miel abiertos como platos.

—Con las cadenas colgando de la pared, los grilletes y los esqueletos de antiguos detenidos olvidados desde hace...

—Guío —la amonesté al entrar en el salón—, no le cuentes esas cosas.

Depositó la bandeja de bollos encima de la mesa.

—Cierra la boca Lola —rio Guiomar—, que era una broma. Además — insistió entre susurros cuando salí de la habitación—, creo que son secretos y no se los enseñan a nadie.

En ese momento sonó el timbre y la pequeña corrió a la entrada. Después de preguntar quién era abrió la puerta y se lanzó a los brazos de Alberto que tuvo que hacerse atrás sorprendido por el ímpetu de la cría.

—¡Venid, venid! —gritó sin soltar la mano de García-Rubio, una vez que la devolvió al suelo.

Agarró a Javier con la otra y se quedó mirando a la chica que los acompañaba.

—Hola, soy Lola, esta es mi casa. ¿Vienes a merendar? Hay bollos para todos. ¿Eres amiga de Alberto? ¿Cómo te llamas?

—Hola Lola —acertó a contestar la muchacha asombrada del desparpajo de mi hija—, me llamo Marina. Javier y Alberto me han pedido que viniera a jugar contigo.

—Pues para eso tienes que entrar y cerrar muy bien la puerta —zanjó muy seria.

Marina se rio y procedió según las instrucciones recibidas.

Al entrar en el salón Guiomar se acercó a saludarlos. Lola se adelantó y le dijo a Alberto:

—Esta es Guío, es mi hermana mayor. Yo quería que le enseñaras la ambulancia pero ella prefiere los «cabalozos», las cadenas y los huesos — bajó la voz y tiró del jersey de García-Rubio para que se agachara—. A mí no hace falta que me lleves.

El sonrojo de Guiomar se acentuó con nuestras risas.

—Ya te dije que era «peligrosa» —susurré en el oído de Javier.

Acababa de entrar en el salón portando una cafetera en la mano. Me dirigí al subinspector:

—Bueno Alberto, Lola está tan emocionada con su inspección de la ambulancia que ha querido invitarte a merendar para agradecértelo.

—El bizcocho lo he hecho yo —me interrumpió la niña—. Bueno, Guío y yo —reconoció.

—Sentaos, por favor. A mí también me gustaría darte las gracias por lo bien que te ocupaste de ella esa noche —añadí en voz baja.

Sin darle tiempo a contestar le pasé la cafetera y le pedí que la dejara encima de la mesa.

A media mañana había hablado con Javier y acordamos que nos tutearíamos y utilizaríamos sus nombres de pila para que Lola no se sintiera extraña, además una psicóloga de la policía les acompañaría: Marina obviamente.

—¿Puedo ayudar? —se ofreció la joven.

—Claro, faltan tazas y la leche —contesté barriendo la mesa con la vista—. Ven conmigo.

Ya en la cocina Marina sonrió tranquilizadora:

—Tus hijas son fantásticas.

—Sí, cada una en su estilo: Guiomar es serena, reflexiva y Lola todo lo contrario.

—Pura energía —apuntó ella.

—Intensa es la palabra. Para todo —admití con una sonrisa.

—Guiomar es un nombre poco corriente.

—Mi abuela se llamaba así, la madre de mi padre, y siempre me gustó —le expliqué—. De pequeña le daba la lata a mi madre por no haberme puesto ese nombre y decidí que si algún día tenía una hija la llamaría Guiomar. El nombre de Lola lo eligió su padre.

—Está siendo duro, ¿verdad? —preguntó con amabilidad.

—Ni te lo imaginas —aseguré.

Sabía que la psicóloga estaba al tanto de todo lo ocurrido.

—Lo peor es esta sensación de que aún no ha acabado —añadí.

—¿Qué quieres decir?

—No sabría explicarlo —respondí mirándola a los ojos con franqueza—. Lo intuyo.

Agarré la bandeja de las tazas, señalé la que quedaba sobre la encimera y nos dirigimos al salón.

Lola y Guiomar se habían sentado juntas en una de las cabeceras, Alberto ocupaba una silla al lado de mi hija mayor y Marina eligió el sitio cercano a la más pequeña. Javier se ubicó a la derecha de la psicóloga y yo enfrente de él.

La merienda se desarrolló según lo previsto, entre risas, bromas y el

refrescante parloteo de las niñas. En un momento dado Guiomar sugirió que jugáramos a algo y Lola aceptó entusiasmada. De un armario del despacho sacaron una Oca y volvieron a la mesa. Javier y yo nos disculpamos con la excusa de recoger el piscolabis. Los cuatro restantes comenzaron a jugar.

Dos partidas más tarde no parecía que hubieran conseguido nada.

—¿A qué colegio vas? —preguntó Marina.

—Al Colegio Hispano Alemán —contestó Lola y propinándole un codazo a su hermana dijo—. ¿A qué no sabías que Aurora conoce a mi profe?

—¿A qué profe? —se interesó Guío, extrañada.

—A Wolfgang, los oí hablar por teléfono.

—¡Mierda! He caído en la calavera —gruñó García-Rubio y como si nada añadió—. ¿Quién es Aurora?

—La novia de mi papá —contestó—. Es tonta.

—Lola, no se habla así de los mayores —la reconvine espantada con el giro que había dado la conversación.

—Vale mami —respondió modosa—, pero se metió en mi habitación a hablar con Wolfgang porque pensaba que yo no entendía lo que decía; pero yo sí se alemán. Por eso es tonta.

Frunció el ceño y dirigiéndose a su hermana dijo:

—¿También será novia de Wolfgang?

—No bobita, además hay más gente en el mundo que se llama Wolfgang, tu profe no es el único.

Guío me miró de reojo con cara de circunstancias.

—¿Hablaban del cole? —le preguntó.

—No —fue su corta respuesta una vez perdido el interés en la pregunta—. De oca a oca y tiro porque me toca. Un cinco; uno, dos, tres, cuatro y cinco. Te toca Marina. ¡Te-to-ca!

—Voy, voy —se apresuró la joven.

Retiré las tazas y me las llevé a la cocina, no quería que mis hijas se dieran cuenta de lo nerviosa que estaba. Al ratito regresé con una botella de agua y vasos limpios. Lola estaba contando lo aburrido que era ir en el coche con su padre y Aurora porque no le hacían ni caso y discutían todo el rato. Al final se había dormido. Estuvo viendo la tele el resto de la tarde hasta que cenaron y dejó muy claro que la novia de Carlos además de ser tonta no sabía

cocinar y que la tortilla que hizo era un asco.

—Además no me quiere —aseguró de golpe y porrazo.

—¿Por qué dices eso? —quiso saber Marina.

—Dijo que yo era una mocosa de mierda y que lo iba a estropear todo.

Se había puesto muy seria.

—No toqué nada. De verdad mami —dijo buscándome con la mirada, y sin más rompió a llorar.

Me acerqué y le di un abrazo; la senté encima de mí y besuqué sus mejillas húmedas.

—¿Sabes una cosa?

Movió la cabeza de un lado a otro mientras se limpiaba las lágrimas con las manos.

—Yo también pienso que Aurora es tonta.

Sus ojos se abrieron inmensos ante mi sorprendente confianza.

—Lola —me secundó Guiomar—, Aurora es tontísima.

—Estoy de acuerdo —insistió Marina—, requetetonta.

Sorbió sus últimas lagrimitas y empezó a reír.

—Sin olvidar —fue la aportación de Javier— que sus tortillas son un asco.

—Y puedo prometer y prometo que jamás de los jamases le enseñaré mi ambulancia —sentenció García-Rubio levantando una mano para dar más énfasis a su promesa—. Y ahora si no te importa Lola, Lolita, Lola, ¿podrías tirar?, porque te tocaba a ti y estoy dispuesto a ganar esta partida.

Continuaron jugando como si nada hubiera pasado.

Alberto tampoco ganó esa vez y las niñas decidieron darle una última oportunidad. Un poco antes de terminar Lola les regaló algo más de información.

—No hablaban del cole Guío —explicó mientras agitaba el cubilete varias decenas de veces—. Papá no tenía lo que él quería —arrojó el dado sobre el tablero.

—¿Y qué quería? —preguntó Marina.

La pequeña negó con la cabeza.

—No sé, pero papá no lo podía encontrar. Uno, dos, tres.

Contó en alto a la vez que arrastraba la ficha con su dedito.

—Te toca Marinita.

Su ocurrencia me hizo sonreír. Javier me observaba con preocupación, consciente de la tensión que soportaba.

—Él los esperaba en Barrigaescotolmo.

—¿Dónde? —preguntó Guiomar riendo.

—Barrigaescotolmo —repitió Lola muy digna, enfurruñada por las risas de su hermana—. Tú no lo conoces, es un sitio muy bonito y muy lejano.

Los dos policías intercambiaron una fugaz mirada. La ingenua mentira de la niña hizo que mis ojos se empañaran.

—Levántate un poco cariño, tengo que ir al baño.

Se hizo a un lado sin mirar, pendiente de Alberto que agitaba el cubilete como si le fuera la vida en ello. Desaparecí en el interior de mi habitación.

Javier me siguió al cabo de un par de minutos. Llamó a la puerta con delicadeza.

—Pasa.

Estaba de pie al lado de la ventana, con la frente apoyada en el cristal, observando distraída las filas de coches que circulaban por Santa Engracia.

—Estoy indignada con la imbécil esa y con Carlos. Voy a pedir una orden de alejamiento —inspiré hondo y me volví hacia él—. Cuando Águeda me lo insinuó me pareció excesivo pero después de esto... No pienso permitir que traten a mis hijas como si fueran basura —la voz me temblaba de la rabia.

Dio un paso hacia mí y lo frené con un gesto.

—Si estás pensando en abrazarme no lo hagas —supliqué— porque acabarás con el poco autocontrol que aún me queda.

Salimos al pasillo. El jolgorio proveniente del salón insinuó una sonrisa en mis labios.

—Volvamos —dije tras darle un furtivo beso en la boca—. Parece que mi idea no era tan mala después de todo.

16

Sábado, 02 de junio de 2012, 16:30

«I got on the phone and called the girls, said meet me down at Curly Pearls, for a ney, nah neh nah, ney, nah neh nah. In my high-heeled shoes and fancy fads I ran down...».^[34]

Entré en el salón cargando con la bandeja del café, la dejé en la mesita de centro y me senté en el suelo al lado de Sole.

—Le obligué a echarse la siesta, estaba agotada. Después de llevar a Guío a casa de su amiga nos fuimos a la Plaza de Olavide, desde las doce hasta las dos, y no paró un segundo, ya la conoces. Se ha puesto contentísima cuando la has invitado a una «tarde de chicas».

Sonreí al recordar la cara de la pequeña.

—Guío no vuelve hasta mañana por la tarde y la echa mucho de menos, además esta semana ha estado un poco rara.

—¿Por la merienda?

—No, lo pasó estupendamente, no... creo que fue por el viernes. Ha preguntado dos veces por Carlos y es extraño porque normalmente ni se acuerda de él. Creo que piensa que ha hecho algo malo y que por eso su padre no la llama —me falló la voz al terminar la frase—. Sole, me hierve la sangre cada vez que me acuerdo de lo de «mocosa de mierda».

—No te agobies Nena, se le pasará y un sábado con la tía Sole obra maravillas.

—La verdad es que eres mano de santo: cine, compras y atiborrarse de

comida basura. Estoy por cambiar mis planes —insinué mientras comenzaba a servir el café.

—Ah, no, no. Cada uno necesita lo que necesita y a ti follar te viene de miedo —replicó Sole.

—Joder —me quejé entre carcajadas—, has hecho que lo derramara todo. Además es injusto, mi media ha mejorado exponencialmente —dije a la vez que empapaba el café vertido en unas servilletas de papel.

—¿Has tenido noticias de ellos?

—Nada de nada si exceptuamos la llamada de Pilar, la secretaria de Carlos, para avisarme de que iban a ponerse en contacto conmigo del colegio de Lola porque no habían cobrado el mes de mayo.

—¿Qué?

—Lo que oyes, entre mayo y junio le debo al colegio casi dos mil euros por la escolaridad, el comedor, la ruta y las extraescolares. Y la cuenta común está a cero, Carlos la vació el trece de abril.

—¿No lo sabías?

—Ni idea. No he vuelto a usar esa cuenta desde que me vine aquí.

—¿Necesitas dinero?

—No, ayer vendí unas acciones que tenía.

—Coño Nena, podías habérmelo dicho.

—No importa, de verdad Sole, me apaño. Es que acabo de comprar los billetes a Bali y me he quedado pelada. Las cuentas de papá siguen bloqueadas así que tampoco puedo tirar de ahí. Y en breve tendré que contratar los campamentos de julio; la parte de Guiomar la pagan sus abuelos, pero la de Lola corre de mi cuenta. Carlos no me ha pasado un duro todavía y temo que no lo vaya a hacer nunca. Me da muchísima rabia porque fue él quien se empeñó en matricularla en un colegio tan caro y ahora... Bueno, ¡qué más da!, solo son dos meses.

—La tienes que cambiar, no puedes pagar esas mensualidades.

—Sí, ya lo he pensado. Una de estas tardes me pasaré por nuestro colegio, aunque supongo que me remitirán a la Concejalía de Educación porque el plazo de inscripción ya está cerrado.

—Yo conozco a la directora, puedo hablar con ella a ver que me aconseja.

—Te lo agradezco porque creo que no doy más de sí.

—¿Y Javier?

—No lo he visto desde el lunes. Solemos hablar por las noches. Lo llamé después de encontrarnos y estaba trabajando, me dijo que me avisaría cuando terminara pero que no creía que fuera antes de las siete.

—¿Qué tal con él?

Me bebí el café que quedaba en mi taza.

—Muy bien. Entre el trabajo y las niñas nos queda poco tiempo pero nos telefonamos casi todos los días y cuando nos vemos disfrutamos mucho, nos entendemos bien. Javier consigue que todo parezca sencillo.

—Así debe ser —contestó mi amiga—. Te mereces un poco de felicidad Nena. ¡Mira!

Señaló la puerta por donde acababa de aparecer una Lola, totalmente despeinada, arrastrando un bulldog de peluche por la cola.

—Ven aquí mi amor y dame un mimo.

La cría corrió a los brazos de su madrina y se quedó acurrucada en ellos.

—Ahora nos vamos a tu habitación, te pones guapísima y nos largamos a merendar unas tortitas con sirope de chocolate y un batido de vainilla a medias. Después tú decides: podemos ir de compras, al cine... Lo que quieras.

—Es una «tarde de chicas mayores» —me dijo Lola con la ilusión chispeando en los ojos.

—Es una tarde de chicas que se portan fenomenalmente bien, porque solo las chicas que se portan fenomenalmente bien pueden celebrar una «tarde de chicas mayores» —puntualizó Sole—. Así que, ¡andando!

La cría se apresuró hacia su habitación, con nosotras y el bulldog siguiendo sus pasos.

Nada más irse decidí dedicar las siguientes horas, por entero, a mi persona: preparé un baño con sales relajantes del que no salí hasta tener las yemas de los dedos arrugadas como garbanzos en remojo; me sequé el pelo con el secador, cosa rara en mí que siempre iba con prisas; me pinté las uñas de los pies; me depilé las cejas; extendí crema por todo mi cuerpo con mimo y me perfumé cuidadosamente. Ya en la habitación abrí el cajón de la cómoda donde guardaba la ropa interior y seleccioné un *body* de seda color cereza sin estrenar, uno de los que Sole me había apremiado a utilizar en San

Tirso. Tras muchas dudas, al final me decanté por un vestido de color verde y unos zapatos de tacón del mismo color. Recordaba haberlos comprado para asistir a una aburrida cena de negocios con Carlos. Hacía años que el vestido me quedaba pequeño, ahora, con la temporadita que llevaba, me sentaba como un guante.

En el momento en el que contemplaba el resultado final en el espejo, pensando que quizá me había precipitado al arreglarme, telefoneó Javier: se dirigía a su casa para ducharse y cambiarse de ropa y sugirió que, si no tenía inconveniente, me esperaría allí.

Busqué en Google la calle Almansa, el número que me había dado estaba casi en la Avenida de Juan XXIII, no era un paseo muy largo pero impensable con esos tacones, así que en la puerta de casa paré un taxi y le indique la dirección.

Cuando apreté el botón del portero automático estaba nerviosa, era la primera vez que iba, de hecho no recordaba haberme interesado por dónde vivía en ningún momento; que él me hubiera invitado me parecía un avance en la relación, lo que me producía sentimientos ambiguos.

Javier puso cara de sorpresa al verme.

—Nena, estás guapísima.

Me cogió de una mano y me hizo girar delante de él.

—Preciosa.

Acortó la distancia entre nosotros y dijo:

—Tenemos una reserva en veinte minutos y tú te mereces mucho más que eso, si no, no te dejaría salir por esta puerta tan pronto.

De la mano me guio al interior del piso:

—¿Quieres algo de beber?

—¿Qué bebes tú?

—Vino.

—Lo mismo entonces —contesté, mirando con atención alrededor de mí.

Era una habitación de buen tamaño, unos treinta metros cuadrados calculé, con dos ventanales a la calle. Estaba pintada de blanco. En una pared colgaba un gran televisor de pantalla plana encima de un aparador antiguo de madera oscura donde se alojaban el reproductor de DVD, el video y un equipo de música. Me arrimé y acaricié la madera.

—Qué bonito es.

—Era de mi madre. Lo restauré yo —comentó Javier acercándose la copa—. Tu padre me indicó cómo hacerlo.

—¿Lo conocías mucho? —pregunté intrigada.

—Coincidíamos a menudo en el bar de Félix, a la hora de la comida sobre todo y solíamos charlar. Siempre me ha gustado el arte, aunque reconozco mis carencias al respecto; escucharlo era todo un placer.

Le sonreí.

La pared de enfrente estaba ocupada en su totalidad por una librería de madera de roble, repleta de libros, CD's y DVD's. Dos grandes sofás de cuero marrón dominaban el centro de la habitación, entre ellos un palé restaurado y con ruedas hacía las veces de mesa de centro. A la derecha de la puerta había una mesa rectangular de cristal con cuatro sillas de diseño moderno fabricadas en PVC y metal.

Anduve hasta la estantería y examiné las fotografías que había en ella, cuatro en total.

—¿Esta es Julia? —pregunté delante del retrato de una chica de unos dieciocho años, con el cabello revuelto por el viento, que sonreía a la cámara.

—Sí, ¿cómo lo has sabido?

—No os parecéis mucho, en los ojos quizás, pero hay un inconfundible aire de familia.

Tomé un sorbo de vino y pasé a las dos siguientes.

—Tus padres, y Julia y tú de pequeños.

Sonreí ante el movimiento afirmativo de su cabeza. Di dos pasos hasta el último marco.

—Tu mujer.

—Mi ex mujer —me corrigió.

—Muy guapa.

—Sí. Lo lamento, debería haberla quitado.

—No, ¿por qué? Es tu casa, Javier, y tu historia. Yo tengo dos hijas que perpetúan la mía.

Me giré en redondo observando la habitación. Dos grandes mapas antiguos de colegio, uno de Europa y otro de España, adornaban las paredes.

—Es ecléctico. Me gusta. Es muy tú.

Javier enarcó las cejas y me entró la risa.

—Es sereno y acogedor, se nota que has elegido todos los objetos con cuidado. Pulcramente ordenado —remarqué admirada—. Claramente es tu estilo pero hay pocos detalles personales que den pistas sobre lo que se esconde ahí dentro —expliqué poniéndole dos dedos en el pecho.

—¿Así soy yo? —preguntó rodeando mi cintura con sus brazos.

—Sí —fue mi respuesta—, equilibrado e inaccesible.

—¿Inaccesible? —insistió incrédulo.

—Bueno, lo dejaré en reservado, pero es la última concesión que hago con el estómago vacío.

—De acuerdo —aceptó con un beso.

Tras mirar el reloj dijo:

—Vayamos a cenar entonces.

Hacía una noche espléndida, la temperatura era casi veraniega y fuimos paseando hasta el restaurante.

—He estado investigando en internet —le conté mientras cenábamos—. Solo para mi enriquecimiento personal —agregué con un guiño— y para calmar mis nervios en las horas de insomnio.

—¿Sobre?

—El robo de obras de arte. En noviembre del año pasado se celebró el Octogésimo Coloquio Internacional sobre robo y tráfico ilícito de obras de arte, antigüedades y bienes culturales en Lyon, copatrocinado por la Interpol, y al que asistieron casi ciento cuarenta especialistas de treinta países. Hicieron hincapié en la necesidad de mejorar la cooperación internacional y el intercambio de información sobre obras de arte robadas ya que, en ocasiones, los beneficios obtenidos del tráfico de bienes culturales sirven para financiar otras actividades delictivas.

Hice una pausa para comer un poco de ensalada.

—También hablaron sobre el proyecto PSYCHE que tiene por objetivo modernizar la base de datos de la Interpol sobre obras de arte robadas. Este proyecto permitirá a los países miembros introducir datos directamente y simplificar el proceso de búsqueda gracias a la incorporación de un programa informático de comparación de imágenes.

Javier me escuchaba con atención.

—Además, leí un artículo muy interesante —recalqué— que trataba sobre lo recurrentes que se han convertido los robos de obras de arte en los últimos años. Un problema que, si bien ha existido siempre, ha comenzado a ser más frecuente en las últimas décadas; explicaba que con las últimas crisis económicas, que han afectado a gran parte del mundo occidental, no es sorprendente que las inversiones se hayan volcado hacia el arte.

—Su valor no fluctúa como el de otros productos —reconoció.

Me llevé una gamba a la boca y tras mastigarla continué:

—Me he enterado de que el FBI tiene su propio archivo de arte robado, el NSAF: un índice informatizado de obras de arte y bienes culturales, con imágenes y descripciones físicas de los objetos robados y recuperados, además de información sobre las investigaciones llevadas a cabo; y que en 2004 crearon un equipo de actuación rápida para los delitos de arte. Los agentes reciben formación especializada en las investigaciones por robo de la propiedad de bienes culturales, en colaboración con policías y funcionarios extranjeros del orden público. Lo sabías ¿verdad?

Bebí de mi copa tras su asentimiento.

—También encontré algo sobre una agencia internacional especializada en robos de arte, ARCA creo que se llama, que persigue casos de sustracción y falsificación de piezas de arte. Se fundó en Estados Unidos pero en teoría no pertenece a ninguna agencia u organismo concreto, sino que colabora con las fuerzas de seguridad en investigaciones mundiales de cualquier tipo de delito contra el patrimonio artístico y cultural.

Me callé consciente, por fin, de mi verborrea.

—Lo siento. ¿Te estoy aburriendo?

—En absoluto —dijo acariciando mi mano—. Estoy impresionado.

—No reparé en la envergadura de estos delitos hasta que empecé a leer sobre ellos. Hay un artículo de un capitán de la Unidad Central Operativa de la Guardia Civil muy ilustrativo, al menos para mí que soy profana en el tema.

Comí un pedacito de espárrago antes de proseguir:

—Aborda el tipo de delincuentes que se dedican al robo de obras de arte, el comercio ilícito y el contrabando. Por último, y estoy convencida de que te gustaría, encontré el texto de una conferencia de un profesor de la

Universidad de Sevilla que analiza los preceptos del ordenamiento jurídico penal vigente directamente destinados a la protección del patrimonio histórico, cultural y artístico. Concluye diciendo que el Derecho Penal no es la panacea para la protección del Patrimonio Artístico, y que solo cuando los medios educativos, culturales y administrativos fracasasen habría que acudir a él.

—Coincide con la opinión de nuestros clérigos.

—Sí, todo tiene que ver con la educación, la implicación de la gente y el sentido común.

—¿Me los podrías pasar?

Eché mano de mi bolso y tras rebuscar un poco saqué un *pendrive*.

—Toma —dije tendiéndoselo—, los he grabado todos.

No me quitó ojo mientras se lo guardaba en el bolsillo de la camisa.

—¿Qué? —inquirí descolocada.

—Lola y tú, sois tan parecidas. No me había percatado hasta ahora. Tenéis los mismos ojos, de ese color extraño, ambarino, y os brillan de igual manera cuando algo os emociona.

Hice un mohín de fastidio.

—Nunca me han gustado, son como los de la abuela Guiomar, con el sol parecen casi amarillos. En el colegio me chinchaban llamándome minino.

Soltó una carcajada y le enseñé la lengua.

—Te grabé algo más en la memoria.

—¿Algo más?

—Sí —afirmé sonriendo satisfecha—, estuve buceando en las hemerotecas *online* y revistas del corazón extranjeras, buscando noticias sobre el coleccionista americano que compró el artesanado de San Tirso. Irene, una amiga que trabaja en un centro de documentación, me echó una mano. Resumiendo: John Edward McPherson nació en mil ochocientos noventa y cinco y murió en mil novecientos cincuenta y nueve. Tuvo dos hijos John Edward Jr. y Archibald. Este último se mató en un accidente de moto en los años setenta y no dejó descendencia. John Edward júnior, aquí viene lo interesante, la conexión con nuestro Wolfgang —anuncié levantando los dedos índices de ambas manos para llamar su atención—, se casó con una noble alemana, Úrsula von der Pfordten, y tuvo dos hijos: Lars y Carl

McPherson. John *junior* murió hace veinte años; a este —aclaré— es al que se debía referir Don Manuel en San Tirso y no al padre. Tras su muerte, su mujer y sus hijos se trasladaron a vivir a Europa, a Hamburgo. Lars, el mayor, que por lo que he leído debía ser un «viva la Virgen», murió hace diez años de una sobredosis en un hotel de Edimburgo y no he encontrado ninguna noticia reciente sobre Carl, aparte de que hace un par de años un periodista alemán lo acusó de financiar un partido neonazi. No me acuerdo del nombre, está ahí grabado.

—Si sigues así voy a tener que recomendarte para un puesto en la policía.

—Tonterías.

Me limpié la boca con la servilleta y bebí un buen trago de vino.

—No soy una ingenua Javier, sé que tenéis acceso a toda esta información de una manera mucho más rápida y directa que yo. Es solo que necesito hacer algo, me estoy consumiendo.

—¿Qué quieres decir?

—Estás acostumbrado a estar al otro lado... Todo el mundo lo ve desde el otro lado —añadí.

—Creo que no te entiendo.

Entrelacé los dedos fuertemente sobre mi regazo.

—Un asesinato lo cambia todo para siempre, sus secuelas son imborrables y van más allá de lo que le ocurre a la víctima. A los familiares nos supone una profunda transformación de nuestra visión del mundo, nos hace más vulnerables.

—Nena...

—Déjame continuar —solicité imperiosa—. No dejo de pensar en lo sucedido. Sé que lo que te voy a contar suena terriblemente egoísta y sin embargo es lo que hay: la víctima lo pierde todo, lo cual es inmoral, inmerecido, espantoso e injusto, pero no es consciente de ello. Papá ya no está, no tiene qué vivir, qué sentir —las lágrimas me escocían en los ojos—. El sufrimiento, las preguntas, las pesadillas, la casa vacía, los recuerdos, el dolor se han quedado aquí conmigo, y tengo que aprender a vivir con ello.

La aparición de la camarera distrajo nuestra atención, pedimos el postre. Esperé a que se alejara antes de concluir mi discurso:

—Tengo que aprender a vivir con ello porque no estoy dispuesta a

claudicar y debo rehacer mi vida desde esta nueva perspectiva. Pero necesito la verdad para conformarme.

—¿Cómo puedo ayudarte? —dijo pasado un rato.

—Haciendo lo que haces —le aseguré con una sonrisa— y escuchándome, que no es poco.

Trajeron el postre y dimos cuenta de él mientras charlábamos sobre nimiedades.

Regresamos a casa de Javier caminando, disfrutando de la noche y de la compañía. Ya en el salón me ofrecí a preparar unos *gin-tonics* y él se entretuvo trasteando entre los discos a la búsqueda de algo concreto. Tras encontrarlo bajó la intensidad de la luz al mínimo y cuando los primeros acordes de *Wonderful tonight* de Eric Clapton sonaron en los altavoces me agarró por la cintura y me invitó a bailar.

—Al final va a resultar que eres un romántico —susurré en su oído.

—Tendrás que descubrirlo paso a paso —contestó al tiempo que tras localizar la cremallera de mi vestido comenzaba a bajarla muy muy despacio.

Al llegar al final, acarició mi espalda. Sin dejar de bailar sus manos ascendieron de nuevo, siguiendo la línea de la columna, hasta mi cuello; de ahí se desplazaron hacia mis hombros y mis brazos, arrastrando la tela consigo. Le dejé hacer y el vestido resbaló hasta terminar en el suelo.

—Nena —musitó Javier al verme con los tacones y el *body*—, eres...

Di un par de pasos laterales para sortear la prenda y le hice una seña para que se pegara a mí, encendida por la intensidad de su mirada. Me besó con avidez apretándose contra mi cuerpo. Nos perdimos el uno en el otro al ritmo de las canciones que había elegido; nos llenamos y vaciamos hambrientos de carne y caricias.

Prince nos arropó, tras hallarnos exhaustos en el sofá, con el *rock* cálido y sensual de *Purple rain*.

Lunes, 04 de junio de 2012, 11:30

«Don't know much about history, don't know much biology. Don't know much about a science book, don't know much about the French I took but I do know that I love you and I know that if you love me, too what a wonderful world this would be...»^[35].

La iluminación de la cafetería me deslumbró al entrar y volví a ponerme las gafas de sol. Pedí una Coca-Cola *light* y me senté en una mesa al fondo del local. Apreté la botella helada contra mi sien derecha y la dejé ahí en un intento de aliviar el dolor de cabeza. Desde que había recibido la llamada de Héctor, a primera hora de la mañana, mi jaqueca no hacía sino aumentar.

Insistió en que nos viéramos enfrente de mi oficina a las once y media y allí estaba yo, puntual y sola.

Apareció con diez minutos de retraso, sin afeitarse y con la ropa arrugada como si hubiera dormido con ella puesta; llevaba una mochila colgada del hombro y un sobre marrón en las manos. Se aproximó a mi mesa y tomó asiento en la silla de al lado. Parecía cansado; hundido más bien, decidí examinarle de cerca. Un inconfundible tufillo a sudor corporal llegó hasta mi nariz.

—Nunca pensé que esto terminaría de esta forma —comenzó con urgencia—. Siento mucho todo lo que os ha pasado, a las niñas y a ti. Nunca me gustó que Aurora y Carlos se liaran pero era mi amigo y...

—No creo que esto sea necesario Héctor —dijo con sequedad—. No me

apetece oír tus...

—¡Cállate! —me interrumpió autoritario—, tengo algo que contarte y me vas a escuchar.

Fui a decir algo pero la determinación que vi en su cara me silenció.

—Sé que la ignorancia no me exime de la responsabilidad pero te juro que pensé que habían acabado con ellos. Me convencieron la primera vez, no me gustaba nada la idea pero me aseguraron que no habría más. Parecía tan fácil, solo teníamos que esconder lo que nos daban entre nuestra mercancía. Carlos necesitaba dinero, había aceptado un préstamo y lo estaban presionando para que lo devolviera.

Su relato era desconcertante y yo no entendía nada. Al percibir mi confusión, intentó explicarse mejor:

—Carlos se gastaba todo lo que ganaba. Todo y más, Nena. Había adquirido deudas importantes y aceptó dinero de gente de la peor calaña.

En ese momento se acercó la camarera. Pidió una cerveza y esperó a que se la trajeran sin añadir una palabra más.

Lo peor —añadió después de beberse media jarra del tirón—, es que tengo la seguridad de que fue Aurora la que los puso en contacto. Creo que los conoció durante el Erasmus, en Estocolmo.

Palidecí al recordar lo dicho por Lola: «Él les esperaba en Barrigaescotolmo». Héctor continuó y tuve que esforzarme para no perder el hilo de su historia.

—Solo era un favor —dijo y empezó a sollozar—, un puto favor, una puta vez. Me había llegado a olvidar de aquello hasta que lo encontré en la oficina llorando, el día que te pegó, y me lo confesó todo —levantó la voz—. Me dijo que no pasaría nada, que confiara en él. Te llamé dispuesto a contártelo y no pude. Era mi amigo y le creí —las últimas palabras casi las gritó.

Intenté calmarlo. Las personas que desayunaban en la barra se habían vuelto a mirarnos con curiosidad y el camarero, que me conocía desde hace años, no apartaba la vista de nosotros. Me quité las gafas de sol y sonreí en su dirección restando importancia al incidente. Héctor se relajó un poco.

—El viernes los vi un momento, me llamaron para pedirme las llaves de la finca y desaparecieron, el sábado por la noche alguien asaltó mi casa y la

oficina.

Se bebió el resto de la cerveza.

—El domingo hablé contigo y después llamé a la policía. Yo... no les conté nada de esto.

—Héctor, tienes que...

—No —respondió tajante—, me voy. Aquí tienes, he escrito todo lo que sé, todos los detalles que recuerdo y lo que Carlos me contó para que se lo entregues a ellos.

Dejó el sobre encima de la mesa sin soltarlo.

—Pero necesito tiempo. Dame cinco o seis horas, por favor.

Se había acercado tanto que podía oler la cerveza en su aliento y sentí náuseas.

—No huyo de la policía, te lo aseguro.

Se acercó un poco más a mí, apoyó su frente sobre la mía y susurró:

—Cuando acaben con Carlos, vendrán a por mí.

—¿Y Aurora? —pregunté con voz débil.

En las comisuras de la boca de Héctor se había formado un poso blanco y al verlo me dieron ganas de vomitar.

—Mi hermana es una zorra —aseguró apartándose un poco.

Me miró durante unos instantes aunque estoy segura de que no me veía, perdido en el pánico.

—¿Lo harás?

—Héctor, estoy segura de que la policía podría protegerte —insistí.

Negó con la cabeza.

—No, no pueden protegernos ni a mí ni a Carlos —hizo una pausa para añadir—. No, Nena, no. Mira lo que le hicieron a tu padre.

—¿Qué quieres decir? —repliqué a la vez que me precipitaba hacia el sobre.

Reaccionó con rapidez y lo ocultó detrás de su espalda.

—Todo lo que sé está aquí escrito. Pero me tienes que dar tiempo. Concédeme unas horas. Por favor, Nena.

Sostuve su mirada con fiereza.

—Por favor. Prométemelo. Por los viejos tiempos.

—A la mierda los viejos tiempos, Héctor.

—Solamente unas horas. Por Lola, Nena, soy su padrino, ¿recuerdas?

—Eres un hijo de puta —contesté con los ojos llenos de lágrimas y la voz preñada de rabia—, un maldito hijo de puta como tu amigo y tu hermana.

Tomé aire antes de seguir:

—Es irónico que te acuerdes ahora de ella cuando no la has visto en los últimos tres años.

Lo miré fijamente, estaba asqueada y a pesar de todo no podía evitar creerle, era el mejor amigo de Carlos y le habían engañado.

—Pero sí, te prometo que no iré a la policía hasta esta tarde. Seis horas, ni una más —garanticé extendiendo la mano—. Dame la carta.

Dejó el sobre encima de la mesa, agarró la mochila y sin despedirse abandonó la cafetería a toda velocidad.

—¿Todo bien? —la voz del camarero me sacó de mi estupor.

—Sí, Pepe, sí.

Me tomé el resto del refresco directamente de la botella, a pequeños sorbos, retrasando la vuelta a la realidad.

—Dime que te debo, por favor —pregunté guardando la carta en mi bolso.

El resto de la jornada laboral lo pasé como en una nube, pasmada delante de la pantalla del ordenador, intentando mantener a raya las náuseas, el pánico y las ganas de leer lo que Héctor había escrito.

Llamé a Javier al llegar a casa, no contestó; dejé un recado en su buzón de voz y otro en el de García-Rubio. Comí con Guiomar y a las cuatro y media fui a recoger a Lola al colegio. Nos entretuvimos en el patio durante un rato, la niña jugando y yo charlando con un par de madres, o intentándolo al menos porque tuve que utilizar mis cinco sentidos para poder seguir la conversación.

A las seis regresamos a casa e insistí en los teléfonos de Javier y García-Rubio pero de nuevo me respondió el buzón de voz. Ayudé a Guío con los deberes de inglés y jugué con la pequeña a la oca que, desde la seudomerienda, era su entretenimiento favorito. En ningún momento pude quitarme el sobre de la cabeza.

A las ocho, mientras Lola se bañaba, les dejé un recado en la comisaría; una hora más tarde, tras la cena, en pleno ataque de ansiedad me tomé un

ansiolítico y una tila cuádruple.

Mi móvil no sonó hasta las once menos cuarto.

—Nena, soy Javier. ¿Ha pasado algo? —quiso saber—. Alberto y yo hemos recibido varias llamadas de tu parte, y nos dejaste un aviso en la comisaría para que contactáramos contigo en cuanto pudiéramos.

—Tengo —tosí un poco para aclararme la garganta—, tengo algo para vosotros. Héctor vino a verme esta mañana y —me flaqueó la voz— me dio —inspiré hondo tratando de recuperar la compostura—, me dio... —no pude más y empecé a llorar.

—¿Estás en casa?

Sorbí las lágrimas y dije:

—Las niñas están durmiendo, no puedo dejarlas solas.

—Vamos para allá —dudó antes de continuar—. Tenemos algo que comunicarte. Ahora nos vemos.

Coloqué la carta en medio de la mesa de la cocina. Me senté y aguardé, la vista fija en el sobre. Podía notar los latidos en mi garganta. Recordé las palabras de Héctor: «Por Lola, Nena, soy su padrino...» y se me revolvió el estómago.

El pitido del portero automático me hizo dar un respingo. Fui a la entrada y apreté el botón de apertura, esperé de pie al lado de la puerta hasta que el ascensor llegó al piso. Abrí.

Parecían terriblemente cansados y por la expresión de sus caras deduje que algo no marchaba bien.

Los conduje a la cocina y nos sentamos a la mesa.

Pasó un ángel.

—¿Queréis tomar algo? —pregunté nerviosa—. Perdonad el tuteo pero hoy no estoy para contemplaciones.

Me levanté con brusquedad, la tensión soportada desde el mediodía me estaba pasando factura, me dolía el pecho y volvía a sentir ansiedad, regresé con una botella de agua fresca, dos latas de cerveza y dos Coca-Colas.

—Los vasos —mascullé mirando la mesa sin apenas verla.

Cogí tres de un estante, mis manos se agitaban sin control y uno de ellos cayó haciéndose añicos contra el suelo. Dejé los otros dos en la encimera y me así a ella con fuerza. «¡Qué sentido tiene todo esto! ¡Qué más da ya!», me

había dicho Eduardo. ¿Por qué no le hice caso?, inspiré y espiré lentamente controlando el ahogo. ¿Por qué nunca presto atención a las advertencias? Siempre quiero saber y saber lo complica todo.

Las manos de Javier se posaron sobre mis hombros y me guiaron de vuelta a la mesa. Después barrió los cristales y los amontonó en un rincón. Puso un vaso de agua entre mis vacilantes manos, las envolvió con las suyas hasta que se cercioró de que no se me caería.

Di un par de sorbos reconfortada por el breve contacto.

—¿Mejor? —preguntó volviendo a su asiento.

Levanté la vista y asentí débilmente. Me dolía la cabeza y tenía ascos. Estaba agotada. Quería terminar cuanto antes, así que empecé a hablar:

—Héctor me llamó esta mañana, dos veces, desde un teléfono público. Quería darme algo y estaba asustado. Nos vimos en una cafetería al lado de mi trabajo.

Apreté los labios con fuerza.

—Por lo visto Carlos debía grandes sumas de dinero. Yo... yo no tenía ni idea —inspiré profundamente, una vez más—. Lo estaban amenazando. Carlos y Aurora lo convencieron para camuflar algo en un envío de la empresa. No sé. Héctor pensaba que había sucedido solo una vez pero no.

Alcé los ojos y los miré consciente de la incoherencia de mi relato e incapaz de hacerlo mejor.

—Le propuse que hablara con la policía, que lo ayudaríais y no quiso, me contestó que no podríais protegerlo.

Enmudecí mientras negaba con la cabeza con un movimiento casi imperceptible pero repetido.

—«Mira lo que hicieron con tu padre», me dijo...

El regusto amargo de la bilis en mi garganta me quitó el habla. Volqué la silla al ponerme de pie, corrí hacia el fregadero y vomité.

Tardé un rato en controlar las arcadas. Abrí el grifo, el contacto con el agua fría me reanimó. Me lavé la cara y las manos y me enjuagué la boca.

—Lo siento mucho —articulé la disculpa mientras me secaba en un paño.

—¿Se encuentra mejor? —preguntó García-Rubio—. Quiere que le prepare una manzanilla. Le asentará el estómago.

Sonreí agradecida pero rehusé el ofrecimiento.

—Escribió todo lo que sabía —expliqué acercándome a la mesa—, o eso me aseguré. El sobre es para vosotros, me pidió que os lo hiciera llegar.

Reparé en la cara de inquietud de Javier al dárselo.

—Me encuentro bien —aseguré tratando de tranquilizarlo—. Ahora mismo vuelvo, necesito ir al baño.

A mi regreso los dos policías estaban inmersos en la lectura de la carta de Héctor. Javier le pasaba a García-Rubio las hojas según las iba terminando. Me preparé una infusión, dándoles tiempo para que acabaran de leer.

Hablaron entre ellos varias veces pero no atendí a lo que decían. Tenía frío, subí del todo la cremallera del jersey que me acababa de poner y estiré de las mangas hasta que me cubrieron las manos; rodeé con ellas la taza en busca de algo más de calor y de esa guisa me senté de nuevo a la mesa. Bebí un poco, me había lavado los dientes con esmero pero aún notaba un saborcillo agrio en la boca. Vomitar me había sentado bien, después de estar todo el día luchando contra las náuseas ahora, por fin, el malestar había desaparecido.

Había cumplido mi promesa, ellos tenían la información y Héctor a esas horas estaría a salvo. «Por favor, que esté a salvo», rogué en silencio.

—Magdalena —la voz de Javier inundó la cocina—, ¿ha leído la carta?

—Sí —contesté sorprendida por la gravedad de su tono.

Lo miré. Pensé en disculparme, sin embargo deseché esa posibilidad de inmediato: habían asesinado a mi padre, tenía todo el derecho a leerla. Puede que fueran imaginaciones mías pero me pareció que tensaba la mandíbula tras escuchar mi respuesta.

—Por teléfono dijiste que teníais algo que comunicarme —le recordé.

Estaba cansadísima. Necesitaba tumbarme y dormir.

—Sí —respondió.

Advertí que me observaba con detenimiento. Carraspeó antes de seguir:

—La Guardia Civil ha localizado el coche de Aurora en una cuneta en Buitrago de Lozoya.

—Lo encontraron el jueves pero no nos han avisado hasta hoy. Tenía el morro destrozado, eso les puso sobre la pista —apuntó el subinspector—. Le faltaban las matrículas y habían borrado el número de bastidor.

Sentí que me invadía una enorme tristeza, pesada y negra como una losa.

—Hallaron restos de sangre en su interior —añadió Javier pendiente de mí—. Están rastreando los alrededores.

18

Jueves, 07 de junio de 2012, 00:30

«... *Every breath you take, every move you make, every bond you break, every step you take, I'll be watching you. Every single day, every word you say, every game you play, every night you stay, I'll be watching you...*»^[36].

Estaba sentada en la alfombra del salón recostada en el sofá, con la cabeza enterrada en las rodillas y el móvil en la mano. García-Rubio y el subinspector Delgado se habían marchado hacía media hora tras informarme de que habían encontrado los cuerpos de un hombre y una mujer joven enterrados en un encinar, cerca del pantano de Puentes Viejas. No llevaban documentación alguna y les faltaban las manos y la lengua.

Tenían el pleno convencimiento de que eran Carlos y Aurora pero necesitaban que alguien cercano a ellos los identificase. Su identidad sería corroborada técnicamente con posterioridad, aunque la ausencia de huellas dactilares complicaba el procedimiento.

Realizarían las autopsias por la mañana y yo había accedido a reconocer los cadáveres después.

Javier me había llamado, nada más irse sus compañeros, y acabábamos de colgar.

—Nena —dijo Sole sentándose a mi lado—, deberías acostarte.

Me acarició el cabello.

En ese preciso instante me hundí, apoyé la cabeza en el hombro de mi amiga y rompí a llorar.

—Dios mío, Sole. ¿Por qué ha tenido que terminar así? —confesé entre sollozos—. No lo comprendo. ¿Qué le faltaba?, ¿qué perseguía?

Giré la cabeza para mirarla.

—Es que no puedo entenderlo, ¿por dinero?, ¿nada más que por dinero? Hubo un tiempo en el que nos consideramos las personas más afortunadas del mundo, nos queríamos, teníamos a Guiomar y planeábamos ampliar la familia —suspiré—. De repente todo se desintegró sin que yo no me diera cuenta.

Sole no dijo nada; ¿qué podía decir?, estaba tan sorprendida como yo con el desenlace de la historia. Sabía de mi encuentro con Héctor porque yo se lo había contado; pero en su conversación de esa tarde con Javier, cuando él la avisó de que los dos subinspectores acudirían a comunicarme el hallazgo de los cuerpos y le pidió que me acompañara, este no había añadido ni un dato más. Desde el martes estaba ilocalizable.

—Nunca supe qué había hecho mal.

—Nena, por favor.

—Los dos queríamos tener a Lola pero en cuanto me quedé embarazada todo cambió...

—No fue culpa tuya.

—Nunca me interesaron mucho sus negocios.

Aparté las lágrimas que corrían por mis mejillas con la mano.

—¡Basta Nena! Tú no tienes responsabilidad ninguna en lo que ha pasado. Estamos hablando de un adulto, si no te puso al tanto de lo que hacía o decidió tirar su matrimonio por la ventana deslumbrado por una veinteañera que follaba como una máquina ¿qué podías hacer?

(No sé si era lo que yo necesitaba escuchar, pero Sole es incapaz de callarse cuando piensa que tiene razón y lo hace con franqueza, a menudo con hiriente franqueza).

—No lo abandonaste, ni siquiera lo descuidaste. Te apartó de su lado a base de indiferencia, a ti y a las niñas; sin explicaciones, sin daros la oportunidad de pelear por él. Puede que contigo no tuviera obligaciones pero con ellas sí, y las desatendió por completo. El abandono también es una forma de maltrato Nena. No estuvo a tu lado ni en la enfermedad ni en las tristezas —agregó con vehemencia— y la alegría y la salud las despilfarró

con otra.

Tras una pausa añadió:

—Intentó manipularte, hacer que pensaras que la culpa era tuya; siempre se ha dicho que la mejor defensa es un buen ataque y casi lo consigue.

—Casi —musité tumbándome en la alfombra.

Descansé la cabeza encima de sus piernas.

—¿Cómo se lo cuento a las niñas? —quise saber—, ¿cómo explico algo que ni siquiera yo entiendo?

—No sé, supongo que con normalidad, sin entrar en los detalles escabrosos —resopló ante la perspectiva—. ¿Cómo se llamaba la psicóloga que vino a jugar con Lola?

Entrecerré los ojos para ayudarme a recordar.

—Marina, Marina... Amat. Sí, Marina Amat.

—Quizá podrías hablar con ella.

Me erguí con desgana y la miré, sopesando esa posibilidad.

—Javier me ha dicho que me acompañará a... —tragué saliva antes de continuar— a eso mañana por la tarde. Hará todo lo posible. Le puedo preguntar. No es personal de la comisaría, acude cuando requieren sus servicios.

—Nena, puedes negarte.

Me tambaleé al levantarme, estaba entumecida y un poco mareada. Me dirigí al mueble bar y volví con una botella de ron y dos vasos. Sole abandonó la habitación y regresó con algo de picar.

—Posiblemente emborracharse sea una buena idea dadas las circunstancias, pero primero tienes que comer algo, si no te va a sentar como un tiro.

Llené uno de los vasos hasta la mitad y bebí un trago largo y ansioso. El alcohol me calentó de camino al estómago y sentí como la sangre volvía a circular. Tras otro trago glotón y desesperado como el anterior no tuve más remedio que coger un trozo de pan y una cuña de queso del plato que Sole acababa de plantar debajo de mi nariz con gesto de reproche.

—Vas a hacerte un flaco favor si mañana, además de la que se te viene encima, tienes una resaca de campeonato.

Nos sentamos de nuevo en el suelo recostadas contra el sofá, la bebida y

la comida entre las dos.

—¿Por qué no me he negado? —dije retomando el tema—. Por devolverle algo de dignidad a pesar de todo. Se lo debo. A las niñas me refiero —aclaré al ver su expresión de desconcierto—. Podría no ir y esperar a que la policía científica confirme su identidad puesto que están obligados a hacerlo. Podría incluso no reclamar el cuerpo. Pero llegará un día en que Lola hará preguntas y quiero poder mirarla a los ojos cuando la conteste. ¿Y Guiomar?, está muy enfadada con él, pero soy consciente de lo que lo quería: hubo un tiempo en que ella fue la niña de sus ojos.

Pestañeeé para apartar las lágrimas.

—A su edad ya comprende el significado de la muerte, más después de lo de papá. Se enfrenta al hecho de que todo el mundo es susceptible de fallecer y de que esa separación es definitiva e irreversible. Va a ser muy difícil para ella y quiero que esté rodeada de todo el cariño y afecto posible, y eso incluye el mío para con Carlos.

Me mordí el labio inferior e inspiré entrecortadamente.

—A pesar... A pesar de todo.

Bebí con avidez.

—¿Y si realmente tuvo algo que ver con la muerte de tu padre?

Miré a Sole admirada: Siempre directa al grano. Me acabé el ron que quedaba en mi vaso antes de contestar:

—Espero que no lo sepan nunca.

Desenrosqué el tapón de la botella y rellené los vasos.

—La abuela siempre decía que Dios no te daba nada que no pudieras soportar —comenté con la vista fija en el líquido color caramelo que giraba dentro del tubo de cristal—. Creo que a mí me ha sobrevalorado.

Vaso y medio más tarde decidimos que era hora de finiquitar la noche. Yo iba a ir a trabajar al día siguiente.

—Tengo que mantener la cabeza ocupada Sole, es la mejor terapia que conozco: sumergirme en largas hojas de cálculo llenas de fórmulas y series de números —me sinceré mientras la acompañaba a la puerta.

—Haz lo que te apetezca, Nena.

—Avisaré al trabajo el viernes, con el fin de semana de por medio podré difuminar los efectos de la noticia. No creo que consiga soportar los pésames

de rigor. No quiero escuchar ni una jodida condolencia por ese hijo de la gran puta —confesé entre dientes en un repentino e incontenible ataque de rabia.

Sole me dio un abrazo por toda respuesta.

—Qué absurdo ¿verdad?, ¿qué voy a ser? —pregunté—, ¿su viuda? Águeda ya había presentado los papeles del divorcio.

—Alfonso vendrá a por Guío hacia las cuatro —me recordó antes de salir— e irán a recoger a Lola al cole, después merienda y parque. Yo tengo varias citas por la tarde pero en cuanto termine me uniré a ellos.

Puso una mano a cada lado de mi cara y añadió:

—¿Me llamarás con lo que sea?

—Sí, claro que sí.



Puede que fuesen los efectos del ron o de la tensión arrastrada o la suma de ambas cosas, el caso es que dormí profundamente. Me desperté aturdida y con un leve dolor de cabeza y tuve que echar mano del maquillaje para devolver algo de color a mi rostro; aparte de eso el día transcurrió sin novedades importantes. Casi no probé bocado.

Javier me llamó a la hora de comer para confirmar que a las cinco pasaría a recogerme; insistió en que estaba a tiempo de volverme atrás pero no le hice caso.

El olor del Anatómico Forense, una mezcla de productos químicos y lejía, me impactó nada más entrar. Pasamos directamente al despacho de una de las psicólogas del centro, Javier me lo había sugerido y acepté sin dudar. Charlamos sobre mi relación con Carlos, mis emociones, expectativas y mi consentimiento expreso a realizar la identificación. Belén, así se llamaba la especialista, me explicó de forma directa lo que iba a ver y me previno sobre el estado de los cuerpos. Quedamos en volver a hablar al terminar el reconocimiento.

Camino del depósito me percaté de que Javier no me quitaba el ojo de encima.

—No es el primer muerto que veo —dije aparentando una tranquilidad

que no sentía—. No te preocupes.

—Lo sé, pero esto es diferente. Ha pasado casi una semana y no los han arreglado como hacen las funerarias.

Gesticulé con las manos para terminar con sus miramientos.

—Vayamos cuanto antes, por favor. No soporto este olor.

Todo era frío y aséptico en la habitación a la que nos hicieron pasar: la luz, el ambiente y la decoración, básicamente acero y azulejos. A una seña de Javier el auxiliar que nos acompañaba abrió el cajón de metal y un cuerpo envuelto en una funda plástica se deslizó ante nosotros. Descorrió la cremallera y el rostro del que en algún momento fue Carlos quedó a la vista. Desplacé la mirada de los guantes de látex del hombre a la cara de mi ex marido.

«Carne y solo carne», pensé abrumada intentando asimilar lo que veía. «No queda nada ni bueno ni malo. No hay respuestas».

¿Cómo pedir responsabilidades a un muerto?

«Qué poco me quisiste», reconocí en silencio. «¡Mierda, Carlos!, nunca pensaste en Lola».

—Nena —Javier pronuncio mi nombre con suavidad.

Asentí con la cabeza, alcé una mano con intención de acariciar la mejilla del cadáver, pero me detuve a mitad de camino.

—Es Carlos —aseguré con voz apenas audible.

Mientras el hombre devolvía el cajón a su sitio mantuve la mirada fija en Javier.

—¿Ella?

—Nena, no es...

—No importa, de verdad, no hay nadie más que pueda hacerlo.

A una nueva indicación el encargado abrió otra gaveta y descubrió su interior. Me quedé mirando la cara de Aurora; por el aspecto que presentaba se había llevado la peor parte. Parecía infinitamente más delgada y pequeña de lo que recordaba, casi desvalida una vez despojada de todo aquello que creyó que nunca perdería.

—Dios, ¡qué joven era! —exclamé—. Es... —se me quebró la voz—. Es ella —conseguí pronunciar esas dos palabras antes de dar media vuelta y abandonar la sala a toda prisa.

Nada más poner un pie en el pasillo comencé a llorar. Javier me abrazó con fuerza.

—Es irónico —manifesté entre hipidos— y tan triste. Pensar que hubo un tiempo en que la envidié. Envidié su juventud, su carne firme y su brío; todo lo que yo había perdido, lo que ya no sería. Y en realidad no había nada, no tenía nada que ofrecer, nada que yo pudiera desear.

No paré de llorar en un buen rato. Paseamos por las inmediaciones del edificio hasta que me calmé y pude regresar. Tras una ristra inacabable de firmas volvimos al despacho de la psicóloga. Hablé sobre las niñas y mis incertidumbres; me orientó sobre la mejor manera de comunicarles la noticia, la posibilidad de que asistieran al funeral y el seguimiento de sus reacciones. «Los niños necesitan saber que no se les va a excluir en este proceso y que van a poder despedirse de forma adecuada», comentó, «hay que poner nombre a las emociones y compartirlas con ellos». Me facilitó una *Guía para la atención al menor* elaborada por el equipo de atención psicológica del centro, una lista de cuentos infantiles que me ayudarían con Lola y sus números de teléfono por si los necesitaba en algún momento.

—¿Qué quieres hacer? —me preguntó Javier camino del coche.

Medité antes de responder.

—¿Tienes tiempo? —quise saber.

—Sí.

—¿Podemos ir a tu casa?

Comencé a desnudarlo nada más entrar en el piso, abandonando las prendas según caían en nuestro desenfrenado camino al dormitorio. Lo besé con furia, casi con desesperación, abrazándome a él como si esa vez fuera la última. Necesitaba sentir su cercanía, colmarme y completarlo. Lo quería dentro de mí con urgencia. Perderme en su olor, en la calidez de su piel.

Lo arañé, lamí, besé y mordí mientras nos agitábamos perseverando en el placer del otro y en el propio. En eso consistía todo, en dar y recibir, derramarse, verterse, impregnarse y saciarse, girar en la rueda infinita del sexo que todo lo da y todo lo quita: únicamente anhelaba sentirme viva y abandonarme en sus brazos.

—Quédate a mi lado —pedí entre jadeos—, por favor —y me aferré a él rendida al caudal de sensaciones que inundaba mi cuerpo—. Por favor.

Permanecimos enlazados durante largo rato, envueltos en la limitada seguridad de los brazos del otro. Javier se giró colocándose encima de mí. Enmarcó mi cara con sus manos y me besó los ojos, la nariz y la boca con ternura.

—Ya ha pasado, Nena. Se acabó.

Besó una lágrima que se deslizaba por mi mejilla.

—Tengo miedo —musité.

Esperó a que continuara.

—Miedo de que algún día la muerte de mi padre forme parte de mi vida como algo cotidiano, que pueda llegar a aceptarlo y a hablar de ello sin espeluznarme, sin que me afecte. Perdona —dije dándole un beso—, ni yo misma me entiendo...

19

Martes, 12 de junio de 2012, 10:00

«Somewhere over the rainbow way up high, there's a land that I heard of once in a lullaby. Somewhere over the rainbow skies are blue, and the dreams that you dare to dream really do come true».^[37]

Lola y Guiomar habían elegido la canción para que sonara en la ceremonia, era la que Carlos les cantaba antes de acostarlas.

En la capilla del crematorio había más gente de la que esperaba. En la primera fila nos habíamos sentado las niñas, Aleix, Eduardo y yo. Aleix había pasado un brazo alrededor de los hombros de nuestra hija y le hablaba en voz baja con cariño, en un derroche de responsabilidad paternal desconocida en él. Su comportamiento me tenía descolocada: no había dejado de visitar a Guío un solo día desde que se enteró de lo sucedido.

Giré la cabeza y dos filas más atrás vi a sus padres. Carlota esbozó una leve sonrisa; intercambiamos una mirada de entendimiento, conscientes de nuestro mutuo asombro.

Sentada entre mis dos hijas, así sus pequeñas manos con firmeza como si de diminutos salvavidas se tratara. A mi derecha Lola, acurrucada sobre el regazo de mi hermano, se abrazaba a él como una lapa, no lo había soltado desde que cruzó el umbral de nuestra casa la tarde anterior.

Me apoyé en su hombro. Habíamos mantenido una larga conversación por la noche: me confesó que fueron mi delgadez y la tristeza que descubrió en mi semblante cuando hablamos el viernes por Skype lo que le impulsó a

coger el avión y no la muerte de Carlos, aún no había podido superar la indignación por cómo me había tratado.

Xabela, Antonio, Dado, Santiago y Luis ocupaban la segunda fila. Alfonso y Sole tomaron asiento al lado de los abuelos de Guiomar. En los bancos restantes se acomodaban Irene y Paloma, mis amigas de la universidad; Félix y Elisa; Álvaro y Águeda; Pilar, la secretaria de Carlos, y David, uno de sus íntimos.

Al fondo, de pie, Javier y García-Rubio completaban la comitiva fúnebre.

Avisamos a muy poca gente tratando de que los detalles de su muerte no se divulgaran; sus únicos familiares, unos tíos de León, no pudieron acudir debido a su avanzada edad.

Para todos la causa del fallecimiento había sido un accidente de tráfico.

El sacerdote fue escueto. Al comenzar la música Guiomar y Lola se pusieron en pie y cogidas de la mano se acercaron hasta el ataúd donde depositaron un pequeño ramo de flores en cuyo lazo iban prendidas dos cartas de despedida, una de cada niña. Verlas así me rompió el corazón, me derrumbé en los brazos de mi hermano.

—Dios, Edu, no se merece su amor —susurré en su oído—. Esto es desgarrador.

Me abrazó con fuerza y me ayudó a levantarme.

—Salgamos de aquí —dijo.

Los primeros en irse fueron Félix y Elisa, Pilar y David les siguieron a los pocos minutos.

Álvaro y Águeda se despidieron tras emplazarnos el viernes por la mañana en el despacho, teníamos que finiquitar el tema de la herencia de papá, empezar a gestionar la de Lola y decidir si nos presentábamos como acusación particular en los asesinatos de mi padre y de Carlos.

Los chicos pidieron permiso para ir a montar en barca al Retiro con sus primas, el día prometía ser caluroso. Aceptada su propuesta los cinco abandonaron el recinto en el coche de Alfonso.

Abracé a Miguel y a Carlota, y me comprometí a llevar a las niñas el sábado a Los Molinos. A primera hora iríamos a *La Boca del Asno* a esparcir las cenizas de Carlos y de regreso las dejaría en su casa.

—Nena, eres una mujer estupenda y una madre fantástica —me dijo mi

ex al despedirse dándome un sonoro beso en cada mejilla—, y ninguno de tus maridos hemos sabido estar a la altura.

Rompí a llorar al separarme de Irene y Paloma.

Deberíamos irnos a casa —sugirió Xabela con impaciencia—. Tienes que descansar un poco, lo de esta tarde no va a ser fácil.

—Dame dos minutos —respondí dirigiéndome hacia donde estaban Javier y García-Rubio charlando con mi hermano y mi tío.

Javier hizo un aparte conmigo.

—Es todo un detalle que hayáis venido —le dije—, sé lo ocupados que estáis.

Apreté su brazo suavemente en señal de agradecimiento, García-Rubio estaba allí y no quería dar pie a suspicacias. Me dijo algo que no llegué a oír, un sudor frío humedeció mi cuerpo y lo último que percibí fue el suelo aproximándose inquietantemente a mi cara.

Cuando volví en sí estaba tumbada en un banco a la sombra, los rostros de Eduardo y de Javier reflejaban una intensa preocupación. Quise incorporarme pero no me lo permitieron. Cerré los ojos porque aún me sentía mareada. Pude escuchar los comentarios de Sole y Xabela sobre lo poco que comía y que seguramente no habría desayunado. Tenían razón, estaba desfallecida. Abrí los ojos de nuevo y después de protestar un poco dejaron que me sentara, todavía aturdida me incliné hasta situar la cabeza entre las rodillas.

Alguien me ofreció una lata de Coca-Cola y bebí con avidez, enseguida empecé a encontrarme mejor. Sole me dio un terrón de azúcar y lo saboreé con glotonería, su efecto fue milagroso.

—¿Puedes levantarte? —me preguntó mi hermano.

—Creo que sí.

Así la mano que me tendía Javier y me puse en pie.

—Siento el susto —dije, y muy a mi pesar tuve que soltarla.

Una vez en casa mi prima, echando mano de sus mejores dotes de mando, me obligó a tomarme un té con leche bien cargado de azúcar y un cruasán. Eduardo se sentó a mi lado y me dio dos pastillas.

—Tómatelas —me indicó— tienes que dormir algo. Has estado toda la noche dando vueltas por la casa.

—¿Qué son? —quise saber.

Sonríó al ver mi cara de desconfianza.

—No te voy a dejar grogui, enana. Son extractos de plantas, los uso yo para conciliar el sueño en los aviones. No dormirás más de tres o cuatro horas pero te vendrá bien. Prometo que como muy tarde te despertaré a las cuatro. Hemos quedado en la comisaría a las seis y media.

Me las tragué con el té que quedaba en la taza y me fui a acostar.

Cuando estaba ya metida en la cama llamaron a la puerta de la habitación.

—Pasa —dije, incorporándome un poco para ver de quién se trataba.

Mi hermano entró y se sentó al borde de la cama.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó entrelazando sus dedos con los míos.

—No lo sé Eduardo, voy montada en una montaña rusa y no consigo bajarme de ella. Algunas veces pienso que voy a explotar y otras creo que puedo con todo.

Suspiré tratando de no llorar.

—Estoy enfurecida con Carlos por las atrocidades que ha cometido y enormemente triste por su muerte. Contenta porque las niñas están a salvo y parecen felices, y acongojada por si en algún momento de su vida descubren lo que pasó realmente. Paralizada por este rosario interminable de desgracias y angustiada por conocer su desenlace. Impotente ante la maldad del mundo y consciente de lo afortunada que soy a pesar de todo. Aliviada de tenerte a mi lado y de contar con una familia tan numerosa, gregaria y especial. Dividida entre lo que me pide el cuerpo y lo que sé qué debo hacer. Asustada...

—¿Y? —insistió él.

—¿Qué quieres decir?

—¿Hay algo que no me hayas contado?

Fruncí el ceño y de repente sonreí a la vez que me sonrojaba.

—Todavía me da miedo lo que puedas pensar —le confié—. Surgió sin más, sin buscarlo. Carlos y yo hacía años que no... Lo nuestro se fue a la mierda antes de nacer Lola —di unas palmaditas en su mano—. En fin, me hace sentir especial. Es fácil estar con él y, Edu, quiere quererme.

—No hace falta que lo jures, tenías que haber visto su cara cuando te desmayaste. Si no llega a ser por él te hubieras estrellado contra el suelo —puntualizó—. Cuando te tumbó en el banco parecía realmente angustiado.

Me eché a reír. Él me miró sin comprender.

—Al final hemos «pillao» —dije.

—¿Qué? —preguntó sonriendo.

—Eso fue lo que dijo tu sobrino Santiago cuando Lola le contó que ibas a tener un niño: Mira el «abuelete» al final ha «pillao».

—¡Será cabrón! —exclamó Eduardo entre carcajadas—. Bueno —añadió dándome un beso en la frente—, me voy, tienes que dormir un poco. Presumo que lo de esta tarde va a ser un trago muy amargo.

Hizo ademán de levantarse pero le detuve.

—Edu —añadí sin soltar su mano—. Gracias.



Bajamos andando desde Santa Engracia. No pronuncié una palabra en todo el camino. El *Concierto para violín y orquesta* de Sibelius sonaba en mis oídos amortiguando la luz, el ruido y los colores en torno a mí. Eduardo aferró mi mano al doblar la esquina de Rafael Calvo, el suave apretón que recibió fue toda mi respuesta.

A las seis y media atravesamos la puerta de la comisaría, preguntamos por el inspector Rivera y un oficial nos acompañó a una sala en el primer piso. Javier y García-Rubio esperaban dentro junto a otro hombre, de unos cincuenta y cinco años, al que presentaron como el Capitán Gabriel Fernández Lago de la Unidad Central Operativa de la Guardia Civil. Nos sentamos alrededor de una mesa circular: Javier, Fernández Lago, Eduardo, Daniel, yo, Xabela y el subinspector en el sentido de las agujas de reloj. Me dejé caer en la silla con la mirada fija en el pañuelo de papel que estrujaba entre las manos.

—¿Cómo estás? —me preguntó Xabela en voz baja.

Negué con la cabeza. Tenía los labios firmemente apretados y unas enormes ganas de salir corriendo. Había barajado la posibilidad de no acudir pero a la postre no me sentí capaz de hacerlo, estaba obligada moralmente: fui yo quién tiró de la cuerda, la que insistió en saber.

«A los vivos se les debe respeto, a los muertos, nada más que la verdad»

había escrito Voltaire; ni él ni yo habíamos evaluado lo que esa verdad conllevaba para los vivos.

—... y creemos que ajustarnos a la cronología de los hechos es la mejor manera de hacerlo.

La voz de Javier rompió mi cadena de pensamientos, levanté la vista y nuestras miradas se cruzaron durante unos instantes. Aparté los ojos, él estaba cumpliendo con su obligación, ese era su trabajo. Sobrevivía a base de distancia, blindado ante una realidad tortuosa, ajena a la mayoría, que rara vez entendía o que había renunciado a entender en aras de su salud mental y allí, en ese momento concreto, yo percibía la fragilidad de ese equilibrio.

Me froté los ojos con las manos e intenté concentrarme en lo que decía.

—Por lo que hemos llegado a saber Aurora, la hermana de Héctor Cifuentes, el socio de Carlos Galiardo, realizó los dos últimos años de la carrera en Suecia, en la Universidad de Estocolmo. Allí entró en contacto con Ewa Thunfors, una prostituta de alto *standing*, que la introdujo en el ambiente y con quien comenzó a asistir a fiestas donde, a cambio de una buena cantidad de dinero, hacía de «señorita de compañía» para congresistas, empresarios... En principio dinero fácil y sin complicaciones —concluyó—. En una de esas fiestas conoció a Wolfgang Lindmayer, un marchante de arte alemán en viaje de negocios que se encaprichó de ella y se convirtió en cliente habitual: el alquiler y los gastos de la señorita Cifuentes el último año de universidad salieron de su bolsillo —quiso puntualizar—. Cuando Lindmayer averiguó a qué se dedicaba el hermano de Aurora y sus empresas de importación y exportación, decidió que estas le serían de mucha utilidad para sus negocios.

En el centro de la mesa habían dispuesto una bandeja con botellines de agua y vasos, Javier se inclinó y cogió uno de cada.

—No parece que la señorita Cifuentes tuviera muchos escrúpulos y a su regreso a Madrid se mostró deseosa de trabajar con su hermano dispuesta a llevar a cabo lo planeado por su amante que, básicamente, consistía en aprovechar los envíos de la empresa para transportar las obras de arte que robaba. Para ello se servía de un grupo organizado de delincuentes, especializado en robos de objetos artísticos, con infraestructura en España, Alemania y Letonia y cuyos miembros se movían en otros países de la Unión

Europea, como Portugal, Francia y Suecia.

Hizo una pausa para beber del vaso que acaba de llenar.

—Héctor Cifuentes no era un hueso fácil de roer pero su hermana descubrió que su socio era una presa mucho más adecuada. Consiguió que se fijara en ella y se hicieron inseparables, compartiendo un ritmo de vida desenfrenado y poco acorde a sus ingresos —carraspeó—. Por los movimientos registrados en sus cuentas y tarjetas de crédito durante esa época, comprobamos que el señor Galiardo gastaba el dinero sin medida.

Eduardo, Daniel y Xabela me miraron disimuladamente y yo desee mimetizarme con mi silla.

—Cuando Galiardo se encontró acuciado por las deudas Aurora lo puso en contacto con Lindmayer.

Fijé la vista en la cicatriz de mi mano derecha, una gran eme partida en dos de relieve irregular y con el color rosáceo de la piel nueva. La restregué con fuerza.

Javier continuaba su exposición:

—Este le propuso un nuevo negocio, muy lucrativo para ambos, que consistía en transportar, enmascarados entre sus pedidos, los objetos que él le facilitara. El primer envío se llevó a cabo con el beneplácito del señor Cifuentes que, ciñéndonos a su declaración, creía que había sucedido una única vez. A partir de esa fecha comenzaron a producirse ingresos en efectivo todos los meses en las cuentas de Galiardo. Era un plan bien trazado con intención de que este les fuera de utilidad durante largo tiempo. Aurora Cifuentes pasó a controlar las exportaciones de las empresas estableciendo una vía ilegal de salida de obras de arte hacia Europa que no ha dejado de funcionar en todo este tiempo.

Le cedió la palabra a Fernández Lago.

—En los últimos tres años la fiscalía de Munich ha avisado en diferentes ocasiones al gobierno español de que se estaban subastando piezas, procedentes de España, de dudoso origen. Hace unos ocho meses se puso a la venta la colección de arte de un magnate alemán y el Museo Central Romano-Germánico denunció que entre los objetos había piezas procedentes de España exportadas ilegalmente, entre ellas unos cascos celtíberos, además de espadas, puñales y lanzas. La fiscalía de Múnich retuvo las piezas. Tres

meses después se volvieron a subastar otros cascos, una venta que, de nuevo, denunció el Museo Central y el mes pasado Christie's de Londres vendió un nuevo lote, compuesto por cuatro cascos más. Todas estas piezas formaban parte del ajuar propio de los enterramientos de los guerreros: cerámicas, petos, espadas, cascos, corazas, fíbulas, joyas... y provienen de yacimientos de Zaragoza y Soria. Esta operación ha estado abierta casi dos años y ha sido desarrollada por la Unidad del Servicio de Protección de la Naturaleza, SEPRONA, adscrita a la Fiscalía de Medio Ambiente y Urbanismo y la Unidad de Patrimonio Histórico de la Unidad Central Operativa (UCO) de la Guardia Civil.

—Perdone —interrumpió mi tío, asombrado por la duración de la operación—, ¿qué es lo que les falta?, ¿hombres?, ¿presupuesto?

El capitán negó con la cabeza.

—Las investigaciones en casos como este son muy complicadas ya que al efectuarse en zonas rurales la presencia de nuestros agentes es fácilmente detectable. A eso tenemos que sumarle la agilidad de las comunicaciones de hoy en día que hace que los delincuentes puedan actuar a grandes distancias de su lugar de residencia, lo que dificulta su detención. Son profesionales, tienen conocimientos artísticos, planifican sus robos, actúan en cualquier lugar y burlan los sistemas de seguridad. La rentabilidad de estas operaciones es menor que en el tráfico de drogas, joyas o el robo de bancos, lo que hace que haya menos grupos organizados dedicados a ellas. Me explico —añadió apoyando los brazos en la mesa—: las piezas artísticas suelen ser voluminosas y por consiguiente complicadas de transportar y para obtener buenos beneficios hay que acudir a canales concretos que en mayor o menor medida están vigilados.

Agarró una botella de agua de la bandeja, desenroscó el tapón y se bebió casi la mitad de un trago.

—A su favor podemos apuntar que la levedad de las penas hace que los delincuentes pasen poco tiempo en prisión y que el plazo de prescripción de estos delitos es muy corto por lo que, a veces, cuando recuperamos las obras robadas los autores ya no son responsables penalmente de ello. Los bienes culturales son una excepción a la libre circulación de mercancías en la Unión Europea, son los gobiernos a través de sus autoridades culturales los que

tienen que autorizar la salida de los mismos. Países tradicionalmente exportadores como España, Italia y Grecia han visto desaparecer parte de su patrimonio artístico en los mercados de Bélgica, Holanda, Alemania y Reino Unido; hoy en día Estados Unidos, Rusia o Japón tienen mercados de arte donde estas piezas también pueden encontrar salida.

Dado agradeció con un movimiento de cabeza la explicación del capitán.

—Volviendo a los hechos que nos ocupan —la voz de Fernández Lago inundó la sala—, las piezas robadas en España, a través del mercado negro iban cambiando de manos hasta llegar de nuevo a Lindmayer que las distribuía en casas de subastas y anticuarios, ya blanqueadas. La mayoría de ellas, finalmente, iban a parar a manos de un coleccionista germano-americano llamado Carl McPherson.

Me sobresalté al oír el nombre y cambié mi actitud aparentemente distraída. Me enderecé en la silla y puse toda mi atención en lo que Javier, que volvía a tomar la palabra, decía.

—Las pasadas navidades Aurora Cifuentes, Carlos Galiardo y Wolfgang Lindmayer viajaron a Miami invitados por el tal McPherson. Este los alojó en su mansión de Coral Gables. Un edificio construido por Whyet & King en los años cuarenta que le pertenece por herencia y...

—Y en el que está instalado el artesanado de la sacristía de la Colegiata de San Tirso —le corté con voz trémula.

—Exactamente —asintió él con semblante grave.

Eduardo, Xabela y Dado nos miraron, sorprendidos por la revelación.

—Tenemos la seguridad de que fue una triste coincidencia puesto que por lo que sabemos la señorita Cifuentes no conocía San Tirso. Nuestras conversaciones con su hermano nos indican que Galiardo no hablaba sobre el tema, aparte de algún comentario ocasional después de las vacaciones y poco más.

—¿Héctor está bien? —pregunté, alertada por lo que acaba de decir Javier.

—Sí, el juez de instrucción ha tramitado la concesión del estatus de testigo protegido para él, a petición de la fiscalía.

Sentí un gran alivio.

—La conexión de Galiardo con San Tirso podía convertirse en un

negocio muy provechoso para Lindmayer que conocía perfectamente al caprichoso, megalómano y excéntrico McPherson. Este, además del artesanado de la sacristía, poseía un sarcófago gótico del siglo trece y una talla sedente de la Virgen con el Niño en su regazo, del siglo doce, que aseguraba que provenían también de la colegiata. Lindmayer le insinuó la posibilidad de enriquecer su colección y accedió entusiasmado. A principios de febrero Galiardo y tres hombres más visitaron la Colegiata de San Tirso. El párroco de San Tirso, Don Manuel Logares, ha reconocido a los tres individuos que lo acompañaban: uno era Lindmayer, el segundo un restaurador italiano que trabajaba para él prácticamente en exclusiva y el tercero un hombre de origen rumano, miembro de su grupo de delincuentes, que tenía como cometido hacer un reconocimiento de la zona y estudiar la forma de efectuar el robo. Este último fue detenido el pasado fin de semana. Don Manuel les enseñó unas fotos de la sacristía original aunque no les mostró la ubicación de la actual y les dijo, como contestación a una pregunta suya, que el resto de objetos que adornaban la antigua sacristía estaban a buen recaudo en el Museo Diocesano de Lugo. El viejo párroco insiste en que las preguntas de Galiardo evidenciaban que conocía el contenido de la carta que encontraron en los archivos de su abuelo, Martín Castela.

Eduardo frunció el ceño y miró a Dado que se encogió de hombros.

—¿Qué carta? —fue Xabela quien preguntó.

—Limpié la cueva del taller de papá —intervine—. Sole y Alfonso me ayudaron. Subimos a casa los papeles que quedaban allí. La mayoría eran facturas y viejos contratos de depósito, pero entre ellos hallamos una carta dirigida al abuelo.

Puse mi mano encima de la de mi prima.

—En ella aparecía una relación de piezas provenientes de la colegiata de San Tirso que le dejaban en depósito para su restauración y custodia. Tiene fecha de marzo de mil novecientos treinta y cinco y está firmada por el párroco de la colegiata en aquel tiempo, Don Xoán Basanta.

—Lo recuerdo perfectamente —dijo mi tío.

—Por lo visto Don Xoán, escamado por las gestiones que se estaban haciendo para vender el artesanado de la sacristía, decidió poner a salvo todo aquello que aún no habían considerado vender y con la ayuda del abuelo lo

escondieron en nuestra casa de San Tirso. Escribió la carta para exculparlo en caso de que alguien lo reclamara.

Miré a Dado.

—Papá y Don Manuel se lo devolvieron todo al Obispo de Lugo a finales de los años cincuenta, Don Manuel seguro que recuerda la fecha exacta —suspiré antes de añadir—. Yo no sabía nada de ese asunto pero papá se lo debió contar a Carlos en algún momento.

Mi voz reflejaba la decepción que sentía, no soportaba pensar que mi padre hubiera confiado en él en vez de en mí.

Mi tío se apoyó en la mesa y comenzó a hablar:

—Magdalena —el tono que utilizó era cálido pero severo—, estoy convencido de que tu padre solo pretendía protegerte y a la larga se ha demostrado que sus temores eran fundados. Otra cosa es que se equivocara de confidente, pero Carlos nos engañó a todos.

Me recosté en la silla y guardé silencio.

—El viernes ocho de marzo robaron una de las piezas devueltas por su padre —esta vez Javier se dirigió a Eduardo— del Museo Diocesano de Lugo: una tablilla de oraciones que tenían expuesta en un atril. La sustituyeron por una burda copia al objeto de retrasar el descubrimiento de su falta, lo que no sucedió hasta el día siguiente.

—Esta sustracción no planteó grandes dificultades por el tamaño de la tablilla, que se podía ocultar con facilidad —señaló Fernández Lago—, y porque solo hay un vigilante en todo el museo. Cortaron la luz y aprovecharon el desconcierto posterior para dar el cambiazo.

—Concertaron una visita guiada y por suerte el intérprete que los acompañó ha reconocido a dos de ellos entre los detenidos en la operación.

Javier bebió un poco de agua y carraspeó para aclararse la garganta:

—Una semana después, el quince de marzo, entraron en el taller de restauración de Santa Engracia y tras matar a su dueño, se apoderaron de un espejo de cornucopia que, si bien no tenemos la seguridad de que provenga de la colegiata, guarda una gran similitud con el que en tiempos había en ella.

—Habían controlado los horarios de Don Elías —concretó el capitán— y entraron en el momento de menor afluencia de gente en las inmediaciones.

—Pero —preguntó Eduardo apoyando los codos en la mesa—, sin son

ladrones especializados en este tipo de robos ¿por qué atacaron a mi padre?, era un señor de casi ochenta años que no suponía ninguna amenaza para ellos.

—Muchos de estos delincuentes —expuso Fernández Lago—, procedentes de países del este, son antiguos miembros de las fuerzas armadas y han sido adiestrados para participar en operaciones militares, tienen un concepto mucho más relajado que el hombre de a pie acerca del valor de la vida y no vacilan en matar si lo consideran necesario.

Mi hermano negó con la cabeza en señal de impotencia a la vez que presionaba la boca contra los dedos entrecruzados de sus manos.

—¿Cómo dieron con el espejo? —quiso saber mi tío—. Lo trajeron al taller cuando ya vivíamos en Madrid...

—Carlos —aseguré antes de que Javier pudiera siquiera abrir la boca.

—¿Qué? —preguntó Dado girando la cara hacia mí.

—Solo pudo ser Carlos —insistí.

Las lágrimas rodaban por mis mejillas, terriblemente afectada por la repentina e incontestable confirmación de mis temores.

—Hace tres meses era el único que conocía la carta y que además sabía de la existencia de mi espejo.

—Efectivamente...

Javier se calló al ver que me ponía de pie.

—Me voy —anuncié con un hilo de voz.

Los dos policías y el guardia civil se levantaron, Eduardo se incorporó y vino hacia mí alarmado.

—No quiero escuchar nada más, el resto lo conozco y lo que no, lo sospecho o prefiero ignorarlo —me justifiqué andando hacia la puerta.

Hablaba entrecortadamente como si me costara respirar.

—Quiero irme, necesito salir de aquí.

—Te acompaño —dijo Xabela.

—No, quédate. Yo... No puedo más. Ya he tenido suficiente —apreté la mano de mi hermano y añadí—. Solo quiero dar un paseo, estaré bien. Necesito estar sola —miré hacia donde estaba Javier y los otros dos hombres para disculparme—. Lo siento, lo siento muchísimo.

A continuación abrí la puerta de la sala y desaparecí de su vista.

Abandoné la comisaría a la carrera con las angustia aparcada en la garganta, al llegar a la esquina con la calle Caracas aflojé el paso. El sol todavía estaba alto y la luz me molestaba en los ojos enrojecidos, me puse las gafas de sol; rebusqué en el bolso y saqué el reproductor, lo encendí, me ajusté bien los auriculares, y continué caminando sin un destino concreto.

«*Goodbye to you my trusted friend, we've known each other since we were nine or ten. Together we've climbed hills and trees, learned of love and ABC's, skinned our hearts and skinned our knees...*»^[38].

«La música compone los ánimos descompuestos y alivia los trabajos que nacen del espíritu», había leído hacía montones de años en un capítulo del Quijote; tenía verdadera fe en esa sentencia que había convertido casi en regla. No necesitaba nada más para poner orden en mi cabeza: caminar, música y un poco de tiempo.



Dentro de la sala el resto de los asistentes se había vuelto a sentar.

(Esa misma noche Xabela me contó todo lo que me había perdido, con pelos y señales y sin omitir una coma).

—En la tarde del pasado trece de abril dos individuos intentaron robar en el piso y el taller de Santa Engracia con pocos minutos de diferencia. Magdalena Castelao me informó de que faltaba el espejo de cornucopia, Félix Santos declaró que el día anterior a la muerte de Don Elías el espejo estaba colgado en su sitio habitual y Soledad Estévez y su hijo Alfonso nos hicieron saber que habían sido testigos de cómo dos hombres se llevaban el espejo en cuestión en una furgoneta la mañana del fallecimiento. Esta sucesión de acontecimientos y la insistencia de la señora Castelao, que desde el primer momento aseguró que la muerte de su padre no podía deberse a un accidente, nos llevaron a reabrir el caso.

Eduardo y Dado se removieron, incómodos, en sus asientos.

—La furgoneta apareció calcinada y el hombre que detuvimos aseguró no conocer al que lo había contratado; el encargo consistía en hacerse con dos de los cuadros que aparecían en la carta de Don Xoán: un óleo de San Tirso y

otro de San Froilán. Los robos del espejo y de la tablilla fueron notificados a la Interpol. Fue su hermana la que nos puso al tanto de la desaparición de esta última tras una visita al Museo Diocesano de Lugo.

—¿No los han encontrado? —quiso saber mi hermano.

—Normalmente antes de vender la pieza robada la ocultan durante un tiempo —explicó Fernández Lago— y procuran venderla lejos del sitio donde se sustrajo. La persona encargada de colocar la pieza en el mercado no es el ladrón sino un intermediario o perista con contactos en el mundo de las antigüedades. Cuando lo robado sale de nuestras fronteras la posibilidad de localizarlo es mucho menor. También nos enfrentamos a la eventualidad de que en un momento de peligro decidan destruir los objetos y eliminar así el riesgo que comporta su posesión.

—Tras la agresión a su hermana el dieciséis de abril, comenzamos a investigar al señor Galiardo y sus negocios, a su socio y a la hermana de este. Galiardo vació, en los primeros días de abril, todas sus cuentas con la intención de devolver parte del dinero que debía. No pudo tocar las de la empresa puesto que necesitaba la firma del señor Cifuentes para realizar cualquier transacción superior a seiscientos euros.

—Perdone —intervino Xabela—, la chiquita esta, Aurora, jugaba a dos bandas ¿verdad? Quiero decir que era la amante del alemán pero además mantenía una relación con Carlos que duraba ya unos cuantos años.

—Sí, así es —aseguró García-Rubio que no había abierto la boca hasta entonces—. La señora Castelao nos informó de esa circunstancia después de la agresión.

Mi prima sacudió la cabeza sorprendida:

—¿Nena lo sabía?

El subinspector asintió:

—Ella nos dio la clave que conectaba a Galiardo con Lindmayer.

—Valiente gilipollas —farfulló Eduardo.

Javier retomó el hilo de la conversación:

—El nueve de mayo por la noche irrumpieron en la casa familiar de San Tirso, registraron el inmueble en un tiempo récord y se largaron sin encontrar lo que buscaban. Quince días más tarde, el miércoles veintitrés, asaltaron la Colegiata de San Tirso.

—Fue una incursión descuidada —estableció Fernández Lago—. Mis hombres tenían el edificio sometido a vigilancia las veinticuatro horas del día. Atrapamos a tres individuos, dos dentro de la iglesia y uno que los esperaba en un *jeep*.

—Galiardo se había comprometido a entregarles algunas de las piezas de la sacristía, a saber: el espejo, la tablilla de oraciones y los óleos de San Tirso y San Froilán. Únicamente tenía que facilitarles su ubicación y los hombres de Lindmayer se encargarían del resto, pero pecó de ingenuo al pensar que podría hacerse con ellas. En el Museo de la Catedral de Lugo solo encontraron la tablilla y como el supuesto espejo colgaba de una pared en el taller de su suegro debió de deducir que en alguna de sus otras propiedades localizarían las que faltaban.

De vez en cuando echaba un vistazo a unos folios que había dejado sobre la mesa y que le servían de guía para no perder el hilo de su minuciosa exposición.

—Este último fracaso puso en alerta a Lindmayer, el arresto de cuatro hombres de su organización complicaba mucho las cosas para él.

—¿Cuatro? —inquirió Xabela.

—Sí —contestó Javier—, el hombre que detuvimos en el taller el trece de abril también pertenecía a ella.

Abrió una nueva botella de agua y rellenó su vaso, bebió antes de continuar:

—Lindmayer se puso nervioso y decidió mandar una advertencia a Galiardo: el viernes veinticinco de mayo arrasó su piso de Padre Damián. La mala suerte quiso que este, asustado por lo que encontró al llegar a la casa, huyera de la misma con Aurora y su hija Lola a la que acababan de recoger del colegio. Magdalena Castelao se puso en contacto con nosotros tras esperar varias horas a que su ex marido le devolviera a la niña o diera señales de vida.

—¿Sabíais algo de eso? —preguntó mi tío a mi hermano y a mi prima.

—Es la primera noticia que tengo —dijo un sorprendido Eduardo.

—Ni idea —fue la respuesta de Xabela.

—Pobre Nena —murmuró Dado golpeando la mesa con los nudillos—. Qué desastre.

—En algún momento durante la noche, su sobrina —dijo Javier mirando en su dirección— recordó haber estado en un par de ocasiones en una casa que la familia de Héctor tenía en La Alcarria; como no nos localizó decidió dirigirse hacia allí. Desde una gasolinera a la entrada de Guadalajara llamó a Soledad Estévez y le indicó donde iba, pidiéndole que nos lo comunicara.

—Pero bueno —interrumpió Xabela—, ¿por qué no los esperó? Y ¿cómo sabía que estaban allí?

—Dijo que era una corazonada y que intuía que no quedaba mucho tiempo.

Eduardo meneó la cabeza incrédulo recostándose contra el respaldo de su silla.

—Igual que mi madre —insinuó mi tío.

—En todo caso —intervino Javier—, cuando nosotros llegamos ella ya había puesto a salvo a la cría, antes incluso de que los secuaces de Lindmayer dieran con ellos. Hallamos la casa desierta, Galiardo y la señorita Cifuentes escaparon en su coche llevándose por delante la puerta de la valla. Encontramos unos casquillos de bala dentro de la casa y restos de sangre. Ahora, tras las autopsias, sabemos que correspondían a Aurora, recibió un tiro en un brazo aunque esa no fue la causa de su muerte.

—¿Y Nena y Lola? —indagó Xabela.

—Cuando comenzaron los disparos se escondieron en una zanja a unos cincuenta metros de la casa. Las dos estaban bien, la niña permaneció dormida casi todo el tiempo, su prima tenía una herida en la mano y estaba exhausta. A partir de ahí desplegamos el dispositivo de búsqueda.

—El coche apareció nueve días después cerca de Buitrago de Lozoya —dijo Fernández Lago tomando el relevo—, habían limado el número de bastidor y quitado las matrículas, lo que retrasó su identificación. Dos días más tarde, un hombre que daba un paseo por un encinar cerca del pantano de Puentes Viejas tropezó con los cuerpos semienterrados en una hondonada. Se habían ensañado con ellos —añadió.

Nadie hizo preguntas, sabían por mí que los habían mutilado y ninguno deseaba conocer más detalles al respecto.

—Uno de los detenidos en San Tirso terminó confesándolo todo, tiene a su familia en España y la idea de verse mezclado en un asesinato lo acobardó.

Detuvimos a tres de los esbirros de Lindmayer en El Molar cuando se disponían a abandonar el piso en el que vivían —contribuyó el subinspector— y a otros siete en diferentes localidades de la Comunidad Valenciana.

—Estos eran los que actuaban sobre los yacimientos de Zaragoza y Soria —señaló Fernández Lago.

—Por último, arrestamos a un ciudadano letón —concluyó García-Rubio— en el aeropuerto del Prat, en Barcelona.

La sala quedó en silencio durante unos segundos.

—Esta operación —precisó Javier— se ha llevado a cabo con la colaboración del Centro de Inteligencia Contra el Crimen Organizado y el grupo de Homicidios de la Unidad central de Delincuencia Especializada y Violenta de Madrid —carraspeó para aclararse la voz y bebió agua de su vaso antes de continuar—. Lola nos contó que...

—Perdona —preguntó Xabela horrorizada—, ¿interrogasteis a la niña?

—No exactamente —repuso él—. A instancias de su prima merendamos en su casa, un par de días después, una de nuestras psicólogas, el subinspector y yo. A lo largo de unas cuantas partidas de oca que jugaron Marina, Alberto —enumeró señalando a García-Rubio—, Guiomar y Lola, la cría nos fue desmenuzando lo sucedido aquella tarde.

—Usted es el famoso Alberto de la ambulancia ¿verdad? —preguntó Eduardo.

García-Rubio asintió con una sonrisa.

—Sepa usted que, de un tiempo a esta parte, es protagonista de muchas de nuestras comidas familiares —precisó Dado.

Javier prosiguió:

—Lola nos contó que la señorita Cifuentes había hablado con Wolfgang por teléfono, creía que se trataba de uno de sus profesores del colegio alemán del mismo nombre —quiso aclarar—. No tuvo en cuenta que la niña entendía el idioma. Los registros que hemos recibido de las respectivas operadoras avalan el vínculo entre ellos.

Hizo una pausa mientras leía una de las hojas que tenía delante.

—Las huellas del ciudadano letón detenido en el aeropuerto de Barcelona coinciden con las encontradas en el taller de Santa Engracia. Su abogado defensor ha planteado un acuerdo con el Ministerio Fiscal para rebajar la

acusación de asesinato a homicidio a cambio de su colaboración. La señora Castela nos ha dirigido a la letrada Águeda de La Torre como representante legal de la acusación particular.

Paseó la mirada por sus oyentes antes de continuar, mi hermano asintió con la cabeza.

—Gracias a su declaración solicitamos una orden europea de detención y entrega contra Lindmayer que fue arrestado, el mismo día del hallazgo de los cuerpos, en el aeropuerto de Arlanda, en Suecia.

—¿Qué conseguía matando a Carlos y a su chica? —inquirió mi prima—. Perdona, pero no alcanzo a entenderlo.

—Lindmayer confiaba en que ninguno de los detenidos abriera la boca, liquidando a Galiardo eliminaba al único testigo que podía irse de la lengua; estaba asustado y era débil, podía alegar que colaboró con ellos bajo coacción para conseguir una rebaja de la condena. Respecto a Aurora... esta llevaba demasiado tiempo con el doble juego, desde hace cinco años era amante de Galiardo y se habían prodigado por locales nocturnos, bares y restaurantes sin ningún tipo de pudor, si conseguían establecer la conexión entre ellos tampoco saldría bien parado.

—¿Qué pasa con McPherson? —atinó a preguntar Eduardo visiblemente cansado.

—Cuando los objetos salen al extranjero la recuperación se complica mucho —precisó el guardia civil—. Es difícil localizarlos y aunque se encuentren, al intervenir diferentes autoridades judiciales, surgen problemas de otro tipo ya que los gobiernos protegen a sus ciudadanos y a sus propiedades suponiéndoles adquirientes de buena fe. McPherson ha podido aportar facturas de todo lo que compró, Lindmayer no dejó cabo sin atar. Es rico y respetado, nadie que le conozca querrá creer ese planteamiento y aun teniendo razón sería complicadísimo demostrarlo. En casos como este encontrar pruebas es un trabajo arduo y problemático. Probar la mala fe es muy difícil.

Tras demorarse un rato más en detalles sobre el desarrollo del proceso judicial, Eduardo, Xabela y el tío Daniel abandonaron la comisaría. Eran las nueve y media de la noche y el sol todavía no se había marchado.

Mi prima se colgó del brazo de Dado.

—¿Vamos dónde Félix? —preguntó—. Me apetece un vino, quizá dos o tres. Creo que necesitaré tiempo para asimilar todo esto —reconoció con pesadumbre.

—¡Hay que joderse! —acertó a exclamar mi tío con ademán abatido—. La realidad siempre supera a la ficción. Siempre —masculló.

Eduardo colocó la mano en su hombro y le dio un cariñoso apretón.

—Venga, subamos —dijo—. Xabela ¿podrías mandarle un mensaje a Nena indicándoselo?

Javier acababa de entrar en su despacho cuando recibió mi llamada:

—Estaba decidiendo si telefonearte sería una buena idea. ¿Dónde estás?

—En la Plaza de la Lealtad, enfrente del Ritz, sentada en la verja que rodea el obelisco. ¿Puedo preguntarte algo?

—Por supuesto.

—Si yo no hubiera insistido en que la muerte de mi padre no fue un accidente, si no hubiese denunciado el robo del espejo, ¿el final hubiera sido el mismo?

Javier reflexionó antes de contestar:

—Si te refieres al asesinato de Carlos y Aurora sí, Lindmayer se hubiera librado de ellos tarde o temprano. Pero es verdad que sin el espejo, que nos puso sobre la pista de San Tirso, y sin la carta de tu abuelo creo que no habríamos podido detener a todos y redondear la operación.

No dije nada más, a través del teléfono únicamente se oía el ruido del tráfico que a esas horas atestaba el Paseo del Prado.

—No te muevas de ahí, voy a buscarte.

Tardó veinte minutos en llegar, aparcó el coche enfrente del edificio de la Bolsa y bordeó la verja hasta que me encontró. Estaba sentada en el poyete de piedra que circunvala el perímetro del monumento, había subido las rodillas y me las rodeaba con los brazos. Tomó asiento a mi lado y me pasó un brazo por los hombros, me apreté contra él.

—Estoy enferma de odio...

—¿Qué quieres decir?

—Confirmar que Carlos indujo, consciente o no, la muerte de mi padre me genera un odio tan intenso que me asusta. Nunca podré perdonarlo Javier: no puedo perdonar su abandono y lo mal que me hizo sentir, su desinterés por

las niñas, su desdén, su desprecio por todos los que lo quisimos —la voz me falló en el último momento—. No puedo soportar el pensar que mi padre murió solo y asustado por su imprudencia —me limpié las lágrimas con la manga del abrigo—. El peligro que corrió Lola... Creo que me alegro de que esté muerto —aseguré— y este sentimiento me hace sentir como una mierda.

Bajé los pies al suelo y me aferré a él con fuerza, aguantamos así hasta que casi había anochecido.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó Javier besándome el pelo.

—Xabela me mandó un mensaje diciéndome que iban al bar de Félix. Creo que debería volver con ellos, estarán preocupados después de mi espantada de la comisaría. Javier, no podía más, estaba a punto de perder los papeles.

Tomé aire antes de seguir.

—Os notaba tan pendientes de mí, de mis reacciones.

Me giré para mirarlo.

—Pareces agotado.

—Lo estoy. Las últimas semanas han sido una locura.

Me dio un suave beso en la boca.

—La verdad es que lo único que quiero es darme una ducha y dormir.

—Vámonos —dije poniéndome en pie, extendiendo mi mano hacia él—, me dejas en Santa Engracia y te marchas a casa.

—¿Estarás bien?

—Sí —contesté seria—, todo lo bien que se puede estar. No te preocupes demasiado por mí, Edu y Xabela me cuidan con esmero.

No hablamos mucho durante el trayecto. Al llegar a Martínez Campos me volví hacia él y pregunté:

—«Barrigaescotolmo» Javier, ¿qué quería decir? Cacé la mirada que os cruzasteis Alberto y tú.

—Lindmayer llegó a Estocolmo vía Riga, siempre utilizaba la misma conexión, Berlín-Riga, Riga-Estocolmo.

Me arrellané en el asiento y cerré los ojos. Unos minutos después Javier aminoró la velocidad y el auto se desplazó hacia la izquierda.

—No es verdad que me alegre de que esté muerto.

Tiró del freno de mano y me miró.

—Ya lo sé.

Se desplazó en el asiento, pasó una mano por detrás de mi cabeza y me atrajo hacía él.

—Estás furiosa, defraudada, humillada, profundamente triste y muy muy cansada pero sé que sus muertes te han consternado; soy testigo de ello.

Nuestras bocas se juntaron en un beso largo y reconfortante.

—Buenas noches —dije al apartarme.

Abrí la portezuela y me bajé.

—Que descanses —le deseé antes de cerrar.

—Procura dormir algo tú también —rogó él—, por favor.

Asentí con una sonrisa, rodeé el coche y caminé hacia el bar.

Al llegar a la puerta así el tirador con la mano y me quedé parada observando como el Kuga desaparecía calle arriba confundándose con el resto de vehículos que circulaban por Santa Engracia; acto seguido tiré del picaporte y entré en el local.

20

Sábado, 16 de junio de 2012, 19:30

«*Vor der Kaserne, vor dem großen Tor stand eine Laterne und steht sie nach davor. So woll'n wir uns wieder seh'n bei der Laterne woll'n wir steh'n wie einst Lili Marleen...*». ^[39]

—¡Dios!, Edu —exclamé nada más entrar en el salón—, no me acordaba de estos discos.

Me senté a su lado en el sofá y cogí una de las cajas que había encima de la mesa, dentro de cada una, en sobres de papel, había guardados diez discos antiguos para gramófono. Saqué uno con cuidado y lo sostuve entre las manos.

—Es precioso. No recordaba lo que pesaban. «La voz de su amo» —sonreí al leerlo—. Mira: *La vie en rose*. ¿De qué están hechos?

—En esta caja hay alguno de pizarra y otros, no lo tengo claro, de pasta o cera.

—Hacía siglos que no escuchaba esta canción, a mamá le encantaba.

Eduardo asintió con la cabeza.

—Estaban guardados en el aparador, en la puerta de debajo del tocadiscos. Los encontré mientras rebuscaba entre los LP's. He visto que hay agujas de repuesto.

—Sí, las compramos papá y yo hace muchísimo tiempo, un día que fuimos a la calle Barquillo, por si dejaban de fabricarlas.

—¿Qué tal ha ido?

—Bueno —me encogí de hombros—, Guiomar estaba un poco rara, sigue enfadada con él y a la vez le da mucha pena.

—¿Y Lola?

—En su línea, no alcanzaba a entender lo que sucedía. Ha estado todo el rato saltando de aquí para allá. No ha terminado en el agua de puro milagro.

—¿Qué habéis hecho con las cenizas?

—Las hemos arrojado desde el puente, al río Eresma.

Devolví el disco a su sobre con sumo cuidado.

—Luego he acercado a las niñas a Los Molinos. Miguel y Carlota se han empeñado en que me quedara a comer con ellos y me ha sabido mal decirles que no.

—Son buena gente —aseguró mi hermano— y se preocupan por ti.

—La verdad es que sí, siempre están dispuestos a ayudarme. Adoran a Guiomar y a Lola; la peque se los ha ganado.

—Lola es muy cariñosa, aunque esté un poco loca —dijo dándome un codazo afectuoso—, como tú.

—¿Cómo yo? —repliqué devolviéndole el codazo.

—Como tú —repitió—. Sois como dos gotas de agua.

—No sé, es tan alegre.

—Siempre lo fuiste. Dale tiempo al tiempo —contestó tras reparar en mi gesto escéptico.

Se inclinó sobre la mesa, recogió los discos y los volvió a guardar en el aparador. A continuación regresó al sofá, pasó un brazo alrededor de mis hombros y me achuchó contra él.

—Creo que tenías razón —dije de repente—. Saber no nos lo ha devuelto.

—No pienses más en ello, enana.

—Quizá debería haberme conformado...

—No, creo que has sido muy valiente, estabas en lo cierto desde el principio y nosotros preferimos no verlo. Lo que más siento, y sé que Dado piensa igual que yo, es haberte dejado sola en esto.

—No sé qué esperaba. Estoy confundida. La verdad es tan dolorosa. No tengo claro que haya valido la pena.

—Nena, los malos están en la cárcel y no volverán a hacer de las tuyas en mucho tiempo, supongo que eso es lo que cuenta.

—Sí, imagino que sí —tras una pausa masculina—. «Conoceréis la verdad. Y la verdad os hará libres».

—Eso es del evangelio —apuntó Eduardo descolocado.

—San Juan —precisé—. En este caso la verdad se ha convertido en una condena.

—¿Qué quieres decir?

—Carlos. Le abrí las puertas de mi casa, de mi familia. Le confié a mi hija, a mis hijas —tragué saliva—. ¿Y Lola?... No nos quiso y si alguna vez lo hizo ya no importa.

—Nena...

—Déjame —lo interrumpí—. Necesito desahogarme. No puedo evitar sentirme culpable; si lo hubiera plantado cuando descubrí que estaba liado con Aurora —el nombre se me atragantó nada más decirlo— o cuando me dejó sola en la enfermedad de mamá o al nacer la niña... No tuve cojones para marcharme, para empezar de nuevo. Estaba asustada, humillada y me acomodé en la sordidez, en las carencias.

Me incliné hacia delante, apoyé los codos en las piernas y tapé mi cara con las manos.

Eduardo se puso en cuclillas enfrente de mí y me descubrió el rostro.

—Nena, mírame —su voz era grave—. No quiero que digas esas cosas. No es verdad. Puede que no hayas tomado las decisiones adecuadas en el momento preciso pero el comportamiento de Carlos no tiene nada que ver contigo. A toro pasado es muy fácil juzgar y tendemos a ser inclementes. Hiciste las cosas lo mejor que pudiste o supiste.

Colocó sus manos a ambos lados de mi cara y me limpió las lágrimas con los pulgares.

—Intentaste proteger a las niñas, a papá, a mí; incluso a él: quisiste preservar el buen nombre del padre de Lola. Carlos te estafó, te traicionó, se burló de todo y de todos. Él es el único responsable de sus actos.

Lo miré con los ojos anegados.

—Lo peor es saber que papá murió solo y asustado, las imágenes de su muerte me torturan constantemente.

Agarré las manos de mi hermano con urgencia, en busca de consuelo.

Recordaba el último beso que le había dado a mi padre, lo dejé encima de

su frente sabiendo que ya no lo recibiría. El último adiós se lo ofrecí bajito, se abrió paso en mis labios, despiadado, cuando aún le sujetaba entre mis brazos, consciente de que lo había perdido.

Eduardo se volvió a sentar y me estrechó entre sus brazos.

—Tengo miedo —confesé—. Miedo de que un día todo lo sucedido ni siquiera me conmueva. Miedo de olvidarlo —inspiré hondo—. Ya no puedo visualizar las manos de mamá. ¿Te acuerdas de lo bonitas que eran? Me cuesta recordar el sonido de su risa.

—¿Cómo eran esos versos que le gustaban tanto a papá?

—¿Los de Atahualpa Yupanqui?

Eduardo asintió con la cabeza, la mirada fija en la pared, intentando hacer memoria.

—«Y así, seguimos andando, curtidos de soledad. Y en nosotros nuestros muertos pá que nadie quede atrás» —recité.

—Eso es. Forman parte de nosotros, de alguna manera somos obra suya; somos lo que somos, en una gran parte, gracias a ellos.

—Saber lo que hicieron el abuelo y papá por preservar y defender nuestra historia me hace sentir menos sola, menos perdida.

—¿Qué quieres decir? —me preguntó Eduardo.

—Conocer de quién vengo, adónde pertenezco, de qué he formado parte me sitúa en el mundo.

—El pasado nunca volverá Nena, la única realidad que tenemos es el momento presente. La conciencia de la muerte nos permite vivir cada día con un enfoque más digno, productivo y esperanzador.

Cabeceé poco convencida.

—¿Y qué hago con el horror?, ¿con el espanto? —reclamé.

—¡Ay, Nena, Nena! Nadie está preparado para una muerte violenta, ni para la violencia como tal.

—Ya, pero es como si el mundo hubiera cambiado o mi percepción de él fuera diferente, más cruel e inseguro. Estoy convencida que a Guío le pasa lo mismo, está asustada: cuando íbamos hacia la sierra no hacía más que decirme que tuviera cuidado, que fuera más despacio. Siempre pensamos que estamos a salvo, confiamos en la vida y...

—Las tragedias son parte de la vida, como la felicidad. Todos las

experimentamos en algún momento. No se puede tener control sobre ellas, no puedes preocuparte por lo que pueda pasar; no te anticipes por favor.

—Ya, ya.

—Además también ocurren cosas buenas.

—¡La bebé! —exclamé tratando de sonar alegre.

—Tu caballero andante —rio Eduardo.

—¡Eh! Y tu sueca rubia ¿qué? El sueño de cualquier españolito de tu época.

—Eso ha sido un golpe bajo Magdalena —gruñó, intentando parecer ofendido.

—Esta mañana cuando paseábamos por *La Boca del Asno*, Lola me ha dicho que me tenía que buscar un nuevo novio...

—Joder, con la cría.

—Calla —lo amonesté—. Le he preguntado si había pensado en alguien y me ha dicho que sí.

—¿Javier?

—No. Justin Bieber.

Rompimos a reír a carcajadas.

—¿Has hecho la maleta?

—Sí, no sé si voy a poder cerrarla con todas las cosas que has comprado.

—No protestes tanto, Annika seguro que me lo agradece. ¿Quieres que cenemos por ahí? Sole me dijo que le diera un toque si salíamos, no tenía planes para esta noche.

—Ya he quedado con ella y con Javier; iba a reservar en un sitio por el Encinar de Los Reyes, no me acuerdo del nombre, *La cabaña no sé qué*.

Me quedé boquiabierta tras la revelación de mi hermano.

—La verdad es que no lo he visto desde el martes —dije—, hemos hablado por teléfono eso sí.

—¿Qué pasa? —preguntó Eduardo poniendo un dedo debajo de mi barbilla y apremiándome a mirarlo.

Me encogí de hombros.

—Nena, la vida sigue, no le eres desleal por volver a vivirla, por intentar ser feliz. Papá querría que lo fueras.

—Sí, supongo que sí —tras una pausa añadió—. Ha sido un alivio tenerlo

a mi lado estos meses.

Sonrió al oírme.

—Me aplaca, me modera, es tranquilizador —le guiñé un ojo—. En palabras de mamá: un carácter templado.

—¿Estás asustada?

—Un poco.

—Nena...

—Ya lo sé, ya lo sé. Soy guapa, lista y simpática, solo me falta creérmelo.

¡Ay! —me aparté de él de un salto—, ¡vaya pellizco!

—Es para que abandones esa actitud de «pobrecita de mí».

—Yo no pienso «pobrecita de mí».

—Sí, sí que lo haces Magdalena.

—¿Magdalena? ¿Me has llamado Magdalena? ¡Ay!

—Sí —respondió riendo—, deja de sentir pena de ti misma y lánzate a la piscina.

Lo miré alucinada:

—¡Que alguien me devuelva a mi hermano!

—¿Te duchas tú primero? —preguntó mirando su reloj.

—No, ve tú.

—¿Sabes dónde está mi traje?

—Sí, ¿no es demasiado formal?

—Es que toda mi ropa está ya guardada.

Lo seguí por el pasillo.

Puntual como siempre, a las nueve y media Sole llamó al timbre. Estaba espectacular con un vestido negro de lentejuelas y unos tacones imposibles.

—¿Os habéis puesto de acuerdo? —indagué nada más abrir la puerta—. Edu con traje, este vestido...

—¿Y tú qué haces de esta guisa? —me increpó al fijarse en mi albornoz.

—No sé qué ponerme.

—¡Por Dios Nena!

Dejó el bolso tirado en la entrada y me llevó en volandas a la habitación.

—Un vestido —dijo sonriente—, te vas a poner un vestido —aseguró con medio cuerpo dentro del armario.

Sacó uno, marrón de encaje, de su interior.

—No creo que me quepa.

Lo sujetó sobre mis hombros y me examinó con ojo crítico.

—Yo creo que sí, pruébatelo.

Siguió revolviendo en busca de unos zapatos.

—¿No es un poco corto? —protesté mientras estudiaba mi imagen en el espejo.

—No, es espléndidamente corto —dijo, ignorando mi comentario—. Toma —y me lanzó unas sandalias color beis y un bolso del mismo tono.

El timbre del portero automático nos sobresaltó.

—¡Joder!

—¡Nena, Sole! —la voz de Eduardo llegó desde el descansillo—. Javier ya está abajo.

Trasvasé mis pertenencias de un bolso a otro a la carrera y terminé de pintarme en el ascensor.

—Estás muy guapa —me dijo Eduardo en el portal.

Agradecí el cumplido con una sonrisa.

Javier nos esperaba en la calle, apoyado en el capó de su coche. Vestía un traje azul marino y una camisa de rayas azules y malvas sin corbata.

—Nunca te había visto con traje. Me gusta cómo te queda —admití.

—Estás preciosa —susurró en mi oído después de besarme.



Aparcamos enfrente del restaurante.

—¿Qué sucede? —me preguntó Javier antes de salir del coche, atento a mi desasosiego.

Colocó su mano encima de las mías, durante todo el camino había estado estrujándomelas con nerviosismo.

—La vuelta a la normalidad —dije—, me intimida.

Me miró desconcertado.

—Hay un antes y un después de lo ocurrido, y estoy tratando de recuperar mi vida. Sé que el futuro será mejor —añadí sonriendo— pero no fácil... Eso es todo.

Agradecimientos



¡Tengo tanto que agradecer y a tanta gente!

El primero a mi hermano, que escuchó mis ideas iniciales sobre el argumento y me encauzó en la dirección correcta.

En segundo lugar a Álvaro Sebastián que puso a mi disposición todos sus conocimientos sobre la actividad judicial y policial.

A Vicky Martínez que leyó el primer borrador de la novela en un tiempo récord y revisó la ortografía (todos los errores posteriores son culpa mía).

Por supuesto a mi marido Antonio, mi hermana Gemma, mi hermano José Miguel (de nuevo), mi cuñado José Luis y Tovas que leyeron el segundo borrador y con sus comentarios y correcciones me ayudaron a mejorarlo.

A mi madre, a mi sobrina Laura y a mis amigos: Juncal, Hortensia, Alfonso, Marian, Gloria y Elena Rodríguez por tomarse la molestia de leer la última versión.

A Amparo y Ángel de la librería El árbol de las letras que encontraron tiempo para mí cuando no lo tenían.

A Atahualpa Yupanqui por esos versos extraordinarios.

A Lola y a sus hijas Claudia y Almudena por prestarme la anécdota de Justin Bieber.

A Alexia Jorques que ha diseñado una portada increíble.

Y, por último, a mis hijos Rafael y Antonio por seguir creyendo que su madre es maravillosa.



Nací en Madrid en 1965 y actualmente resido en su periferia.

Al igual que la protagonista de mis novelas estudié Arte, viví varios años en Londres y tengo dos hijos. Hasta aquí nuestro parecido. Perdón, casi me olvido, las dos cantamos de pena.

Soy un ochenta por ciento urbanita, mi veinte restante está enamorado de Galicia, de la provincia de Lugo para ser más exactos.

Llevo escribiendo desde que puedo recordar no obstante pocas cosas de mi autoría han resistido el paso del tiempo y mi criba personal.

La vida te da y te quita; todas las experiencias vividas han conformado quien soy hoy, la mejor versión de mi misma... Y aquí estoy.

¿Por qué ahora y no antes? No estoy segura. Ahora sé lo que quiero contar y encuentro las palabras exactas para hacerlo. Ya no necesito agradar a todo el mundo. Soy más disciplinada, menos arrogante y no tengo tiempo que perder.

Notas

[1] **I want to break free - Queen.** «Quiero liberarme. Quiero liberarme. Quiero liberarme de tus mentiras. Estás tan satisfecho de ti mismo. No te necesito. Tengo que liberarme. Dios lo sabe. Dios sabe que quiero liberarme». <<

[2] **One of these days - Emmy Lou Harris.** «Un día de estos, miraré hacia atrás y reconoceré que me fui a tiempo, porque sé que en algún lugar voy a encontrar la paz que necesito». <<

[3] **Have you ever seen the rain? - Creedence Clearwater Revival.**
«Alguien me dijo, hace mucho tiempo, que la calma precede a la tormenta.
Lo sé, ha tardado en llegar. Cuando termine, eso dicen, lloverá un día soleado
que brillará como el agua al caer». <<

[4] Al que Dios no le da hijos el demonio le da sobrinos. <<

[5] **Tonight - Billie the vision and the dancers.** «Esta noche, esta noche, esta noche, esta noche, quiero estar contigo esta noche. Esta noche, esta noche, esta noche, esta noche, quiero estar contigo esta noche. El avión despegó y mi amor se fue en él...». <<

[6] ¡Hola! ¿Está Eduardo, por favor? Soy su hermana. <<

[7] Un momento, por favor. <<

[8] **My Way – Frank Sinatra.** «¿Pesares? Algunos, pero nada digno de mención. Hice lo que tenía que hacer en cada momento sin vacilar». <<

[9] **Y pasa el tiempo - Revolver.** <<

[10] **Lemon Tree - Fool's Garden.** «Me pregunto cómo, me pregunto por qué ayer me hablabas del cielo azul y lo único que yo alcanzo a ver es un limonero amarillo. Levanto y bajo mi cabeza, doy vueltas, vueltas y vueltas...». <<

[11] **Popular gallega.** «Mi pequenín, mi monada, mi pequenín acostado entre pajas. A veces llora, a veces calla, la Virgen María lo protege...». <<

[12] **I'm so excited - The Pointer Sisters.** «No debemos pensar, siquiera, en mañana. Los dulces recuerdos durarán largo, largo tiempo. Pasaremos un buen rato, nene, no te preocupes. Y si continuamos jugando, estará bien». <<

[13] **Sister Golden Hair - America.** «Traté de hacerlo el domingo pero estaba tan condenadamente deprimido que lo dejé para el lunes y me encontré sin ropa. No estoy preparado para el altar...». <<

[14] **It must have been love - Roxette.** «Posa un susurro sobre mi almohada, deja el invierno en el suelo. Me despierto a solas, el silencio alrededor. Tócame ahora, cierro mis ojos...». <<

[15] This is the life - Amy McDonald. «Estás cantando las canciones pensando que la vida es así. Te levantas por la mañana y notas tu cabeza el doble de grande. ¿Hacia dónde vas? ¿Hacia dónde vas? ¿Dónde vas a dormir esta noche?». <<

[16] **Rose garden - Lynn Anderson.** «Perdona, pero nunca te prometí un jardín de rosas. Además de que el sol brille, también tiene que llover de vez en cuando. Cuando tomas, tienes que dar, así que vive y deja vivir, si no déjalo marchar...». <<

[17] **Corazón espinado - Carlos Santana y Maná.** <<

[18] Muy bien sobrina, veamos si en esta casa nos dan algo de comer, que creo que se están perdiendo las buenas costumbres. <<

[19] **I'm gonna be (500 miles) - The Proclaimers.** «Cuando estoy solo... sé que voy a ser, voy a ser el hombre que se siente solo sin ti. Cuando estoy soñando... bien, sé que voy a soñar, voy a soñar con el tiempo que pasamos juntos». <<

[20] Huevos de gallinas sueltas. <<

[21] **You better move on - Mink DeVille.** «Me pides que renuncie a la mano de la chica que quiero. Dices que no soy el hombre que ella merece y ¿quién eres tú para decirle a quien amar? Ella decide...». <<

[22] Por encima de los zarzales y por debajo de los robledales... <<

[23] (Voz gallega). Magas, brujas. <<

[24] **I held her in my arms - Violent Femmes.** «No puedo recordar si fuimos amantes, ni siquiera si yo quise serlo pero la tuve entre mis brazos, la tuve entre mis brazos, la tuve entre mis brazos y no eras tú». <<

[25] **A miña burriña – Popular gallega.** «Mi burrita cuando va al molino, va toda enharinada, y muerta de frío. Muerta de frío y más si hay helada, ay, mi burrita siempre va cargada». <<

[26] ¡Cosas de mujeres! <<

[27] **Haberlas, las hay.** <<

[28] **You might think - The Cars.** «Puedes pensar que estoy loco por estar contigo, quizá pienses que tengo suerte por tener algo que hacer. Pero en ti hay algo salvaje y en mi interior soy como un niño...». <<

[29] **Yo no sé qué me han hecho tus ojos - Carlos Gardel.** <<

[30] **Lady in red - Chris De Burgh.** «Nunca te he visto tan hermosa como esta noche. Nunca te he visto brillar así. Nunca he visto tantos hombres invitándote a bailar». <<

[31] Tengan un poco de cuidado, muchachos, que lo van a poner todo perdido.

<<

[32] **The winner takes it all – ABBA.** «No quiero hablar sobre lo que hemos pasado, aún me duele pero ya es historia. Jugué todas mis cartas y tú hiciste lo mismo. No queda nada que decir, ningún as en la manga...». <<

[33] **Wake me up before you go-go - Wham.** «Despiértame antes de que te vayas-vayas. No me dejes colgado como un yo-yo. Despiértame antes de que te vayas-vayas no quiero perderme cuando llegues a la cima. Despiértame antes de que te vayas-vayas...». <<

[³⁴] **Nah neh nah - Vaya con Dios.** «Tomé el teléfono y llamé a las chicas, dije: nos vemos abajo en el Curly Pearls para un Ney, Nah Neh Nah. Me puse mis zapatos de tacón alto y me vestí a la moda...». <<

[35] **Wonderful World - Sam Cooke.** «No sé mucha Historia, no sé mucha Biología, no sé mucho sobre libros de ciencia, no recuerdo el francés que estudié pero sé que te quiero y sé que, si tú también me quieres, este mundo podría ser maravilloso...». <<

[36] **Every breath you take - The Police.** «Cada vez que respiras, cada movimiento que hagas, cada atadura que rompas, cada paso que des, estaré observándote. Cada día, cada palabra que digas, cada juego que juegues, cada noche que te quedes, estaré observándote». <<

[37] **Somewhere over the rainbow - Judy Garland.** «En algún lugar sobre el arcoíris muy muy alto... hay una tierra de la que escuché hablar en una canción de cuna. En algún lugar sobre el arcoíris, los cielos son azules y los sueños que te atreves a soñar se vuelven realidad». <<

[38] Seasons in the sun – Terry Jacks: «Adiós a ti mi amigo fiel, nos conocemos desde que teníamos nueve o diez años. Juntos trepamos colinas y árboles, aprendimos del amar y el abecedario, despellejamos nuestros corazones y nuestras rodillas...». <<

[39] **Lili Marleen - Marlene Dietrich.** «Frente al cuartel, delante del portón, había una farola y aún se encuentra allí. Allí volveremos a encontrarnos, bajo la farola, como antes, Lili Marleen...». <<